

EL DESTELLO

JAMES DASHNER

Traducción de Noemí Risco Mateo

PRIMERO fueron las erupciones solares, que mataron a millones de personas, entre ellas a su familia.

SEGUNDO, las inundaciones, escasez de alimentos y un calor insoportable.

TERCERO, los supervivientes decidieron salvarse… a toda costa.

CUARTO, ahora un virus ha empezado a propagarse. Nadie sabe sus orígenes ni el remedio, solo que produce la locura y cosas peores. Ya le han puesto nombre. Lo llaman el Destello.

La trepidante precuela de «El corredor del laberinto»: ¡Más personajes, misterios… y respuestas!

Lectulandia

James Dashner

El Destello

El corredor del laberinto 0.5

ePub r1.0
Titivillus 27.01.15

Título original: *The Kill Order*
James Dashner, 2012
Traducción: Noemí Risco Mateo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Kathy Egan.
Te echo mucho de menos.

AGRADECIMIENTOS

Ya sabemos quiénes son todos los que me han ayudado a hacer posible esta serie, puesto que los he mencionado en los libros anteriores: sobre todo, Krista y Michael.

Por lo tanto, quiero dedicar este espacio a mis lectores. Mi vida ha cambiado drásticamente desde la primera vez que escribí sobre Thomas y los demás clarianos, y a vosotros os debo mucho. Gracias por disfrutar de esta historia. Gracias por gastar en mis libros el dinero que vuestro trabajo os habrá costado. Gracias por recomendárselo a vuestros amigos y familiares. Gracias por todos los elogios entusiastas que me habéis enviado por Twitter, Facebook, mi *blog*, etc. Gracias por permitirme ganarme la vida haciendo algo que me encanta.

Tengo muchos libros en la cabeza, así que espero que sigamos siendo amigos durante mucho tiempo. Con todo mi corazón, mi mente, mi cuerpo y mi alma… ¡Gracias!

PRÓLOGO

Teresa miró a su mejor amigo y se preguntó cómo sería olvidarlo.

Le parecía imposible, aunque ya había visto el Golpe implantado en muchos chicos antes que en Thomas. Aquel pelo castaño rojizo, esos ojos penetrantes y la constante mirada de reflexión… ¿Cómo iba a resultarle desconocido aquel chaval? ¿Cómo podrían estar en la misma habitación y no bromear sobre algún olor o algún bobo holgazán que tuvieran al lado? ¿Cómo podría estar delante de él y no aprovechar la oportunidad de comunicarse telepáticamente?

Imposible.

Y, sin embargo, solo faltaba un día.

Para ella. Para Thomas era solo cuestión de minutos. Estaba tumbado sobre la mesa de operaciones, con los ojos cerrados; su pecho subía y bajaba por la respiración suave y regular. Ya vestido con el uniforme requerido del Claro, unos pantalones cortos y una camiseta, parecía salido de una fotografía del pasado: un muchacho corriente, echándose la siesta después de un largo día en un colegio normal antes de que las erupciones solares y la enfermedad volvieran el mundo cualquier cosa menos normal. Antes de que la muerte y la destrucción obligaran a secuestrar niños y robar sus recuerdos para enviarlos a un lugar tan aterrador como el Laberinto. Antes de que los cerebros humanos se considerasen letales y tuvieran que ser estudiados. Todo en nombre de la ciencia y la medicina.

Un doctor y una enfermera habían estado preparando a Thomas y ahora bajaban la máscara hacia su cara. Se oyeron chasquidos, silbidos y pitidos; Teresa observó cómo el metal, los cables y los tubos de plástico se deslizaban por su piel y sus canales auditivos mientras las manos se movían reflexivamente a los costados. Lo más probable era que sintiese algún tipo de dolor a pesar de los fármacos, pero nunca lo recordaría. La máquina comenzó su trabajo: arrancar imágenes de la memoria de Thomas. Borraría a su madre, a su padre, su vida. La borraría a ella. Una pequeña parte de la chica sabía que aquello debería molestarle. Le entrarían ganas de gritar y se negaría a ayudar unos segundos más. Pero casi todo su ser se mantenía tan firme como una roca de los acantilados del exterior. Sí, la mayor parte de su interior estaba tan atrincherada en la certeza que sabía que lo sentiría incluso después del día siguiente, cuando le hicieran lo mismo a ella. Teresa y Thomas estaban demostrando su convicción al someterse a lo que les habían pedido a los demás. Y si morían, que así fuera. CRUEL encontraría la cura, se salvarían millones de personas y la vida en la Tierra volvería algún día a la normalidad. Teresa en el fondo lo sabía, así como que los humanos envejecen y las hojas caen de los árboles en otoño.

Thomas inspiró profundamente, después emitió un leve quejido y se movió. Teresa pensó por un horroroso segundo que se despertaría histérico por la agonía; aquellas cosas que tenía dentro estarían haciendo quién sabe qué en su cerebro. Pero se tranquilizó y recuperó la respiración, suave y natural. Los chasquidos y silbidos continuaron mientras los recuerdos de su mejor amigo se desvanecían como ecos.

Se habían despedido oficialmente y las palabras «hasta mañana» todavía resonaban en su cabeza. Por algún motivo le habían afectado mucho cuando Thomas las pronunció; hacían que lo que estaba a punto de suceder fuera más triste y absurdo. Se verían al día siguiente, aunque Teresa estaría en coma y él no tendría ni la más remota idea de quién era ella, salvo quizá por una cierta sensación de familiaridad. Mañana. Después de todo lo que habían pasado, el miedo, el entrenamiento y los planes, llegaban al final. Lo mismo que les habían hecho a Alby, Newt, Minho y al resto se lo harían a ellos. No había vuelta atrás.

Pero la calma era como una droga en su interior. Estaba tranquila; aquella emoción relajante mantenía a raya el miedo por otras cosas, como los laceradores o los raros. CRUEL no tenía más remedio. Thomas y ella no tenían más remedio. ¿Cómo podía rehusar sacrificar a unos pocos para salvar a la mayoría? ¿Cómo iba a hacerlo nadie? No tenía tiempo de sentir lástima, tristeza o deseos. Era lo que era; lo hecho, hecho estaba y sería… lo que fuese.

No había vuelta atrás. Thomas y ella ayudaron a construir el Laberinto; al mismo tiempo, Teresa se esforzó mucho por erigir un muro que contuviera sus emociones.

Entonces sus pensamientos se desvanecieron, parecieron flotar en hibernación mientras esperaba a que el proceso de Thomas se completara. Cuando por fin terminó, el doctor pulsó varios botones de una pantalla y los pitidos, silbidos y chasquidos se aceleraron. El cuerpo de Thomas se sacudió ligeramente cuando los tubos y cables se alejaron serpenteando de sus indiscretas posiciones para volver a la máscara. Se calmó otra vez, la máscara se apagó y cesó todo ruido y movimiento. La enfermera se inclinó hacia delante para quitársela a Thomas de la cara. Tenía la piel roja y mostraba marcas allí donde se había apoyado. Sus ojos permanecían cerrados.

Durante un breve instante, el muro de Teresa contra la tristeza comenzó a desmoronarse. Si Thomas despertara justo en aquel momento, no la recordaría. Notó el terror, casi pánico, al saber que pronto se encontrarían en el Claro y no se reconocerían. Era una idea demoledora que le recordaba vívidamente por qué había construido el muro. Como un albañil que coloca un ladrillo sobre la endurecida argamasa, selló la brecha. La cerró para conseguir un muro firme y grueso.

No había marcha atrás.

Vinieron dos hombres de seguridad para desplazar a Thomas y lo levantaron de la cama como si estuviera relleno de paja. Uno de ellos sostenía al chico inconsciente por los brazos; el otro, por los pies, y lo colocaron en una camilla. Ni siquiera miraron a Teresa, se dirigieron directamente a la puerta de la sala de operaciones. Todos sabían adónde le llevaban. Tras haber terminado el trabajo, el médico y la

enfermera se pusieron a limpiar. Teresa se despidió con un gesto de la cabeza, aunque no estaban mirándola, y siguió a los hombres. Apenas podía mirar a Thomas mientras recorrían el largo camino por los pasillos y ascensores de la sede de CRUEL. Su muro se había resquebrajado de nuevo. Thomas se hallaba muy pálido y tenía el rostro cubierto de gotas de sudor como si estuviera consciente a cierto nivel, resistiéndose a los fármacos, seguro de que le aguardaba algo terrible. Le dolía verlo así… Y le asustaba saber que ella era la siguiente. ¿Qué importaba aquel muro estúpido? De todas maneras, se lo iban a arrebatar junto con todos sus recuerdos.

Llegaron al sótano, bajo la estructura del Laberinto, y pasaron por el almacén con filas de estanterías llenas de suministros para los clarianos. Allí abajo estaba oscuro y hacía frío, y Teresa notó que se le ponía la carne de gallina en los brazos. Se estremeció y se los frotó. Thomas rebotó y se zarandeó cuando la camilla pasó sobre las grietas del suelo de cemento; una expresión de terror seguía intentando romper la aparente calma de su rostro adormilado.

Llegaron al hueco del ascensor, donde se encontraba el gran cubo metálico.

La Caja.

Estaba tan solo un par de pisos por debajo del Claro, pero se manipulaba a los chicos para que creyeran que se trataba de una subida tremendamente larga y de un viaje muy difícil, todo con el fin de estimular una serie de emociones y patrones cerebrales, desde confusión a desorientación y, al final, un terror absoluto. Un comienzo perfecto para trazar las zonas letales de Thomas. Teresa sabía que ella misma emprendería el viaje al día siguiente con una nota en la mano. Pero al menos estaría en coma y se ahorraría esa media hora de movimiento en la oscuridad.

Los dos hombres condujeron a Thomas a la Caja y se produjo un horrible chirrido del metal contra el cemento cuando uno de ellos arrastró una escalera de mano hacia un lado del cubo; luego volvió a haber unos instantes incómodos mientras subían los peldaños sujetando a Thomas. Teresa podría haber ayudado, pero se negaba, aunque su testarudez la animaba a permanecer allí y observar, apoyándose en las grietas de su muro lo máximo posible.

Tras unos cuantos gruñidos y maldiciones, los hombres dejaron a Thomas en el borde de la parte superior y colocaron el cuerpo de forma que los ojos cerrados quedaron frente a Teresa una última vez. Aunque sabía que no lo oiría, la chica le habló dentro de su mente:

Estamos haciendo lo correcto, Thomas. Nos vemos al otro lado.

Los hombres se inclinaron, bajaron a Thomas por los brazos todo lo que pudieron y dejaron caer el resto. Teresa oyó el golpe del cuerpo al chocar contra el frío acero del suelo en el interior. Era su mejor amigo.

Se dio la vuelta y se alejó. Detrás de ella se oyó el sonido inconfundible del metal deslizándose por el metal y, después, un gran estruendo cuando las puertas de la Caja se cerraron de golpe. Sellaban el destino de Thomas, fuera cual fuese.

CAPÍTULO 1

TRECE AÑOS ANTES

Mark tembló de frío, algo que no le pasaba desde hacía mucho tiempo. Acababa de despertarse. Las primeras señales del alba se filtraban por las rendijas entre los troncos apilados que formaban la pared de su pequeña cabaña. Casi nunca usaba la manta. Se sentía orgulloso de ella —la había hecho con la piel de un alce gigantesco al que mató él mismo dos meses atrás—; cuando la utilizaba, era más por el consuelo que le ofrecía que por el calor que pudiera darle. Al fin y al cabo, vivían en un mundo devastado por el calor. Tal vez esto significaba un cambio; de hecho, notaba un poco de fresco por la brisa matutina que se colaba por las mismas rendijas. Tiró de la peluda piel hasta taparse la barbilla y se dio la vuelta para tumbarse bocarriba y dar un gran bostezo que pareció eterno.

Alec estaba aún dormido en el catre al otro lado de la cabaña —todos se encontraban a poca distancia unos de otros—, roncando de manera atronadora. El viejo era huraño, un antiguo soldado endurecido que rara vez sonreía y, cuando lo hacía, solía ser por el dolor provocado por los gases de su estómago. Pero Alec tenía un corazón de oro. Después de más de un año juntos, luchando por sobrevivir al lado de Lana, Trina y el resto, a Mark ya no le intimidaba aquel gran oso. Para demostrarlo, recogió un zapato del suelo y se lo lanzó al hombre. Le dio en el hombro. Alec rugió y se incorporó, alerta al instante gracias a los años de entrenamiento militar.

—¿Qué…? —gritó, pero Mark le interrumpió tirándole el otro zapato, que esta vez le alcanzó el pecho—. Trocito de hígado de rata —dijo Alec con frialdad. No se había movido ni un ápice después del segundo ataque; se limitó a mirar a Mark con los ojos entrecerrados. Pero había una chispa de humor en ellos—. Será mejor que tengas un buen motivo para haber arriesgado tu vida al despertarme así.

—Huuum… —respondió Mark, y se restregó la barbilla como si estuviera reflexionando al respecto. Después chascó los dedos—. ¡Ah, lo tengo! Más que nada, ha sido para que dejaras de emitir esos ruidos espantosos. En serio, macho, tienes que dormir de lado o algo parecido. Esa forma de roncar no puede ser sana. Un día de estos vas a atragantarte.

Alec refunfuñó y gruñó unas cuantas veces, mascullando palabras incomprensibles mientras salía del catre rápidamente y se vestía. Mark oyó algo como «ojalá no», «mejor me voy» y «año de mierda», pero no pudo descifrar mucho más. Aunque el mensaje estaba claro.

—Vamos, sargento —dijo, consciente de que le quedaban tres segundos para pasarse. Alec llevaba retirado del ejército mucho tiempo y odiaba sobremanera que

Mark se dirigiera a él de aquel modo. En la época de las erupciones solares, el departamento de Defensa lo contrató temporalmente—. No habrías llegado nunca a esta encantadora morada si no hubiera sido porque siempre te sacamos de líos. ¿Y si nos damos un abrazo y hacemos las paces?

Alec se puso la camiseta por la cabeza y luego miró a Mark. Las pobladas cejas canosas del anciano se elevaron hacia el centro como unos bichos peludos que intentaran aparearse.

—Me caes bien, chaval. Sería una lástima enterrarte a dos metros bajo tierra.

Golpeó a Mark en el lateral de la cabeza, el gesto más cercano a una muestra de afecto que el soldado había mostrado jamás.

Soldado. Puede que hubiera pasado mucho tiempo, pero a Mark le gustaba pensar en el hombre de aquella manera. Le hacía sentirse mejor, en cierto modo más seguro. Sonrió cuando Alec salió a zancadas de la cabaña para afrontar un nuevo día, y la sonrisa fue auténtica. Algo que, por fin, iba volviéndose un poco más corriente tras el año de muerte y terror que les había perseguido hasta aquel lugar en lo alto de los montes Apalaches, al oeste de Carolina del Norte. Decidió que, ocurriera lo que ocurriese, apartaría todo lo malo del pasado y disfrutaría de un buen día. Ocurriera lo que ocurriese.

Lo que significaba que debía incluir a Trina en la historia antes de que transcurrieran diez minutos. Se vistió con premura y salió a buscarla.

La encontró junto al arroyo, en uno de los lugares tranquilos adonde iba a leer los libros que habían rescatado de una vieja biblioteca con la que se toparon durante sus viajes. A aquella chica le gustaba leer más que a nadie y ahora estaba compensando los meses que había pasado corriendo para salvar la vida, cuando los libros escaseaban. Hacía tiempo que ya no existían los digitales; Mark suponía que habrían desaparecido cuando todos los ordenadores y servidores se quemaron. Trina leía los libros en papel de toda la vida.

El paseo hasta ella fue tan aleccionador como de costumbre: a cada paso disminuía su determinación de tener un buen día. Bastaba con contemplar la penosa hilera de casas en los árboles, las cabañas y los túneles subterráneos que conformaban la floreciente metrópolis en la que vivían, una amalgama de troncos, bramante y barro seco, inclinada hacia la izquierda y la derecha. No podía deambular por los caminos abarrotados de su asentamiento sin recordar los viejos tiempos en la gran ciudad, cuando la vida era suntuosa y muy prometedora; entonces todo estaba al alcance de cualquiera. Y él ni siquiera se daba cuenta.

Pasó junto a miles de personas sucias y esqueléticas que parecían al borde de la muerte. No le inspiraban mucha compasión porque, aunque detestase reconocerlo, él tenía el mismo aspecto. Había suficiente comida —la sacaban de las ruinas, la cazaban en los bosques o a veces la traían de Asheville—, pero el racionamiento era

el quid de la cuestión; todo el mundo parecía comer escasamente una vez al día. Y en el bosque no se vivía sin acabar ensuciándose en un sitio u otro, pese a la frecuencia con la que uno se bañara en el arroyo.

El cielo estaba azul con un toque de ese naranja quemado que rondaba el ambiente desde que las devastadoras erupciones solares llegaron sin previo aviso. Ya había pasado un año y, aun así, flotaba como una cortina neblinosa, destinada a recordárselo para siempre. A saber si la situación volvería algún día a ser normal. La serenidad que había sentido al despertarse ahora parecía una broma. Ya estaba sudando por la temperatura en constante aumento mientras el sol bordeaba el escaso límite forestal de las cumbres montañosas.

No todo eran malas noticias. Al alejarse de la maraña de su campamento y adentrarse en el bosque, aparecieron muchas señales prometedoras. Crecían nuevos árboles, los viejos se recuperaban, las ardillas corrían a toda velocidad entre las agujas de pino ennegrecidas y había por todas partes capullos y brotes verdes. A lo lejos distinguió algo que se asemejaba a una flor naranja. Se vio tentado a ir a cogerla para Trina, pero sabía que le regañaría hasta la muerte si se atrevía a obstaculizar el desarrollo del bosque. Quizá sí tendría un buen día, después de todo. Habían sobrevivido al peor desastre natural conocido en la historia de la humanidad y tal vez hubieran salido ya del bache.

Respiraba con dificultad por el esfuerzo de subir por la pared de la montaña cuando alcanzó el lugar al que a Trina le encantaba ir para evadirse; sobre todo por las mañanas, cuando apenas había posibilidades de encontrarse a alguien allí arriba. Se detuvo a mirarla desde detrás de un árbol, consciente de que ella le habría oído acercarse, pero contento de que fingiera no haberlo hecho.

¡Era guapísima! Recostada en una enorme piedra de granito que parecía parte de la decoración de un gigante, la muchacha sostenía un libro grueso en su regazo. Pasó una página y sus ojos verdes siguieron las palabras. Llevaba una camiseta negra, unos vaqueros gastados y unas zapatillas deportivas que parecían tener cien años. El viento mecía su corto pelo rubio en una escena que representaba paz y comodidad absolutas, como si perteneciera al mundo que existió antes de que todo quedara chamuscado.

Mark siempre la había sentido suya, simplemente por la situación en que se hallaban. Casi todo el mundo que ella conocía había muerto y él solo era un fragmento de lo que quedaba al que aferrarse, la alternativa a permanecer sola para siempre. Pero Mark representaba con gusto su papel. Hasta se consideraba afortunado. No sabía qué haría sin ella.

—Este libro estaría mucho mejor si no tuviera a un chaval espeluznante acosándome mientras intento leer —dijo Trina sin el menor atisbo de sonrisa. Pasó una página y continuó leyendo.

—Soy yo —contestó Mark.

La mitad de lo que decía ante ella aún le sonaba estúpido. Salió de detrás del árbol.

Trina se rio y por fin alzó la vista para mirarle.

—¡Ya era hora de que llegaras! Estaba a punto de ponerme a hablar sola. Llevo leyendo desde antes del amanecer.

Mark se acercó y se dejó caer a su lado. La abrazó con fuerza y cariño, embargado por la promesa que había hecho al despertarse. Luego se retiró y la miró, sin preocuparse por la sonrisa boba que seguramente mostraba su rostro.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —preguntó ella.

—Hoy va a ser un día perfecto.

Trina sonrió y el agua del arroyo continuó fluyendo, como si sus palabras no significaran nada.

CAPÍTULO 2

—No he tenido un día perfecto desde que cumplí los dieciséis —dijo Trina mientras pasaba el pulgar por la esquina de la página y dejaba el libro a su lado—. Tres días más tarde, tú y yo corríamos para salvar nuestras vidas por un túnel más caliente que el sol.

—Buenos tiempos —comentó Mark mientras se acomodaba. Se recostó en la misma roca y cruzó las piernas—. Buenos tiempos.

Ella le miró de soslayo.

—¿Mi fiesta de cumpleaños o las erupciones solares?

—Ninguna de las dos cosas. En tu fiesta te gustaba aquel imbécil de John Stidham, ¿recuerdas?

La cara de Trina reflejó culpabilidad por un instante.

—Ummm, sí. Parece que fue hace tres mil años.

—Tuvo que desaparecer la mitad del mundo para que por fin te fijaras en mí —Mark sonrió, pero aquella expresión estaba desprovista de significado. La verdad era bastante deprimente, hasta para bromear, y sobre su cabeza se formaba una nube oscura—. Cambiemos de tema.

—Estoy de acuerdo —cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la piedra—. No quiero pensar en eso ni un segundo más.

Mark hizo un gesto de asentimiento aunque ella no pudiera verle. De repente había perdido las ganas de hablar y sus planes para un día perfecto se desvanecieron en el arroyo. Los recuerdos nunca le dejarían en paz, ni siquiera media hora. Siempre volvían y arrastraban consigo el horror.

—¿Estás bien? —preguntó Trina.

Fue a cogerle de la mano, pero Mark la apartó, pues la tenía sudada.

—Sí, estoy bien. Es que me gustaría que un día pudiéramos avanzar sin que algo nos hiciera retroceder. Sería perfectamente feliz en ese lugar si pudiéramos olvidar. La situación está mejorando, solo tenemos que… ¡dejarlo! —casi gritó la última parte, aunque no tenía ni idea de a quién iba dirigida su furia. Tan solo odiaba lo que tenía en la cabeza: las imágenes, los sonidos, los olores.

—Lo conseguiremos, Mark. Ya verás —Trina volvió a intentar acercar la mano y esta vez fue él quien se la tomó.

—Será mejor que regresemos ahí abajo —siempre hacía lo mismo. Cuando le asaltaban los recuerdos, se lanzaba de lleno al trabajo. Se encargaba de sus asuntos y dejaba de usar el cerebro. Era lo único que le ayudaba—. Estoy seguro de que Alec y Lana tienen cuarenta tareas para nosotros.

—Que deberán hacerse hoy —añadió Trina—. ¡Hoy! ¡O se terminará el mundo! —Sonrió, lo que ayudó a que las cosas se iluminaran. Al menos, un poco.

—Luego podrás seguir leyendo ese aburrido libro.

Mark se puso de pie y tiró de ella al levantarse. Después comenzaron a bajar por el sendero de la montaña, hacia el pueblo improvisado que llamaban hogar.

El olor fue lo primero que percibió Mark. Siempre ocurría así cuando iban a la Choza Central. Maleza podrida, carne guisada, savia de pino, todo ello mezclado con aquel olor a quemado que caracterizaba el mundo tras las erupciones solares. No era desagradable, la verdad, solo inquietante.

De camino, pasaron entre los edificios del asentamiento, torcidos y construidos de cualquier manera. La mayor parte de las edificaciones de aquella parte del campamento se levantó en los primeros meses, antes de que encontraran a antiguos arquitectos y contratistas para ponerlos al mando. Eran cabañas hechas con troncos, barro y agujas de pino; unos huecos simulaban ventanas y puertas con formas extrañas. En algunos sitios no había más que agujeros en el suelo, el fondo forrado con plásticos y unos cuantos troncos atados para cubrirlo cuando llovía. El paisaje no tenía nada que ver con los altísimos rascacielos y las extensiones de hormigón donde Mark había crecido.

Alec los saludó con un gruñido cuando entraron por la puerta torcida de la estructura de troncos que formaba la Choza Central. Antes de que pudieran decir «hola», Lana se acercó a ellos caminando con brío. Era una mujer corpulenta, de pelo negro siempre recogido en un apretado moño. Fue enfermera en el ejército y era más joven que Alec, pero mayor que los padres de Mark. Alec y ella se encontraban juntos cuando Mark los conoció en los túneles bajo la ciudad de Nueva York. Por aquel entonces, ambos trabajaban para el departamento de Defensa y Alec era su jefe. Ese día estaban de camino a una especie de reunión… Antes de que todo cambiara.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó Lana cuando se detuvo a pocos centímetros de la cara de Mark—. Se suponía que hoy empezaríamos al amanecer, que nos dirigiríamos al valle del sur para buscar otro emplazamiento. Una semana más con esto así de abarrotado y puede que me ponga borde.

—Buenos días —le respondió Mark—. Hoy pareces animada.

La mujer sonrió, tal como Mark se esperaba.

—A veces tiendo a ir directa al grano, ¿no? Aunque aún me queda mucho margen hasta llegar al mal humor de Alec.

—¿Del sargento? Sí, tienes razón.

En aquel momento gruñó el viejo oso.

—Perdón por llegar tarde —se disculpó Trina—. Me inventaría una buena excusa, pero la sinceridad es lo más recomendable: Mark me hizo subir al arroyo y nos… ya sabéis.

A Mark ya le sorprendían pocas cosas y no era dado a sonrojarse, pero Trina tenía el don de provocar ambas reacciones. El muchacho tartamudeó cuando Lana puso los ojos en blanco.

—Oh, ahórratelo —Lana hizo un gesto con la mano y añadió—: Id a coger algo de desayuno si no habéis comido todavía y preparémonos para marcharnos. Quiero volver dentro de una semana.

Una semana en la naturaleza, viendo cosas nuevas, respirando un poco de aire fresco… A Mark todo le sonaba fantástico y le levantaba el ánimo para sacarle de aquel agujero en el que habían caído. Se prometió mantener la mente en el presente mientras viajaban e intentar disfrutar de la excursión.

—¿Habéis visto a Darnell y al Sapo? —preguntó Trina—. ¿Qué hay de Niebla?

—¿Los Tres Títeres? —dijo Alec, seguido de una carcajada. El hombre encontraba graciosas las cosas más raras—. Al menos recuerdan el plan. Ya han comido y han ido a preparar su equipaje. Deberían volver en un periquete.

Mark y Trina estaban a mitad de camino de sus tortitas y salchichas de ciervo cuando oyeron el sonido familiar de los tres amigos que habían recogido en los túneles de Nueva York.

—¡Quítate eso de la cabeza! —exclamó una voz estridente justo antes de que un adolescente apareciera en la puerta con ropa interior a modo de sombrero sobre su pelo castaño.

Darnell. Mark estaba convencido de que aquel chaval nunca se había tomado nada en serio en toda su vida. Incluso cuando el sol intentó cocerlo vivo hacía un año, parecía dispuesto a soltar un chiste.

—¡Pero me gusta! —decía mientras entraba en la Choza—. Me ayuda a sujetarme el pelo y me protege de los elementos. ¡Dos por el precio de uno!

Una chica alta, delgada y pelirroja, algo más joven que Mark, entró detrás de él. La llamaban Niebla, pero nunca les había dicho si ese era su auténtico nombre. Miraba a Darnell con expresión de asco, pero a la vez divertida. El Sapo —bajito y rechoncho, como su apodo indicaba— entró saltando y la empujó para abrirse camino y luego arrebatarle a Darnell la ropa interior de la cabeza.

—¡Dame eso! —gritó, estirando la mano mientras saltaba.

Era el chico de diecinueve años más bajo que Mark había visto, pero robusto como un roble; todo músculo, tendones y venas. Aquello les hacía pensar a los demás que estaba bien meterse con él, porque todos sabían que, si quería, podía darles una paliza. Pero al Sapo le gustaba ser el centro de atención. Y a Darnell le gustaba hacer el memo y ser un pesado.

—¿Por qué quieres ponerte eso tan asqueroso en la cabeza? —preguntó Niebla—. Eres consciente de dónde ha estado, ¿no? Tapando las partes pudendas del Sapo.

—Ahí tienes razón —contestó Darnell, fingiendo repugnancia, justo cuando el Sapo fue capaz de arrebatarle los calzoncillos de la cabeza—. Un fallo por mi parte —se encogió de hombros—. Me pareció gracioso en el momento.

El Sapo estaba metiendo su posesión recuperada en la mochila.

—Bueno, yo me río el último. No he lavado eso al menos en dos semanas.

Comenzó a reírse con un sonido que a Mark le recordó un perro luchando por un trozo de carne. Cada vez que el Sapo soltaba una carcajada, los que estaban con él no podían evitar contagiarse y oficialmente se rompía el hielo. Mark no sabía muy bien si se reía por lo sucedido o por el sonido que emitía el Sapo, pero fuera como fuese, momentos como aquel escaseaban y no estaba nada mal reírse y ver que a Trina se le iluminaba la cara.

Hasta Alec y Lana se reían, lo que le hizo pensar a Mark que tal vez, después de todo, iba a ser un día perfecto.

Pero entonces su risa se vio interrumpida por un extraño sonido. Algo que llevaban sin oír más de un año y no habían esperado volver a oír jamás.

El sonido de unos motores en el cielo.

CAPÍTULO 3

Un ruido ensordecedor sacudió la Choza de arriba abajo. Unas ráfagas de polvo se filtraron por los troncos amontonados a toda prisa con argamasa. Un rugido sobrevoló sus cabezas. Mark se tapó los oídos hasta que el sonido se debilitó lo suficiente para que la Choza dejara de sacudirse. Para entonces, Alec ya estaba de pie y se dirigía a la puerta antes de que nadie hubiera procesado el giro de los acontecimientos. Lana salió enseguida tras él y los demás la siguieron.

Nadie pronunció palabra hasta que estuvieron todos fuera, bajo el brillante sol de justicia. Mark entrecerró los ojos y se los protegió con una mano del resplandor mientras buscaba en el cielo el origen de aquel ruido.

—Es un iceberg —anunció el Sapo innecesariamente—. ¿Qué…?

Era la primera vez desde las erupciones solares que Mark veía una de aquellas enormes aeronaves y le causó una gran impresión. No se le ocurría ningún motivo por el que un iceberg —uno que hubiera sobrevivido al desastre— tuviera que atravesar volando las montañas. Pero allí estaba: grande, reluciente y redondo, con los propulsores azules ardiendo con fuerza al bajar hacia el centro del poblado.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Trina al tiempo que el pequeño grupo corría por los atestados callejones del pueblo hasta el iceberg—. Siempre dejan las provisiones en los asentamientos más grandes, como Asheville.

—Quizá… —dijo Niebla—. Quizá vayan a rescatarnos o algo parecido. O a llevarnos a otra parte.

—Ni de coña —se burló Darnell—. Lo habrían hecho hace mucho tiempo.

Mark no dijo nada y continuó corriendo detrás del grupo, todavía sorprendido por la repentina aparición del iceberg. Los otros seguían refiriéndose a unos misteriosos «ellos», aunque ninguno sabía quiénes eran. Se oían indicios y rumores de que se estaba organizando una especie de gobierno central, pero no había noticias fiables. Y, desde luego, nada que se aproximara a un contacto oficial. Era cierto que habían llevado provisiones y comida a los campamentos alrededor de Asheville, y la gente de allí solía compartirlos con los poblados más recónditos.

El iceberg se detuvo más adelante, ahora con los propulsores azules apuntando hacia abajo mientras se sostenía en el aire unos quince metros por encima de la plaza del pueblo, una zona cuadrangular que habían dejado libre cuando construyeron el asentamiento. El grupo aceleró el paso y llegó a la plaza para encontrarse con que allí ya se había reunido una multitud. La gente miraba boquiabierta la máquina voladora, como si fuera una bestia mítica. Con su estruendo y el deslumbrante despliegue de luz azul, casi lo parecía; sobre todo después de tanto tiempo sin ver ninguna señal de

tecnología avanzada.

La mayor parte se había reunido en el centro de la plaza, con caras de expectación y entusiasmo, como si todos hubieran llegado a la misma conclusión que Niebla, que el iceberg estaba allí para rescatarles o que, al menos, traía buenas noticias. Mark, en cambio, no se fiaba. Tras los acontecimientos del año anterior, había aprendido la lección muchas veces y ya no se hacía ilusiones.

Trina le tiró de la manga y luego se inclinó hacia él para hablarle:

—¿Qué está haciendo? Aquí no hay espacio suficiente para aterrizar.

—No lo sé. No hay marcas ni nada que indique de quién es este iceberg o de dónde viene.

Alec estaba cerca y les oyó hablar por encima del gruñido abrasador de los propulsores, probablemente gracias a la superpotencia de su oído de soldado.

—Dicen que los que lanzan provisiones llevan «CPES» pintado en grandes letras en el lateral. Coalición Post-Erupciones Solares —estaba prácticamente gritando—. Me parece extraño que este no tenga nada.

Mark le respondió encogiéndose de hombros, sin estar seguro de si la información de Alec significaba realmente algo. Se dio cuenta de que se sentía aturdido. Volvió a mirar arriba y se preguntó qué habría dentro de la nave y cuál sería su intención. Trina le apretó la mano y él apretó la de ella. Ambas estaban sudando.

—A lo mejor está Dios dentro —dijo el Sapo con la voz chillona que le caracterizaba cuando gritaba—, que ha venido para disculparse por todo el rollo ese de las erupciones solares.

Por el rabillo del ojo, Mark vio a Darnell inspirando, con la boca abierta, seguramente para decirle algo ingenioso y divertido. Pero la acción se interrumpió por un fuerte sonido desgarrador, proveniente de lo alto, seguido del crujido y chirrido del hidráulico. Mark observó fascinado cómo una gran escotilla cuadrada empezaba a abrirse en la parte inferior del iceberg, girando sobre las bisagras para bajar como una rampa. Dentro estaba oscuro y, conforme el hueco se hacía más amplio, salían en remolinos pequeñas volutas de vaho.

Gritos ahogados y chillidos se propagaron por la multitud; las manos se alzaban y los dedos señalaban hacia arriba. Mark apartó la vista del iceberg unos instantes para asimilar lo que estaba sucediendo, atónito por la sensación de sobrecogimiento que le rodeaba. Se habían convertido en gente muy desesperada y vivían todos los días con la carga de que el siguiente pudiera ser el último. Y allí estaban, mirando al cielo como si la broma del Sapo hubiera sido algo más. En muchos ojos percibió un vivo deseo, como si de verdad creyeran que un poder divino iba a salvarles. Aquello le puso de los nervios.

Se oyó una nueva oleada de gritos ahogados en la plaza y Mark volvió a echar la cabeza atrás para mirar hacia arriba. Entre la oscuridad del iceberg aparecieron cinco personas vestidas con unos trajes que le enviaron escalofríos a la médula espinal: monos verdes, gruesos y de goma, que cubrían a los desconocidos de arriba abajo.

Llevaban unas viseras transparentes unidas a un dispositivo de la cabeza, pero el reflejo y la distancia no le permitían distinguir sus rostros. Caminaron cuidadosamente con unas grandes botas negras sobre el material verde hasta que los cinco se alinearon en el borde exterior de la escotilla que había bajado. A juzgar por la tensión que mostraban sus cuerpos, les costaba mantener el equilibrio.

Cada uno de ellos aferraba un tubo negro como si fuera una pistola.

Pero los tubos no se parecían a ningún arma que Mark hubiera visto. Eran estrechos y largos, con un accesorio en el extremo que les otorgaba el aspecto de cañerías arrancadas de una bomba industrial. Y en cuanto los desconocidos tomaron posiciones, cogieron las cosas en forma de tubo y apuntaron directamente a las personas de abajo.

Mark advirtió que Alec estaba gritando a pleno pulmón, empujando a la gente para que se apartara. A su alrededor había estallado el caos por los gritos y el pánico, aunque Mark había entrado en trance y observaba a los desconocidos con sus extraños trajes y armas amenazadoras al tiempo que los demás asimilaban que aquellas personas no habían ido allí para salvar a nadie. ¿Qué le había pasado a él, que solía reaccionar rápido? ¿A él, que había sobrevivido a un año infernal después de que las erupciones solares arrasaran la tierra?

Estaba todavía paralizado, observando, cuando dispararon por primera vez desde arriba. Un movimiento borroso, un atisbo de algo negro, pequeño y rápido que salía ardiendo desde uno de aquellos tubos. Los ojos de Mark siguieron la trayectoria. Oyó un horrible sonido y giró la cabeza a un lado justo a tiempo de ver que Darnell tenía un dardo de unos trece centímetros de largo clavado en el hombro, con el asta metálica hundida profundamente en el músculo. De la herida goteaba sangre. El chico emitió un gruñido extraño cuando cayó al suelo.

Eso fue lo que finalmente hizo reaccionar a Mark.

CAPÍTULO 4

Los gritos rasgaron el aire mientras la gente, presa del pánico, huía en todas las direcciones. Mark se agachó para coger a Darnell por las axilas. El sonido de los dardos voladores al cortar el aire a diestro y siniestro, encontrando objetivos, le animó a darse prisa y borrar cualquier otro pensamiento de su mente.

Tiró de Darnell y arrastró su cuerpo por el suelo. Trina se había caído, pero Lana estaba allí y la ayudó a levantarse. Ambas se acercaron corriendo para ayudar y cada una agarró un pie de Darnell. Con gruñidos sincronizados lo alzaron para alejarlo de la Plaza, lejos del espacio abierto. Era un milagro que a nadie más de su pequeño grupo le hubiera alcanzado un dardo.

Zaaas, zaaas, zaaas. Pam, pam, pam. Gritos y cuerpos cayendo.

Mientras los proyectiles impactaban a su alrededor, Mark, Trina y Lana se movían arrastrando los pies, tan rápido como podían, llevando con torpeza a Darnell. Pasaron tras un grupo de árboles —Mark oyó unos cuantos golpes secos al clavarse los dardos en las ramas y los troncos— y después volvieron a estar a la intemperie. Cruzaron a toda prisa un pequeño claro y entraron en un callejón entre varias cabañas de troncos construidas sin orden ni concierto. Había personas por todas partes: llamaban con desesperación a las puertas y saltaban por las ventanas abiertas.

Entonces Mark oyó el rugido de los propulsores y un viento cálido sopló hacia su rostro. El rugido se oyó más alto y el viento sopló con más fuerza. Alzó la vista, siguió el ruido y vio que el iceberg había cambiado de posición y perseguía a la muchedumbre que trataba de huir. Vio a Niebla y al Sapo; pedían a los demás que se apresurasen, aunque sus gritos se perdían por la explosión del iceberg.

Mark no sabía qué hacer. Encontrar un refugio era la mejor opción, pero había demasiada gente tratando de hacer lo mismo y, si se unían al caos cargando con Darnell, solo conseguirían que los aplastaran. El iceberg volvió a pararse y, una vez más, los desconocidos de trajes raros levantaron sus armas para abrir fuego.

Zaaas, zaaas, zaaas. Pam, pam, pam.

Un dardo rozó la camiseta de Mark y se clavó en el suelo; alguien lo pisó, hundiéndolo aún más en la tierra. Otro dardo alcanzó el cuello de un hombre justo cuando pasaba corriendo. Gritó y se echó hacia delante mientras la sangre brotaba a chorros de la herida. Al caer, se quedó inmóvil y tres personas tropezaron con él. Mark solo advirtió que se había detenido, consternado por lo que sucedía a su alrededor, cuando Lana le gritó que siguiera moviéndose.

Los tiradores que estaban encima de ellos sin duda habían mejorado la puntería. Los dardos alcanzaban a la gente a izquierda y derecha, y el ambiente estaba lleno de

gritos de dolor y miedo. Mark se sentía impotente, no había manera de protegerse de la descarga. Lo único que podía hacer era intentar dejar atrás la máquina voladora, una tarea imposible.

¿Dónde estaba Alec, el tipo duro con todos los instintos para el combate? ¿Adónde había escapado?

Mark siguió avanzando, tirando del cuerpo de Darnell y obligando a Trina y Lana a mantener su velocidad. Niebla y el Sapo corrían a su lado e intentaban ayudar sin ponerse en medio. Seguían lloviendo dardos, había más gritos y caían más cuerpos. Mark dobló una esquina y bajó por el callejón que llevaba de vuelta a la Choza, pegándose al edificio de su derecha para una protección parcial. No había ido mucha gente en esa dirección y había menos dardos que esquivar.

El pequeño grupo renqueaba tan rápido como podía con su amigo inconsciente. En aquella parte del asentamiento las estructuras se habían construido prácticamente las unas sobre las otras y no quedaba espacio para coger un atajo y escapar hacia los bosques de alrededor, en las montañas.

—¡Ya casi hemos llegado a la Choza! —gritó Trina—. ¡Rápido, antes de que el iceberg vuelva a estar sobre nosotros!

Mark giró el cuerpo para mirar al frente y arrastrar a Darnell por la camiseta, de espaldas. Al ir hacia atrás, había forzado al máximo los músculos de las piernas, que le ardían, y empezaba a tener calambres. Ya nada aminoraba su marcha, así que Mark aceleró el ritmo y Lana y Trina le siguieron, sujetando una pierna de Darnell cada una. Niebla y el Sapo se acercaron para coger un brazo cada uno y sostener parte de la carga. Se deslizaron por los estrechos senderos y callejones, por encima de las raíces que sobresalían y la tierra compacta, girando a izquierda, luego a derecha y después a izquierda otra vez. El rugido del iceberg llegaba por la derecha, amortiguado por las viviendas y las filas de árboles en medio.

Por fin, Mark dobló una esquina y vio la Choza al otro lado de un pequeño claro. Se acercó con una última carrera, justo cuando una horda de residentes que huían irrumpió desde el otro lado, desesperada y a lo loco, dispersándose en todas las direcciones, dirigiéndose a cualquier puerta a la vista. Se quedó helado cuando el iceberg apareció de pronto sobre sus cabezas, más próximo al suelo de lo que Mark había visto antes. Ahora solo había tres personas en la escotilla de la nave, pero abrieron fuego en cuanto el iceberg tomó posición.

Unas pequeñas líneas plateadas salieron disparadas por el aire y cayeron sobre los que entraban en tropel al claro. Todos los proyectiles parecían alcanzar su objetivo: se clavaban en los cuellos y brazos de hombres, mujeres y niños, que gritaban y se desplomaban casi al instante; otros tropezaban con sus cuerpos en la estampida para ponerse a cubierto.

Mark y su pequeño grupo se pegaron al lateral del edificio más cercano y dejaron a Darnell en el suelo. El dolor y el cansancio azotaban los brazos y piernas de Mark y le animaban a tirarse junto a su amigo inconsciente.

—Deberíamos haberlo dejado ahí atrás —afirmó Trina con las manos en las rodillas, esforzándose por recuperar el aliento—. Nos ha hecho ir más lentos y, de todos modos, mirad cómo está.

—Muerto, por lo que sabemos —dijo el Sapo con voz ronca.

Mark le miró con dureza, pero el chico probablemente tenía razón. A lo mejor habían puesto en peligro sus vidas para salvar a alguien que desde el principio no tenía ninguna oportunidad.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó Lana mientras se acercaba a la esquina al edificio para echar un vistazo al claro. Se volvió para mirarles—. Están cargándose gente por todos lados. ¿Por qué usan dardos en vez de balas?

—No tiene sentido —respondió Mark.

—¿No podemos hacer nada? —inquirió Trina, temblorosa, en apariencia más por frustración que por miedo—. ¿Por qué permitimos que hagan esto?

Mark se acercó a Lana para asomarse con ella. Ahora el claro se hallaba repleto de cadáveres, atravesados con dardos que apuntaban hacia el cielo como si de un bosque en miniatura se tratase. El iceberg seguía sobre sus cabezas y los propulsores ardían con llamas azules.

—¿Dónde están los de seguridad? —susurró Mark a nadie en particular—. ¿Se han tomado el día libre o qué?

Nadie contestó, pero un movimiento sobre la puerta de la Choza atrajo la atención de Mark y suspiró, aliviado. Era Alec, haciéndoles señas con aire desesperado para que le siguieran. Sostenía lo que parecían dos enormes rifles con garfios en los extremos, atados a unos grandes rollos de cuerda.

El soldado, incluso después de tantos años, tenía siempre un plan y necesitaba ayuda. Iba a enfrentarse a aquellos monstruos. Y Mark también.

Se apartó de la pared y miró a su alrededor. Vio un trozo de madera al otro lado del callejón. Sin informar a los demás de lo que iba a hacer, se apresuró a cogerlo; después salió corriendo hacia el claro para dirigirse directamente a la Choza y a Alec, con la madera a modo de escudo.

A Mark no le hizo falta alzar la vista para saber que disparaban contra él, porque oía el silbido inconfundible de los dardos. Uno de ellos produjo un golpe seco al alcanzar la madera. Continuó corriendo.

CAPÍTULO 5

Mark variaba el ritmo: aceleraba y aminoraba la marcha, giraba a izquierda y derecha, al tiempo que se dirigía hacia Alec. Los dardos se clavaban en el suelo alrededor de sus pies; un segundo alcanzó su escudo improvisado. Alec, que corría por el espacio abierto y seguía sujetando con fuerza los rifles, fue directo hacia el centro del claro. Casi chocaron el uno contra el otro bajo el iceberg, pero Mark se inclinó enseguida hacia él para que ambos quedaran protegidos por su escudo.

Los ojos de Alec brillaban de intensidad y determinación. Tuviera o no canas, de repente pareció veinte años más joven.

—¡Debemos darnos prisa —gritó—, antes de que esa cosa decida marcharse!

Los propulsores ardían en lo alto y los dardos seguían impactando contra la gente a su alrededor. Los alaridos eran espantosos.

—¿Qué hago? —gritó Mark, y una mezcla ya familiar de adrenalina y terror lo atravesó mientras esperaba las instrucciones de su amigo.

—Cúbreme con esto.

Alec se metió los rifles bajo el brazo y sacó de la parte trasera de su pantalón una pistola de color negro mate que Mark nunca había visto. No había tiempo para vacilar: cogió el arma con la mano libre y por el peso supo que estaba cargada. Un dardo se clavó en la madera mientras amartillaba la pistola; después, otro. Los desconocidos del iceberg habían advertido la presencia de las dos personas que tramaban algo en medio del claro y llovieron más dardos como una súbita granizada.

—Dispara, chico —gruñó Alec—. Y apunta bien, porque solo tienes doce balas. No falles. ¡Ya! —después se dio la vuelta y corrió hacia un lugar a unos tres metros de distancia.

Mark apuntó a las personas de la escotilla del iceberg y pegó dos tiros rápidos, consciente de que debía captar su atención de inmediato para que no vieran a Alec. Los tres uniformados de verde retrocedieron y se arrodillaron para poner la rampa metálica entre ellos y el tirador. Uno de ellos se dio la vuelta, trepó y volvió a entrar en la nave.

Mark tiró a un lado el escudo de madera, agarró firmemente la pistola con las dos manos, se tranquilizó y se concentró. Una cabeza asomó por el borde de la escotilla; Mark se fijó en ella y disparó. Sus manos saltaron por el retroceso, pero alcanzó a ver una niebla roja, una lluvia de sangre en el aire. De la rampa cayó un cuerpo que chocó abajo contra un grupo de tres personas. Nuevas oleadas de gritos surgieron por todos lados a medida que la gente descubría lo sucedido.

Alguien estiró un brazo cerca de la puerta del iceberg, que sujetaba el arma con

forma de tubo para pegar tiros al azar. Mark disparó, oyó un fuerte silbido cuando la bala acertó contra el artilugio metálico y luego vio cómo el arma caía al suelo. Una mujer la recogió y comenzó a examinarla; parecía tratar de discernir cómo usarla para defenderse. Podía servirle de ayuda a Mark.

Se arriesgó a echarle un vistazo rápido a Alec: sostenía un arma semejante a un garfio como un marinero a punto de arponear una ballena. Se oyó un ruido seco y, de repente, el gancho voló hacia el iceberg, con una cuerda prolongándose detrás como un rastro de humo. Chocó contra una de las barras hidráulicas que mantenían la puerta de la escotilla abierta y se enrolló a su alrededor. Alec tensó la cuerda.

—¡Tírame la pistola! —le gritó el soldado.

Mark alzó la vista para asegurarse de que nadie hubiera vuelto a aparecer con la intención de disparar otra descarga de dardos; después corrió hacia Alec y le pasó la pistola. Alec apenas la había cogido cuando, con un chasquido, se puso a disparar al aire al tiempo que su artefacto tiraba de él hacia el iceberg sobre sus cabezas. Con una mano sostenía el arma del garfio y con la otra apuntaba con la pistola hacia arriba. En cuanto despejó el borde de la escotilla se oyeron tres disparos rápidos seguidos. Mark observó cómo el hombre trepaba por la rampa; sus pies fueron lo último que desapareció de la vista. Unos segundos más tarde, otro cuerpo vestido de verde se lanzó por el borde y cayó al vacío.

—¡El otro gancho! —gritó Alec desde arriba—. ¡Date prisa, antes de que salgan más o se marchen! —No esperó a una respuesta antes de darse la vuelta para enfrentarse al fuselaje del iceberg.

Mark sintió que su corazón se aceleraba y casi le dolía al golpear rápidamente sus costillas.

—¡Tú apunta aquí arriba! —bramó Alec—. Si no se engancha, lo ataré a mí. ¡Deprisa!

Mark lo sostuvo como si fuera un rifle y apuntó directamente hacia el centro de la escotilla. Apretó el gatillo. El retroceso fue fuerte, pero esta vez se apoyó y notó la sacudida en el hombro. El gancho y la cuerda salieron disparados hacia el iceberg, subieron y entraron por la escotilla abierta. El garfio chocó y resbaló hacia atrás, pero Alec lo cogió justo a tiempo. Mark lo observó apresurarse hacia una de las barras hidráulicas y tensar luego la cuerda alrededor.

—¡Vale! —gritó—. Pulsa el botón verde retract…

Los motores del iceberg lo interrumpieron al rugir con más estridencia: el vehículo describía una curva en el aire. Mark agarró el extremo del artefacto del gancho, que lo elevó, tirando de él hacia el cielo. Oyó que Trina le gritaba desde abajo, pero el suelo se alejaba y las personas se hacían cada vez más pequeñas. El miedo lo invadió mientras se agarraba, apretando los dedos con tanta fuerza que se le pusieron blancuzcos. Si bajaba la vista, la cabeza le daba vueltas y se le revolvía el estómago, de modo que se obligó a mirar hacia la escotilla.

Alec volvía a avanzar con dificultad por el borde de la rampa, aunque había

estado a punto de salir despedido por los aires. Se impulsó con las piernas para ponerse a salvo, usando la misma cuerda a la que Mark se aferraba con todas sus fuerzas. Luego se dejó caer sobre la barriga y bajó la vista para mirar al chico, que tenía los ojos como platos.

—¡Busca el botón verde, Mark! —gritó—. ¡Y púlsalo!

El aire corría alrededor del cuerpo de Mark, un viento mezclado con la fuerza de los propulsores. El iceberg ascendía —ahora estaba al menos a sesenta metros del suelo— y se movía de frente, en dirección a los árboles. En cuestión de segundos su cuerpo chocaría contra ellos, quedaría hecho pedazos o soltaría la cuerda. Se agarró con fuerza mientras buscaba desesperadamente el botón en el aparato.

Allí estaba, a unos centímetros del gatillo que había disparado el gancho con la cuerda. No soportaba el hecho de tener que soltarse, aunque solo fuera un segundo, pero concentró toda su fuerza en la mano derecha, apretando aún más los dedos, y fue a por él con la izquierda. Su cuerpo entero se movía hacia delante y hacia atrás en el aire, se balanceaba contra el viento y daba tumbos a cada sacudida del iceberg. Ya se precipitaba hacia las copas de los pinos y los robles. No conseguía maniobrar lo suficiente para pulsar el botón.

De repente oyó un ruido sobre su cabeza, un sonido metálico acompañado de un chirrido, y alzó la vista. La escotilla estaba cerrándose.

CAPÍTULO 6

—¡Date prisa! —le gritó Alec desde arriba.

Mark estaba a punto de intentar pulsar otra vez el botón cuando llegaron a los árboles. Echó la mano izquierda de nuevo al arma y la agarró tan fuerte como pudo. Después se hizo un ovillo y apretó los ojos. Las ramas superiores del pino más alto chocaron contra su cuerpo cuando el iceberg lo arrastró hacia ellas. Las agujas se le clavaron en la piel y los extremos puntiagudos de las ramas se le engancharon en la ropa y le arañaron la cara. Eran como las manos de un esqueleto que intentara empujarlo a la muerte. Parecían arañar cada centímetro de su cuerpo.

Pero consiguió resistir el ímpetu del iceberg y la cuerda tiró de él, alejándolo de las garras de los árboles. Relajó las piernas y luego dio patadas violentamente mientras la nave giraba en redondo, haciéndole volar en un enorme arco. La escotilla se hallaba medio cerrada y Alec se asomaba una y otra vez, intentando tirar de la cuerda hacia arriba, con el rostro casi morado de tanto gritar. Sus palabras se perdían en medio de todo aquel ruido.

A Mark se le estaba revolviendo el estómago, pero sabía que solo le quedaba una oportunidad. Soltó el artefacto con la mano izquierda, palpó el lateral hasta que volvió a encontrar el gatillo y toqueteó hasta donde sabía que se encontraba el botón verde. Su visión periférica mostraba más árboles que se interponían en su camino y el iceberg estaba bajando aún más, por lo que esta vez no conseguiría escapar ileso.

Encontró el botón y lo pulsó, pero se le resbalaron los dedos. Las ramas se acercaban a él. Volvió a intentarlo, esta vez apretando el artefacto contra su cuerpo para hacer palanca; después pulsó con fuerza. El botón emitió un chasquido al hundirse hacia dentro y él salió disparado hacia arriba justo cuando su cuerpo iba a hundirse en el espeso follaje de los árboles. Pasó entre ellos a gran velocidad cuando saltó hacia la escotilla y las ramas le golpearon con fuerza la cara. Sonó un zumbido en el momento en que la cuerda se retrajo en el dispositivo y tiró de él hacia Alec, que tenía una mano extendida. La puerta metálica estaba a un metro, tal vez medio, de cerrarse.

Mark soltó el aparato justo antes de alcanzar la afilada esquina de la escotilla que se elevaba lentamente, luego saltó para coger la mano de Alec y agarrarse al metal con la otra. Perdió su agarre, pero el soldado lo sujetaba con firmeza y le empujó de cabeza hacia el hueco que se estrechaba. Era un espacio muy justo y tuvo que retorcerse y patalear, pero al final logró entrar a tiempo, aunque dando un tirón a un zapato que había quedado atrapado entre las fauces de la escotilla. Esta se cerró con un estruendo que retumbó en las oscuras paredes del iceberg.

Dentro hacía frío y, en cuanto se desvaneció el eco, lo único que oyó fue el sonido de su propia respiración dificultosa. Reinaba una oscuridad total; al menos, a sus ojos, acostumbrados a un sol cegador. Sentía a Alec cerca, aspirando aire para recuperar el aliento.

A Mark le dolía hasta el último centímetro de su cuerpo y notaba que sangraba en varias partes. El iceberg se había detenido y zumbaba, inmóvil en el aire.

—No puedo creer que hayamos hecho eso —dijo Mark, y su voz resonó—. Pero ¿por qué no hay aquí un ejército dispuesto a echarnos por la borda? ¿A dispararnos con esos dardos?

Alec dejó escapar un fuerte suspiro.

—No lo sé. Deben de estar bajo mínimos. Pero creo que ahí dentro hay, como poco, un tipo esperándonos.

—Podría estar apuntándome ahora mismo a la cabeza con una de esas pistolas de dardos.

—¡Bah! —espetó Alec—. Creo que esos tipos no eran nadie y les enviaron a hacer el trabajo que deberían haber hecho profesionales. A lo mejor hemos eliminado a su equipo. A todos excepto al piloto, al menos.

—O tal vez haya diez tíos armados esperándonos al otro lado —masculló Mark.

—Bueno, será uno u otro escenario —respondió Alec—. Venga, vamos.

El soldado arrastró los pies hacia delante. Mark solo podía seguir su movimiento por los sonidos que hacía. Parecía ir a gatas.

—Pero… —comenzó a decir, y luego se dio cuenta de que no tenía nada que decir.

¿Qué otra opción tenían, sentarse allí y jugar a la rayuela a ciegas hasta que alguien saliera a recibirlos con leche y galletas? Se puso a cuatro patas y, antes de seguir a su amigo, hizo un gesto de dolor por todos los golpes recién recibidos.

Una tenue fuente de luz apareció unos pasos más adelante. A medida que se acercaban, empezaron a distinguir un poco su entorno: se hallaban en una especie de almacén, con estantes a lo largo de las paredes y correas o puertas alambradas para mantenerlo todo en su sitio. Sin embargo, al menos la mitad de los estantes estaban vacíos.

La luz era un panel encendido sobre una puerta metálica, achaparrada, cubierta de cerrojos a ambos lados.

—Me pregunto si nos habrán encerrado —dijo Alec cuando logró ponerse en pie.

Se acercó a la puerta y llevó la mano al picaporte. Como era de esperar, no se movía.

A Mark le alivió poder levantarse —notaba el suelo duro en las rodillas—, pero los músculos se quejaron al erguirse. Hacía mucho que no empleaba tanta energía y, desde luego, era la primera vez que un montón de árboles le daban una paliza de muerte.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó—. ¿Qué va a querer nadie de nuestro

insignificante pueblo? ¿Y por qué nos han disparado dardos? ¿Qué ha sido eso?

—Ojalá lo supiera —Alec tiró de la puerta con más fuerza, en vano; el picaporte seguía sin moverse—. Pero todos caían como moscas en cuanto esos puñeteros se les clavaban —se apartó de la puerta con una mirada de frustración y se colocó las manos en las caderas como una anciana.

—Caían como moscas —repitió Mark en voz baja—. Casualmente, uno de ellos era Darnell. ¿Crees que estará bien?

Alec le lanzó una mirada de «eres más listo que eso» y Mark supo la verdad. Sintió algo de pena. Todo había sido una locura desde la llegada del iceberg y no se había dado cuenta hasta ese instante: Darnell probablemente estaba muerto.

—¿Por qué estamos aquí arriba? —preguntó.

Alec le señaló con un dedo.

—Porque es lo que se hace cuando alguien viene a tu casa y ataca a tu gente: contraatacas. No voy a dejar que estas sanguijuelas se libren de su mierda de actos.

Mark pensó en Darnell, en todas esas personas heridas y confundidas, y comprendió que Alec tenía razón.

—Vale, cuenta conmigo. ¿Qué vamos a hacer?

—Antes que nada, tenemos que abrir esta maldita puerta. Ayúdame a ver si encontramos algo para conseguirlo.

Mark deambuló por la habitación, aunque la luz era ínfima.

—¿Y por qué estamos parados en el aire?

—Mira que te gusta hacer preguntas que no puedo contestar. Tú sigue buscando con los ojos bien abiertos.

—Vale, vale.

Al principio, Mark solo vio trastos y más trastos: recambios, herramientas, cajas llenas de provisiones, desde jabón a papel higiénico. Entonces vislumbró algo sujeto con una correa a la pared que supo que a Alec le gustaría: una almádena.

—¡Eh, ahí! —gritó. Sacó el objeto por encima de las correas y lo sopesó en las manos—. Es buena y pesada, perfecta para que eches la puerta abajo con tus descomunales brazos de soldado.

—No son tan fuertes como antes.

El viejo oso sonrió y la luz tenue brilló en sus ojos cuando cogió el mango de madera del mazo. Se acercó a la puerta y comenzó a aporrearla. No tenía ninguna posibilidad, pero Mark se imaginó que podía merecer la pena gastar un par de minutos en intentar echarla abajo. Solo esperaba que cuando se abriera no hubiese un ejército de matones con trajes verdes aguardándoles al otro lado.

Pam, pam, pam. Alec siguió golpeando y aumentando el tamaño de las abolladuras.

Mark curioseó un poco más, con la esperanza de encontrar alguna clase de arma que le sirviera cuando al fin se abriese la puerta; al menos, Alec tenía un mazo enorme que blandir. Algo en un rincón oscuro de la habitación atrajo su atención: una

sección llena de estuches de tal vez medio metro de largo y treinta centímetros de alto que parecían proteger algo importante. Algunos estaban abiertos y vacíos; otros, cerrados.

Se acercó y forzó la vista, pero estaba demasiado oscuro para distinguir nada. Cogió uno de los estuches cerrados —era más ligero de lo que suponía—, volvió a la luz y después lo dejó sobre la rejilla metálica del suelo. Se inclinó y por fin le echó un buen vistazo.

Un símbolo de advertencia cubría la parte superior, uno como los que indican que el contenido representa algún tipo de peligro biológico. En una etiqueta debajo del símbolo se leía:

Virus VC321xb47
Altamente contagioso
24 dardos, extrema precaución

De pronto, Mark deseó no haber tocado aquello.

CAPÍTULO 7

Mark se irguió y se apartó unos pasos. No podía creer que hubiese tocado aquella caja. Podría incluso haberla abierto si no la hubiese llevado antes a la luz. Por lo que sabía, los dardos se habían roto durante el vuelo del iceberg; quizás el virus se hubiera filtrado por las pequeñas rendijas del envase. Por no mencionar que había estuches abiertos en las estanterías, aunque parecían vacíos.

Se limpió las manos en el pantalón y se apartó aún más.

Pam, pam, pam.

Alec paró, resoplando.

—Uno o dos golpes más y creo que este chisme se abrirá. Tenemos que prepararnos. ¿Has encontrado algún arma?

Mark no se encontraba bien. Se sentía como si unos bichos microscópicos hubieran saltado del estuche a su piel y estuvieran abriéndose camino hacia su sangre mientras estaba allí de pie.

—No, solo una caja con dardos llenos de un virus mortal. Tal vez podríamos lanzarles unos cuantos —lo dijo de broma, pero en cierto modo se sintió mal cuando las palabras salieron de su boca.

—¿Qué? ¿Un virus? —repitió Alec con tono escéptico y se acercó a echar un vistazo al estuche del suelo—. ¡Me cag…! Así que ¿esto es lo que nos estaban disparando? ¿Quién es esta gente?

A Mark le entró el pánico.

—¿Y si están esperando al otro lado de la puerta? —preguntó—. Esperando para clavarnos un dardo en el cuello. ¿Qué estamos haciendo aquí arriba? —Oyó la alarma creciente en su voz y se avergonzó por ello.

—Cálmate, chaval; hemos estado en situaciones más difíciles que esta —respondió Alec—. Tú busca algo, lo que sea, que puedas agarrar para golpear a alguien en la cabeza si atacan. ¿Quieres que esta gente se escape después de haber disparado dardos a tus amigos? Ahora estamos aquí arriba. No hay vuelta atrás.

El espíritu de lucha latente en la voz de Alec le reconfortó y le dio confianza.

—Vale, buscaré algo.

—¡Date prisa!

Mark había visto una llave inglesa sujeta a la pared junto a la almádena. Corrió a cogerla. Pensaba que aparecería un arma de verdad, pero de momento aquella pieza metálica de treinta centímetros de largo serviría.

Alec tenía el mazo en sus manos, preparado para golpear el apaleado picaporte de la puerta.

—Tienes razón, puede que nos disparen en cuanto se abra la puerta. No embistamos como un par de gorilas estúpidos. Tú ponte ahí y espera mi orden.

Mark obedeció y apretó la espalda contra la pared al otro lado de la puerta, sujetando la llave inglesa con fuerza.

—Estoy preparado.

El miedo latía en su interior.

—Muy bien, entonces.

Alec levantó el mazo y luego lo bajó con ímpetu hacia el picaporte. Hicieron falta dos golpes más para que por fin se rompiera con un crujido. Un mazazo más y la puerta se abrió, disparada hacia fuera, hasta chocar contra la pared del otro lado. Casi inmediatamente después, tres dardos cortaron el aire, *zum, zum, zum*, y rebotaron en la pared del fondo. Entonces se oyó algo que repicaba contra el suelo, seguido de unos pasos que huían. Era solo una persona.

Alec alzó una mano como si creyera que Mark iba a salir detrás de aquel tipo y se asomó por el marco de la puerta.

—Despejado. El canalla debe de haberse quedado sin dardos, porque ha tirado el arma al suelo. Estoy empezando a creer que este iceberg solo llevaba a unas cuantas personas a bordo. Venga, vamos a por esa rata.

Alec se inclinó un poco más hacia el espacio abierto y miró a ambos lados por última vez. Luego avanzó hacia la zona débilmente iluminada que había más allá. Mark respiró hondo, le siguió por el pasillo y apartó el arma de una patada, furioso. Cuando retumbó por la habitación y tocó la pared, se acordó de Darnell y de aquel dardo sobresaliéndole del hombro. Deseó tener algo más que una llave inglesa en las manos.

Alec agarraba con fuerza la almádena, ladeada en ángulo, mientras cruzaba el pasillo estrecho. Era ligeramente curvo, como si siguiera la forma exterior de la nave. Cada tres metros había un panel brillante como el que vieron en la sala de la escotilla para suministrar luz. Pasaron ante varias puertas, pero Alec comprobó que estaban cerradas cuando intentó abrirlas.

Mark combatía sus nervios mientras caminaban, tratando de estar preparado por si alguien se le echaba encima. Estaba a punto de preguntarle a Alec por el diseño del iceberg —recordó que el hombre había sido piloto—, cuando oyó un portazo delante y más pasos.

—¡Vamos! —gritó Alec.

A Mark le dio un vuelco el corazón y echó a correr para seguirlo por el pasillo curvo. Solo atisbó una sombra que corría por delante; parecía uno de los que habían visto antes con trajes verdes, sin el protector de la cabeza. La persona gritó algo, pero las palabras se perdieron al retumbar en las paredes del pasillo. Sin duda, era un hombre; lo más probable, el que les había disparado.

Los motores giraron a su alrededor y el iceberg se puso en movimiento, lanzándose hacia delante en una ráfaga de energía. Mark perdió el equilibrio y chocó

contra una pared, rebotó y tropezó con Alec, que estaba despatarrado en el suelo. Ambos se apresuraron a ponerse en pie y cogieron sus armas.

—La cabina de mando está justo ahí —gritó Alec—. ¡Date prisa!

No esperó una respuesta, sino que bajó dando saltos por el pasillo con Mark tras sus talones. Llegaron a un espacio abierto con sillas y una mesa en el preciso momento en que el hombre al que perseguían desaparecía por una escotilla redonda hacia lo que debía de ser la cabina de mando. Empezó a tirar de la puerta para cerrarla, pero Alec lanzó el mazo justo a tiempo. Alcanzó la pared contigua a la escotilla y cayó al suelo, impidiendo que se cerrara la puerta. Mark no se detuvo: pasó corriendo junto a Alec, llegó a la cabina de mando y se asomó al interior sin permitirse pensar en ello.

Echó un vistazo rápido y vio dos asientos de piloto y unas ventanas sobre amplios paneles llenos de instrumentos, diales y pantallas que mostraban información. Uno de los asientos estaba ocupado por una mujer que pulsaba botones desesperadamente mientras el iceberg avanzaba a toda velocidad y los árboles cada vez se alejaban más. Mark apenas había asimilado la situación cuando alguien le embistió por la derecha y ambos cuerpos cayeron al suelo.

Se quedó sin aliento mientras su atacante trataba de inmovilizarlo, pero entonces Alec golpeó al hombre con la almádena y lo mandó por los aires. Aterrizó con un gruñido de dolor y Mark se puso de pie con dificultad, esforzándose por llevar aire a los pulmones. Alec agarró al hombre por su camisa verde y lo levantó para acercárselo a la cara.

—¿Qué pasa aquí? —gritó el antiguo soldado, soltando saliva.

La piloto continuó al cargo de los mandos, ignorando la caótica escena de detrás. Mark se acercó a la mujer, sin estar seguro de qué hacer. Se tranquilizó e imprimió en su voz toda la autoridad que pudo reunir.

—Pare esta cosa inmediatamente. Vuelva atrás, llévenos a casa.

La mujer actuaba como si no le hubiera oído.

—¡Habla! —le gritaba Alec al hombre.

—¡No somos nada! —respondió el individuo con un gemido lamentable—. Nos han enviado a hacer el trabajo sucio.

—¿Os han enviado? —repitió Alec—. ¿Quién os ha enviado?

—No puedo decírtelo.

Mark estaba escuchando lo que sucedía al otro lado de la cabina, pero con enfado por que la piloto hubiera ignorado sus indicaciones.

—¡He dicho que pare esta cosa! ¡Ya! —Levantó la llave inglesa, aunque se sintió totalmente ridículo.

—Solo sigo órdenes, hijo —respondió la señora sin ni una muestra de emoción en su voz.

Mark estaba buscando una réplica ingeniosa cuando el sonido de Alec dándole un puñetazo al hombre atrajo su atención.

—¿Quién os ha enviado? —repitió—. ¿Qué había en los dardos que nos habéis disparado? ¿Alguna especie de virus?

—No lo sé —contestó el hombre lloriqueando—. Por favor, por favor, no me hagas daño —ahora toda la atención de Mark estaba centrada en el hombre del traje verde. Un repentino matiz grisáceo bañó su rostro como si le hubiera poseído una presencia fantasmal—. Hazlo —dijo casi como un robot—. Bájala.

—¿Qué? —exclamó Alec—. ¿Qué es esto?

La piloto giró la cabeza para mirar a Mark, que la observó perplejo: tenía los mismos ojos apagados y muertos que el tipo vestido de verde.

—Solo sigo órdenes.

Empujó una palanca al máximo. El iceberg entero dio bandazos hasta caer al suelo y las ventanas de la cabina de mando de pronto se llenaron de vegetación.

Mark salió disparado sobre el panel de control. Algo enorme se hizo pedazos y el rugido de los motores inundó sus oídos; hubo un gran estrépito, seguido de una explosión. El iceberg frenó en seco, y algo duro atravesó volando la cabina y golpeó a Mark en la cabeza.

Sintió el dolor y cerró los ojos antes de que la sangre le nublara la visión. Y entonces, lentamente, perdió la conciencia mientras oía a Alec decir su nombre en un túnel oscuro e interminable.

«Un túnel, ¡qué apropiado!», pensó antes de desmayarse del todo. Al fin y al cabo, ahí era donde había empezado…

CAPÍTULO 8

Mark apoya la cabeza en el asiento del subtrans mientras avanza a toda velocidad. Cierra los ojos, sonríe. Las clases han sido una carga ese día, pero se han acabado. Ya no volverá hasta dentro de dos semanas. Ahora puede relajarse, limitarse a holgazanear: jugar a la VirtBox y comer escandalosas cantidades de comida. Salir con Trina, hablar con Trina, darle la lata a Trina. A lo mejor se despedía de sus padres y la secuestraba, huía. Eso es.

Abre los ojos.

La chica está sentada frente a él y le ignora por completo. No tiene ni idea de que fantasea con ella, ni siquiera de que está loco por ella. Son amigos desde hace mucho tiempo, más que nada por las circunstancias: cuando eres el vecino de un niño, se convierte en tu colega por las reglas del universo. Hombre, mujer o alienígena, no importa. Pero ¿cómo iba a saber él que se convertiría en aquella belleza de cuerpo imponente y ojos deslumbrantes? Claro, el único problema es que también le gusta al resto de chicos del colegio. Y a Trina le gusta gustar. Eso es evidente.

—Eh —dice. El subtrans recorre como una bala los túneles bajo la ciudad de Nueva York, susurra en voz baja, su movimiento es casi reconfortante. Le dan ganas de volver a cerrar los ojos—, ¿en qué estás pensando?

Ella le mira a los ojos y su rostro se ilumina con una sonrisa.

—En nada en absoluto. Eso es lo que voy a hacer durante dos semanas: no pensar. Si empiezo a pensar, pensaré mucho en no pensar hasta que deje de pensar.

—Vaya. Eso suena difícil.

—No, es divertido. Solo los portentos saben cómo hacerlo.

Esta es una de esas situaciones en las que Mark siente la ridícula necesidad de decirle que le gusta, invitarla a una cita oficial, extender el brazo y cogerla de la mano. Pero, en lugar de eso, brotan las habituales palabras absurdas:

—Oh, sabia de las sabias, tal vez puedas enseñarme ese método de pensar en no pensar.

La cara de ella se frunce un poco.

—Eres un cretino.

Oh, sí, la tiene en el bolsillo. Le apetece refunfuñar, tal vez darse un puñetazo en la cara.

—Pero me gustan los cretinos —dice ella para suavizar el golpe.

Y él vuelve a sentirse bien.

—Bueno… ¿Cuáles son tus planes? ¿Os vais a alguna parte, os quedáis en casa o qué?

—Puede que vayamos a ver a mi abuela unos cuantos días, pero estaremos en casa la mayor parte de las vacaciones. Se supone que voy a salir con Danny en algún momento, pero no hay nada en firme. ¿Y tú?

Le ha hecho bajar unos cuantos niveles. Con esta chica hay demasiadas subidas y bajadas.

—Huuum, sí. Quiero decir, no. Es que estamos… Nada. Me sentaré por ahí a comer patatas fritas. A eructar mucho. Contemplaré cómo malcrían a mi hermana pequeña con regalos.

Madison. Sí, es una malcriada, pero Mark tiene la mitad de la culpa.

—Quizá podamos salir por ahí, entonces.

Y vuelve a subir de nivel.

—Sería estupendo. ¿Qué te parece cada día? —es lo más atrevido que le ha dicho jamás.

—Vale. Tal vez hasta podamos… —mira a su alrededor con exagerada cautela para luego volver a centrarse en él— darnos un beso a hurtadillas en tu sótano.

Durante un largo segundo, él cree que lo dice en serio, se le para completamente el corazón y el vello se le levanta como soldados en posición de firmes por la piel. El rubor le hace arder el pecho.

Pero entonces ella empieza a reírse como una loca. No con malicia, incluso él advierte cierto coqueteo auténtico en alguna parte, pero se da cuenta de que Trina los ve como colegas de toda la vida y nada más, de que la idea de besarse en el sótano es una soberana tontería. Así que decide abandonar sus propias intenciones por un tiempo.

—Qué graciosa eres —dice—. Me desternillo por dentro.

Trina deja su risita tonta y empieza a abanicarse la cara con la mano.

—Lo haría en serio, ¿sabes?

La última palabra apenas ha salido de sus labios cuando las luces se apagan.

El subtrans pierde toda la potencia y comienza a disminuir su velocidad; Mark casi se cae del asiento hacia el regazo de Trina. En otro momento quizás habría sido algo bueno, pero ahora está asustado. Ha oído que en el pasado sucedían cosas como esta, pero en toda su vida nunca se ha ido la luz bajo tierra. Se encuentran en la más absoluta oscuridad. La gente empieza a gritar. El cerebro no está preparado para quedar sumido en tal oscuridad sin previo aviso… Da miedo. Al fin, la luz de unos teléfonos de pulsera la interrumpe un poco.

Trina le coge la mano y se la aprieta.

—¿Qué pasa? —se limita a preguntar.

Él se siente más tranquilo porque ella no parece tener mucho miedo, y eso le hace entrar en razón. Aunque no haya pasado antes, estaba claro que tarde o temprano el subtrans iba a terminar estropeándose.

—Un fallo, supongo.

Saca su teléfono móvil —no es tan rico como para permitirse uno sofisticado de

muñeca—, pero curiosamente no tiene cobertura y vuelve a metérselo en el bolsillo.

Se encienden las luces amarillas de emergencia, unas líneas que recorren el techo del tren. Son tenues, pero suponen un grato alivio tras la ceguera previa. La gente a su alrededor se levanta y mira el vagón de un lado a otro, intercambiando susurros frenéticos. Susurrar parece lo más apropiado en este tipo de situación.

—Al menos, no tenemos prisa —dice Trina. Entre susurros, por supuesto.

Mark ha perdido la sensación inicial de pánico. Ahora lo único que quiere es preguntarle a qué se refería cuando dijo: «Lo haría en serio, ¿sabes?». Pero han derribado y acabado del todo con aquel instante. Es el momento menos adecuado.

El tren se zarandea. Solo un poco. Tiembla más que nada, como una fuerte vibración. Pero es inquietante y todos vuelven a gritar, no dejan de moverse. Mark y Trina intercambian una mirada llena de curiosidad con una pizca de miedo.

Dos hombres se dirigen atropelladamente hacia las puertas de salida e intentan hacer fuerza para abrirlas. Al final lo consiguen y salen a la pasarela para peatones que recorre el túnel. Como un grupo de ratas escapando de un incendio, el resto de pasajeros los sigue, empujando y maldiciendo hasta que todos están fuera. En cuestión de dos o tres minutos, Mark y Trina se quedan solos en el vagón del subtrans mientras la luz tenue brilla sobre sus cabezas.

—No tengo claro que eso sea lo que debamos hacer —dice Trina, que por alguna razón sigue susurrando—. Estoy segura de que pronto este trasto volverá a ponerse en marcha.

—Sí —afirma Mark. El vagón continúa temblando ligeramente, lo que aumenta su preocupación—. No sé… La verdad es que parece que algo vaya muy mal.

—¿Crees que deberíamos marcharnos?

Lo piensa un instante.

—Sí. Si nos quedamos aquí sentados, puede que me vuelva loco.

—Vale, a lo mejor tienes razón.

Mark se levanta y Trina le imita. Caminan hacia las puertas abiertas y después salen a la pasarela. Es estrecha y no tiene barandilla, lo que la haría muy peligrosa si el tren volviera a ponerse en marcha en ese momento. Las luces de emergencia se han encendido también en el túnel, pero apenas detienen la casi palpable oscuridad de aquel lugar a mucha distancia bajo tierra.

—Han ido por ahí —observa Trina, señalando hacia su izquierda.

Algo en su tono de voz le indica a Mark que deberían ir en la otra dirección. Está de acuerdo con ella.

—Bueno… Por la derecha, entonces —responde con un gesto afirmativo de la cabeza.

—Sí, no quiero estar cerca de ninguna de esas personas. Ni siquiera sé por qué.

—Eran como una turba.

—Vamos.

Ella le tira del brazo cuando empieza a caminar por el estrecho saliente. Ambos

pasan una mano por la pared, casi apoyándose en ella para asegurarse de no caer a las vías. El muro está vibrando, pero no tanto como el tren. Quizá lo que sea que haya causado el apagón por fin ha empezado a calmarse. A lo mejor no ha sido más que un simple terremoto y todo va bien.

Llevan caminando diez minutos, sin pronunciar palabra, cuando oyen unos gritos delante. No, no son solo gritos. Es algo más. Terror en estado puro, como si estuvieran matando a alguien brutalmente. Trina se detiene y gira la cabeza para mirar a Mark. Cualquier duda —o esperanza, más bien— se desvanece.

Algo horrible ha sucedido.

El instinto de Mark es darse la vuelta y salir corriendo en dirección contraria, pero se avergüenza de sí mismo cuando Trina abre la boca y demuestra lo valiente que es:

—Tenemos que ir allí para ver qué está pasando… y si podemos ayudar.

¿Cómo va a negarse? Corren, con tanto cuidado y tan rápido como pueden, hasta llegar al ancho andén de una subestación. Y entonces paran. La escena ante ellos es demasiado espantosa para que la mente de Mark le encuentre sentido. No obstante, sabe que nada en su vida volverá a ser igual.

El suelo está lleno de cuerpos, desnudos y quemados. Los alaridos de dolor le atraviesan los tímpanos y retumban en las paredes. Hay gente moviéndose con dificultad, con los brazos encendidos, la ropa ardiendo y los rostros medio derretidos como si fuesen de cera. Hay sangre por todas partes. Y una insoportable oleada de calor inunda el aire, como si estuvieran dentro de un horno.

Trina se da la vuelta y le coge de la mano, con una expresión de terror que a Mark se le quedará grabada para siempre. Vuelve a tirar de él para regresar corriendo por donde han venido.

El chico piensa todo el rato en sus padres, en su hermana pequeña.

En su mente los ve ardiendo en algún lugar. Ve a Madison chillando.

Y se le rompe el corazón.

CAPÍTULO 9

—¡Mark!

La visión se había ido, pero el recuerdo del túnel todavía oscurecía su mente como una especie de lodo.

—¡Mark! ¡Despierta!

Era la voz de Alec, sin duda, gritándole. ¿Por qué? ¿Qué había ocurrido?

—¡Despierta, maldita sea!

Mark abrió los ojos y parpadeó por la luz brillante del sol que se filtraba entre las ramas muy por encima de él. Entonces apareció el rostro de Alec, que le tapó la luz, y pudo ver con más claridad.

—Ya era hora —dijo el viejo oso, y suspiró exageradamente—. Estaba empezando a entrarme el pánico, chaval.

Fue entonces cuando Mark percibió un gran dolor de cabeza. Se había despertado más despacio que él, pero se intensificaba dentro del cráneo y lo notaba tan grande como el cerebro. Gruñó y, al llevarse las manos a la frente, tocó la sangre seca.

—¡Ay! —fue lo único que pudo decir antes de volver a gruñir.

—Sí, te diste un buen golpe cuando nos estrellamos. Tienes suerte de estar vivo. Y de tenerme como ángel de la guarda para esconderte.

Mark pensó que levantarse sería mortal, pero tenía que hacerlo. Se preparó para el tormento y se incorporó. Parpadeó para deshacerse de los puntitos en su visión y esperó a que el dolor de la cabeza y el cuerpo disminuyera. Después miró a su alrededor.

Estaban en un claro rodeado de árboles. Unas raíces retorcidas se abrían camino entre las agujas de pino y las hojas caídas. A unos treinta metros de distancia, los restos del iceberg yacían entre dos robles gigantescos, casi como si acabara de brotar allí una especie de flor metálica enorme. Doblado y retorcido, soltaba chispas y humeaba, aunque no había fuego.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mark, todavía desorientado.

—¿No te acuerdas?

—Bueno, no desde el momento en que algo me golpeó la cabeza.

Alec alzó las manos al cielo.

—Pues no gran cosa: nos estrellamos y arrastré tu trasero hasta aquí. Entonces me senté a observar cómo dabas vueltas como si tuvieras una pesadilla. ¿Vuelven los recuerdos?

Mark se limitó a asentir con la cabeza. No quería pensar en eso.

—Rebusqué por el iceberg todo lo que pude —dijo Alec, cambiando de tema, y

Mark le agradeció que no siguiera profundizando—. Pero el humo de los motores era demasiado. En cuanto puedas caminar sin poner los ojos en blanco, iré a investigar más. Descubriré quién es esta gente y por qué hizo lo que hizo, aunque sea lo último que haga.

—Vale —respondió Mark. Entonces le asaltó una idea, seguida de un estado de alarma—. ¿Qué hay del virus que vimos? ¿Y si los envases y los dardos se han roto y ahora están desparramados por todas partes?

Alec extendió la mano para darle unas palmaditas en el pecho.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes. Tuve que cruzar la sala de la escotilla para salir y vi los estuches: siguen cerrados y a salvo.

—Bueno…, ¿cómo funciona un virus? Me refiero a… ¿Hay alguna posibilidad de que lo hayamos contraído? ¿Lo sabríamos? —No le gustaba esa incertidumbre—. Por otro lado, ¿qué tipo de virus crees que es?

Alec dejó escapar una risita.

—Hijo, esas son un montón de buenas preguntas para las que no tengo respuesta. Tendremos que preguntar a nuestra experta cuando volvamos, a lo mejor Lana ha oído hablar de esa cepa. Pero supongo que, a menos que pilles un mal resfriado, no me preocuparía demasiado. Recuerda que dejó inconsciente a los demás de inmediato y tú sigues en pie.

Las palabras del estuche aparecieron en la cabeza de Mark e intentó relajarse. «Altamente contagioso».

—Lo tendré presente —dijo con cautela—. ¿A qué distancia del asentamiento crees que volamos?

—Ni idea. Tal vez haya un buen paseo para regresar, pero no creo que sea mucho.

Mark se volvió a tumbar en el suelo, cerró los ojos y se los cubrió con un brazo.

—Dame unos minutos. Luego deberíamos inspeccionar la nave… Quién sabe lo que podemos llegar a encontrar.

—Hecho.

Media hora más tarde, Mark volvía a estar dentro del iceberg y apartaba a patadas los escombros, solo que ahora caminaba por una pared en vez de por el suelo enrejado.

Era desorientador que el iceberg estuviera de lado; le confundía y empeoraba el estado de su estómago, ya revuelto, y el dolor de cabeza, pero estaba igual de decidido que Alec a encontrar algo que les dijera a quién pertenecía el iceberg. Sin duda, ya no estaban a salvo en su morada de la colina.

La mejor pista hubieran sido los sistemas informáticos, pero Alec había probado esa vía en vano: estaban apagados, fundidos. Aunque a lo mejor encontraban un teléfono móvil o una agenda electrónica en alguna parte entre los escombros y, con suerte, no estaría roto. Hacía mucho tiempo que Mark no se topaba con tecnología de ese tipo. Tras las erupciones solares se quedaron con lo único que no se había frito y

las baterías no duraron mucho. Pero si uno poseía un iceberg, probablemente también tuviera baterías.

Un iceberg. Estaba dentro de un iceberg. Ahora empezaba a darse cuenta de lo mucho que había cambiado el mundo en tan solo un año. Hubo un tiempo en que ver un iceberg era tan fascinante como ver un árbol. Y un día atrás habría dicho que jamás volvería a ver uno. Ahora estaba allí, revolviendo en el que había ayudado a destrozar, a la rebusca de secretos. Era apasionante, aunque todo lo que hubiese visto hasta entonces fuera basura, ropa, piezas rotas de la nave y más basura.

Y entonces dio en el blanco: una agenda en total funcionamiento. Estaba encendida; la brillante pantalla atrajo la atención de Mark. Se hallaba entre un colchón y el pie de una litera en una de las pequeñas cabinas. La apagó en cuanto la sacó de allí. Si se le acaba la batería a ese chisme, no habría manera de recargarla.

Encontró a Alec en una cabina diferente, inclinado sobre un baúl personal y maldiciendo mientras intentaba abrirlo.

—Eh, mira lo que tengo —anunció orgulloso, y alzó la agenda electrónica para que la viera el hombre—. ¿Y tú?

Alec se incorporó y los ojos se le iluminaron al ver el hallazgo.

—No he encontrado ni una puñetera cosa y estoy empezando a hartarme de buscar. Echémosle un vistazo a eso.

—Me preocupa que se agote la batería —dijo Mark.

—Sí, bueno, mayor motivo para examinarla ahora, ¿no crees?

—Pues hagámoslo fuera. Estoy cansado de toda esta porquería.

Se sentaron juntos para mirar la agenda electrónica bajo la sombra de un árbol mientras el sol se abría camino penosamente en el cielo. Mark juraría que el tiempo transcurría más despacio cuando aquella cosa estaba ahí arriba, cayendo sobre ellos con sus rayos excepcionalmente potentes. No dejaba de secarse el sudor de las manos mientras controlaba las funciones de la pantalla de la agenda electrónica.

Una agenda electrónica… Parecía cualquier cosa menos eso: juegos, libros, antiguos noticiarios previos a las erupciones solares… Había un diario personal que podría haber aportado información interesante si se hubiera actualizado hacía poco, pero no muchas cosas relacionadas con el trabajo.

Hasta que finalmente encontraron un mapa. No cabía duda de que no funcionaba con los viejos satélites GPS, puesto que todos se destruyeron en el holocausto radioactivo de las erupciones solares. Pero parecía tener conexión con el rastreador del iceberg; quizás estaba controlado por un radar de la vieja escuela u otro tipo de tecnología de onda corta. Y había un registro de todos los viajes que había hecho la nave ahora destrozada.

—Mira esto —dijo Alec, señalando un punto en el mapa. Todas las líneas que indicaban los vuelos del iceberg terminaban siempre regresando ahí—. Sin duda se trata de su cuartel general, su base o como quieras llamarlo. Y, a juzgar por las coordenadas y lo que sé de la cadena montañosa que llamamos hogar, no puede estar

a más de ochenta o noventa kilómetros de distancia.

—A lo mejor es una antigua base militar —sugirió Mark.

Alec lo consideró.

—Un búnker, quizá; tendría sentido que hubiera algo así en las montañas. Y vamos a ir allí, chaval. Cuanto antes, mejor.

—¿Ahora mismo? —Mark sabía que su cerebro estaba aún confundido por el golpe recibido en el accidente, pero seguramente el viejo no querría ir caminando hasta allí antes de volver al asentamiento.

—No, ahora mismo no. Tenemos que regresar a casa para averiguar qué ha pasado allí, ver si Darnell está bien… y los demás.

A Mark se le cayó el alma a los pies ante la mención de Darnell.

—¿Sabes lo que vimos en ese iceberg, los estuches de los dardos? Es imposible que esa gente se haya tomado tantas molestias solo para lanzar la gripe.

—Tienes razón. No me gusta nada, pero tienes razón, chaval. No espero que haya buenas noticias cuando volvamos, pero debemos ir igualmente. Así que vamos.

Alec se levantó y Mark lo imitó, guardándose la agenda electrónica en la parte trasera del pantalón. Prefería regresar al pueblo a buscar un búnker.

Partieron. Mark seguía con la cabeza atontada y dolorida, pero cuanto más lejos llegaban y más se le aceleraba el pulso, mejor se sentía. Árboles y sol, arbustos y raíces, ardillas, bichos y serpientes. El aire era caliente pero fresco; un olor similar a savia y tostada quemada le llenaba los pulmones.

El iceberg les había llevado mucho más lejos de casa de lo que pensaban y terminaron acampando dos noches en el bosque, donde descansaron lo justo para recuperar fuerzas. La caza menor de Alec con su cuchillo era lo único que les proporcionaba comida. Por fin se aproximaron al asentamiento a última hora de la tarde del tercer día tras el ataque del iceberg.

Mark y el viejo soldado estaban a menos de dos kilómetros cuando les llegó el hedor a muerte como una nueva oleada de calor insoportable.

CAPÍTULO 10

Quedaban pocas horas para que el sol se pusiera cuando llegaron al pie de la colina bajo las alejadas chozas y cabañas.

Mark arrancó un buen trozo de tela de la parte inferior de su camiseta y se tapó con él la nariz y la boca. Lo presionó con fuerza mientras ascendían por la última cuesta antes de llegar al pueblo. El olor era espantoso. Podía saborearlo con la lengua —húmedo, podrido, mohoso— y notar que bajaba hacia el estómago, como si se hubiera tragado algo en descomposición. Dio un paso tras otro y se aguantó las ganas de vomitar, a la espera de ver, ansioso, los horrores que aguardaban tras el ataque.

Darnell.

No tenía esperanzas respecto a su amigo; había aceptado, con gran tristeza, que podía estar muerto. Pero ¿y Trina? ¿Lana? ¿Niebla y el Sapo? ¿Estaban vivos? ¿O habrían contraído algún virus peligroso? Se detuvo cuando Alec extendió una mano y se la apoyó en el pecho.

—Vale, escúchame —dijo el anciano con la voz amortiguada detrás de su propia banda de tela—. Debemos aclarar un par de cosas antes de llegar ahí arriba. No podemos permitir que nuestras emociones lo controlen todo. No importa lo que veamos, nuestra prioridad número uno tiene que ser salvar a cuantos nos sea posible.

Mark asintió y se movió para continuar avanzando, pero Alec le detuvo.

—Mark, necesito saber que estamos de acuerdo —hablaba con el ceño muy fruncido, una expresión que evocaba la de un profesor disgustado—. Si subimos ahí y empezamos a abrazar a la gente, a llorar y a intentar hacer cosas sin sentido con las personas que ya no tienen ninguna oportunidad, únicamente porque estamos consternados…, a la larga solo conseguiremos perjudicar a más personas. ¿Lo entiendes? Tenemos que pensar a largo plazo. Y aunque suene egoísta, debemos protegernos a nosotros primero. ¿Lo pillas? A nosotros. No podremos ayudar a nadie si estamos muertos.

Mark le miró a los ojos y vio dureza en ellos. Sabía que Alec tenía razón. Con la agenda electrónica, el mapa y los datos que tenían sobre los del iceberg, era evidente que estaba pasando algo muy importante.

—¿Mark? —dijo Alec, chascando los dedos para atraer su atención—. Háblame, chaval.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Mark—. Si alguien parece enfermo, si es que esos dardos de verdad enferman a la gente, ¿me alejo?

Alec retrocedió un paso, con el rostro demacrado por una expresión que Mark no acertó a comprender.

—Dicho así, no suena muy bien, pero has dado en el clavo. No podemos arriesgarnos a enfermar, Mark; no sabemos qué vamos a encontrar ahí arriba, a qué nos enfrentamos. Solo digo que debemos estar preparados… Y si dudamos de alguien…

—Dejamos que se los coman los animales —le interrumpió Mark fríamente con la esperanza de herirle.

El antiguo soldado se limitó a sacudir la cabeza.

—No sabemos qué nos espera, chaval. Subamos a ver qué descubrimos, encontremos a nuestros amigos. Pero no hagas estupideces, es lo único que te digo. No te acerques a nadie y, desde luego, no toques a nadie. Mantén la tela tapando esa bonita cara tuya, ¿entiendes?

Mark lo entendía. Por lo menos, tenía sentido guardar cierta distancia con las personas a las que habían disparado dardos. «Altamente contagioso». Las palabras volvieron a cruzar su mente y supo que Alec tenía razón.

—Entiendo. No haré estupideces, lo prometo. Te sigo.

El rostro de Alec reflejó compasión, algo que Mark no veía con frecuencia. Había auténtica bondad en sus ojos.

—Hemos ido y vuelto del infierno, chaval. Lo sé. Pero nos ha endurecido, ¿verdad? Haremos lo que haga falta para sobrevivir una vez más —alzó la vista hacia el sendero que llevaba al pueblo—. Esperemos que nuestros amigos estén bien.

—Esperemos —repitió Mark, y ajustó la tela que le tapaba la cara.

Alec asintió con dureza, de nuevo profesional, y comenzó a subir la colina. Mark aunó esfuerzos, juró que apartaría sus sentimientos por el momento y le siguió.

Acababan de llegar a la cima de la montaña cuando el origen de aquel espantoso olor quedó claramente a la vista.

Había muchísimos cadáveres.

A las afueras del pueblo, encontraron una estructura de madera, grande y sencilla, cuyo fin al principio era cobijar de la lluvia; después, cuando se construyeron edificios de mejor calidad, sirvió para almacenar cosas temporalmente. Tenía tres paredes y una fachada abierta, y se colocó un tejado de paja y barro para mantener el interior lo más seco posible. Todos lo llamaban el Inclinado porque, pese a ser resistente, parecía ladearse hacia la falda de la montaña.

Alguien había decidido meter a los muertos en el Inclinado.

Mark estaba horrorizado. No debería estar allí. En el último año había visto más muertos que los que habrían visto en toda su vida cien empleados de pompas fúnebres en el pasado, pero de todas maneras era estremecedor.

Había al menos veinte cadáveres, colocados uno al lado de otro a lo largo del suelo. Los rostros de la mayoría estaban cubiertos de sangre por la nariz, la boca, los ojos y las orejas. Y, a juzgar por el color de su piel y el olor, llevaban muertos uno o dos días. Una ojeada rápida reveló que Darnell no se encontraba en el grupo. Pero Mark no se permitió tener esperanza. Apretó más la tela contra la nariz y la boca y se

obligó a apartar la mirada de aquella masacre. Le sería imposible comer en un futuro próximo.

A Alec no pareció desconcertarle tanto: mantenía la vista clavada en los cadáveres con una expresión más de frustración que de repugnancia. A lo mejor quería meterse ahí dentro a examinar los cuerpos para intentar averiguar lo sucedido, pero sabía que sería una estupidez.

—Entremos al pueblo —dijo Mark— y busquemos a nuestros amigos.

—Vale —fue la respuesta de Alec.

Aquel lugar era un pueblo fantasma. No había más que polvo, madera seca y aire caliente.

No se veía a nadie por los caminos ni por los callejones, pero Mark distinguió algunos ojos que se asomaban por las ventanas, las tablillas y las grietas de los caóticos edificios. No conocía a todos los del campamento —ni de lejos—, pero estaba seguro de que alguien le habría reconocido ya.

—¡Eh! —gritó Alec, sobresaltándole—. ¡Soy Alec! ¡Que salga alguien y nos cuente qué ha pasado desde que nos fuimos!

Una voz ligeramente amortiguada y que provenía de encima de sus cabezas respondió:

—Todo el mundo se esconde dentro desde la mañana en que llegó el iceberg. Los que ayudaron a las personas a las que alcanzaron los disparos…, casi todos enfermaron y murieron también. Solo duraron un poco más.

—Fueron los dardos —respondió Alec a gritos para asegurarse de que le oían cuantos estuvieran lo bastante cerca—. Podría ser un virus. Nos subimos al iceberg, que se estrelló a unos dos días de aquí, y encontramos un estuche con los dardos que nos dispararon. Bien podrían haber infectado a la gente con… algo.

La gente murmuraba; los susurros provenían del interior de los refugios, pero nadie respondió a Alec. Este se volvió hacia Mark:

—Alegrémonos de que hayan sido lo bastante listos para refugiarse en sus casas. Si hay alguna clase de virus, tal vez eso haya impedido que se extienda como un reguero de pólvora. ¡Quién sabe! Si se han quedado todos dentro y nadie más está enfermo, podría haberse acabado con esos pobres bobos del Inclinado.

Mark le lanzó una mirada escéptica.

—Espero que tengas razón.

Unas pisadas interrumpieron a Alec antes de que pudiese responder. Ambos se dieron la vuelta para mirar hacia el centro del pueblo, justo a tiempo de ver a Trina doblar corriendo una esquina, hacia ellos. Estaba sucia y sudorosa, con una expresión agitada, pero se le iluminaron los ojos al ver a Mark y él supo que a él le había sucedido lo mismo. Parecía sana, lo que le alivió. Corría hacia él y no mostraba ninguna intención de aflojar el paso hasta que Alec la detuvo.

Se colocó entre Mark y ella con las manos extendidas. Trina derrapó al parar.

—Vale, chicos —dijo Alec—, seamos prudentes antes de empezar a abrazarnos. Nunca se es demasiado cauto.

Mark esperaba que Trina discutiera un poco, pero asintió y respiró hondo.

—Vale. Es que estaba… Es que estaba muy contenta de veros aquí. Pero daos prisa, tengo que enseñaros algo. ¡Vamos!

Les hizo señas con los brazos, se dio la vuelta y salió a la carrera por donde había venido.

Mark y Alec la siguieron sin vacilar, corriendo por el callejón principal del pueblo. Mark oyó gritos ahogados y susurros, y vio dedos que asomaban señalando por los cuartos cerrados ante los que pasaban. Al cabo de varios minutos, Trina se detuvo por fin delante de una pequeña choza cuya puerta habían cerrado con tres listones clavados.

Desde el exterior.

Habían encerrado a alguien.

Y ese alguien estaba gritando.

CAPÍTULO 11

Los alaridos apenas parecían humanos.

Trina retrocedió un par de pasos al llegar a la choza entablada y luego se dio la vuelta para mirar a Alec y Mark. Las lágrimas brotaban de sus ojos y al verla allí, respirando profundamente, Mark pensó que nunca había visto a nadie tan triste, ni siquiera después de toda aquella mierda del fin del mundo por la que habían pasado.

—Sé que es terrible, pero nos obligó a hacerlo —dijo por encima de los gritos del prisionero. Mark advirtió que era un hombre o un chico, pero no tenía ni idea de si era alguien conocido. Los sonidos eran aterradores—. Dijo que se cortaría las muñecas si no lo hacíamos. Y desde entonces ha ido a peor. No sabemos por qué no murió como los demás, pero Lana se aseguró de que fuéramos prudentes desde el principio. Le preocupaba que algo contagioso pudiera propagarse. En cuanto más gente empezó a ponerse enferma, le puso en cuarentena. Ocurrió rápido.

Mark estaba estupefacto. Abrió la boca para hacer una pregunta, pero la cerró. Pensó que sabía la respuesta.

Alec la pronunció en voz alta por él:

—Es Darnell el que está ahí dentro, ¿no?

Trina asintió y una nueva oleada de lágrimas se derramó por su rostro. Mark no deseaba otra cosa que abrazarla durante el resto del día, pero lo único que tenía eran sus palabras.

—Tranquila, Trina, no pasa nada; las dos hicisteis lo correcto. Como dijo Lana, Darnell sabía que podían haberle infectado con algo. Todos debemos ser prudentes hasta saber que esa cosa, sea lo que sea, ha dejado de propagarse.

Nuevos gritos salieron de la cabaña y se filtraron por las grietas. Sonaba como si Darnell estuviera desgarrándose la garganta. Mark se moría por taparse los oídos.

—¡Mi cabeza!

Se volvió bruscamente y miró la cabaña. Era la primera vez que Darnell usaba palabras de verdad. Mark no pudo contenerse: corrió hacia la ventana entablada con un hueco de unos cinco centímetros de ancho en el centro.

—¡Mark! —gritó Alec—. ¡Vuelve aquí!

—¡No pasa nada! —contestó—. No voy a tocarle.

—No me hace ninguna gracia que cojas una horrible enfermedad. Ni pizca.

Mark trató de lanzarle una mirada tranquilizadora.

—Solo quiero ver a mi amigo.

Apretó bien la tela contra la nariz y miró a Alec con las cejas dramáticamente enarcadas.

El hombre gruñó y apartó la vista, pero ahora Trina tenía los ojos clavados en él; saltaba a la vista que se debatía entre detener a Mark o ir con él.

—Tú quédate ahí —le dijo antes de que la chica pudiera moverse.

La voz sonaba amortiguada a través de la máscara, pero ella le oyó con suficiente claridad. Asintió ligeramente y bajó la vista al suelo.

Mark miró el hueco entre los dos tablones de la ventana. Los gritos habían cesado en el interior, pero oía a Darnell gimotear en voz baja, repitiendo cada pocos segundos las mismas palabras.

—Mi cabeza, mi cabeza, mi cabeza.

Avanzó un paso, luego otro. La rendija estaba a tan solo unos centímetros de su rostro. Sujetó bien la tira de tela en la nuca y se aseguró de tener totalmente tapadas la nariz y la boca. Entonces se inclinó hacia delante para asomarse.

Unos rayos de sol que ya estaban perdiendo intensidad atravesaban el suelo de tierra, pero la mayoría de la estancia estaba a oscuras. En uno de los puntos iluminados distinguió los pies y las piernas de Darnell; los tenía pegados al cuerpo, pero la cara se hallaba escondida. Por lo que se intuía, había hundido la cabeza en los brazos.

Los gemidos y murmullos continuaban. Y temblaba de pies a cabeza como si estuviera fuera, en plena ventisca.

—¿Darnell? —le llamó Mark—. Eh…, soy Mark. Sé que estás pasándolas canutas, macho. Lo… lo siento mucho… Eh, cogimos a los mamones que os hicieron esto. Estrellamos su iceberg y todo.

Su amigo no respondió, se quedó ahí, medio en las sombras, temblando y gimiendo. Mascullando esas dos palabras:

—Mi cabeza, mi cabeza, mi cabeza.

A Mark se le cayó el alma a los pies y se sintió vacío por dentro. Había sido testigo de mucho terror y muerte, pero ver a un amigo sufriendo solo… era terrible. Sobre todo porque no tenía ningún sentido. Era innecesario. ¿Por qué alguien iba a hacer esto a otras personas después del infierno que había pasado el mundo? ¿Acaso no era la situación ya bastante mala?

Una rabia repentina se apoderó de él. Golpeó con el puño la madera rugosa de la cabaña y le sangraron los nudillos. Esperaba que alguien pagara por eso algún día.

—¿Darnell? —volvió a llamarle. Tenía que decir algo, hacerlo mejor—: Quizá… quizá seas más fuerte que los demás. Por eso no has muerto. Tú sigue resistiendo, tío; espera a que pase. Te… —palabras vacías, a eso sonaba. Como si estuviera mintiendo a su amigo—. Bueno, el sargento y yo, Trina, Lana o quien sea… vamos a solucionarlo como sea. Tú solo…

De improviso, el cuerpo de Darnell se puso rígido, las piernas salieron disparadas hacia delante y los brazos quedaron tiesos a los lados. Otro grito, peor que el anterior, salió de su garganta; se asemejaba al rugido de un animal encolerizado. Mark retrocedió de un salto por la sorpresa, pero enseguida se inclinó de nuevo, con el ojo

lo más cerca posible de la abertura, aunque sin tocarla. Darnell había rodado hasta el centro de la estancia y su rostro ahora estaba totalmente a la vista bajo un rayo de sol; no dejaba de estremecerse.

La sangre le cubría la frente, las mejillas, la barbilla y el cuello; le apelmazaba el pelo; le manaba de los ojos y los oídos, goteaba de la boca. Al cabo de un rato recuperó el control de los brazos, que apretó contra los laterales de la cabeza, retorciéndose a un lado y a otro como si intentara desenroscársela del cuello. Y los gritos continuaron, interrumpidos por las únicas palabras que parecía conocer:

—¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza!

—Darnell —susurró Mark, aunque sabía que no había modo de hablar con su amigo.

Y a pesar de lo mal y culpable que se sentía, era muy consciente de que no podía entrar ahí para tratar de ayudarle. Sería una gran estupidez.

—¡Mi cabeeeeeezaaaaaa! —gritó Darnell con un interminable gemido de tal ferocidad que Mark volvió a retroceder.

No sabía si soportaría mirar otra vez.

Se oyó movimiento en el interior, el sonido de unos pies arrastrándose. Luego, un fuerte golpe en la puerta. Luego, otro. Y otro.

Pam. Pam. Pam.

Mark cerró los ojos. Sabía lo que significaba ese horrible sonido. Trina apareció a su lado para llevarle hacia sus brazos y apretarle con fuerza mientras temblaba por los sollozos. Alec protestó, pero con poco entusiasmo. Ya era demasiado tarde.

Se oyeron unos cuantos golpes más y luego un último alarido largo y penetrante que terminó en una explosión de gorjeos. Después de eso, Mark oyó que Darnell se desplomaba con una exhalación.

Pese a que le avergonzó pensarlo, lo único que sintió Mark en aquel instante silencioso fue alivio por que aquel suplicio hubiera acabado. Y por que no le hubiera pasado a Trina.

CAPÍTULO 12

Mark nunca había pensado que Alec fuera un hombre tierno, ni remotamente. Pero cuando el soldado se acercó y le separó de Trina, lo hizo con una expresión cariñosa. Luego habló:

—Sé que hemos pasado por muchas cosas juntos —Alec dirigió la mirada hacia la choza en la que estaba Darnell—, aunque oír lo que acabamos de oír puede que haya sido lo peor —calló un instante y después continuó—: Pero no podemos rendirnos ahora. Desde el primer día hemos sobrevivido.

Mark asintió y miró a Trina.

Ella se enjugó una lágrima y le lanzó al soldado una mirada fría.

—Estoy harta de sobrevivir. Al menos, Darnell ya no está en este mundo.

Desde que Mark la conocía, nunca había sonado tan enfadada.

—No hables así —dijo—. Sé muy bien que no lo dices en serio.

Al mirarle, Trina se ablandó.

—¿Cuándo terminará? Sobrevivimos durante meses mientras el sol machacaba el planeta, encontramos dónde construir un refugio, buscamos comida. ¡Hace unos días estábamos riéndonos! Pero entonces… ¿vienen unos tipos en un iceberg, empiezan a disparar dardos y la gente muere? ¿Qué es esto, una especie de broma? ¿Hay alguien ahí arriba burlándose de nosotros, con algún tipo de juego virtual?

La voz se le quebró, rompió a llorar de nuevo y se cubrió la cara con las manos mientras se sentaba en la tierra compacta, con las piernas cruzadas. Sus hombros se agitaban por los sollozos silenciosos.

Mark miró a Alec, cuyos ojos se entrecerraron como si dijeran «es tu amiga, di algo».

—¿Trina? —la llamó Mark en voz baja. Se acercó a ella y se arrodilló a su lado para estrecharle los hombros—. Lo sé… Justo cuando pensábamos que las cosas no podían ponerse peor. Lo siento —no era tan idiota como para intentar que la situación pareciera menos terrible de lo que era en realidad. Aquello era un truco inútil al que todos habían prometido no recurrir hacía mucho tiempo—. Pero te prometo que estaremos juntos en esto —continuó— y haremos lo posible por no contraer lo que sea que haya matado a Darnell y a los demás. Pero si vamos a hacerlo…

Le frotó la espalda y alzó la vista para mirar a Alec en busca de ayuda.

—Tenemos que estar alerta —añadió el hombre—. Es necesario que seamos prudentes, listos e implacables si hace falta.

Mark sabía que era una estupidez tocar a Trina, pero no le importaba; si Trina moría, la verdad era que no estaba seguro de poder seguir adelante.

Ella se apartó las manos de la cara y miró a Alec.

—Mark, levántate y aléjate de mí.

—Trina…

—Hazlo. Ya. Acércate a Alec para que pueda veros a los dos.

Mark obedeció: regresó junto al hombre, que estaba a unos tres metros, y al volverse comprobó que había desaparecido cualquier rastro de la Trina indefensa, llorosa y dispuesta rendirse; la había sustituido la joven resuelta que Mark estaba acostumbrado a ver. Se puso de pie y cruzó los brazos.

—He tenido mucho cuidado desde que vosotros dos subisteis a ese iceberg. Los trajes que esos imbéciles llevaban, los dardos, la rapidez con que la gente a la que disparaban caía y enfermaba… Antes de que Lana nos dijera nada, ya era obvio que algo sucedía. Darnell ha sido la única persona con la que he estado en contacto, pero supo mantener las distancias. Fue él quien se encerró en ese sitio y me obligó a entablarlo —hizo una pausa para coger aire y mirar a cada uno de ellos—. Lo que quiero decir es que no creo que me haya contagiado, sobre todo cuando la enfermedad ha actuado tan rápido en todos los que la contrajeron.

—Ya veo, pero… —empezó a decir Alec, y Trina le interrumpió:

—No he terminado —dijo con una intensa mirada hostil—. Sé que debemos ser prudentes; podría estar enferma. Ya sé que nos hemos tocado, pero intentemos no repetirlo, no hasta que estemos totalmente seguros. Y los tres necesitamos máscaras nuevas y lavarnos la cara y las manos como locos.

A Mark le agradó ver que ya se iba haciendo cargo de la situación.

—A mí me parece bien.

—Desde luego —convino Alec—. Bueno, ¿dónde están los demás? ¿Lana, Niebla y el Sapo?

Trina señaló en unas cuantas direcciones.

—Todo el mundo está refugiado en alguna parte, manteniendo las distancias. Solo por seguridad, hasta que nadie muestre síntomas de estar enfermo. Tal vez un par de días más.

Quedarse de brazos cruzados un día o dos le parecía a Mark la peor idea.

—Me volveré loco si hacemos eso. Encontramos una agenda electrónica con un mapa del lugar de donde salió el iceberg. Reunamos provisiones y larguémonos de aquí… A lo mejor averiguamos algo.

—Estoy de acuerdo —terció Alec—. Deberíamos alejarnos lo máximo posible de este sitio.

—Espera, ¿y qué pasa con Darnell? —preguntó Mark. Aunque sabía lo que iban a contestar, al menos le reconfortó preguntarlo—. ¿Lo enterramos?

Los ojos de Trina y Alec lo dijeron todo: no podían correr el riesgo de acercarse a su cuerpo.

—Llévanos con Lana y los demás —le pidió Alec a Trina—. Luego nos marcharemos.

Mientras buscaban a sus amigos por el pueblo, a Mark le preocupó que algunas personas intentaran unirse a ellos. Pero el miedo había calado hondo y nadie se aventuraba a salir de sus casas. El silencio era extraño e inquietante, aunque sentía ojos siguiéndole por los callejones y senderos. Cuanto más lo pensaba, menos le sorprendía. El mundo ya había castigado a todos lo suficiente… ¿Por qué iban a arriesgarse a cargar con otra cosa?

Recogieron a Niebla y al Sapo de la segunda planta de una cabaña de troncos a las afueras del pueblo, al otro lado del Inclinado y los cadáveres. Trina no estaba segura de dónde se hallaba Lana, pero la encontraron una hora después de salir, dormida detrás de unos arbustos junto al río. Le molestaba que la hubieran pillado durmiendo, pero estaba agotada. En cuanto Mark y Alec se subieron al iceberg y desaparecieron por el bosque, ella asumió el mando: ordenó poner en cuarentena a la gente, colocar los cadáveres en un sitio —les dijo que se aseguraran de llevar guantes y mascarillas— y ayudar a repartir la comida de casa en casa. Nadie del asentamiento sabía exactamente lo que había pasado, pero Lana insistió desde el principio en tener cuidado por si acaso tenían que vérselas con algo contagioso.

—No estoy enferma —concluyó mientras se disponían a dejar el arroyo y volver a la aldea—. Pasó muy rápido… y los que se pusieron enfermos después ya han muerto. Ya tendría que haber notado los síntomas.

—¿Cuánto tardó? —le preguntó Mark—. ¿Cuánto tardó en hacer efecto?

—Todos menos Darnell murieron a las doce horas —respondió—. Se despertaron y mostraron síntomas a las dos o tres. La verdad, creo que si ahora mismo alguien sigue vivo y libre de síntomas, está limpio.

Mark echó un vistazo al grupo: el Sapo estaba inquieto, Niebla miraba al suelo, Alec y Lana se miraban fijamente en lo que parecía ser una conversación silenciosa. Y Trina miraba a Mark. Sus ojos lo decían todo: sobrevivirían a esto igual que habían sobrevivido a todo lo demás.

Volvieron a la Choza una hora más tarde y llenaron las mochilas con toda la comida y provisiones que pudieron cargar. Mientras trabajaban, mantenían la distancia los unos con los otros. La prudencia se convirtió en algo natural. Mark se lavó las manos al menos tres veces durante el frenesí de preparar el equipaje.

Acababan de terminar, cada uno con una mochila bien cargada a la espalda, cuando Niebla se quejó. Mark se dio la vuelta para darle la razón en que el equipaje pesaba mucho, pero al verle la cara se le cayó el alma a los pies.

Estaba pálida y se apoyaba en una mesa con las dos manos. Mark se quedó pasmado; la última vez que la había mirado, la chica estaba bien. Entonces le fallaron las piernas y cayó sobre una rodilla. Se tocó la cara con indecisión, casi como si estuviera preocupada por lo que sentía ahí.

—Me… duele la cabeza —susurró.

CAPÍTULO 13

—¡Todo el mundo fuera! —gritó Lana—. ¡Largo! ¡Ya!

Mark se había quedado sin palabras. Quería hacer lo contrario a lo que acababan de ordenar, quería ayudar a su amiga.

—Id afuera. ¡Luego hablaremos! —insistió Lana, y señaló la puerta.

—Marchaos —dijo Niebla débilmente—. Haced lo que os dice.

Mark y Trina intercambiaron una mirada, pero ella solo dudó un segundo antes caminar hacia la puerta. Alec le pisaba los talones y, tras él, Lana.

Mark se dio la vuelta para irse, pero entonces se dio cuenta de que el Sapo no se había movido.

—Eh… Vamos, hombre. Salgamos ahí fuera para hablar. Niebla, díselo.

—Tiene razón, Sapito —musitó ella. Dejó su mochila en el suelo y se sentó al lado. Mark no se podía creer lo rápido que había pasado de estar bien a literalmente derrumbarse: parecía demasiado débil para estar de pie—. Ve y déjame averiguar qué es esto. A lo mejor he comido algo extraño.

Pero saltaba a la vista que ni ella se creía lo que acababa de decir.

—No podemos seguir abandonando gente —replicó el Sapo, fulminando a Mark con la mirada.

—¡A quién le importa lo que hagas si terminas muerto! —contestó Niebla—. ¿Cómo te sentirías si fuese al revés? Querrías que me marchara. ¡Vete ya! —Eso pareció consumirle una buena dosis de energía. Se desplomó y prácticamente se tumbó.

—Vamos —dijo Mark—, no estamos abandonándola. Solo vamos a salir a hablar.

El Sapo salió a zancadas de la Choza, sin parar de mascullar.

—Todo esto es un desastre, un enorme desastre.

Mark miró a Niebla, pero la chica tenía la vista clavada en el suelo y respiraba hondo.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir.

A continuación se reunieron con los demás.

Decidieron darle una hora para ver qué pasaba, si mejoraba o empeoraba.

O si se quedaba igual.

Fue una locura de hora: Mark era incapaz de quedarse quieto, caminaba de un lado a otro por fuera de la Choza, preocupado a muchos niveles. La idea de que un virus pudiera estar abriéndose camino disimuladamente por su organismo… era

insoportable. Y por el de Trina, también. Quería saberlo ya. Era tan abrumador que se había olvidado de que Niebla podría tenerlo y morir pronto.

—Creo que debemos cambiar de actitud —dijo Lana cuando concluyó el margen de tiempo.

Niebla no había mejorado ni empeorado. Seguía tumbada en el suelo de la Choza y respiraba con regularidad. No se movía ni hablaba.

—¿A qué te refieres? —inquirió Mark, agradecido por que se hubiera roto el silencio.

—Darnell y Niebla han demostrado que no necesariamente hace efecto enseguida.

Alec dio su opinión:

—Deberíamos aprovechar el tiempo del que disponemos, ir a ese lugar del mapa. Y hacerlo lo antes posible —bajó la voz y añadió—: Lo siento, pero tenemos que salir de aquí y ¿qué mejor sitio que donde podemos averiguar lo que está pasando? Fuera lo que fuera lo que contenían esos dardos, causó esta situación. Debemos ir al lugar de donde proceden. A lo mejor hay algo, un medicamento que pueda curar esta enfermedad… Quién sabe.

Todo sonó un poco frío, duro. Pero Mark no podía disentir y, ante todo, tenía ganas de marcharse de allí.

—No podemos abandonar a Niebla —dijo Trina, pero su objeción sonó apagada.

—No nos queda más remedio —contestó Alec.

Lana se levantó, apartándose de la pared en la que había estado apoyada, y se sacudió los pantalones.

—No tenemos que sentirnos culpables por esto —murmuró—. Vamos a preguntarle a Niebla, se lo merece. Y haremos lo que ella decida.

Mark arqueó las cejas y miró a los demás, que estaban haciendo lo mismo.

Lana se tomó aquella reacción como un asentimiento y caminó hacia la puerta abierta de la Choza. Sin entrar, dio unos golpes en el marco y habló en voz alta:

—¿Niebla? ¿Qué tal va ahí dentro?

Mark estaba colocado de forma que podía ver el interior: Niebla se hallaba bocarriba y, despacio, se volvió para mirarlos.

—Chicos, tenéis que iros —dijo débilmente—. A mi cabeza está pasándole algo muy malo. Parece como si tuviera bichos ahí arriba…, como si me comieran el cerebro —inspiró hondo varias veces; decir aquello parecía haberle agotado las fuerzas.

—Pero, cielo, ¿cómo vamos a dejarte aquí? —respondió Lana.

—No me hagas hablar más. Marchaos.

Volvió a inspirar hondo. Mark vio el dolor en sus ojos.

Lana se volvió hacia los otros.

—Niebla dice que nos marchemos.

Mark sabía que se habían insensibilizado; tuvieron que hacerlo para sobrevivir en un planeta alcanzado por las erupciones solares. Pero esta era la primera vez que se

veían obligados a abandonar a una persona que aún parecía muy viva. Fuera o no decisión de Niebla, pensó que la culpa le consumiría.

Al mirar a Trina, su determinación se afianzó. Aun así, dejó que Alec fuera el malo de la película. El antiguo soldado se había levantado y se colgó la mochila de los hombros.

—Ahora la mejor manera de honrar a Niebla es ponernos en marcha y descubrir algo que sirva de ayuda.

Mark asintió y le imitó, atando fuerte las correas de su mochila. Trina vaciló y luego se acercó a la puerta para mirar a Niebla.

—Niebla… —empezó a decir, pero no le salieron más palabras.

—¡Vete! —gritó la chica, casi haciendo que Trina retrocediera a trompicones—. Vete antes de que lo que tengo en mi cerebro salte para morderte. ¡Vete! ¡Vete!

Se había incorporado para apoyarse sobre los codos y gritaba con tal ferocidad que Mark creyó que podría hacerse daño. Quizá se hubiera dado cuenta de que estaba a punto de enfrentarse al horror por el que había pasado Darnell.

—Vale —respondió Trina con tristeza—, vale.

El Sapo era, con diferencia, el amigo más cercano de Niebla y no había dicho ni una palabra. Se quedó con la vista clavada en el suelo y lágrimas en los ojos. Pero, mientras Mark y los demás se preparaban para partir, el joven corpulento no se movió. Al final, Alec le preguntó qué estaba haciendo.

—Yo no voy —contestó el chico.

En cuanto lo dijo, Mark se dio cuenta de que ya se lo esperaba; no era ninguna sorpresa. También sabía que nada le haría cambiar de opinión. Ahora tendrían que despedirse de dos amigos.

Alec y Lana discutieron con él; Trina ni se molestó, pues evidentemente había llegado a la misma conclusión que Mark. Y justo como había previsto, el Sapo no cambió de opinión.

—Es mi mejor amiga. No voy a abandonarla.

—Pero quiere que la dejes —insistió Lana—. No quiere que te quedes aquí y corras el riesgo de morir con ella. Quiere que vivas.

—No voy a abandonarla —repitió, y le lanzó a Lana una mirada glacial.

Niebla no dijo nada desde el interior de la Choza, ya fuera porque no les oía o porque se encontraba demasiado débil para responder.

—Muy bien —dijo Lana, sin molestarse en ocultar su enfado—. Alcánzanos si te lo piensas mejor.

Mark quería marcharse. La situación se había vuelto insoportable.

Le echó un último vistazo a Niebla desde la entrada antes de avanzar. Estaba hecha un ovillo y hablaba con una voz extraña, aunque demasiado baja para entender lo que decía. Pero al alejarse le pareció que la chica se había puesto a cantar.

«Se le ha ido —pensó—. Definitivamente se le ha ido la olla».

CAPÍTULO 14

Solo habían recorrido cinco kilómetros antes de que oscureciera demasiado para continuar. Y Mark estaba más que dispuesto a detenerse, agotado por aquel día de locos. Alec debía de saber que no llegarían muy lejos, pero quedarse en aquel pueblo no era una opción. Por fin se habían aislado de todo, entre los árboles espesos y el aire fresco del bosque, que ayudaba a eliminar parte de la tensión y las subidas y bajadas emocionales durante ese último par de horas.

Nadie dijo gran cosa mientras montaban un campamento bastante simple y cenaban la comida envasada que habían traído de las fábricas de Asheville. Lana insistió en mantener la distancia entre ellos, así que Mark se tumbó de lado, a unos cuantos pasos de Trina, y ambos se miraban fijamente, deseando al menos poder acurrucarse. Él estuvo a punto de arrimarse a ella unas cien veces, pero se contuvo. Sabía que, de todas maneras, ella no le dejaría. No se dijeron mucho, tan solo se sostuvieron la mirada.

Y Mark estaba seguro de que ella pensaba en lo mismo que él: en cómo se había derrumbado su mundo una vez más. Habían perdido a tres amigos que sobrevivieron a la caminata infernal desde la devastación de la ciudad de Nueva York hasta los montes Apalaches. Y, por supuesto, se preguntaba por el virus. No eran unos pensamientos muy alegres.

Alec ignoraba a todo el mundo mientras estudiaba la agenda electrónica que cogieron en el iceberg. Había hecho un borrador del mapa a lápiz en un papel, pero quería ver si podía descubrir algo más que fuese útil. Había sacado la brújula, estaba tomando notas y Lana, a su lado, le ofrecía algunas sugerencias.

Mark se dio cuenta de que los párpados se le cerraban. Trina le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Se quedó dormido y los recuerdos volvieron a irrumpir. Nunca le dejaban olvidar.

Alguien les sigue.

Solo han pasado un par de horas desde lo sucedido en la ciudad encima de ellos. Mark no tiene ni idea de lo que ha ocurrido, pero supone que se trata de una bomba terrorista o de una explosión provocada por una fuga de gas. Algo que arde.

El calor es insoportable, así como los gritos. Trina y él han huido por los túneles del subtrans y han encontrado ramificaciones abandonadas que se hundían más y más. La gente está por todas partes, la mayoría enloquecida por el terror. La situación es mala en todos lados: acosos, robos y cosas peores. Es como si las únicas personas

que han escapado de la catástrofe de arriba fueran delincuentes habituales.

Trina encontró una caja de comida instantánea que alguien había dejado en medio del caos. Ahora es Mark quien la lleva, puesto que ambos han adoptado ya una actitud de supervivencia instintiva. Pero otros, sin duda, también han acogido ese cambio y todas las personas a las que miran parecen saber que tienen algo que ellas quieren. Y quizá no solo comida.

No importa cuántas veces giren a un lado o a otro en el laberinto subterráneo de suciedad, de sofocantes pasillos, porque no consiguen perder de vista al hombre que les sigue. Es grande y rápido, y se ha convertido en una sombra. Sin embargo, cada vez que Mark se vuelve para mirarlo, desaparece en algún rincón o recoveco.

Corren por un largo pasillo, donde el agua les llega hasta los tobillos y chapotean a cada paso que dan. El teléfono móvil de Mark es lo único que ilumina el camino y teme el momento en que se le acabe la batería. La idea de estar en ese lugar, solo y sin tener ni idea de adónde dirigirse, en la oscuridad total, le aterroriza. Trina se para de repente, coge a Mark del brazo y tira de él hacia una abertura a la derecha que no había visto. Han llegado a un cuarto pequeño semejante a esos trasteros viejos de los tiempos del metro, cuando esa parte del sistema aún se utilizaba.

—¡Apágalo! —dice con un susurro enérgico mientras tira de él para meterlo en la habitación y colocarse detrás.

Mark cierra el teléfono, arrojándolos a la oscuridad por la que acababa de preocuparse. Su primer instinto es dejarse llevar por el pánico, gritar y deambular a ciegas; pero es solo un breve instante de locura pasajera. Acompasa la respiración y agradece el roce de la mano de Trina en su espalda.

—No hay forma de que estuviera tan cerca como para ver que nos metíamos aquí —le susurra ella al oído—. Y no puede ser silencioso en el agua… Esperemos a que salga.

Mark asiente y entonces recuerda que ella no puede verle.

—Vale —dice en voz baja—. Pero si de algún modo descubre cómo entrar aquí, ya estoy harto de correr. Le atacaremos los dos para darle una paliza.

—De acuerdo, lucharemos.

Trina le aprieta los hombros y se apoya en él. Pese a lo absurda que resulta esa sensación en aquel momento, en esas circunstancias, Mark se ruboriza de la cabeza a los pies, se estremece y se le pone la piel de gallina por todo el cuerpo. ¡Si esa chica supiera lo mucho que le gusta! Siente una punzada de culpa porque, en el fondo, agradece la tragedia ocurrida, pues eso les ha obligado a estar juntos.

Oye un par de chapoteos a lo lejos. Luego, unos cuantos más; sin duda, unas pisadas en el agua del pequeño túnel fuera de su habitación. Después, un ritmo constante, que se hace más fuerte conforme el perseguidor —supone que es su perseguidor— se acerca. Mark retrocede y empuja a Trina hacia la pared que hay detrás de ella, deseando poder volatizarse de algún modo en los ladrillos.

Una luz parpadea a su derecha y casi da un respingo por la sorpresa. Los pasos

que se acercan se detienen. Mark entrecierra los ojos, que ya se han acostumbrado a la oscuridad, e intenta descubrir de dónde viene la luz. Se mueve y brilla por la habitación, luego se posa en sus ojos, cegándole. Baja la mirada. Tiene que ser alguien con una linterna.

—¿Quién eres? —pregunta Trina. Está susurrando, pero por los nervios a Mark le suena como si su voz saliera de un megáfono.

La linterna vuelve a moverse mientras alguien sale arrastrándose de un agujero en la pared y se levanta. Mark apenas puede distinguir ningún detalle, pero parece un hombre. Un hombre sucio, con el pelo enmarañado y la ropa hecha jirones. Otro hombre aparece detrás de él y luego, otro. Todos tienen el mismo aspecto: sucios, desesperados y peligrosos. Los tres.

—Nosotros haremos las preguntas —dice el primer desconocido—. Estábamos aquí mucho antes que vosotros y no nos gustan las visitas. ¿Por qué vais por ahí corriendo como gatos? ¿Qué ha pasado? Vosotros dos no tenéis la pinta de los que vienen a por tipos como nosotros.

Mark está aterrado. Nada ni lo más remotamente parecido le ha pasado jamás. Trata de encontrar las palabras adecuadas, siente que tiene que contestar, pero Trina se le adelanta:

—Mira, usa la cabeza: no estaríamos aquí abajo de no haber pasado algo horrible ahí arriba. En la ciudad.

Mark encuentra las palabras:

—¿No os habéis dado cuenta del calor que hace? Creemos que es una bomba, una explosión de gas o algo por el estilo.

El hombre se encoge de hombros.

—¿Crees que nos importa? Lo único que me preocupa es mi próxima comida. Y… quizá nos haya caído algo bueno hoy. Una sorpresita para mí y los chicos.

Mira a Trina de arriba abajo.

—Ni se te ocurra tocarla —dice Mark, lleno del valor que no podía encontrar hace unos minutos gracias la mirada del hombre—. Tenemos algo de comida. Puedes cogerla si con eso nos dejas en paz.

—¡No vamos a darle nuestra comida! —espeta Trina.

Mark se vuelve para mirarla y susurra:

—Prefiero eso a que nos corten el cuello.

Oye un chasquido y luego, otro. Al mirar de nuevo las caras de los hombres, ve la luz reflejada en unas hojas plateadas.

—Algo que deberías aprender de nosotros —dice uno de ellos— es que no hacemos muchas negociaciones en este vecindario. Cogeremos la comida y todo lo que queramos.

Empiezan a avanzar y entonces aparece una figura por la derecha, que cruza la puerta desde el pasillo de fuera. Mark apenas respira al contemplar el caos durante unos breves pero violentos instantes. Los cuerpos giran, sacuden los brazos y los

cuchillos se apartan al tiempo que se intercambian puñetazos y gruñidos. Es como si una especie de superhéroe hubiera entrado en la habitación, usando la velocidad y la fuerza para moler a palos a los tres intrusos. En menos de un minuto están todos en el suelo, hechos un ovillo, gimiendo y maldiciendo. Han tirado la linterna al suelo y esta ilumina las botas de un hombre corpulento.

El que les ha estado siguiendo.

—Podéis darme las gracias luego —dice con una voz grave y áspera—. Me llamo Alec. Y creo que tenemos un problema más importante que estos pobres diablos.

CAPÍTULO 15

Mark se despertó con un fuerte dolor en el costado. A juzgar por la sensación, había estado tumbado durante horas sobre una roca. Se puso bocarriba con un quejido y miró el cielo iluminado a través de las ramas superiores. Recordaba el sueño sobre su pasado tan vívidamente como si se lo hubieran mostrado en una película.

Alec les salvó aquel día e innumerables veces desde entonces, pero Mark sabía muy bien que le había devuelto el favor en más de una ocasión. Sus vidas estaban tan conectadas como las rocas y la tierra de la montaña en la que acababan de dormir.

Los demás se levantaron una media hora después. Alec preparó para todos un desayuno rápido con los huevos que había encontrado en la Choza. Tendrían que cazar pronto. Mark se alegraba de no ser el experto en eso, aunque participase. Mientras estaban sentados, comiendo, todavía callados y haciendo lo posible por evitar tocarse entre ellos o tocar cosas que habían tocado los demás, Mark se puso a darle vueltas a la situación. Le enfermaba pensar que alguien lo había arruinado todo justo cuando estaban a punto de sentir cierta normalidad.

—¿Preparados para ponernos en marcha? —preguntó Alec cuando se acabó toda la comida.

—Sí —respondió.

Trina y Lana se limitaron a asentir con la cabeza.

—Esa agenda electrónica es un regalo caído del cielo —dijo Alec—. Con el mapa y esta brújula, estoy segurísimo de que llegaremos si seguimos todo recto. Y quién sabe lo que encontraremos.

Partieron, sorteando los árboles medio quemados y los arbustos que habían crecido recientemente.

Caminaron todo el día; tan pronto bajaban por la ladera de una montaña como subían por otra. Mark no dejaba de preguntarse si se toparían con otro campamento u otra aldea. Se rumoreaba que existían asentamientos por todos los Apalaches; era el único lugar que quedaba en buenas condiciones después de las erupciones solares, la subida del nivel del mar, la destrucción de todos los pueblos y ciudades y la vegetación. Él solo esperaba que algún día todo volviera a la normalidad… Quizás incluso lo viera con sus propios ojos.

Habían parado a descansar por la tarde junto a un pequeño arroyo cuando Trina chascó los dedos y atrajo su atención. La chica señaló con la cabeza hacia el bosque, se levantó y anunció que tenía que ir al baño. Después de su marcha, Mark esperó dos

largos minutos y dijo que tenía que hacer lo mismo.

Se reunieron a unos cien metros, junto a un gran roble. El aire parecía más fresco de lo que había sido en mucho tiempo, casi renovado y lleno de vida.

—¿Qué pasa? —inquirió.

Estaban a un metro y medio de distancia; seguían las instrucciones incluso cuando no había nadie que les observara.

—Estoy harta de esto —respondió—. Míranos. Apenas nos abrazamos desde que el iceberg atacó el pueblo. Ambos tenemos buen aspecto y nos encontramos bien; me parece una tontería seguir apartados.

Sus palabras le llenaron de alivio. Aunque sabía que las circunstancias no podían ser peores, se alegraba de oír que ella seguía queriendo estar con él.

Mark sonrió.

—Pues… pasemos de esta cuarentena chunga.

Parecía una estupidez al decirlo así.

—Pese a que tengamos que guardarlo en secreto para que Lana no se enfade —se acercó a él, le rodeó la cintura con los brazos y le besó—. Como he dicho, creo que este juego de todas formas es inútil. No mostramos síntomas, así que con suerte estaremos fuera de peligro.

Mark no podría haber hablado aunque hubiese querido. Se inclinó para besarla y esta vez el beso fue mucho más largo.

Se dieron la mano hasta estar cerca del campamento y luego se separaron. Por las sensaciones que recorrían a Mark en ese instante, no sabía cuánto tiempo podría fingir. Pero de momento no quería enfrentarse a la cólera de Lana y Alec.

—Creo que llegaremos pasado mañana —anunció Alec cuando regresaron—. Quizá no hasta que el sol se ponga, pero llegaremos. Descansaremos y luego intentaremos averiguar qué hacer a la mañana siguiente.

—Muy bien —contestó Mark, ausente, mientras volvía a preparar el equipaje. Todavía estaba flotando un poco y eso, por lo menos, de momento le había quitado de encima toda esa mierda.

—Entonces, dejémonos de cháchara y vamos al tajo —dijo Alec.

Aquella afirmación no tenía mucho sentido para Mark, pero se encogió de hombros y miró a Trina, que estaba esbozando una sonrisa. Deseó que los otros dos se durmieran muy pronto esa noche.

Tuvieron que contener las ganas de volver a darse la mano cuando salieron tras Lana y el viejo oso.

Aquella noche, el campamento estaba oscuro y en silencio, salvo por los ronquidos de

Alec y los suaves suspiros de la respiración de Trina sobre el pecho de Mark. Esperaron a que Alec y Lana se quedaran como un tronco y enseguida se juntaron para acurrucarse.

Mark miró las ramas de los árboles y encontró un sitio despejado que revelaba unas estrellas brillantes en lo alto. Su madre le enseñó las constelaciones cuando era muy niño y él le transmitió esa valiosa información a su hermana pequeña, Madison. Las historias de las constelaciones eran su parte favorita y le encantaba compartirlas, sobre todo porque era una rareza ver un cielo estrellado en una ciudad tan enorme como Nueva York. Las salidas al campo eran una maravilla… Pasaban horas señalando los diferentes mitos y leyendas que pendían lejos, sobre ellos.

Localizó Orión, el cinturón, más brillante que nunca. Orión. Esa era la constelación preferida de Madison porque se la encontraba con facilidad y su historia era genial: el cazador, su espada y los perros, todos ellos luchando contra un toro demoníaco. Mark adornaba un poco más la historia cada vez que la contaba. Se le hizo un nudo en la garganta y los ojos se le humedecieron al acordarse. Echaba mucho de menos a Madison. Muchísimo. La parte más oscura de él casi deseaba olvidarla porque le dolía demasiado.

Oyó que se rompían unas ramas en el bosque.

Los pensamientos sobre su hermana pequeña se desvanecieron cuando se incorporó de inmediato y, antes de poder pensar en lo que hacía, echó prácticamente a Trina de su pecho. Ella masculló algo, luego rodó sobre su costado y retornó a su evidente sueño profundo justo en el momento en que sonaba otro chasquido en el bosque.

Colocó una mano en el hombro de Trina mientras se ponía de rodillas y después echó un vistazo a su alrededor. Estaba demasiado oscuro para distinguir nada en la espesura de los árboles, pese a la luz de la luna y las estrellas. Pero el oído se le había aguzado considerablemente desde que la electricidad y la luz artificial se convirtieron en algo del pasado. Se calmó y se concentró. Escuchó. Sabía que podía ser un ciervo, una ardilla, muchas cosas; pero no había sobrevivido a un mundo devastado por el sol haciendo suposiciones.

Más chasquidos de ramas. Se trataba definitivamente de un ser robusto, con dos pies.

Estaba a punto de gritar el nombre de Alec cuando una sombra apareció delante de él, al salir detrás de un árbol. Se oyó que alguien encendía una cerilla antes de que apareciera la llama y revelara al hombre que la sostenía.

El Sapo.

—¿Qué…? —dijo Mark, y el alivio le inundó el pecho—. Sapo. ¡Jo, tío, por poco me das un susto de muerte!

El Sapo cayó de rodillas y se acercó a la cara la cerilla encendida. Parecía demacrado y tenía los ojos húmedos y angustiados.

—¿Estás… bien? —preguntó Mark, con la esperanza de que su amigo solo

estuviera cansado.

—No —respondió el Sapo al tiempo que le temblaba el rostro como si fuera a echarse a llorar—. No estoy bien, Mark; no estoy nada bien. Hay algo viviendo dentro de mi cráneo.

CAPÍTULO 16

Mark zarandeó a Trina para despertarla y enseguida se puso de pie, tirando de ella para que hiciese lo mismo. No cabía duda de que el Sapo estaba enfermo y se encontraba a solo unos pasos de su campamento. No sabían nada de esa enfermedad, pero eso le asustaba aún más. Trina parecía desorientada, pero él no se ablandó y prácticamente la arrastró al otro lado de las ascuas apagadas de la hoguera que esa noche habían encendido.

—¡Alec! —gritó—. ¡Lana! ¡Despertad!

Como si ambos siguieran siendo soldados, se pusieron en pie en tres segundos. Pero ninguno de los dos había advertido aún la presencia de su visitante.

Mark no malgastó el tiempo en explicaciones:

—Sapo, me alegro de que hayas venido, de que estés a salvo. Pero… ¿te encuentras mal?

—¿Por qué? —preguntó el Sapo, aún de rodillas. Su rostro no era más que una sombra—. ¿Por qué me dejasteis así después de todo por lo que hemos pasado?

A Mark se le cayó el alma a los pies. Aquella pregunta no tenía una buena respuesta.

—Yo… yo… Intentamos que vinieras con nosotros…

El Sapo actuaba como si no le hubiera oído:

—Tengo algo en el cráneo. Necesito que me ayuden a sacarlo antes de que me coma el cerebro y siga hacia el corazón —gimoteó, un sonido que a Mark le pareció más propio de un perro herido que de un ser humano.

—¿Qué síntomas notas? —preguntó Lana—. ¿Qué le ha pasado a Niebla?

Mark observó cómo el Sapo alzaba las manos y se apretaba las sienes. Hasta su silueta resultaba escalofriante.

—Hay… cosas… en mi cabeza —repitió despacio. La voz estaba cargada de ira —. De entre todas las personas de este planeta desolado, creía que mis amigos de hace más de un año estarían dispuestos a ayudarme a sacarlas —se puso de pie y empezó a gritar—: ¡Sacadme estas cosas de la cabeza!

—Cálmate, Sapo —dijo Alec con un evidente tono de amenaza.

Mark no quería que la situación explotara y desembocara en algo que todos lamentarían.

—Sapo, escúchame: vamos a ayudarte como podamos, pero necesitamos que te sientes y dejes de gritar. Gritar no ayudará en nada.

El chico no respondió; su figura parecía rígida y, por lo que Mark entreveía, sus manos se habían convertido en puños.

—¿Sapo? Tienes que sentarte. Y luego contarnos todo lo que ha pasado desde que salimos del pueblo.

El chico no se movió.

—Vamos —insistió—, queremos ayudarte. Siéntate y relájate.

Al cabo de unos segundos, el Sapo obedeció; cayó al suelo y se quedó allí tumbado como si hubiese recibido un disparo. Soltaba gemidos cuando cambiaba de posición y se mecía adelante y atrás, apoyado en el lateral.

Mark respiró hondo al sentir que la situación volvía a estar controlada, en cierto modo, y entonces se dio cuenta de que Trina y él estaban muy cerca, pero ni Alec ni Lana aparentaban haberlo advertido aún. Avanzó unos cuantos pasos, hacia los restos de la hoguera, y se sentó.

—Pobre chaval —oyó murmurar a Alec detrás de él, por suerte no tan alto como para que el Sapo se enterara. A veces el hombre decía exactamente lo que pensaba.

Por fortuna, el instinto de enfermera de Lana resultó victorioso y la mujer tomó las riendas de la conversación:

—Vale, Sapo —empezó—, parece que estás sufriendo un gran dolor. Lo siento mucho. Pero si vamos a ayudarte, tenemos que saber algunas cosas. ¿Te encuentras bien para hablar?

El Sapo continuaba meciéndose y gimiendo en voz baja, pero contestó:

—Haré lo que pueda, tíos. Aunque no sé cuánto tiempo me lo permitirá lo que tengo en la cabeza. Será mejor que os deis prisa.

—Bien —respondió Lana—, bien. Empecemos desde el momento en que dejamos el pueblo… ¿Qué hiciste?

—Me senté en la puerta a hablar con Niebla —explicó el Sapo con voz cansada—. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Es mi mejor amiga, la mejor que he tenido jamás. Es lo más importante. ¿Cómo iba alguien a abandonar a su mejor amiga?

—Claro, lo entiendo. Me alegro de que alguien se quedara allí con ella.

—Me necesitaba. Advertí que había empeorado, así que entré para abrazarla y la besé en la frente. Como a un bebé. Como si fuera mi bebé. Nunca me he sentido tan feliz como cuando la sostuve en mis brazos y contemplé como moría lentamente.

Mark se retorció sentado, asqueado por las palabras del Sapo. Esperaba que Lana averiguase algo sobre lo que estaba ocurriendo.

—¿Cómo murió? —preguntó Lana—. ¿Tuvo muchos dolores, como Darnell?

—Sí. Sí, Lana. Tuvo muchos dolores. Gritó y gritó hasta que esas cosas salieron de su cabeza y se metieron en la mía. Luego terminamos con su sufrimiento.

El bosque pareció sumirse en un silencio sepulcral ante este último comentario y el aliento de Mark se congeló en sus pulmones. Notó que Alec se movía detrás, pero Lana le acalló:

—¿Terminamos? —repitió—. ¿A qué te refieres, Sapo? ¿Y de qué hablas cuando dices que unas cosas se metieron en tu cabeza?

Su amigo se presionó el cráneo con las manos.

—¿Cómo sois tan tontos? ¿Cuántas veces voy a tener que decíroslo? ¡Cuando hablo en plural me refiero a mí y las cosas que tengo en la cabeza! ¡No sé qué son! ¿Me oís? ¡No… sé… qué… son! ¡Chico, chico estúpido!

Un lamento inhumano y desgarrador escapó de su boca, agudizándose y aumentando de volumen. Mark se puso en pie de un salto y retrocedió unos pasos. Los árboles parecían estremecerse con el sonido que brotaba del Sapo y era como si todas las criaturas de un kilómetro a la redonda hubieran huido para ponerse a salvo. Lo único que se oía era aquel ruido espantoso.

—¡Sapo! —le gritó Lana, pero la palabra se perdió en el alarido.

El Sapo mecía con las manos la cabeza adelante y atrás mientras continuaba gritando. Mark miró a sus amigos, aunque en realidad no veía sus rostros. No tenía ni idea de qué hacer y saltaba a la vista que Lana tampoco.

—Se acabó —apenas oyó que decía Alec, y el hombre echó a andar al frente. Cuando pasó junto a él, le dio un empellón para abrirse camino.

Mark dio un traspié, después recuperó el equilibrio y se preguntó qué habría planeado el antiguo soldado.

Alec caminó directo hacia el Sapo, le cogió de la camiseta para ponerlo de pie y lo arrastró hacia el bosque. Los gritos no pararon, sino que se volvieron más entrecortados y esporádicos a medida que el chico cogía aire y se esforzaba por liberarse. No tardaron en perderse entre las sombras de los árboles, pero Mark oía el roce del cuerpo del Sapo por el suelo. El sonido de sus lamentos disminuyó al alejarse.

—¿Qué pretende ese hombre? —preguntó Lana con firmeza.

—¡Alec! —le llamó Mark—. ¡Alec!

No hubo respuesta, solo los continuos gritos y alaridos del Sapo. Y entonces cesaron de repente, se cortaron como si Alec le hubiera arrojado a una sala insonorizada y luego hubiese cerrado la puerta.

—¿Qué…? —musitó Trina detrás de Mark.

Al poco rato se oyeron unas pisadas que volvían hacia ellos con paso decidido. Por un segundo, a Mark le entró el pánico al pensar que el Sapo había conseguido soltarse y le había hecho daño a Alec; podría haberse vuelto totalmente loco y estar regresando para terminar con los demás, sediento de sangre.

Pero entonces Alec salió de la oscura penumbra de los árboles, con el rostro oculto por las sombras. Mark se imaginó la tristeza que debía de marcar sus rasgos.

—No podía arriesgarme a que hiciera una locura —dijo el viejo con una voz sorprendentemente temblorosa—. No podía. No si esto está relacionado con un virus. Tengo… tengo que lavarme en el arroyo.

Extendió las manos ante él y se quedó mirándolas un buen rato. Luego se dirigió al riachuelo cercano. Mark creyó oírle sorberse la nariz justo antes de que volviera a desaparecer entre los árboles.

CAPÍTULO 17

Tras todo aquello, se suponía que debían volver a dormir. Quedaban todavía horas hasta el amanecer.

Nadie pronunció una palabra después de que Alec hiciera… lo que fuese que le hubiera hecho al Sapo. Mark se sentía a punto de explotar. Estaba muy confundido por lo sucedido en la última media hora. Quería hablar, pero Trina le dio la espalda cuando él se giró hacia ella, se dejó caer al suelo y se enrolló en la manta, reprimiendo unos sollozos. A Mark se le rompió el corazón. Habían pasado varios meses sin derramar lágrimas y ahora volvía a ocurrir todo.

Trina era un enigma para él. Desde el principio se comportó con más fuerza, más dureza y más valentía de lo que él jamás había demostrado. En un primer momento, aquello le avergonzó, pero ella le gustaba tanto que lo había superado. Sin embargo, la chica también tenía las emociones a flor de piel y no le asustaba liberarlas con un buen llanto.

Lana siguió a lo suyo en silencio y al final se tumbó junto a un árbol, a las afueras de su pequeño campamento. Mark intentó colocarse en una posición cómoda, pero seguía muy despierto. Alec por fin regresó. Nadie dijo nada y los sonidos del bosque poco a poco regresaron a la conciencia de Mark: insectos y una suave brisa a través de los árboles. Pero seguía dándole vueltas al asunto como un loco.

¿Qué acababa de suceder? ¿Qué le había hecho Alec al Sapo? ¿Había hecho lo que Mark estaba pensando? ¿Le habría dolido? ¿Cómo podía ser que las cosas se hubieran complicado tanto?

Al menos tuvo algo de suerte, pues no soñó cuando por fin se quedó frito.

—Respecto al virus de los dardos…, creo que algo va mal —dijo Lana a la mañana siguiente mientras todos estaban sentados, como zombis, alrededor del fuego chisporroteante.

Era una afirmación extraña. Mark miró a la mujer. Había tenido la vista clavada en las llamas, repasando los acontecimientos de la noche anterior, hasta que volvió al presente cuando Lana habló.

Alec expresó sus pensamientos en voz alta sin rodeos:

—La mayoría de las veces algo va mal si se trata de un virus.

Lana le fulminó con la mirada.

—Vamos, ya sabes a lo que me refiero. ¿Es que no lo veis?

—¿Ver qué? —inquirió Mark.

—¿Que afecta de manera distinta a las personas? —preguntó Trina.

—Exacto —respondió Lana, señalándola como si estuviera orgullosa—. Las personas que fueron alcanzadas por esos dardos murieron en cuestión de horas. Luego Darnell y los que ayudaron a los que recibieron los disparos tardaron un par de días en morir. El síntoma principal es una intensa presión en el cráneo. Actuaban como si les apretaran unos tornillos en la cabeza. Después está Niebla, que no mostró síntomas hasta varios días más tarde.

Mark recordaba demasiado bien el momento en que la dejaron.

—Sí —murmuró—. Estaba canturreando la última vez que la vimos, hecha una bola en el suelo. Decía que le dolía la cabeza.

—Había algo diferente en ella —señaló Lana—. Tú no estabas cuando Darnell se puso enfermo… No murió tan rápido como los demás, pero sí comenzó muy rápido a actuar de manera extraña. Niebla parecía estar bien hasta que le empezó a doler la cabeza. Pero en los dos algo iba mal ahí arriba —se dio varios golpecitos en la sien.

—Y todos vimos al Sapo anoche —añadió Alec—. A saber desde hace cuánto lo tenía, si se contagió a la vez que Niebla o por estar con ella al morir; pero estaba tan mal como si tuviera la enfermedad de las vacas locas.

—Muestra algo de respeto —le dijo Trina bruscamente.

Mark esperaba que Alec replicara o se defendiera, pero pareció afligirle la reprimenda.

—Lo siento, Trina, de verdad. Pero Lana y yo intentamos evaluar la situación lo mejor posible, tratamos de averiguar qué pasa. Y está claro que el Sapo no estaba lúcido anoche.

Trina no se arredró:

—Y por esa razón le mataste.

—Eso no es justo —contestó Alec con frialdad—. Si Niebla murió tan rápido después de que le atacaran los síntomas, está claro que el Sapo también iba a morir. Era una amenaza para todos, pero también era nuestro amigo. Tuve piedad con él y a nosotros nos di uno o dos días más.

—A menos que te hayas contagiado —sugirió Lana en tono apagado.

—Tuve cuidado. Y enseguida fui a lavarme.

—No tiene sentido —dijo Mark, que conforme pasaban los segundos se sentía más abatido—. Quizá todos estemos enfermos y tarde más en matarnos, dependiendo de nuestro sistema inmunológico.

Alec se puso de rodillas.

—Nos estamos desviando de lo que decía Lana: algo va mal respecto al virus. No es constante. No soy científico, pero ¿podría estar mutando o algo por el estilo? ¿Será que cambia cada vez que salta de una persona a otra?

Lana asintió.

—Muta, se adapta, se fortalece…, quién sabe. Pero algo pasa. Y parece tardar más en matar mientras se propaga, lo que, al contrario de lo que se supondría, en

realidad significa que el virus se propaga con mayor eficacia. Mark y tú no estabais allí, pero habréis visto lo rápido que cayeron las primeras víctimas, algo muy distinto de lo que le sucedió a Niebla. Fue sangriento, brutal y espantoso durante una o dos horas, pero luego se acabó. Tuvieron convulsiones y sangraron, lo que ayudó a que se propagara a más incubadoras humanas.

Mark se alegraba de habérselo perdido. Pero teniendo en cuenta lo que había soportado Darnell al final, aquella gente tuvo suerte de que sucediera tan deprisa. Aún recordaba con claridad el sonido que el chico hacía al golpearse el cráneo contra el interior de la puerta.

—Está relacionado con la cabeza —murmuró Trina.

Todos la miraron. Acababa de pronunciar algo evidente, pero esencial.

—No cabe duda de que tiene que ver con la cabeza —terció Mark—. Todos sufren un dolor espantoso y pierden la cordura. Darnell alucinaba…, estaba loco. Y luego Niebla. Y el Sapo.

Trina planteó otra cuestión:

—A lo mejor inyectaron cosas diferentes a la gente. ¿Cómo sabemos que empezó con el mismo virus?

Mark negó con la cabeza.

—Examiné los estuches en el iceberg —dijo—. Todos tenían el mismo número identificativo.

Alec se levantó.

—Si está mutando y alguno de nosotros se ha contagiado, esperemos disponer de una o dos semanas antes de que se nos vaya la chaveta. Vamos, pongámonos en marcha.

—Bien —masculló Trina, y se incorporó.

Unos minutos más tarde, estaban en marcha otra vez.

En algún momento a mitad de la tarde avistaron otro asentamiento. Estaba fuera del sendero que Alec garabateó en su mapa improvisado, pero Mark vio varias estructuras de madera a través de los árboles, y eran grandes. Se animó ante la idea de volver a ver grupos considerables de personas.

—¿Deberíamos ir por ahí? —preguntó Lana.

Alec pareció sopesar los pros y los contras antes de contestar:

—Hmmm… No lo sé. Estoy impaciente por continuar avanzando y seguir nuestro mapa. No sabemos nada de esta gente.

—Pero quizá deberíamos —sostuvo Mark—. Puede que sepan algo del búnker, del cuartel general o como quiera que se llame el sitio de donde salió el iceberg.

Alec le miró, sin duda considerando todas las opciones.

—Deberíamos ir a echar un vistazo —dijo Trina—. Al menos, para avisarles sobre lo que nos ha pasado.

—Vale —transigió Alec—. Una hora.

Captaron el olor cuando el viento cambió, justo cuando se acercaban a los primeros edificios, unas pequeñas cabañas con techos de paja.

Era el mismo olor que asaltó a Mark y Alec al aproximarse a su propia aldea tras alcanzar el iceberg y volver caminando. El hedor a carne podrida.

—¡Uf! —exclamó Alec—. Ya está. Damos la vuelta ahora mismo.

A la par que lo decía quedó claro de dónde provenía el olor: más adelante, en aquel sendero, varios cadáveres se hallaban apilados unos sobre otros. Entonces apareció una figura. Una niña caminaba hacia ellos desde donde se encontraban los muertos. Debía de tener cinco o seis años, llevaba el pelo apelmazado y la ropa sucia.

—Tíos —dijo Mark.

Cuando los demás le miraron, él señaló con la cabeza a la niña que se acercaba. Se detuvo a seis metros de ellos. Tenía la cara sucia y una expresión triste; no dijo nada. Se limitó a mirarlos con los ojos hundidos. El hedor a podredumbre inundaba el ambiente.

—Hola —saludó Trina—. ¿Estás bien, tesoro? ¿Dónde están tus padres? ¿Y el resto de personas de tu pueblo? ¿Están…?

No tenía que seguir, la pila de cadáveres hablaba por sí misma.

La niña señaló hacia el bosque que tenían detrás y respondió en voz baja:

—Todos corrieron al bosque. Huyeron.

CAPÍTULO 18

Mark no sabía por qué, pero sus palabras le provocaron un estremecimiento y no pudo resistir las ganas de mirar por encima del hombro hacia donde ella clavaba la vista. Allí atrás no había nada más que árboles, maleza y la luz del sol moteando el suelo.

Se dio la vuelta y volvió a contemplar a la niña. Trina caminó hacia ella, lo que por supuesto hizo protestar a Alec.

—No puedes acercarte —dijo, pero incluso su áspera reprimenda carecía de fuerza. Una cosa era dejar adultos atrás, personas que podían arreglárselas por sí solas; quizás hasta dejar a un adolescente, casi un adulto, abandonado a su suerte, como Alec había hecho con el Sapo. Pero una niña era muy diferente—. Al menos, intenta no tocarla, por el bien de todos.

La pequeña se encogió y retrocedió unos pasos cuando Trina se aproximó a ella.

—No pasa nada —dijo Trina, deteniéndose para agacharse, apoyada en una rodilla—. Somos amigos, te lo prometo. Venimos de una aldea igual que la tuya donde había muchos niños. ¿Tienes amigos aquí?

La pequeña asintió, entonces pareció acordarse de algo y negó con la cabeza tristemente.

—¿Se han ido?

Un asentimiento.

Apenada, Trina miró a Mark y luego volvió su atención a la niña.

—¿Cómo te llamas? —preguntó—. Yo me llamo Trina, ¿y tú?

Al cabo de una larga pausa, la niña dijo:

—Deedee.

—Deedee, ¿eh? Me encanta ese nombre. Es muy bonito.

—Mi hermano se llama Ricky.

Sonaba a lo típico que decían los niños y eso hizo que los recuerdos de Madison se apoderaran de los pensamientos de Mark. Sintió dolor. Deseó que aquella niña fuera su hermana pequeña. Y como siempre, hizo un gran esfuerzo para evitar que su mente vagara por el camino más oscuro de todos, para no imaginar lo que le habría pasado cuando les alcanzaron las erupciones solares.

—¿Dónde está Ricky? —inquirió Trina.

Deedee se encogió de hombros.

—No lo sé. Huyó con los demás. Al bosque.

—¿Con tu mamá y tu papá?

—No, a ellos les dispararon flechas desde el cielo. A los dos. Murieron de una

forma muy mala —de sus ojos brotaron lágrimas; luego se le derramaron por las mejillas sucias.

—Siento oír eso, cielo —dijo Trina con la voz llena de sinceridad. Mark estaba seguro de que nunca le gustaría tanto como en aquel instante—. A algunos de nuestros amigos… también les hicieron daño. Fue malo, como tú dices. Lo siento muchísimo.

Deedee lloraba, pero también se mecía adelante y atrás sobre sus talones, y Mark volvió a acordarse de Madison.

—Está bien —dijo Trina con tanta dulzura que Mark no supo cuánto más podría soportar—. Sé que no fue culpa tuya. Fue culpa de los hombres malos, los que llevaban esos trajes verdes raros.

Mark visualizó aquel día, recordó alzar la vista hacia la misma gente del iceberg. O hacia los compañeros de la misma gente. A saber cuántos icebergs volaban por ahí, con pistolas de dardos cargados con no sé qué. ¿Y por qué? ¿Por qué?

Trina continuó intentando sacarle más información, de la manera más tierna posible:

—¿Por qué se marcharon los otros? ¿Por qué no fuiste con ellos?

Deedee levantó el brazo derecho, con la mano hecha un puño, y retiró la manga raída para revelar una herida circular cerca del hombro, ya con costra pero con aspecto de no haberse cuidado demasiado bien. No dijo nada, solo mantuvo el brazo extendido para que todos lo examinaran.

Mark inspiró rápidamente.

—¡Le han disparado un dardo!

—Siento lo de tu pupa —dijo Trina, fulminando a Mark con la mirada—. Pero… ¿sabes por qué se marcharon? ¿Adónde fueron? ¿Por qué no les acompañaste?

La niña volvió a mostrarle el brazo, señalando la herida. Mark intercambió una mirada con Alec y Lana, seguro de que ellos entenderían el significado que subyacía. ¿Por qué estaba bien esa niña si la habían disparado?

—Siento muchísimo que te hicieran daño —dijo Trina—. Parece que eres una niña con suerte. ¿No quieres responder a más preguntas? No pasa nada si no quieres.

Deedee gruñó de frustración y señaló una vez más la herida.

—¡Este es el motivo! ¡Por eso me dejaron aquí! Son malos, como los hombres verdes.

—Lo siento mucho, tesoro.

Mark no aguantaba más:

—Yo te contaré lo que pasó. Probablemente pensaron que estaba enferma por haberle alcanzado el dardo y se largaron sin ella.

Pero dicho así, sonaba muy mal. ¿Cómo podían hacerle eso a una niña pequeña?

—¿Fue eso lo que ocurrió? —le preguntó Tina—. ¿Te abandonaron porque creían que estabas enferma? ¿Como los otros?

Deedee asintió y las lágrimas le recorrieron de nuevo las mejillas.

Trina se levantó y se dio la vuelta para mirar a Alec, que a su vez alzó una mano.

—Te lo diré antes de que empieces: puede que parezca que me haya tragado la bestia más cruel de la jungla, pero no soy un desalmado. Llevaremos a la niña con nosotros.

Trina asintió y sonrió con franqueza por primera vez aquel día.

—Seguramente sea verdad que está infectada —señaló Lana—, pero tarda más en manifestarse.

—Lo más probable es que estemos todos infectados —refunfuñó Alec mientras se ajustaba las correas de la mochila.

—Tendremos cuidado con ella —terció Trina—. Solo debemos mantener las manos limpias y apartadas de la nariz y la boca. Llevar una máscara siempre que nos sea posible. Pero no voy a apartar de mi vista a esta cosita adorable hasta que…

No terminó la frase y Mark se alegró de ello.

—Es otra boca que alimentar —dijo Alec—, pero supongo que no comerá mucho —sonrió para demostrar que estaba bromeando, lo que no ocurría con demasiada frecuencia—. Una parte de mí quiere registrar este lugar para ver si encontramos provisiones, pero lo que sea que haya acabado con esta gente probablemente esté acomodado en cada centímetro del pueblo. Larguémonos de aquí.

Trina le hizo señas a Deedee para que los siguiera y, sorprendentemente, la niña la obedeció sin rechistar. Alec regresó por donde habían llegado, al sendero que con tanto cuidado había dibujado. Mientras caminaban, Mark intentaba no pensar en el hecho de que se dirigían exactamente hacia donde Deedee había señalado antes.

No se tropezaron con nadie —vivo o muerto— durante las siguientes horas, y Mark casi se había olvidado de las personas que abandonaron a Deedee. La niña guardó silencio durante el viaje y no se quejó pese al paso ligero, las subidas y bajadas por el terreno rocoso, y más subidas y bajadas. Trina permanecía a su lado, cubriéndose el rostro con un trozo de tela.

Deedee devoró su cena con ansiedad; probablemente fuera la primera comida decente que tomaba desde hacía tiempo. Anduvieron durante una o dos horas más antes de montar el campamento y Alec anunció que, según sus cálculos, les quedaba un día de viaje.

Mark contempló a Trina con Deedee. Cuidaba muy bien de la pequeña: le buscó un sitio donde dormir, la ayudó a lavarse en el arroyo y le contó un cuento cuando llegó la oscuridad al valle boscoso.

Mark observaba y esperaba que algún día la vida volviera a ser buena y segura. Que los horrores terminaran y que el aburrimiento se convirtiese en su peor problema. Que una niña como Deedee pudiera corretear por ahí y reír como se supone que deben hacer los niños.

Se colocó junto a Trina y la pequeña, pensando en el pasado mientras se quedaba

dormido; aquello solo sirvió para recobrar oscuros recuerdos que borraron su estúpida esperanza.

CAPÍTULO 19

En diez minutos, Mark se da cuenta de que Alec es la persona junto a la que quiere permanecer hasta que estén sanos y salvos en casa. No solo ha desarmado a tres hombres y los ha dejado fuera de juego en menos de treinta segundos, sino que también es un antiguo soldado que rápidamente asume el mando y les explica cómo está la situación.

—A veces puedes tomarte en serio los rumores y las habladurías —dice el anciano mientras chapotean por el agua del pasillo, fuera del trastero donde se toparon con los matones armados—. Normalmente se trata de un estúpido zopenco intentando impresionar a alguna señorita, pero cuando la mayoría de los rumores dicen lo mismo, más te vale espabilarte y prestar atención. Seguramente os estéis preguntando qué demonios intento deciros con esto.

Mark desvía la vista a Trina. Apenas le ve la cara bajo la tenue luz de la linterna que Alec sujeta delante de ellos. Ella le mira como diciendo «¿quién es este tío?». Lleva la bolsa de comida que encontró antes. Es como su amuleto de la suerte o algo por el estilo; no parece dispuesta a dejar que nadie la toque. Todavía no.

—Sí, nos lo estamos preguntando —contesta por fin Mark.

Alec se detiene para darse la vuelta, rápido como una serpiente a punto de atacar. Al principio, Mark cree que su respuesta ha sonado mal, con sarcasmo, y puede que el hombre le dé un puñetazo. Pero en vez de eso, el viejo de aspecto duro se limita a levantar un dedo.

—Tenemos una hora, como mucho, para salir de estos túneles de rata. ¿Me oís? Una hora.

Se da la vuelta de nuevo y comienza a andar otra vez.

—Espera, ¿qué? —pregunta Mark mientras se apresuran para ir a su ritmo—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué? ¿No es una mala idea subir ahí arriba hasta que…? Bueno, no sé.

—Erupciones solares —pronuncia ambas palabras como si no hiciera falta decir nada más, como si los otros tuvieran que saber al instante todo lo que desfila por su mente.

—¿Erupciones solares? —repite Trina—. ¿Eso es lo que crees que ha pasado ahí arriba?

—Estoy bastante seguro, guapita. Bastante seguro.

La mala sensación de Mark aumenta exponencialmente al recibir la noticia. Si no es un incidente aislado, si es algo tan global como las erupciones solares… Las pocas esperanzas que albergaba por su familia desaparecen.

—¿Cómo lo sabes?

Alec capta el temblor de su voz y responde con firmeza:

—Porque había demasiada gente de muchos sitios describiendo lo mismo antes de que huyeran en masa. Y supuestamente las agencias de noticias lo advirtieron justo antes de que nos alcanzaran. Son erupciones solares, ¿vale? Calor extremo y radiación. Doble golpe. El mundo creía estar preparado para esto, pero se equivocaba, desde mi humilde punto de vista.

Los tres callan. Alec sigue avanzando, Mark y Trina le siguen. Doblan esquinas, entran en túneles diferentes y se mantienen alejados de otras personas cuando se les acercan. En todo momento, el alma de Mark cae y cae hasta un lugar oscuro. No sabe cómo afrontar una situación como esta. Se niega a creer que su familia no esté y jura que no descansará hasta encontrarlos sanos y salvos. Por fin, Alec para en medio de un largo pasillo que se asemeja mucho a todos los demás.

—Tengo a unos cuantos amigos aquí —dice—. Los dejé para ir a buscar comida y enterarme de algo. Llevo muchos años trabajando con Lana… Trabajábamos para el departamento de Defensa. Ella también era militar, como yo; una enfermera del ejército. Los otros son descarriados que hemos ido recogiendo. Con vosotros dos cubrimos el máximo; no podemos aceptar a nadie más o no lo conseguiremos.

—¿Conseguir el qué? —preguntó Mark.

—Llegar al mundo de arriba —Alec responde lo último que quería oír Mark—. Volver a la ciudad, a pesar de lo infernal que pueda ser. No pasará nada si permanecemos aquí dentro un rato, pero tenemos que subir antes de que el agua inunde este lugar y nos mate a todos.

Mark se despertó y rodó sobre su costado, con los ojos muy abiertos y la respiración dificultosa. Y ni siquiera había soñado con la peor parte. No quería recordar nada. No quería revivir el terror de aquel día.

«Por favor —pensó—. Por favor, no. Por favor, no esta noche. No puedo».

No sabía a quién le hablaba. ¿Se dirigía a su propio cerebro? A lo mejor el Sapo le había contagiado y estaba empezando a volverse loco.

Se puso bocarriba y se quedó mirando las ramas y las estrellas en lo alto. Ni siquiera había el más mínimo indicio del amanecer en el cielo. Estaba oscuro, oscuro, oscuro. Quería que fuese por la mañana, quería terminar con la amenaza de los sueños al menos por unas horas. Tal vez fuera capaz de mantenerse despierto de algún modo. Se incorporó y echó un vistazo a su alrededor; pero no veía gran cosa, solo el contorno de los árboles y las formas de sus amigos a su lado, tumbados en el suelo.

Consideró despertar a Trina. Ella comprendería que necesitaba compañía, no haría falta que le contara el sueño. Pero parecía muy tranquila en ese momento, respiraba sin hacer ruido. Con un gruñido silencioso, renunció a la idea al saber que

se sentiría demasiado culpable por privarla de su preciado sueño. No solo deberían caminar mucho al día siguiente, sino que ella además tenía la carga de cuidar de la pequeña Deedee.

Volvió a tumbarse y se movió hasta encontrar una posición cómoda. No quería soñar. Las aguas embravecidas, los gritos de la gente ahogándose, el frenético e insoportable temor a huir de todo. Hasta despierto veía aquella habitación donde se reunieron con Lana y los demás bajo la ciudad de Nueva York. El rostro curtido de Alec mientras les explicaba que, tras sobrevivir a las erupciones solares, su mayor y más inmediata preocupación era la fuerza de un tsunami. La situación podría haber sido devastadora, haber causado daños catastróficos a escala mundial y haber desatado el mismísimo calor del infierno.

Lo que implicaba el rápido deshielo de los casquetes polares y conllevaba la subida del nivel del mar a una velocidad alarmante y apocalíptica. Lo que significaba que la isla de Manhattan estaría a varios metros bajo el agua en cuestión de horas. Les explicó aquello mientras se apiñaban en la habitación subterránea, donde llegaría el agua y arrasaría con todo a su paso.

De vuelta al presente, esos pensamientos atormentaron a Mark durante al menos otra hora más, y sabía que si soñaba sería mucho peor. Le aterraba tener miedo.

Se quedó frito a pesar de sus esfuerzos. El sueño le inundó como unas olas frías y aplastantes.

CAPÍTULO 20

El edificio Lincoln, uno de los más altos, modernos e imponentes de Nueva York. Uno de los pocos con acceso directo desde la red del subtrans.

Ahí es donde Alec no deja de decirles que deben ir. Garantiza que tiene un mapa completo del subtrans guardado en su teléfono, pero le preocupa que no sean capaces de llegar a tiempo. Mark ve, incluso con la luz tenue del sitio donde están, que Alec tiene grandes dudas, pese a su imagen de hombre curtido. Supone que, aunque el hombre estuviera enjaulado con una docena de tigres hambrientos, seguiría teniendo esa sonrisa en el rostro al pensar a quién mataría primero.

«El edificio Lincoln —dice Mark para sus adentros—; llega hasta allí y luego podrás buscar a tu familia».

Todos corren por uno de los innumerables y en apariencia infinitos túneles bajo la ciudad. Alec va a la cabeza; después, la mujer con la que afirmó haber tenido el placer de trabajar durante tantos años: Lana. El siguiente es un chico de la edad de Mark llamado Darnell, luego una chica a la que llaman Niebla —otra adolescente, pero mayor, de unos dieciocho años—, luego un tipo también mayor que Mark, pero bajo y lleno de músculos. Niebla se refiere a él como el Sapo y parece que a él le gusta el apodo. Mark y Trina son los siguientes, junto con un chico llamado Baxter que va a la cola. Baxter es el más joven de todos, tendrá unos trece años, pero Mark se da cuenta de que es un hueso duro de roer. Insistió en ir en la retaguardia porque así, decía, podía protegerlos de ataques sorpresa.

Mientras corren, Mark espera que le quede suficiente tiempo de vida para hacerse amigo del chaval.

—Espero que sepa lo que está haciendo —dice Trina en voz baja.

Trotan el uno al lado del otro y él se descubre pensando tontamente que sería agradable estar en la playa, con el sol poniéndose en el agua. Da gracias por que Trina no pueda leerle la mente.

—Lo sabe —insiste.

Tampoco quiere que sepa que casi tiembla de miedo por lo que pueda suceder en cualquier momento, lo que le dificulta el correr. Está a punto de cumplir diecisiete años y hasta ahora no se había dado cuenta de lo cobarde que puede llegar a ser.

—Un tsunami —Trina pronuncia la palabra como si fuera lo más maléfico que haya salido de su boca—. Estamos en medio de la red del subtrans de Nueva York y se supone que esa es nuestra mayor preocupación. ¿Un tsunami?

—Estamos bajo tierra —contesta Mark—. Y nuestra ciudad se encuentra justo a orillas del mar, por si lo has olvidado. El agua cae hacia abajo. Ya sabes, la gravedad

y todo eso.

Nota cómo le mira mal y sabe que se lo merece. Debe de estar perdiendo los nervios para hacerse el listillo de esa manera. Intenta salvarse del único modo que sabe, con la honestidad:

—Perdona —farfulla. La carrera puede con él y respira con dificultad—, es que tengo un miedo de muerte. Lo siento mucho.

—No pasa nada. No lo he dicho como una pregunta. Es que… no sé, supongo que me refiero a que esto es una locura. Erupciones solares y un tsunami… Hace unas horas ni siquiera le daba importancia a esas palabras. Ni lo más mínimo.

—Es un asco —es lo mejor que se le ocurre a Mark. Ya no quiere hablar más del tema. Cuanto más lo hacen, más le revuelven el estómago la angustia y la preocupación.

Alec afloja el paso cuando llegan al final del último túnel. Para, se da la vuelta y los mira. Todos respiran con dificultad y Mark tiene el cuerpo entero empapado en sudor.

—Ahora debemos atravesar una de las partes más nuevas del subtrans —dice Alec—. Seguro que nos topamos con gente y a saber de qué humor estará. A veces la peña se pone muy desagradable cuando el mundo está a punto de acabarse.

Ahora que se está calmando la respiración del grupo, Mark oye unos sonidos débiles que provienen de detrás de su líder. El murmullo de una muchedumbre: personas hablando, yendo y viniendo afanosamente, mezclado con unos ruidos inquietantes: a lo lejos hay gritos, llantos y gemidos. Ahora no les parece tan malo el aislamiento de su pequeño trastero frío y húmedo.

Lana retoma la conversación:

—Tenemos que pasar por aquí. Caminad rápido, pero que no parezca que sabéis adónde os dirigís. No podemos permitirnos cargar con nada; deshaceos de lo que llevéis en los brazos y los bolsillos o puede que nos ataquen. Esperemos encontrar algo en el edificio Lincoln.

Unos cuantos acarreaban los paquetes de comida que Trina había encontrado antes. Los tiran al suelo, y ese gesto parece robarle un poco de vida a la chica.

—Cruzaremos esta puerta —explica Alec mientras mira su teléfono, cuya batería debe de estar a punto de agotarse—. Y luego saltaremos a las vías. Cuanto más nos alejemos de la estación, con menos personas puede que nos topemos. Seguiremos todo recto unos ochocientos metros y luego entraremos por las puertas a las escaleras del Edificio Lincoln, que van hasta la planta diecinueve. Es nuestra única posibilidad.

Mark echa un vistazo rápido a su alrededor y ve que los demás están inquietos y nerviosos. El Sapo salta arriba y abajo, lo que parece ridículamente apropiado.

—Vamos —dice Alec—. Pegaos unos a otros, no os separéis. Defendeos entre vosotros hasta la muerte.

Trina suelta un gruñido al oír eso. Mark desearía que el hombre no lo hubiese dicho.

—¡Vamos, vamos! —grita Lana, ya sea por frustración o para prepararlos psicológicamente.

Alec abre la puerta y la cruza. Los demás le siguen cuando una explosión de calor pasa junto a ellos y les invade. Mark siente como si se quemara el oxígeno de su pecho y se esfuerza por respirar hasta que consigue acostumbrarse.

Entra en el túnel mayor con Trina pisándole los talones y caminan por un saliente estrecho a pocos metros de las vías del tren. Alec y Lana ya han saltado y extienden los brazos para ayudar al resto. Uno a uno se dan la mano para saltar desde el borde y caer con un golpe fuerte acompañado de una sacudida en las piernas. Mark alza la vista. La luz se filtra por las escaleras que al final les llevarán al mundo devastado que hay arriba. Estudia a la gente apiñada en el andén opuesto: todos tienen los ojos clavados en los recién llegados.

Lo que Mark ve allí hace que su corazón quiera detenerse.

El sitio está atestado de gente; al menos, la mitad está herida, tiene cortes y otras heridas, quemaduras terribles. Hay personas tumbadas en el suelo gritando, niños de todas las edades, muchos de ellos también heridos. Eso es lo que más le impresiona a Mark. Dos hombres luchan brutalmente a un lado, dándose puñetazos, arañándose. Nadie mueve un dedo para separarlos. Hay una mujer desplomada al borde del andén sin rostro: ha sido sustituido por sangre y piel derretida. Mark se siente como si le hubieran dejado echar un vistazo al infierno.

—Caminad —ordena Alec en cuanto todos han bajado a las vías.

Le obedecen, permaneciendo lo más juntos posibles. Mark tiene a Trina a su izquierda y a Baxter a su derecha. El chico parece aterrorizado y Mark quiere decirle algo para ayudarle a sentirse mejor, pero no encuentra las palabras; de todas formas, estarían vacías. Alec y Lana se hallan justo delante de Mark y su lenguaje corporal no anima a nadie a ser tan estúpido como para enfrentarse a ellos.

Ya han recorrido media parte principal de la estación cuando dos hombres y una mujer saltan a las vías y se interponen en su camino, obligándoles a parar. Los desconocidos están sucios, pero parecen ilesos; al menos, físicamente. Su mirada parece afectada por lo que han visto.

—¿Adónde creéis que vais? —pregunta la mujer.

—Sí —añade uno de sus amigos—, vais por ahí dándooslas de importantes… ¿Es que conocéis algún sitio adonde ir del que no estemos al tanto? El otro hombre se acerca más a Alec.

—No sé si os habréis dado cuenta, pero el sol ha estallado sobre nosotros. La gente está muerta, señor; mucha gente. Y no me gusta que paseéis por aquí fingiendo que no pasa nada.

Más personas saltan a las vías desde el andén, congregándose detrás de los tres primeros desconocidos, bloqueándoles el paso.

—¡Veamos si llevan comida! —grita alguien.

Alec retrocede y le da un puñetazo al hombre que tiene enfrente. La cabeza del tipo se mueve bruscamente hacia atrás, la sangre brota de su nariz y cae al suelo. Es tan repentino e impactante que nadie se mueve durante un segundo. Después, varias personas cargan entre gritos contra el grupo de Mark.

A continuación, el caos. Los puños vuelan, los pies dan patadas, los dedos agarran el pelo y tiran. A Mark le dan un puñetazo en la cara justo cuando advierte que un hombre se lleva a Trina. La furia explota en su interior y se defiende contra el que le ha pegado, moviendo los brazos a lo loco hasta que acierta dos veces. Luego aparta al tipo de un empujón y ve a un hombre encima de Trina. Está luchando con ella en el suelo y se esfuerza por tomar el control de sus brazos mientras la chica intenta desesperadamente deshacerse de él.

Mark se lanza hacia el hombre y ambos ruedan por el suelo, alejándose de Trina. El hombre le pega un puñetazo y él se lo devuelve, sin apenas notar dónde le ha dado. Después todo se vuelve confuso: los cuerpos se retuercen, agitan los brazos y dan patadas. Mark se suelta, se aleja a gatas y comprueba que Trina está bien. Ella se ha levantado, se acerca corriendo y le da una patada a su atacante en la cara, pero resbala y cae de espaldas. El desconocido intenta perseguirla, pero tiene otra vez a Mark encima, que se ha lanzado para golpearle con el hombro en la barriga. El hombre gruñe y se hace un ovillo mientras Mark se pone en pie y coge a Trina de la mano. Ambos se abren paso entre la multitud y luego miran para ver qué hacen los demás.

Todos continúan luchando, pero al menos no se les ha unido nadie más del andén. Mark ve al Sapo golpear a un hombre; Alec y Lana están peleando con un hombre y una mujer que atacaban a Niebla y Baxter. Dos personas más huyen de su grupo. Casi está terminando.

Entonces es cuando sucede. Se oye un ruido sordo, al principio bajo, pero el volumen se intensifica. El túnel tiembla ligeramente. Todos dejan de luchar al instante; la gente se pone de pie y mira a su alrededor. Mark hace lo mismo, intenta encontrar el origen del ruido. Sigue agarrando a Trina de la mano.

—¿Qué es eso? —grita ella.

Él sacude la cabeza y continúa recorriendo el túnel con la vista. El suelo vibra bajo sus pies y el estruendo se hace mayor, convirtiéndose en un rotundo rugido. Sus ojos se posan en las escaleras que suben de la estación del subtrans justo cuando estallan los gritos, unos gritos interminables, eternos, y ve la imagen borrosa de la muchedumbre moviéndose aterrorizada.

Un monstruoso muro de agua sucia baja por los anchos escalones.

CAPÍTULO 21

Mark se despertó. No con un chillido ni un grito ahogado, tampoco se irguió de repente ni hizo nada dramático. Tan solo abrió los ojos y se dio cuenta enseguida de que estaban llorosos y tenía la cara mojada. El sol había salido y brillaba intensamente a través de los árboles.

El muro de agua.

Nunca, nunca olvidaría cómo fue verlo bajar por esas escalinatas como una especie de bestia viva. Y el horror de presenciar cómo se llevó por delante a las personas que estaban al pie de las escaleras.

—¿Estás bien?

Trina. Genial.

Rápidamente se enjugó las lágrimas y se volvió hacia ella, con la esperanza de que no supiera que había roto a llorar mientras dormía. Pero, en cuanto la miró, esa esperanza se desvaneció. Tenía el aspecto de una madre preocupada.

—Hmmm, eh… —murmuró. Se sentía muy incómodo—. Buenos días. ¿Qué tal?

—Mark, no soy idiota. Dime qué te pasa.

La miró, intentando transmitirle que no quería hablar de ello. Entonces vio a Deedee, apoyada en un árbol a pocos metros de distancia, quitándole la corteza a una ramita. Su expresión no era de felicidad, pero al menos había desaparecido aquella tristeza absoluta. Era un comienzo.

—¿Mark?

Volvió a mirar a Trina.

—He tenido… una pesadilla.

—¿Sobre qué?

—Ya lo sabes.

Ella frunció el entrecejo.

—Pero ¿qué parte? Quizá te ayude hablar de ello.

—No creo —suspiró y luego se dio cuenta de que no estaba siendo muy agradable. Ella solo trataba de animarlo—. Era justo antes de que el agua inundara la estación. Cuando nos peleamos con aquellos aspirantes a pandilleros. Me desperté cuando empezaba la peor parte.

La peor parte. Como si todo lo de antes hubiera sido un *picnic* en el parque con la abuela.

Trina bajó la vista al suelo.

—Ojalá dejaras de tener esos sueños. Lo conseguimos y eso es lo único que importa. Tienes que olvidarte del pasado —una expresión de disculpa se reflejó en su

rostro—. Sí, ya sé que es más fácil decirlo que hacerlo. Supongo que me gustaría que pudieras olvidar el pasado. Eso es todo.

—Lo sé, lo sé. A mí también me gustaría.

Extendió la mano para darle unas palmaditas en la rodilla, un gesto absurdo en aquella situación, pero Alec y Lana regresaban de ir a buscar agua fresca del arroyo.

—¿Qué tal va? —le preguntó a Trina, y desvió la mirada hacia Deedee.

—Muy bien, creo. Todavía no se ha abierto mucho, pero al menos parece estar cómoda conmigo. Me imagino el miedo que pasó la pobre después de que la abandonaran.

Aquello provocó de nuevo el enfado en el interior de Mark.

—¿Cómo pudieron hacer algo así? Bueno…, ¿qué clase de ineptos…?

Trina asintió.

—Sí…, pero no sé. A grandes males…, ya sabes.

—Sí, pero ¡es que no debe de tener más de cuatro años! —protestó él con una mezcla de susurros y gritos. No quería que Deedee le oyera, pero no podía evitarlo; sentía muchísima rabia.

—Lo sé —dijo Trina en voz baja—, lo sé.

Lana se acercó a ellos; a juzgar por sus ojos, entendía cómo se sentía el muchacho.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —comentó—. Ya arreglaremos las cosas.

El día se alargaba y se alargaba.

Al principio Mark recelaba del pueblo de Deedee, seguía preocupado por la dirección que indicó cuando le preguntaron adónde habían ido. Si la niña tenía razón, significaba que estaban por allí, en alguna parte, haciendo quién sabe qué. No tenía ningún motivo real para temerles, solo eran personas como todos los demás. Huían de un ataque, huían de una enfermedad. Pero la forma en que Deedee había hablado de ellos no presagiaba nada bueno. Y veía con mucha claridad en su cabeza a la niña señalando su herida con aquella mirada acusatoria. Todo eso le alteraba.

Tras horas sin ver ni rastro de ellos, se relajó en la monotonía de la excursión: caminar y más caminar por el bosque, cruzar arroyos, abrirse camino entre los matorrales. Preguntarse si tenía sentido ir a ese lugar que buscaban.

Era media tarde cuando pararon a descansar. Comieron barritas de cereales y bebieron agua de un río cercano. Mark pensaba constantemente en que había algo que siempre tendrían: muchas fuentes de agua. Al menos les quedaba eso.

—Estamos cerca —dijo Alec mientras comían—. Tal vez deberíamos ser más prudentes. Podrían tener guardias custodiando el lugar. Apuesto cualquier cosa a que hay un montón de gente a la que le gustaría vivir en un bonito búnker o lo que sea eso. Seguro que está hasta los topes de comida para emergencias.

—Y está claro que nosotros tenemos una emergencia —masculló Lana—. Sean quienes sean, será mejor que tengan una buena explicación.

Alec dio otro bocado y masticó con un lado de la boca.

—Así se habla.

—¿No te enseñaron modales en el ejército? —preguntó Trina—. ¿Sabes?, es tan fácil dar un bocado después de decir algo como justo antes de decirlo.

Alec dio un mordisco a su barrita.

—¿Ah, sí? —Soltó una carcajada y varios trocitos de cereales salieron disparados, lo que le hizo rugir más fuerte. Se atragantó, tosió, recobró la compostura y volvió a reírse.

Era rarísimo ver a Alec obrar de esa manera y Mark no supo al principio cómo reaccionar. Pero luego lo asimiló y se rio con él, aunque no recordaba qué era lo que tenía tanta gracia. Trina sonreía y la pequeña Deedee se reía efusivamente. Aquel sonido embargó a Mark y le quitó el abatimiento.

—Por la que estáis montando, parece que alguien se ha tirado un pedo —observó Lana, inexpresiva.

Eso hizo que a todos les entrara un gran ataque de risa que duró varios minutos; Alec se encargó de reavivarlo haciendo ruidos escatológicos. Mark rio hasta que le dolió la cara y se esforzó por dejar de sonreír, ya que eso provocaba que se riera más fuerte.

Al final se calmaron y todo terminó con un gran suspiro del viejo soldado. Luego el hombre se levantó.

—Me siento como si pudiera correr treinta kilómetros —dijo—. Vayamos tirando.

Mientras partían, Mark se dio cuenta de que el sueño de la noche anterior volvía a parecer un recuerdo lejano.

CAPÍTULO 22

Alec y Lana fueron más prudentes durante la siguiente etapa del viaje: paraban cada quince minutos, más o menos, para escuchar con atención en busca de alguna señal reveladora de guardias o trampas, manteniéndose al cobijo de los árboles cada vez que era posible.

El sol descendía, debía de faltar un par de horas para que se completara la puesta, cuando Alec se detuvo e hizo que todos se colocaran a su alrededor. Parecía que en algún momento los dos adultos habían dejado de preocuparse por mantener las distancias los unos de los otros. Se hallaban en un pequeño claro completamente rodeado de espesos robles y pinos altísimos —árboles viejos que las erupciones solares no habían consumido del todo— entre la maleza seca y quebradiza. El claro estaba en un pequeño valle entre dos colinas medianas. Mark continuaba de buen humor y tenía curiosidad por saber lo que había planeado el hombre.

—He intentado hacer esto lo menos posible, pero ha llegado el momento de consultar la agenda electrónica para asegurarnos de que el mapa que he dibujado es exacto. Esperemos que mi cerebro envejecido no nos haya fallado.

—Sí —añadió Lana—, esperemos no estar ya en Canadá o México.

—Muy graciosa.

Alec encendió el aparato y abrió la aplicación de los mapas para buscar el que documentaba los viajes del iceberg, con todas las líneas convergentes en un punto. También sacó su brújula. Mientras todos los demás permanecían callados y observaban, él dedicó un par de minutos a estudiar la agenda electrónica, pasando el dedo a un lado y a otro, comparándolo con su copia manuscrita; de vez en cuando hacía una pausa para cerrar los ojos y pensar. Mark supuso que estaría volviendo sobre sus pasos para tratar de cotejar los sitios por donde habían pasado con lo que leía en los mapas. Finalmente se levantó, giró en un círculo completo, alzando la vista al sol, y comprobó la brújula.

—Sí —rezongó—. Sí, sí.

Después volvió a agacharse y estudió los mapas durante otro minuto entero, haciendo pequeños cambios en la versión en papel. Mark se impacientaba, sobre todo porque le preocupaba que el hombre dedujese que habían desviado mucho el rumbo. Pero las palabras que pronunció a continuación lo descartaron:

—Oh, qué bueno soy. En serio, después de todos estos años no dejo de sorprenderme a mí mismo. Pero aquí estoy, todavía sigo haciéndolo.

—Oh, por favor —protestó Lana.

Alec dio unos golpecitos sobre el mapa, justo a la izquierda del lugar que marcaba

el centro de las rutas del iceberg en la pantalla de la agenda electrónica.

—A menos que ese virus esté comiéndose mi cerebro y ya no sepa lo que digo, nos encontramos justo aquí. Probablemente a ocho kilómetros de donde aparca el iceberg todas las noches.

—¿Estás seguro? —preguntó Trina.

—Sé leer mapas e interpretar la configuración del terreno, también cómo funcionan una brújula y el sol. Todas estas montañas, colinas y valles puede que parezcan exactamente iguales a tus bonitos ojos, pero, créeme, no lo son. Y mira aquí —señaló un punto en el mapa—: eso es Asheville, justo a unos pocos kilómetros al este. Estamos cerca. Los próximos días van a ser muy interesantes.

Mark tenía la sensación de que su buen humor no iba a durar mucho.

Se acercaron un par de kilómetros más, adentrándose en una de las zonas más frondosas del bosque. Alec quería estar a cubierto por si las personas a las que planeaban enfrentarse enviaban a algún representante por la noche.

Se instalaron, cenaron rápido y después se sentaron en un lugar vacío de su estrecho alojamiento, sin hoguera por miedo a ser vistos. No iban a arriesgarse a que los descubrieran tan cerca del cuartel general del iceberg.

Así que se sentaron en círculo, mirándose fijamente entre ellos, hasta que la luz se hizo penumbra y los grillos comenzaron a cantar en el bosque. Mark preguntó qué planes había para el día siguiente, pero Alec insistía en que aún no estaban preparados. Quería pensar y después discutirlo detenidamente con Lana antes de explicárselo a los demás.

—¿No crees que podríamos aportar algo? —replicó Trina.

—Al final —respondió con brusquedad. Y eso fue todo.

Ella soltó un suspiro exagerado.

—Justo cuando empezabas a ser simpático otra vez.

—Sí, bueno —se recostó en un árbol y cerró los ojos—. Ahora déjame usar el cerebro un rato.

Trina miró a Mark en busca de consuelo, pero él se limitó a sonreír como respuesta. Hacía tiempo que se había acostumbrado al modo de ser del viejo oso. Además, en cierta manera estaba de acuerdo con él: ni siquiera sabía lo primero que harían por la mañana… ¿Cómo iba a reunir información de un lugar y de una gente de los que no sabían nada?

—¿Qué tal, Deedee? —preguntó. La niña estaba sentada sobre las piernas cruzadas, con los ojos clavados en un punto del suelo—. ¿Qué pasa por esa cabecita tuya?

Ella se encogió de hombros y le respondió con una media sonrisa. Mark comprendió que le preocupaba cuál sería su papel al día siguiente.

—Eh, oye, no tienes por qué tener miedo de lo de mañana. No dejaremos que te

pase nada malo, ¿vale?

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Trina se inclinó para abrazar a la niña. Ya no cabía duda de que Alec y Lana se habían rendido en su insistencia por no aproximarse —y mucho menos tocarse—. Ninguno de ellos pronunció palabra.

—Esto son cosas de mayores —le dijo Trina a la niña—. No te preocupes, ¿vale? Te pondremos en algún lugar seguro y luego lo único que haremos será intentar hablar con unas personas, nada más. Todo va a salir bien.

Mark estaba a punto de añadir unas palabras de consuelo a las de Trina cuando oyó un ruido a lo lejos. Sonaba como si alguien estuviera cantando.

—¿Oís eso? —susurró.

Los otros aguzaron el oído, sobre todo Alec. Abrió los ojos como platos y se enderezó.

—¿Qué? —preguntó Trina.

—Escucha —Mark se llevó un dedo a los labios e inclinó la cabeza hacia la voz distante.

Era débil, pero indudablemente allí estaba: el sonido de una mujer que entonaba una especie de cántico, no tan lejos como al principio pensó. La piel se le puso de gallina al recordar el canturreo de Niebla cuando empezó a sucumbir a la enfermedad.

—¿Qué demonios es eso? —susurró Alec.

Nadie respondió, se limitaron a escuchar. Era agudo y musical; casi habría resultado agradable si no estuviera tan fuera de lugar. Si de verdad había alguien ahí fuera cantando de esa manera, bueno… Era muy raro. Entonces se unió una voz masculina, luego unas cuantas más hasta que sonó un auténtico coro.

—¿Qué es eso? —preguntó Trina—. ¿Hay por aquí algún tipo de iglesia o qué?

Alec se inclinó hacia delante con una expresión seria en el rostro.

—Odio tener que decirlo, pero hay que averiguar de qué se trata. Iré yo. Vosotros, chicos, quedaos aquí y guardad silencio. Podría ser una especie de trampa.

—Te acompaño —se ofreció Mark; las palabras casi se le escaparon de la boca. No podía quedarse ahí sentado. Además, le mataba la curiosidad.

Alec no parecía muy seguro. Miró a Lana y luego a Trina.

—¿Qué? —soltó Trina—, ¿no creéis que las mujeres podamos apañárnoslas sin vosotros? Id, chicos, nosotras estaremos perfectamente. ¿A que sí, Deedee?

La pequeña no parecía estar muy bien, aquel canto la había puesto nerviosa. Pero asintió con la cabeza y le dedicó a Trina su mejor sonrisa.

—Vale —asintió Alec—. Vamos, Mark; vamos a ver qué pasa.

Deedee se aclaró la garganta y extendió las manos como si quisiera decir algo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Trina—. ¿Sabes algo?

La niña asintió con vehemencia, todavía con una máscara de miedo; después

comenzó a hablar y les reveló más que en todo el tiempo que había pasado desde que la encontraron:

—La gente con la que vivía… Son ellos, sé que son ellos. Se volvieron raros, empezaron a… hacer cosas. Dijeron que los árboles, las plantas y los animales son mágicos. Me abandonaron porque decían que yo era… mala —empezó a lloriquear con la última palabra—. Porque me dispararon y no me puse enferma.

Mark y los demás se miraron. La situación ahora era más extraña.

—Será mejor que vayáis a echar un vistazo, entonces —dijo Lana—. Tenéis que aseguraros al menos de que están lo bastante lejos de nosotros o de que no se dirigen en nuestra dirección. Pero ¡tened cuidado!

Alec asintió, parecía ansioso por saber qué pasaba. Le dio una palmada suave a Mark en el hombro y ya estaba a punto de marcharse cuando Deedee añadió una última cosa:

—Atentos al hombre feo sin orejas —se apoyó en el hombro de Trina y prorrumpió en sollozos.

Mark miró a Alec, que negó con la cabeza para que no presionara a la niña; luego le hizo un gesto y, sin mediar palabra, los dos se dirigieron al bosque.

CAPÍTULO 23

El canto no cesó conforme avanzaban por el bosque. Procuraban no hacer ruido, pero de vez en cuando Mark tropezaba con una rama caída, la rompía y el sonido de la madera al quebrarse era como una bomba en el relativo silencio del bosque. Alec le lanzaba una dura mirada cada vez que sucedía, como si aquella fuera la mayor estupidez cometida por un ser humano.

Lo único que Mark atinaba a decir era «perdón». Trataba de pisar con cuidado, pero las cosas que hacían ruidos terribles parecían atraerle.

Ya casi no había luz solar y ellos avanzaban sigilosamente entre los árboles, cada vez más cerca del coro de espeluznantes cánticos. Los árboles se convertían en sombras permanentes, altas, de mal augurio, apremiantes. Daban la impresión de inclinarse hacia Mark sin importar dónde estuviera o hacia dónde caminara, lo que a su vez le dificultaba guardar silencio y eso provocaba que Alec le lanzara nuevas miradas de reproche. Al menos, en la oscuridad no distinguía su expresión. Continuó moviéndose, siguiendo al viejo oso.

Se abrieron camino por el bosque otros cien metros, cuando constataron que tenían una fuente de luz delante. Era naranja y titilaba. Una hoguera, una grande. Y el volumen de los cánticos cada vez era más alto. Y tenía… intensidad. Aquella gente estaba animada con lo que fuera que estuviera haciendo.

Alec se acercó con sigilo a un árbol viejo y grueso y se agachó por detrás. Mark se hallaba justo a su espalda, esforzándose por mantener el silencio. Estaban arrodillados el uno junto al otro con mucho espacio libre entremedias.

—¿Qué opinas sobre lo que dijo Deedee? —susurró Mark.

Debía de haberlo dicho muy alto, porque el hombre le lanzó su habitual mirada de «calla», visible bajo la tenue luz. Entonces, en voz baja, le respondió:

—Estos podrían ser los que la abandonaron. Y dan la sensación de tener huevos revueltos en vez de cerebros. Ahora intenta no hacer ruido, ¿vale?

Mark puso los ojos en blanco, pero Alec ya se había dado la vuelta y estaba inclinándose hacia delante para asomarse por el tronco del árbol. Al cabo de unos segundos, volvió a mirarle.

—No los distingo a todos —dijo—, pero al menos hay cuatro o cinco palurdos bailando alrededor de la hoguera como si intentaran traer de vuelta a los muertos.

—Quizá sea eso exactamente lo que estén haciendo —sugirió Mark—. A mí todo esto me suena a secta.

Alec asintió despacio.

—A lo mejor siempre han sido así.

—Deedee dijo que para ellos era mala. Quizás el virus o lo que sea los ha convertido en algo peor —una secta con una enfermedad que les enloquecía aún más. Sonaba divertido—. Me ponen los pelos de punta y ni siquiera los he visto todavía.

—Sí, será mejor que nos acerquemos. Quiero echar un último vistazo para asegurarme de que no tenemos que preocuparnos por ellos.

Se agacharon más, a un par de centímetros de su escondite, y caminaron despacio de un árbol a otro; entretanto, Alec comprobaba que el terreno estaba despejado para avanzar al siguiente. Mark se sentía orgulloso porque llevaba bastante rato sin hacer ningún ruido.

Continuaron hasta recorrer unos cien metros. El canto se oía claramente y las sombras de las llamas daban vueltas y se proyectaban en el follaje. Esta vez Mark se ocultó tras un árbol distinto al de Alec y asomó la cabeza para echar un vistazo por la larga pendiente.

La hoguera rugía, medía al menos tres metros de ancho, con sus lenguas de llamas lamiendo el aire hacia arriba, amenazando las ramas inferiores de los árboles que la rodeaban. Mark no se podía creer que aquellos imbéciles se arriesgaran a quemar el bosque entero, en especial con lo seco que había quedado todo tras las erupciones solares.

Cinco o seis personas bailaban y daban vueltas alrededor de la hoguera, alzando los brazos y volviéndolos a bajar, inclinándose hacia la tierra y moviéndose luego hacia un lado, donde empezaban de nuevo. Mark casi esperaba verlos vestidos con túnicas estrafalarias o completamente desnudos, pero llevaban ropa sencilla: camisetas de manga corta, de tirantes, vaqueros, pantalones cortos y deportivas. Un grupo de una docena, más o menos, se dividía en dos filas al otro lado del fuego; ambas entonaban el extraño cántico que Mark llevaba oyendo un buen rato. No entendía ni una palabra.

Alec le sobresaltó al darle unos golpecitos en el hombro. Se volvió para mirarle y tuvo que contenerse para mantener la voz baja:

—Me has dado un susto de muerte.

—Perdona. Mira, estos tipos me dan mala espina. Sean o no una amenaza, seguro que la gente del búnker al que nos dirigimos ya ha advertido su presencia y debe de estar alerta.

Mark se preguntó si eso sería algo bueno.

—Pero si son una distracción, será más fácil para nosotros colarnos en ese sitio, ¿no crees?

Alec pareció considerar sus palabras.

—Sí, supongo. Probablemente deberíamos…

—¿Quién anda ahí?

Ambos se quedaron inmóviles, mirándose fijamente el uno al otro, ahora con la boca abierta. Mark veía la luz inferior titilar en el reflejo de los ojos de Alec.

—He dicho que quién anda ahí —era una mujer, que hablaba desde el grupo junto

a la hoguera—. No queremos haceros daño. Solo queremos invitaros a alabar a la naturaleza y a los espíritus.

—Sí, claro —susurró Alec—. No me lo trago.

—Yo tampoco, desde luego —respondió Mark.

Se oyó el crujido de unas pisadas y, antes de que pudieran hacer nada, había dos personas delante de ellos. Estaban de espaldas al fuego, así que Mark no distinguía sus rostros, pero parecían un hombre y una mujer.

—Estáis invitados a bailar y cantar con nosotros —dijo la mujer. Su tono de voz parecía demasiado… tranquilo para las circunstancias. En este nuevo mundo se debía tener más prudencia con los desconocidos.

Alec se levantó —ya no tenía sentido estar agachados como si fueran chavales espiando— y Mark lo imitó. El viejo soldado se cruzó de brazos y sacó pecho como un oso intentando defender su territorio.

—Mirad —empezó con su típico rugido—, me halaga que vengáis con vuestra invitación, pero respetuosamente tenemos que rechazarla. Sin rencores, ¿verdad?

Mark hizo una mueca; aquella gente era demasiado imprevisible —quizás inestable— como para arriesgarse a ser sarcástico o maleducado con ellos. Deseó poder ver bien sus rostros para advertir la reacción, pero permanecían ocultos en las sombras.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó el hombre como si no hubiera oído el comentario de Alec—. ¿Por qué estáis aquí, espiándonos? Creí que sería un honor para vosotros que os invitáramos.

Alec cogió un poco de aire y Mark notó que se tensaba.

—Teníamos curiosidad —respondió Alec sin alterarse.

—¿Por qué abandonasteis a Deedee? —soltó de repente Mark, sin saber por qué. Ni siquiera estaba seguro de si aquella gente era del mismo pueblo o no—. No es más que una niña pequeña. ¿Por qué la dejasteis tirada como a un perro?

La mujer no contestó a su pregunta, pero habló:

—Tengo un mal presentimiento sobre vosotros dos. Y no podemos arriesgarnos. Cogedlos.

Antes de que Mark procesara sus palabras, tenía una soga al cuello que lo apretaba con fuerza y le levantaba del suelo. Gruñó y echó las manos arriba para intentar aliviar la presión mientras caía de espaldas y sin aire en los pulmones. A Alec le habían contenido de la misma manera; Mark lo oía maldecir entrecortado, asfixiándose. Pataleó y retorció el cuerpo para intentar darse la vuelta y mirar a su atacante, pero unas manos fuertes lo agarraban bajo los brazos y lo levantaban del suelo.

Comenzaron a arrastrarlo por la pendiente de la montaña.

Hacia el fuego.

CAPÍTULO 24

Mark dejó de forcejear cuando alguien le asestó un puñetazo en la cara, causándole un gran dolor en la mejilla. Comprendió que cualquier esfuerzo por escapar era inútil, de modo que se relajó y permitió que lo arrastraran adonde fuera que quisieran llevarle. Vio que Alec luchaba contra dos hombres corpulentos y observó cómo apretaban más la soga que le rodeaba el cuello. Los ruidos sofocados del viejo le rompían el corazón.

—¡Para! —gritó—. ¡Alec, para! ¡Van a matarte!

Por supuesto, él no le prestó atención, solo luchaba.

Al final les arrastraron al claro donde el fuego seguía rugiendo. Ante la mirada de Mark, una mujer se acercó y arrojó otros dos troncos a aquel infierno. La hoguera llameaba y escupía brillantes chispas rojas. Su captor lo arrastró alrededor y lo tiró delante de las dos filas de gente, que dejaron de cantar y centraron su mirada en Mark y Alec.

Tosió y escupió, el cuello le ardía por la soga; luego intentó incorporarse. Un hombre alto, probablemente el que le había arrastrado hasta allí, puso una bota en su pecho y le empujó de nuevo hacia el suelo.

—Quédate tumbado —ordenó. No sonaba enfadado ni molesto, lo dijo con total naturalidad, como si ni se planteara la posibilidad de que el chico considerase desobedecer.

Fueron necesarios dos hombres para bajar a Alec de la montaña; aun así, a Mark le impresionó que lo hubieran conseguido. Le arrojaron a su lado. El soldado resoplaba y gemía, pero no se resistió porque aún aferraban el otro extremo de la cuerda que le rodeaba el cuello. Tuvo un largo ataque de tos y escupió un montón de sangre sobre la tierra.

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó Mark a nadie en particular. Estaba tumbado bocarriba y miraba al follaje, al reflejo de las llamas en las hojas—. No hemos venido a haceros daño. ¡Solo queremos saber quiénes sois, qué estáis haciendo!

—¿Por eso preguntaste por Deedee?

Echó un vistazo y vio a una mujer a pocos pasos de distancia. Por la forma de su cuerpo, sabía que era la señora que les había hablado más arriba, en la montaña. Su frialdad le desconcertó.

—Así que fuisteis vosotros los que la abandonaron. Pero ¿por qué? ¿Y por qué nos hacéis prisioneros ahora? ¡Solo queremos respuestas!

De repente, Alec se movió, cogió la cuerda y tiró de ella a la par que se ponía en pie de un salto. Los hombres que la sujetaban la soltaron y él se abalanzó sobre ellos

a toda velocidad, con el hombro hacia fuera como si fuese un ariete. Golpeó el costado de uno de ellos, que terminó en el suelo. Aterrizaron con un ruido sordo y Alec le dio un par de puñetazos más antes de que se echaran sobre él otros dos hombres para apartarlo del cuerpo de aquel tipo. Otro más se unió a ellos y entre los tres fueron capaces de tirar a Alec al suelo, bocarriba e inmovilizado de brazos y piernas. El individuo al que había derribado se puso de pie con dificultad, se acercó al viejo y le dio tres patadas seguidas en las costillas.

—¡Basta! —gritó Mark—. ¡Basta! —Tiró de su cuerda y empezó a levantarse, pero la bota de antes regresó y le devolvió al suelo.

—No te muevas, repito, no te muevas más —dijo su captor con el mismo tono monocorde.

Los otros seguían dando puñetazos y patadas a Alec, pero el viejo soldado se negaba a rendirse y se esforzaba por contraatacar pese a sus nulas posibilidades.

—Alec, tienes que parar o te matarán de verdad —suplicó Mark—. ¿De qué nos servirá que estés muerto?

Las palabras por fin atravesaron su cráneo grueso y tozudo. Se quedó quieto, después se hizo un ovillo y su rostro se convirtió en una terrible mueca de dolor.

Casi temblando de rabia, Mark volvió su atención a la mujer, que estaba allí de pie, observándolo todo con una falta de emoción exasperante.

—¿Quiénes sois? —preguntó. Fue lo único que pudo soltar, pero trató de inyectar toda la ira posible en sus palabras.

La mujer se le quedó mirando unos segundos antes de responder:

—Qué intrusos tan molestos. Y ahora encima te pones a hablarme de Deedee. ¿Está con vosotros? ¿En vuestro campamento?

—¿Por qué te importa? ¡La abandonasteis! ¿Qué pasa, te da miedo que se cuele en vuestro campamento y os contagie a todos la enfermedad? La niña está bien. ¡No le pasa nada!

—Tenemos nuestras razones —replicó la mujer—. Los espíritus hablaron y seguimos sus órdenes. Desde la lluvia de demonios del cielo, dejamos nuestra aldea para buscar lugares más sagrados. Muchos de los nuestros se separaron, se negaron a acompañarnos. Están por ahí, en alguna parte, seguro que conspirando con los mismos demonios. Tal vez vosotros espiéis para ellos.

Mark no podía creer las tonterías que salían de la boca de aquella señora.

—¿Dejáis morir a una niña porque podría estar enferma? No me extraña que la otra gente del pueblo no quisiera quedarse con vosotros.

La mujer parecía realmente confundida.

—Escucha, chico, los demás son mucho más peligrosos que nosotros. Atacan sin previo aviso y matan sin remordimientos. El mundo está plagado del mal en muchas formas diferentes y no podemos arriesgarnos, sobre todo cuando has pronunciado el nombre de Deedee. Sois prisioneros y nos ocuparemos de vosotros. Si os liberásemos, nos arriesgaríamos a alertar a los que quieren hacernos daño.

Mark se la quedó mirando mientras la cabeza le daba vueltas. De pronto tuvo una corazonada. Cuanto más hablaba aquella mujer, más la sentía.

—Deedee nos dijo que los dardos cayeron del cielo. Vimos los cadáveres en vuestro pequeño asentamiento. A nosotros nos pasó lo mismo. Solo queremos averiguar el porqué.

—La niña nos trajo el mal, sus hábitos malvados la llevaron a hacerlo. ¿Por qué crees que la abandonamos? Si la habéis rescatado y la habéis traído cerca de nosotros, habéis hecho lo más horrible que pudierais imaginar.

—¿De qué va todo este montón de mierda? —dijo por fin Alec, asfixiado—. Tenemos problemas más importantes de lo que podría imaginar, señora.

—Debéis soltarnos —añadió enseguida Mark, antes de que Alec añadiera nada. El hombre podía ser el tío más duro del grupo, pero para negociar era la última opción—. Lo único que queremos es encontrar un lugar donde vivir a salvo. Por favor, prometo que nos alejaremos. No le contaremos a nadie que os hemos visto y no traeremos a Deedee por aquí si no queréis. Nosotros nos ocuparemos de ella.

—Me apena lo poco que entiendes —respondió la mujer—, de verdad.

Mark quería gritar, pero se obligó a mantener la compostura.

—Mira, turnémonos para explicarnos las cosas, entonces. ¿No crees que sería justo? Quiero entender. Y, sinceramente, necesito que nos entendáis a nosotros. ¿Podemos hablar en vez de que nos tratéis como a animales? —Cuando la mujer no respondió, se aferró a algo para que la conversación continuara—: Bueno…, ¿qué tal si empezamos desde el principio? Cómo llegamos a estas montañas.

La mirada de ella ahora estaba ausente.

—Siempre pensé que los demonios serían agradables cuando vinieran a por nosotros. Nos engañasteis para que os bajáramos aquí, atados, para que pudierais haceros los simpáticos y volvierais a engañarnos de nuevo. Sois demonios. Todos vosotros —le hizo un gesto severo a uno de los hombres que estaba junto a ellos.

El hombre echó el pie atrás y le dio una patada a Mark en las costillas. El dolor explotó en su costado y chilló, incapaz de contenerse. El hombre volvió a golpearle, esta vez en la espalda, justo en los riñones. Un fuerte dolor le recorrió el cuerpo y los ojos le escocieron por las lágrimas al gritar más alto.

Alec protestó:

—¡Basta, maldito hijo de…!

Uno de sus captores le interrumpió dándole un puñetazo en la cara.

—¿Por qué hacéis esto? —gritó Mark—. ¡No somos demonios! ¡Habéis perdido la cabeza!

Otra bota se le clavó en las costillas; el dolor fue insoportable. Se hizo un ovillo, con los brazos alrededor del cuerpo, y se preparó para un ataque continuo, aunque sabía que no tenían escapatoria.

—Basta.

La palabra retumbó en el aire desde el otro lado de la hoguera. Era la voz grave y

rugiente de un hombre. Los hombres que estaban pegando a Mark y Alex retrocedieron de inmediato y se arrodillaron, con las cabezas gachas. La mujer también se arrodilló y miró al suelo.

Mark, aún con gesto de dolor en el rostro, estiró las piernas para ver quién había pronunciado aquella orden simple pero eficaz. Distinguió un movimiento entre las llamas y lo siguió hasta que tuvo a la vista a un hombre que se acercó a él. Cuando estuvo a pocos pasos, se detuvo y sus ojos recorrieron unos pies embotados, subieron por unas piernas ocultas con ropa vaquera, una camisa de cuadros ajustada, hasta llegar al rostro, lleno de terribles cicatrices, casi inhumano. Le entraron ganas de apartar la mirada, pero no se lo permitió. Clavó la vista en los ojos penetrantes y heridos de aquel desconocido desfigurado.

El hombre no tenía pelo. Y no tenía orejas.

CAPÍTULO 25

—Me llamo Jedidiah —dijo el hombre. Sus labios eran amarillos y deformes, torcidos a un lado. Tenía un ceceo extraño y su tono era… monocorde—. Pero mis seguidores me llaman Jed. Vosotros me llamaréis Jed, porque veo que os han tratado mal y ahora sois mis amigos. ¿Entendido?

Mark asintió, pero Alec se limitó a gruñir algo ininteligible. Rebelde hasta el final, el viejo soldado se había incorporado cuando sus agresores les ordenaron que se tumbaran bocarriba. Pero los hombres que les habían estado golpeando hacía solo unos instantes ahora estaban arrodillados como si estuvieran rezando. Mark se incorporó también, con la esperanza de que no hubiera consecuencias. En todo caso, Jed parecía complacido.

—Muy bien —asintió el hombre—. Parece que por fin hacemos las paces.

Se acercó y se sentó entre ellos y el fuego, con las llamas a su espalda. La luz titilante hacía que el perfil de su cabeza pareciera mojado y reluciente, casi como si estuviera derritiéndose otra vez. Derritiéndose. Mark llegó a la conclusión de que eso era lo que le había pasado al pobre.

—¿Te lo hicieron las erupciones solares? —preguntó.

Jed se rio unos segundos, pero el sonido no traslucía ningún resquicio alegre o amable. Más bien resultaba inquietante.

—Siempre me hace mucha gracia cuando alguien se refiere a la plaga demoníaca de esa manera. Cuando sucedió, sí, creí que era simplemente una actividad celestial que dio la casualidad de ocurrir en el camino de la Tierra. Coincidencia, desgracia, mala suerte… Entonces se me pasaron por la cabeza esas palabras.

—¿Y ahora crees que fueron unos demonios malvados que llovieron del cielo? —inquirió Alec, cuyo tono de voz dejaba claro que lo tomaba por un pirado.

Mark le lanzó una mirada y se sintió fatal. La sangre cubría su rostro y ya habían aparecido cardenales y moratones por la brutal paliza que le habían propinado.

—Ha pasado ya dos veces —respondió Jed, sin mostrar señal de haber captado el sarcasmo de Alec—. En ambas ocasiones vino del cielo, una vez del sol y otra de las naves. Creemos que quizá nos visiten anualmente para castigarnos por habernos vuelto descuidados y para recordarnos en qué tenemos que convertirnos.

—Dos veces…, el sol y las naves —repitió Mark—. ¿Las erupciones solares y los dardos del iceberg?

Jed sacudió la cabeza primero a la derecha y luego a la izquierda. Después volvió a concentrarse en él. «¿Qué narices…?».

—Sí, dos veces —confirmó el hombre, como si lo que acababa de hacer fuese lo

más normal del mundo—. Y sí, me entristece y a la vez me divierte que no veáis la importancia de los acontecimientos. Significa que vuestra mente no ha evolucionado todavía lo suficiente para verlos tal y como son.

—Como demonios —dijo Mark, y contuvo las ganas de poner los ojos en blanco.

—Demonios. Sí, demonios. Me quemaron la cara, la derritieron hasta convertirla en lo que veis ahora. Así nunca olvidaré mi llamada. Y entonces llegaron las flechitas de las naves, llenas de su odio. Ya han pasado dos meses y aún lloramos la muerte de los que fallecieron ese día. Por eso encendemos las hogueras, cantamos canciones y bailamos esta danza. Y tememos a los de nuestra aldea que decidieron no unirse a nosotros. Sin duda, trabajan con los demonios.

—Espera, ¿dos meses? —preguntó Alec—. ¿A qué te refieres con dos meses?

—Sí —contestó Jed lentamente, como si hablara con un niño confundido—. Hemos contado los días concienzudamente, cada uno de ellos. Han pasado dos meses y tres días.

—Espera, espera, espera —dijo Mark—. No puede haber pasado tanto tiempo. A nosotros nos pasó hace solo unos días.

—No me gusta… cuando la gente duda de mi palabra —respondió Jed; su tono de voz cambió drásticamente a mitad de la frase. De repente se volvió amenazador—. ¿Cómo podéis estar ahí sentados y acusarme de mentir? ¿Por qué me iba a inventar tal cosa? Pretendía hacer las paces con vosotros, daros una segunda oportunidad en esta vida, y ¿así me lo pagáis? —el volumen de su voz aumentó con cada palabra hasta que empezó a gritar y el cuerpo le tembló—. Me… me da dolor de cabeza.

Mark sabía que Alec estaba a punto de explotar, así que extendió la mano para apretarle el brazo.

—No —susurró—, no lo hagas —luego volvió su atención a Jed—. No, escucha, por favor, no es así. Tan solo queremos entender. La lluvia de… flechas cayó sobre nuestro pueblo hace menos de una semana, por eso supusimos que a vosotros os pasó lo mismo. Y… has dicho que murieron personas el día que sucedió, pero vimos cadáveres que parecían recientes. Ayúdanos a comprenderlo.

Mark tenía la sensación de que esa gente poseía información importante que debían conocer. No creía que el hombre mintiera sobre el periodo de tiempo. Ahí había algo interesante.

Jed subió las manos hasta donde deberían estar las orejas y se balanceó despacio de un lado a otro.

—Algunos murieron en el acto, otros lo hicieron más tarde. Hubo más sufrimiento con el paso del tiempo, más muertes. Nuestro pueblo se dividió en facciones… Todo obra de los demonios —empezó a gemir, casi cantando.

—Te creemos —afirmó Mark—. Solo queremos entenderlo. Por favor, habla con nosotros, cuéntanos lo que ocurrió, paso a paso —trató de contener la frustración de su voz, pero no podía. ¿Cómo se suponía que iba a hacerlo?

—Has hecho que regrese el dolor —aseveró Jed, todavía balanceándose. Sus

brazos estaban rígidos, los codos le sobresalían y no dejaba de sujetarse la cabeza con las manos. Era como si intentara aplastar su propio cráneo—. Duele muchísimo. No puedo… Tengo que… Tenéis que ser de los demonios. Es la única explicación.

Mark sabía que se le acababa el tiempo.

—No lo somos, te lo juro. Hemos venido porque queremos información. Quizá la cabeza te duela porque… sabes algo que se deberías compartir con nosotros.

Alec dejó caer la cabeza hacia delante.

—Vinieron hace dos meses —dijo Jed, cuya voz parecía distante— y luego la muerte llegó en oleadas que duraron más tiempo cada vez. Dos días, cinco días, dos semanas… Un mes. Y gente de nuestra propia aldea, personas que antes considerábamos amigas, intentó matarnos. No entendemos qué quieren los demonios, no lo entendemos. No… lo… entendemos. Bailamos, cantamos, hacemos sacrificios… —se desplomó en el suelo de rodillas, todavía con las manos sobre la cabeza, y dejó escapar un largo gemido de dolor.

Mark había llegado al límite de su paciencia. Aquello era una completa locura y no había manera de tratarlo racionalmente. Le echó un vistazo a Alec y supo, por su mirada llameante, que estaba preparado para volver a intentar escapar. Sus captores seguían de rodillas, con las cabezas gachas, en una especie de adoración enfermiza dedicada a un hombre que se retorcía de dolor. Era ahora o nunca.

Estaba a punto de considerar su próximo movimiento, intentando concentrarse a pesar de los gemidos y quejidos provenientes de Jed, cuando unos nuevos sonidos se alzaron en el bosque detrás de ellos. Había personas gritando, chillando, riéndose, imitando el canto de los pájaros y otros ruidos de animales. Acompañados por el crujido de las pisadas sobre la maleza seca, los escalofriantes sonidos continuaron, más altos a medida que la gente se acercaba. Después, y eso fue más alarmante, los ruidos se extendieron en un círculo alrededor del claro de la hoguera hasta que quedó totalmente rodeado por un coro de graznidos, cucús, rugidos y risas histéricas. Debía de haber muchas personas haciendo esos ruidos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alec con notable indignación.

—Os advertimos sobre ellos —dijo la mujer desde donde estaba arrodillada—. Antes eran nuestros amigos, nuestra familia. Ahora los demonios se los han llevado y lo único que quieren es atormentarnos, matarnos.

Jed volvió a incorporarse sobre sus rodillas, gritó a pleno pulmón y echó la cabeza violentamente hacia abajo, luego a izquierda y derecha, como si intentara quitarse algo del cráneo. Mark no pudo evitar retroceder y caminó de lado hasta que la cuerda que le rodeaba el cuello se tensó al máximo. El otro extremo seguía en las manos de uno de los hombres arrodillados.

Un sonido penetrante y horroroso brotó de Jed e interrumpió todos los nuevos que procedían del bosque circundante.

—¡Me han matado! —gritó, y fue como si las palabras le rasgaran la garganta—. ¡Los demonios… al final… me han matado!

Su cuerpo se puso rígido, con los brazos pegados a los costados, y cayó, dejando escapar un último aliento que salió volando de sus labios. El cuerpo quedó inmóvil y la nariz y la boca comenzaron a rezumar sangre.

CAPÍTULO 26

Mark se quedó paralizado. Miraba el cadáver de Jed, que yacía en una posición retorcida. Estaba seguro de que la última hora era la más extraña que había pasado desde que llegaron a ese campamento de locos. Y cuando parecía que la situación no podía volverse más rara, unos dementes los rodeaban escondidos en el bosque, haciendo ruidos de animales y riéndose histéricamente.

Se volvió despacio hacia Alec. El hombre estaba sumido en un silencio estupefacto, inmóvil y con la vista fija en el cuerpo de Jed.

El movimiento y los ruidos en el bosque continuaron. Se oyeron silbidos, ovaciones y carcajadas. Crujidos de pisadas.

Los hombres arrodillados —y que antes habían golpeado a Mark y Alec— se levantaron y miraron sus cuerdas como si no estuvieran seguros de qué hacer con ellas. Contemplaron a sus prisioneros, luego se observaron el uno al otro y después otra vez las cuerdas. Las dos filas que cantaban tras ellos estaban haciendo más o menos lo mismo; saltaba a la vista que necesitaban que alguien les dijera cómo reaccionar. Era como si Jed fuese una especie de vínculo que todos compartían y, ahora que se había roto, sus seguidores se sintieran confundidos e incapaces de funcionar.

Alec actuó primero, obviamente para aprovecharse de la situación: cogió con torpeza la cuerda que le rodeaba cuello y logró colar los dedos por debajo lo suficiente para soltarla. A Mark le dio miedo que el gesto sacara a aquellos hombres de su estado de aturdimiento y tomaran represalias, pero en realidad reaccionaron soltando el extremo de las cuerdas. De inmediato siguió el ejemplo de Alec y se esforzó por deshacer su propio nudo para por fin soltarse. La empujó hacia arriba hasta quedar libre, justo cuando Alec tiraba la suya al suelo.

—Larguémonos de aquí —refunfuñó el viejo.

—Pero ¿qué hay de sus amigos ahí fuera? —preguntó Mark—. Nos tienen rodeados.

El hombre soltó un gran suspiro.

—Vamos, nos abriremos camino a palos si nos detienen. Déjaselos a esos palurdos.

La mujer que les había hablado al principio se acercó a pasos raudos, con el rostro lleno de preocupación.

—Solo intentábamos mantener a los demonios a raya, nada más. Y mirad cómo habéis arruinado nuestros esfuerzos. ¿Por qué habéis traído aquí a nuestros enemigos? —Hizo un gesto de dolor tras esas palabras y retrocedió un paso a

trompicones, llevándose una mano a la sien—. ¿Cómo habéis podido? —susurró.

—Lo siento mucho —gruñó Alec al tiempo que la rodeaban y avanzaban hacia el fuego. Había un trozo grande de madera cuya mitad estaba en las ardientes llamas. Lo cogió por la parte no quemada y lo sujetó a modo de antorcha—. Esto hará que se lo piensen dos veces antes de intentar nada. Vamos, chaval.

Mark se volvió para mirar a la mujer, que sin duda sufría un fuerte dolor de cabeza, y las cosas empezaron a encajar.

—¡He dicho que vamos! —le gritó Alec.

En aquel momento muchas personas salieron de los bosques circundantes con los puños alzados y chillando. Había mujeres, hombres y niños, todos con la misma expresión delirante de furia mezclada con regocijo. Mark, que nunca había visto nada igual, se puso en marcha y siguió a Alec con otro tronco que cogió del fuego. Las llamas estallaron en la punta cuando lo movió en el aire y lo sostuvo delante a modo de espada.

La oleada de atacantes chocó contra las filas de los que cantaban y se abalanzó sobre ellos con feroces gritos de guerra. Dos hombres saltaron al aire, directos a la hoguera. Ante la mirada horrorizada de Mark, se les prendió fuego la ropa y el pelo, y chillaron al tiempo que se apartaban a trompicones de la hoguera, pero era demasiado tarde. Envueltos en llamas, ardían vivos y corrían hacia la espesura, lo que seguro que terminaría incendiando el bosque entero. Mark se volvió hacia los aldeanos de los cánticos. Los estaban golpeando y estrangulando, le rodeaba el caos; asimilarlo era casi imposible.

—¡Mark! —gritó Alec desde cerca—. ¡No sé si te has dado cuenta, pero están atacándonos!

—¡Por favor! —gritó una mujer detrás de Mark—, llevadme con vosotros.

Se dio la vuelta y, al toparse con la que había ordenado que los golpearan, casi la quemó con la antorcha. Parecía transformada, sumisa. Pero, antes de que pudiera responder, se vieron envueltos en una pelea a puñetazo limpio en la que parecían participar miles de personas. Le empujaban por todas partes. Para su sorpresa, advirtió que no se trataba de foráneos contra los habituales; de hecho, muchos de los atacantes se aporreaban entre ellos. Una mujer cayó al fuego y sus gritos inundaron el aire.

Alguien agarró a Mark de la camiseta y lo lanzó a un lado. Estaba a punto de levantarse con su arma cuando se dio cuenta de que era Alec.

—¡Tienes un don para intentar hacer que te maten! —gritó el hombre.

—¡No sabía qué hacer o por dónde empezar! —respondió.

—¡A veces simplemente se actúa!

Soltó la camiseta y ambos partieron en la misma dirección, pendiente arriba, lejos del fuego. Pero había gente por todos lados.

Mark movía la antorcha por delante mientras corría, pero alguien le atacó por detrás; se le cayó el tronco en llamas y aterrizó con la cara en la tierra. Un instante

más tarde, oyó un golpe, un grito de dolor y un cuerpo que se apartaba de él volando. Alzó la vista para ver a Alec bajando el pie y asestando una patada.

—¡Levántate! —gritó el hombre.

Pero la última palabra apenas había salido de su boca cuando un hombre y una mujer lo derribaron.

Mark se puso en pie con dificultad, cogió la antorcha que se le había caído y corrió hacia donde Alec peleaba con sus dos atacantes. Arrimó la parte en llamas a la nuca del hombre, que gritó y se agarró el cuello, soltando a Alec. Luego Mark retiró el tronco y lo movió con todas sus fuerzas para acercarlo a la cabeza de la mujer. Lo único que oyó fue el fuego arder mientras la mujer caía, apartándose de Alec.

Le dio la mano a su amigo y lo ayudó a ponerse de pie.

Entonces, más personas se abalanzaron sobre ellos; al menos, cinco o seis.

Mark sacudió el tronco, olvidándose del control y entregándose al instinto y la adrenalina. Golpeó a un hombre, luego echó hacia atrás el arma y alcanzó a una mujer justo en la nariz. La empujó contra un hombre que iba directo hacia él, impulsó el tronco hacia su estómago y observó cómo le ardía la ropa.

Alec estaba junto a él. Daba patadas, puñetazos, codazos y levantaba a la gente para lanzarla como bolsas de basura. Tenía las manos ocupadas en deshacerse de los atacantes y en algún momento perdió la antorcha. Hasta la última partícula de aquel hombre recobraba al soldado que una vez fue.

A Mark le pasaron un brazo por el cuello desde atrás, tiraron de él y apretaron hasta dejarlo casi sin aliento. Agarró el tronco con las dos manos y empezó a dar golpes hacia atrás, desesperado. Cuando fallaba, lo echaba hacia atrás y lo intentaba otra vez, moviéndolo con toda la fuerza que podía reunir mientras se quedaba sin oxígeno en los pulmones. Sintió el golpe firme cuando conectó y oyó el crujido del cartílago a la vez que el alarido del hombre. En cuanto el brazo aflojó el agarre, el aire entró en su pecho.

Cayó al suelo e inspiró para devolverle la vida a sus pulmones. Alec estaba inclinado para recuperar también el aliento. Tuvieron una breve prórroga, pero al echar un vistazo comprobaron que venía más gente en su dirección.

Alec le ayudó a levantarse y subieron por la pendiente, medio reptando, medio escalando hacia el amparo de la espesura. Detrás sonaron gritos de persecución; estaba claro que no querían que nadie escapara. Llegaron a un lugar un poco más llano y echaron a correr a toda velocidad. Y entonces fue cuando Mark lo vio, a unos cien metros delante de ellos.

Una enorme extensión del bosque en llamas.

Entre ellos y su campamento. Donde dejaron a Trina, Lana y Deedee.

CAPÍTULO 27

Los árboles y los arbustos ya estaban medio muertos, como yescas preparadas para arder. Habían pasado unas cuantas semanas desde la última tormenta torrencial y todo lo que volvió a crecer tras las erupciones solares estaba reseco. Unas volutas neblinosas de humo recorrían el suelo y el olor a madera quemada inundaba el ambiente.

—¡Va a incendiarse el bosque! —gritó Alec.

Mark pensó que estaba bromeando, pero su semblante estaba serio.

—¡Ya está incendiándose! —le contestó.

Pero Alec empezó a correr directo hacia las lejanas llamas, que parecían haber crecido desde el inicio. Mark salió detrás de él, sabedor de que debían llegar a la otra parte de ese infierno antes de que fuera demasiado grande. Tenían que encontrar a Trina, Deedee y Lana. Se abrieron camino entre la maleza, apartando con los pies las espesas zarzas, esquivando árboles y ramas bajas. Los ruidos de sus perseguidores todavía se oían atrás, pero habían disminuido, como si aquellos trastornados hubieran comprendido que era una locura dirigirse hacia el bosque en llamas. No obstante, Mark oía los silbidos persistentes que rondaban la zona.

Continuó corriendo, centrando toda su atención en lograr volver con Trina.

El fuego se acercaba: crepitaba, chisporroteaba, rugía. Se había levantado viento, que avivaba las llamas, y desde lo alto cayó una rama enorme, que chocó contra el follaje y soltó chispas por todas partes hasta que finalmente llegó al suelo. Alec seguía dirigiéndose hacia el corazón del bosque ardiente, sin aminorar la marcha, como si su único objetivo fuese correr hacia una muerte violenta y acabar con todo.

—¿No deberíamos desviarnos? —le preguntó Mark, gritando—. ¿Adónde vas?

Alec respondió sin darse la vuelta y él tuvo que esforzarse para oírle:

—¡Quiero acercarme lo máximo posible! ¡Recorrer los extremos para saber dónde estamos exactamente! ¡Y, de paso, perder de vista a esos psicópatas!

—Pero ¿tienes la menor idea de dónde estamos?

Mark se movía tan rápido como podía, pero el soldado seguía delante de él.

—Sí —contestó de forma cortante, aunque luego sacó la brújula para mirarla mientras corría.

El humo ahora era más denso y costaba respirar. El fuego ocupaba el campo de visión de Mark; las llamas eran altas, estaban cerca e iluminaban la noche. Las olas de calor bañaban su rostro y el viento se las llevaba en rachas detrás de él.

Sin embargo, conforme se acercaban, a pocos pasos de distancia, las olas ya no importaban. La temperatura se había disparado; Mark estaba empapado en sudor y

notaba tanto calor que le parecía que la piel fuera a derretírsele. Justo cuando pensaba que al fin Alec había perdido la cabeza, el hombre de pronto giró bruscamente a la derecha, corriendo en paralelo a la línea de llamas que se extendía. Mark se pegó a él todo lo que pudo, poniendo su vida en manos del antiguo soldado por enésima vez desde que se conocieron en los túneles del subtrans.

Un calor intenso palpitaba por su cuerpo mientras corría; el viento abrasador por la izquierda y un aire más frío por la derecha. Notaba la ropa tan caliente contra su piel como si fuera a arder en cualquier momento, pese a que estuviera empapada en sudor. En cambio, su pelo se hallaba seco; cualquier rastro de humedad lo había evaporado ese aire tórrido. Se imaginó los folículos a punto de secarse y caer al suelo como agujas de pino. Y los ojos, que parecían estar cociéndosele en las cuencas. Los entrecerró y se los frotó, pero no consiguió ningún lagrimeo.

Continuó corriendo, imitando a Alec a cada paso, con la esperanza de que rodearan el fuego y se apartaran de él antes de morir de sed y deshidratación. El sonido de las llamas era lo único que oía, un rugido constante como los propulsores encendidos de mil icebergs.

De repente, una mujer apareció ante ellos abriéndose camino por el bosque, desde la derecha, reflejando el fuego en la locura de sus ojos. Mark se preparó para luchar, pues esperaba que se diera la vuelta para atacarlos. Pero se limitó a cruzar corriendo su camino, por delante de Alec; si hubiera ido más despacio, habría chocado con su cuerpo. La mujer corría en silencio, decidida, mientras sus pies avanzaban ruidosamente por la maleza. Tropezó, cayó y volvió a levantarse. Luego desapareció en el muro de llamas y sus gritos cesaron.

Alec y Mark siguieron corriendo.

Por fin llegaron al borde de ese infierno propagado, una línea mucho más marcada de lo que él se esperaba. Mantuvieron la misma distancia, pero a él le sentó bien, notó una nueva explosión de adrenalina recorrer su cuerpo al girar a la izquierda, hacia donde estaban Trina y las demás. Corrió aún más rápido y casi se tropezó con los pies de Alec cuando le alcanzó. Después se colocaron el uno al lado del otro.

Respirar era muy desagradable: el aire quemaba la garganta a medida que bajaba y el humo era veneno.

—Tenemos que… salir… de aquí.

—¡Lo sé! —contestó Alec, y le dio un ataque de tos. Echó un vistazo rápido a la brújula que sostenía en la palma de la mano—. Ya casi… hemos llegado.

Doblaron otra esquina de la masa principal de llamas y en esta ocasión Alec giró a la derecha, alejándose del fuego. Mark le siguió y se dio cuenta de que ahora estaba totalmente desorientado. No pensaba que fuera el momento de ir en línea recta otra vez, pero confió en el viejo. Cruzaron el bosque a zancadas, con energía renovada, más rápido que nunca. Mark sentía el aire fresco en sus pulmones cada vez que inspiraba. El volumen del rugido infernal disminuyó lo suficiente para volver a oír los

crujidos de sus pisadas.

Alec paró de repente.

Mark siguió corriendo unos cuantos pasos antes de poder imitarlo. Miró a Alec y le preguntó si se encontraba bien.

El hombre estaba apoyado en un árbol; el pecho se le inflaba cada vez que tomaba aire en pequeñas dosis. Asintió, luego hundió la cabeza en el interior del codo y se oyó un fuerte quejido.

Mark se inclinó, con las manos en las rodillas, saboreando la oportunidad de descansar. El viento había amainado y el fuego parecía estar a una distancia más o menos prudente.

—Macho, me tenías preocupado. No sé si ha sido buena idea correr así de cerca de ese gran incendio.

Alec le miró, pero su rostro se hallaba prácticamente oculto en las sombras.

—Probablemente tengas razón, pero es fácil perderse en una noche como esta. Estaba empeñado en seguir el camino que había trazado en mi cabeza —comprobó la brújula y después señaló a un lugar por encima del hombro de Mark—. Nuestro pequeño campamento está en esa dirección.

Mark echó un vistazo y no vio nada que diferenciase a esa parte del bosque.

—¿Cómo lo sabes? Lo único que veo es un montón de árboles.

—Pues porque lo sé.

Unos sonidos extraños invadían la noche, mezclados con el rugido constante del fuego. Gritos y risas. Era imposible saber de dónde provenían.

—Parece que esos cabrones enloquecidos todavía corren por ahí en busca de problemas —dijo Alec con un quejido.

—Desde luego que están locos. Esperaba que murieran todos en el incendio —Mark lo dijo antes de darse cuenta de lo horrible que sonaba. Pero la parte de él que quería sobrevivir a toda costa (que se había vuelto despiadada en el último año) sabía que era verdad. No quería tener que preocuparse más por ellos. No quería pasar el resto de la noche y el día siguiente mirando a su espalda.

—Si las vacas volaran… —comentó Alec y respiró hondo—. Vale, será mejor que nos demos prisa y nos reunamos con las chicas.

Empezaron a correr más despacio que antes, pero no mucho: aquellos sonidos reanudados, pese a que no parecían estar muy cerca, les ponían nerviosos.

Unos minutos más tarde, Alec cambió el rumbo otra vez. Se detuvo para orientarse, curioseó un poco y señaló pendiente abajo.

—Ah —dijo—, es justo ahí.

Fueron en esa dirección, resbalando y deslizándose conforme la bajada se tornaba más empinada. El viento había cambiado, volvía a soplar hacia el fuego, llenando sus pulmones de aire fresco y aliviando esa preocupación, al menos temporalmente. Mark se había acostumbrado tanto a la luz de las llamas que no se había dado cuenta de que estaba amaneciendo; el cielo sobre sus cabezas era púrpura en lugar de negro y veía

un poco por dónde iba. El paisaje cada vez le resultaba más familiar y de pronto ya estaban de vuelta en el campamento. Sus cosas se hallaban exactamente donde las habían dejado.

Aunque no había ni rastro de Trina o de las demás.

Una pequeña semilla de pánico comenzó a brotar en el interior del pecho de Mark.

—¡Trina! —gritó—. ¡Trina!

Alec y él registraron a fondo los alrededores mientras llamaban a sus amigas.

Pero todo estaba en silencio.

CAPÍTULO 28

Mark apenas podía contenerse. A pesar de todo el horror por el que habían pasado, Trina y él casi nunca se habían separado. Poco después de constatar que había desaparecido, le invadió la impotencia y se hundió.

—No puede ser —le dijo a Alec mientras buscaban en círculos crecientes alrededor del campamento. Distinguió la desesperación en su propia voz—. No puede ser que se hayan marchado mientras nosotros no estábamos. No sin dejarnos al menos una nota o algo —se pasó una mano por el pelo y después gritó por la frustración y la ira.

Alec estaba haciendo un mayor esfuerzo por mantener la calma.

—Tranquilízate, chaval. Tienes que recordar dos cosas: una, Lana es tan dura como yo y mucho más inteligente; y dos, estás olvidando los detalles.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mark.

—Sí, estás en lo cierto, en circunstancias normales se hubieran quedado aquí hasta nuestro regreso. Pero no estamos en circunstancias normales. El bosque está ardiendo y hay locos corriendo de un lado a otro, haciendo ruidos propios de una película de terror. ¿Tú te quedarías aquí sentado de brazos cruzados?

Mark no se sintió mejor al oír esas palabras.

—Entonces…, ¿crees que fueron a buscarnos? ¿Y si nos cruzamos con ellas al venir aquí? —Cerró las manos hasta convertirlas en puños y los apretó contra los ojos —. ¡Podrían estar en cualquier parte!

Alec se acercó a él y le agarró de los hombros.

—¡Mark! ¿Qué te pasa? ¡Cálmate, hijo!

Bajó las manos y miró a Alec a los ojos, fríos y grises bajo la tenue luz del alba, pero también llenos de auténtica preocupación.

—Lo siento. Es que… estoy perdiendo los nervios. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a andarnos con ojo, vamos a tranquilizarnos y vamos a pensar. Y luego vamos a salir ahí fuera para buscar a Lana y las chicas.

—Les acompaña una niña pequeña —musitó Mark—. ¿Y si uno de los que nos atacó llegó aquí primero y se las llevó?

—Entonces, iremos a buscarlas. Pero necesito que recobres la compostura o no lo conseguiremos. ¿Lo entiendes?

Mark cerró los ojos y asintió, se esforzó por calmar el ritmo de su corazón y disminuir el pánico que había estallado en él. Alec lo arreglaría. Siempre lo solucionaba todo.

Por fin, volvió a mirar al soldado.

—Vale, estoy bien. Perdona.

—Bueno, eso está mejor —Alec retrocedió un paso y estudió el suelo—. Ya hay bastante luz. Tenemos que encontrar algo que nos dé una pista de la dirección que tomaron: ramas rotas, huellas, maleza despejada…, lo que sea. Empieza a buscar.

Mark obedeció, desesperado por mantener la mente distraída y evitar imaginarse lo peor. El sonido del fuego y de los gritos y risas ocasionales flotaban en el ambiente, pero parecían lejanos. Al menos, de momento.

Recorrió la zona con la vista, estudiando detenidamente todos los rincones antes de atreverse a dar otro paso, cabeceando arriba y abajo, de un lado a otro, como una especie de robot rastreador. Lo único que necesitaban era una pista importante y así podrían detectar su rastro con más facilidad. Mark notó que un aire competitivo le dominaba: quería ser el primero en encontrar algo. Tenía que hacerlo para sentirse mejor, para saber que se encontraban en el camino que mitigaría los pensamientos de pánico.

No podía perder a Trina, ahora no.

Alec se hallaba a unos seis metros fuera del campamento, colocado a cuatro patas y olisqueando como un perro, literalmente. Estaba ridículo, pero algo en aquella escena conmovió a Mark. Aquel viejo oso pardo rara vez mostraba el más mínimo sentimiento, a menos que estuviera gritando, chillando, golpeando algo… o a alguien, pero a menudo demostraba lo mucho que le importaban los demás. Mark no tenía la menor duda de que el hombre daría su vida si así pudiera salvar a una de sus tres amigas desaparecidas. ¿Podía decir él lo mismo de sí?

Tanto Mark como Alec se toparon con señales evidentes de paso —ramitas rotas, marcas de zapatos en la tierra, ramas movidas de árboles o arbustos—, pero llegaron a la conclusión de que las habían causado ellos mismos. Después de una media hora, Mark se dio cuenta de que estaban peinando la zona entre el campamento y la dirección en la que habían ido la noche anterior. Paró y se puso derecho.

—Eh, Alec —dijo.

El hombre estaba a cuatro patas, inclinando el rostro hacia el centro de un arbusto, y gruñó algo que sonó parecido a un «¿sí?».

—¿Por qué llevamos tanto tiempo en el sitio donde las dejamos?

Alec se apartó del arbusto y lo miró.

—Parece lógico. Creo que nos siguieron para encontrarnos o bien las cogieron los mismos palurdos que nos atacaron. O… tal vez fueron a investigar el fuego.

A Mark aquello le pareció muy desencaminado.

—O huyeron de las llamas. No todo el mundo está tan chiflado como tú, señor mío. La mayoría de la gente que ve un incendio propagándose en su dirección decide salir corriendo. Por decir algo.

—No, no lo creo —Alec apoyó todo su peso sobre las rodillas mientras estiraba la espalda—. Lana no es una cobarde. No nos dejaría morir para salvarse ella.

Mark negaba con la cabeza antes de que el soldado hubiera terminado.

—Piénsalo: Lana te idealiza tanto como tú a ella. Debió de creer que estarías a salvo y que podrías arreglártelas de maravilla. También sopesaría las circunstancias y decidiría la mejor estrategia a seguir. ¿Tengo razón o tengo razón?

Alec se encogió de hombros y luego le fulminó con la mirada.

—Así que, después de todo, ¿crees que Lana nos dejaría morir a manos de unos locos para salvar su vida?

—Ella no sabía que nos había capturado gente así. Le dijimos que solo íbamos a echar un vistazo, ¿recuerdas? Seguramente oyó más ruidos y vio que se acercaba el fuego. Me apuesto lo que sea a que empleó su sentido común y decidió que lo mejor era correr hacia el cuartel general del iceberg porque tú y yo haríamos lo mismo. Las encontraremos allí. Nos mostraste la dirección aproximada en la que debíamos ir.

Alec asentía y refunfuñaba. Era imposible saber qué estaba pensando.

—Por no mencionar que va con una civil —hizo el gesto de comillas en el aire al pronunciar la última palabra— y una niña pequeña que probablemente esté aterrorizada. Dudo mucho que Lana las dejara solas para ir detrás de nosotros o que las llevara hacia el peligro.

Alec se incorporó y se sacudió la tierra de las rodillas.

—Vale, chaval, ya puedes dejarlo; me has convencido. Pero… ¿adónde quieres ir a parar? —Esbozó una leve sonrisa.

Mark sabía el motivo: disfrutaba al ver a su alumno resolver solo el problema.

Señaló al otro lado del campamento, hacia el lugar que Alec había identificado el día anterior como la dirección en que tenían que ir. La central del iceberg les esperaba. El sitio donde encontrarían a las personas que, una vez más, destrozaron sus vidas.

—Como he dicho —dijo Alec, y suspiró exageradamente—, me has convencido. Vamos, empezaremos a mirar por ahí.

Le guiñó el ojo al pasar a su lado, pero después puso cara de pocos amigos.

Mark se rio.

—Eres un hombrecillo raro.

Alec se detuvo para mirarle.

—Eso era lo que decía mi madre. Me despertaba por la mañana, me daba un beso y un abrazo, y decía: «Mi dulce Alec, eres un hombrecillo raro». Cada vez que me lo decía, me llegaba aquí —se dio unas palmaditas en el corazón y después puso los ojos en blanco con aire dramático—. A trabajar.

—¿Ves? —contestó Mark mientras le seguía—, ¿acaso necesito más pruebas? Hombrecillo raro. Oficialmente demostrado.

—Hay algo en lo que no te equivocas: soy un hombre. Estoy hecho todo un hombre, chaval —soltó un sonido raro, ahogado, que tal vez fuera una risa.

Caminaron con más cuidado hasta que alcanzaron la zona indicada y enseguida se pusieron a examinar cada centímetro en busca de algún rastro. Mark se detuvo para intentar captar esos sonidos que se habían convertido en ruido de fondo; apenas se

distinguían, a menos que prestara mucha atención. El fuego rugía, chisporroteaba y crepitaba en el bosque todavía a una distancia prudencial, pero estaba acercándose, así como los silbidos, chillidos o risas de sus nuevos y poco amables amigos, estos también a una distancia segura, aunque resultaba difícil saber de dónde procedían. El ambiente comenzaba a nublarse por el humo ahora que el sol había salido.

—He encontrado algo —anunció Alec—. ¡Ten cuidado! —gritó cuando Mark se acercó a verlo.

—Oh, perdona —aflojó el paso y se colocó sigilosamente junto al soldado.

Alec se puso en cuclillas. Su mano aferraba un palo que usó a modo de puntero.

—Alguien ha pasado sobre estas tres matas seguidas y seguro que ha sido más de una persona. Mira esa parte rota, la rama partida de allí, las pisadas aquí y ahí —señaló uno de los arbustos cercanos.

Mark se inclinó hacia delante y lo vio: era pequeño, del tamaño adecuado para Deedee.

—Solo hay un problema —continuó Alec, con la voz seria.

—¿Qué? —preguntó Mark enseguida.

Alec usó el palo para señalar un sitio —justo encima del suelo por donde otros habían pasado— con hojas amontonadas, cuyo resplandeciente verdor estaba salpicado de gotitas de sangre.

CAPÍTULO 29

En esta ocasión, Mark no se permitió otro ataque de pánico, sino que se quedó callado como un muerto; en su interior sentía frío y las manos le empezaron a sudar. Supuso que también debía de estar pálido. No obstante, se obligó a permanecer tan tranquilo como Alec y fue despacio hasta el rastro recién encontrado.

Con una consternación cada vez mayor, Alec señaló más salpicaduras de sangre en el sendero. No había mucha, pero la suficiente para resultar visible.

—Es difícil saber lo grave que es la herida. He visto sangrar narices con esta cantidad, pero también a un chico al que habían volado un brazo que apenas derramó una gota de sangre. La explosión la cauterizó al momento.

—Eso no sirve… de ayuda —masculló Mark.

Alec le lanzó una mirada.

—Perdona, chaval. Lo que intento decir es que tal vez no sean malas noticias. Quien esté herido puede que solo tenga un corte serio. La gente sobrevive a menudo a pérdidas de sangre más graves que esta. Al menos, esto nos ayudará a seguir su rastro.

Alec volvió a andar, moviendo la cabeza de un lado a otro para asimilarlo todo. Mark le pisaba los talones, esforzándose por no mirar el reguero de sangre. No podía hacerlo, no hasta tranquilizarse un poco. Esperaba que aquello no fuera una misión imposible o, peor, una trampa.

—¿Hay algo que nos asegure que se trata de Trina y las demás? —preguntó.

Alec se detuvo y se agachó para examinar la tierra cerca de un arbusto pisoteado.

—Según el patrón, diría que fue nuestro grupito el que pasó por aquí. Veo bastante bien sus huellas. Y… —echó una mirada nerviosa hacia atrás.

—¿Y qué?

—Bueno… Llevo un rato sin ver las de Deedee, así que supongo que alguna empezó a llevar en brazos a la pobrecilla ahí atrás —señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—Así que quizá sea ella la que está herida —concluyó Mark, y esa idea hizo que el alma se le cayera a los pies—. A lo mejor… a lo mejor se cayó y se peló la rodilla o algo así.

—Sí —contestó Alec, aturdido—. Pero hay otra cosa…

Mark nunca había visto al hombre hablar de manera tan vacilante.

—¿Puedes soltarlo ya, tío? ¿Qué pasa?

—Cuando pasaron por aquí —dijo Alec con serenidad, omitiendo la reprimenda de Mark—, estaban corriendo, sin duda. Corrían deprisa y desorientadas. Todos los

indicios son congruentes: la longitud de las zancadas, las matas aplastadas, las ramas y los arbustos rotos —le miró a los ojos—. Como si las estuvieran persiguiendo.

Al oír eso, a Mark se le hizo un nudo en la garganta. Hasta que recordó algo:

—Pero acabas de decir que solo veías las huellas de tres personas. ¿Hay alguna prueba de que alguien fuera tras ellas?

Alec alzó la vista y luego señaló.

—Hay cosas volando por aquí, ¿recuerdas?

Como si necesitaran más por lo que preocuparse.

—¿No crees que hubiéramos oído algo en la montaña si un iceberg hubiese bajado en picado hacia nuestras amigas?

—¿En medio de lo que hemos pasado? Quizá no. Y, de todas formas, podría haber sido otra cosa aparte de un iceberg.

Mark echó otro vistazo cauto hacia arriba.

—Continuemos.

Recorrieron el sendero, Mark con la esperanza de no descubrir más sangre. O algo peor.

Las huellas de Trina, Lana y Deedee prosiguieron hacia un largo y bajo barranco que se dirigía hacia un cañón casi oculto. Mark no había advertido que las montañas se elevaban a los lados y, como la pendiente no era muy empinada, no tenía la sensación de descender rápido, sobre todo al hallarse en el bosque y pasarse casi todo el rato estudiando el suelo en busca de pistas y rastros de sus amigas. En un momento dado se encontraron atravesando una espesa arboleda y, al siguiente, aparecieron en un gran claro bordeado por las grises paredes graníticas de un cañón. Eran tan escarpadas que la vegetación solo crecía en pequeñas matas aquí y allá.

Alec sacó su mapa dibujado a mano y se detuvo.

—Ya estamos aquí —hizo retroceder a Mark para que ambos se escondieran tras un gran tronco de roble.

—¿En serio?

—Estoy casi seguro de que el iceberg regresaba a este valle después de cada viaje.

Mark echó una ojeada alrededor del árbol y examinó las altas y ominosas paredes.

—Es un poco peligroso descender por aquí, ¿no crees?

—Quizá, pero también es perfecto para esconderse. Tiene que haber un punto de aterrizaje cerca y también una entrada a lo que ellos consideren que es su casa. Sigo pensando que podría tratarse de un antiguo búnker del gobierno, especialmente por encontrarse tan próximo a Asheville. La ciudad está justo al otro lado de este cañón.

—Sí —algo inquietaba a Mark—: Y… ¿cuáles son las probabilidades de que hayan perseguido a Lana y a las chicas hasta aquí? Estoy muy preocupado por que las hayan cogido.

—A lo mejor no lo han hecho. Lana sabe que deambular por una montaña en busca de alguien no vale la pena. Es preferible ir derechitos al punto de encuentro más lógico… Aquí.

—¿Dónde están, entonces?

Alec no respondió; algo le había llamado la atención en el claro.

—Puede que ambos tengamos razón —susurró finalmente. Su voz cavernosa sonaba siniestra.

—¿Qué pasa?

—Permanece agachado y sígueme.

Salió de detrás del árbol a gatas, manteniéndose bajo la fila de arbustos y matorrales. Mark lo imitó y le siguió hasta el claro, temeroso de que un iceberg llegara en cualquier momento y les disparase dardos. Continuaron el sendero apenas discernible por el que Mark suponía que Trina y las demás habían pasado. Al principio creía que los icebergs aterrizaban en el claro, pero no había rastro de que lo hubieran hecho; la vegetación crecía abundantemente.

Alec se abrió camino unos diez metros y luego paró. Mark asomó la cabeza tras él y vio una gran área donde los arbustos se hallaban pisoteados y aplastados. Una señal evidente de lucha. Se le cayó el alma a los pies.

—Oh, no —fue lo único que pudo decir.

La cabeza de Alec estaba gacha. Se movió para encogerse aún más.

—Tenías razón: alguien las trajo aquí, sin duda. Mira, los matorrales están destrozados al otro lado como si hubieran pasado por encima veinte personas.

Mark tuvo que contener de nuevo el pánico.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Retrocedemos y nos escondemos o vamos tras ellos?

—No hables tan alto, chaval, o también se lanzarán sobre nosotros.

—Volvamos atrás —susurró Mark—. Reorganicémonos, decidamos lo que vamos a hacer.

Tenía ganas de seguir aquella pista, pero su lado más sensato le instaba a no obrar precipitadamente.

—No tenemos tiempo de…

Un fuerte sonido metálico interrumpió al hombre; el estrépito atravesó el aire como un cañón. Mark se lanzó al suelo, bocabajo, medio esperando que las paredes se le echaran encima.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Pero, antes de que Alec pudiera terminar, volvió el sonido. El suelo se estremeció con un estruendo y continuó temblando después de que el ruido cesara, vibrando de tal manera que agitó los arbustos a su alrededor. Mark y Alec se miraron a los ojos, sin saber lo que sucedía.

El sonido volvió a sacudir el ambiente y, bajo sus pies, la tierra empezó de pronto a elevarse hacia el cielo.

CAPÍTULO 30

Mark se puso en pie de un salto, tirando a Alec del brazo. La zona que lo rodeaba se sacudía y continuaba elevándose; le costó un mucho no caerse de nuevo. Aquello era imposible, incluso dudó de su estado mental. Pero el suelo a sus pies se levantaba y se inclinaba cada vez más. Miró a su alrededor, desesperado, tan atónito y confundido que no sabía qué hacer. Alec parecía estar sumido en el mismo estupor. Mark fue el primero en recuperarse.

Se le aclaró la mente y se dio cuenta de varias cosas a la vez.

En primer lugar, no era que el valle entero estuviese saltando hacia el cielo por un terremoto o un cambio en la corteza terrestre; se trataba tan solo de un área pequeña, el claro donde se hallaban. Los árboles que les rodeaban estaban quietos y en calma, las ramas se mecían ligeramente por el viento. En segundo lugar, la lenta pero creciente inclinación de la tierra en movimiento le hizo percatarse de que la mitad estaba hundiéndose en el suelo. Aquella cosa parecía tener forma circular. Y en tercer lugar, se oía un suave chirrido metálico.

—¡Es algo artificial! —gritó mientras corría junto a Alec—. ¡Está abriéndose sobre alguna clase de eje!

Alec asintió enérgicamente y se movió más deprisa. Ambos echaron a correr en perpendicular al ángulo de la pendiente para llegar a un sitio desde el que saltar del disco de tierra que se desplazaba. Se movía lo suficientemente despacio como para que al ataque de pánico inicial de Mark lo sustituyese una mera curiosidad. Resultaba obvio que estaban sobre una especie de trampilla gigantesca, pero ¿por qué era tan…?

Alec y él recorrieron los últimos metros y llegaron al lateral de la parte giratoria del suelo en el punto del eje, donde solo tuvieron que saltar medio metro para estar a salvo. Se alejaron apresuradamente hacia los árboles, se agacharon y escondieron detrás del mismo roble enorme que antes les había servido de refugio. Mark asomó la cabeza para observar cómo continuaba el espectáculo. El borde superior del recorte circular se elevaba unos diez metros y el borde inferior estaba hundido en el suelo, fuera de la vista. Seguía girando a causa de unos incansables engranajes, que ahora sonaban más fuerte.

—Parece una moneda lanzada al aire —masculló Alec.

—Una muy grande que gira lentamente —asintió Mark.

En uno o dos minutos, el trozo redondo de tierra quedó totalmente vertical, la mitad en el suelo y la otra mitad fuera, todavía girando. La tierra y los arbustos no tardaron en descender bocabajo y Mark por fin vio lo que había en el otro lado de la

moneda: una superficie plana y gris, en apariencia de cemento, con pequeños surcos que la atravesaban en línea recta. No pasaría mucho tiempo antes de que aquel gran círculo quedara colocado sobre el suelo del valle, de cara al cielo, a la espera de que algo aterrizase en él. Había ganchos y cadenas esparcidos por el círculo gris para sujetar lo que fuera que fuese a aterrizar.

«Una pista de aterrizaje», pensó Mark. Una pista de aterrizaje para el iceberg. O los icebergs.

—¿Por qué no se mueven la tierra ni las plantas del otro lado? —preguntó—. Parece magia.

—Probablemente sean más falsas que una moneda de dos caras —respondió el soldado—. Bueno, no sería lo mismo si tuvieran que salir y poner el césped cada vez que lo utilizaran, ¿eh?

—Pues parece auténtico. O lo parecía —observaba, fascinado. El trozo de tierra en movimiento debía de medir unos sesenta metros de diámetro—. ¿Crees que nos habrán visto? Seguro que tienen cámaras aquí fuera.

Alec se encogió de hombros.

—Podría ser. Esperemos que no se fijen mucho.

La moneda de tierra estaba ahora en un ángulo de cuarenta y cinco grados; en cuestión de minutos cerraría el agujero. Mark se preguntó si Alec estaría pensando lo mismo que él.

—¿Lo hacemos? —le preguntó—. En cualquier momento puede aterrizar un iceberg. Esta es nuestra oportunidad.

Al principio, el hombre pareció sorprendido, como si Mark le hubiera leído la mente. Entonces una sonrisa de complicidad le atravesó el rostro.

—Tal vez sea la única forma de entrar, ¿eh?

—Quizás. Es ahora o nunca.

—¿Cámaras y guardias? Es muy arriesgado.

—Pero tienen a nuestras amigas.

Alec asintió despacio.

—Lo has dicho como un auténtico soldado.

—Pues vamos.

Mark se puso de pie, pero siguió agazapado, apoyándose en el árbol mientras salía a hurtadillas de detrás de él. Tenía que ponerse en marcha antes de cambiar de opinión y sabía que Alec estaría pisándole los talones. Aún quedaban unos cinco metros entre los bordes del disco en movimiento y el terreno real que lo rodeaba. Tras respirar hondo para prepararse psicológicamente, saltó hacia la izquierda, al tiempo que se preguntaba si oirían disparos o si saldrían soldados de la oscuridad del hueco. Pero no sucedió nada.

Llegaron al círculo. Mark se detuvo, se puso de rodillas a unos pasos de distancia y se acercó gateando para asomarse por el borde. Alec le imitó y los dos se inclinaron hacia la abertura. A Mark le inquietaba que el disco en movimiento estuviera justo

encima de ellos; si caía de repente sin previo aviso, los partiría por la mitad.

Abajo había oscuridad, pero vio una pasarela plateada de metal —oculta en gran medida entre las sombras— que rodeaba el enorme espacio debajo de ellos. No había fuente de luz ni rastro de gente. Miró hacia arriba y se alarmó por lo mucho que se había acercado el borde frontal del círculo. Le quedaba un par de minutos como máximo.

—Tenemos que dejar colgando los pies y balancearnos hasta ahí —dijo, señalando un saliente metálico de la pasarela—. ¿Crees que puedes hacerlo? —añadió con una sonrisa burlona.

Alec ya había empezado a moverse.

—Mucho mejor que tú, chaval —respondió con un guiño.

Mark rodó sobre su estómago y llevó el cuerpo lentamente al filo de la abertura, bajando los pies hacia el abismo mientras se aguantaba en el borde. Se agarró con fuerza y empezó a balancear las piernas. Alec, que iba dos pasos por delante, se soltó y voló hasta aterrizar en la pasarela; cayó al suelo con un gruñido, pero sin daños aparentes. Mark sabía que podía fallar o caerse y desaparecer en la oscuridad, pero apartó esa idea de la cabeza, contó mentalmente hasta tres mientras echaba las piernas hacia atrás y se impulsó hacia delante para soltarse. El ímpetu le hizo mirar arriba cuando se soltó y echó un último vistazo por el hueco en forma de medialuna. Vio arder los propulsores azules de un iceberg y su parte inferior metálica bajando desde el cielo. Entonces dejó de verlo y cayó sobre Alec.

CAPÍTULO 31

Tardaron un momento en desenredar la maraña de brazos y piernas. Alec maldecía y gruñía, y en algún punto Mark empezó a resbalar del borde, pero el viejo tiró de él para subirlo de nuevo y continuar maldiciendo. Finalmente se levantaron y se alisaron la ropa. Sonó un gran estruendo por la cámara cuando el mecanismo de arriba se cerró de golpe. La completa oscuridad los envolvió.

—Genial —espetó Alec—, no veo nada.

—Saca la agenda —respondió Mark—. Sé que casi no tiene batería, pero no nos queda otra alternativa.

Tras un gruñido de asentimiento y un sonido de refriega, la habitación se iluminó con el resplandor de la pantalla. Por un segundo, Mark regresó a los túneles del subtrans: corría con Trina, iluminados por el resplandor de su teléfono. Los recuerdos empezaron a aflorar para llevarlo de lleno al horror de aquel día, pero logró quitárselos de la cabeza. Tenía la impresión de que el próximo par de días bastaría para ocasionarle temores nuevos. Suspiró y se preguntó si alguna vez volvería a dormir bien por la noche.

—Vi un iceberg en el último segundo, justo antes de caer —dijo, de vuelta al presente, a la tarea que tenían entre manos—. Por lo que sabemos, tenían al menos dos icebergs, antes de que estrelláramos uno de ellos.

Alec movía la pantalla brillante de la agenda en diferentes direcciones para inspeccionar la zona.

—Sí, he oído los propulsores. Supongo que la plataforma de aterrizaje se hunde aquí y el iceberg cae para luego volver a subir y girar otra vez. Será mejor que nos demos prisa si no queremos tener compañía no deseada.

Dejó de menear la agenda electrónica y la sostuvo para iluminar las entradas a dos cámaras situadas frente a ellos. Unos surcos en el suelo mostraban de dónde salían los icebergs cuando la plataforma se hundía. Ambos espacios cavernosos estaban oscuros y vacíos.

La pasarela que rodeaba el abismo en el centro de la cámara medía poco más de un metro de ancho y, mientras avanzaban despacio, crujía y chirriaba. La estructura aguantó, aunque el corazón de Mark no disminuyó el ritmo hasta que la atravesaron por completo. El muchacho respiró aliviado y se acercó a una puerta redonda con un tirador en medio, con forma de volante, como los de los submarinos.

—Este lugar se construyó hace mucho tiempo —comentó Alec mientras le pasaba la agenda—, probablemente para proteger a ejecutivos del gobierno en caso de una catástrofe mundial. Lástima que nadie contara con el tiempo suficiente para llegar

aquí. Estoy seguro de que la mayoría se frio como los demás.

—Genial —replicó Mark, y alzó la agenda para examinar la puerta—. ¿Crees que estará cerrada?

Alec ya había dado un paso al frente para aferrar el tirador con ambas manos, preparado por si no se movía. Pero, al probar, giró medio círculo tan fácilmente que se tambaleó de lado y chocó con Mark. Ambos tropezaron y cayeron sobre la pasarela, con Mark por encima.

—Chaval —dijo Alec—, hoy he estado más cerca de ti de lo que pensaba estarlo en toda mi vida. Ahora asegúrate de no caerte por el borde, necesito que me ayudes con esto.

Mark se rio mientras se ponía de pie, aplastando la barriga de Alec más de lo necesario para impulsarse.

—Es una verdadera lástima que no hayas tenido hijos, viejo; hubieras sido un buen abuelo.

—Ah, sí —contestó con un gruñido el viejo soldado al tiempo que se levantaba —. Qué divertido habría sido imaginármelos a todos ardiendo cuando nos alcanzaron las erupciones.

El humor cambió de inmediato y Mark se ensombreció: aquellas palabras le recordaron a sus padres y Madison. Aunque no sabía qué les había pasado con exactitud, su mente tenía un don especial para imaginarse lo peor.

Alec debió de darse cuenta.

—¡Oh, mierda! Lo siento —extendió la mano para apretarle el hombro—. Chaval, te lo digo ahora mismo con toda la sinceridad que este viejo gavilán puede mostrar: siento lo que acabo de decir. No envidio las pérdidas que sufriste ese día. Ni un ápice. El trabajo era mi familia y no tiene nada que ver, lo sé.

Mark nunca le había oído decir algo semejante.

—No pasa nada, de verdad. Gracias —hizo una pausa y luego añadió—: Abuelo.

Alec asintió, luego volvió al volante y lo giró hasta que se oyó un fuerte clic. Abrió la puerta y sonó como si hubiera chocado contra una pared.

El otro lado no revelaba nada más que oscuridad, aunque un ensordecedor zumbido, como el sonido de una maquinaria lejana, se oía cada vez más fuerte.

—¿Qué es eso? —susurró Mark—. Suena como si hubiera una fábrica o algo parecido ahí abajo —acercó la agenda electrónica a la puerta abierta y el brillo reveló un largo pasillo que desaparecía en la oscuridad.

—Estoy segurísimo de que es un generador —respondió Alec.

—Me figuro que no podrían vivir aquí sin, como mínimo, algo de electricidad. ¿Cómo si no iba a funcionar esta cosa? —Sostuvo el aparato delante de él.

—Exacto. Llevamos tanto tiempo viviendo en la naturaleza o en los asentamientos que esto me trae recuerdos.

—Icebergs, generadores… ¿Tendrán una tonelada de combustible almacenada aquí o lo traerán de otra parte?

Alec caviló unos instantes.

—Bueno, ha pasado un año y hace falta mucho combustible para mantener los icebergs a flote. Yo creo que lo traen de algún sitio.

—¿Seguimos? —preguntó Mark, aunque la respuesta era obvia.

—Sí.

Entró primero en el pasillo y esperó a que Alec se le uniera.

—¿Qué hacemos si alguien nos ve? —susurró, pero la voz sonó alta en aquel espacio cerrado—. No nos vendrían mal una o dos armas.

—Ya te digo. Mira, aquí dentro no tenemos demasiadas opciones. Y tampoco tenemos mucho que perder. Continuemos avanzando y que pase lo que sea.

Se adentraron un poco por el pasillo cuando algo repicó tras ellos, seguido de chirridos y el rechinamiento de unos engranajes. A Mark no le hacía falta mirar para saber que la plataforma de aterrizaje —quizá con el iceberg sobre ella— había comenzado a hundirse en el suelo.

Alec, en apariencia muy sereno, se inclinó hacia delante para que le oyera sobre el jaleo:

—Esperemos a ver en qué cámara se mete para escondernos en la otra. Será mejor que no nos pillen en este pasillo.

—Vale —dijo Mark, con el corazón latiendo con fuerza y los nervios de punta.

Apagó la agenda; no la necesitaban, se filtraba luz de fuera.

Cruzaron de nuevo la puerta, la cerraron y se agacharon en las sombras de la pasarela mientras el enorme iceberg descendía. Afortunadamente la cabina estaba al otro lado, así que había pocas posibilidades de que les vieran. En cuanto bajó todo el recorrido, se oyeron más sonidos metálicos y chirridos, y la nave comenzó a moverse por unos raíles hacia la cámara de la derecha. Alec y Mark corrieron hacia la otra cámara, se escondieron al fondo y desaparecieron en la penumbra.

La espera fue angustiosa, pero por fin el iceberg llegó a su destino. Cuando dejó de moverse, la gigantesca plataforma de aterrizaje se elevó otra vez, de forma lenta pero segura. Quienquiera que pilotase el iceberg ya había desembarcado, porque Mark oía unas voces lejanas por encima de los ruidos y, más tarde, el sonido de la puerta redonda abriéndose.

—Vamos —le susurró Alec al oído—, sigámosles.

Salieron sigilosamente de la cámara y avanzaron por la pasarela. Los pasajeros del iceberg habían dejado la puerta de salida entornada y Alec se agachó junto a ella, inclinándose hacia delante para escuchar. Echó un vistazo. Parecía satisfecho porque estaba despejado y le hizo a Mark una señal rígida con la cabeza para volver a meterse en el pasillo. Mark le siguió justo cuando la plataforma de aterrizaje empezaba a rotar encima de él, con los arbustos, la tierra y los pequeños árboles regresando al cielo.

Unas voces retumbaron en el pasillo, delante de ellos, pero estaban demasiado distorsionadas para entenderlas. Alec cogió la agenda electrónica y se la metió en la

mochila. Luego agarró a Mark del brazo y tiró de él hacia delante, pegándose a la pared, con los ojos entrecerrados. La zona no tardaría en quedar otra vez sumida en la oscuridad.

Avanzaron con sigilo por el pasillo, un paso cauto tras otro. Quienquiera que fuese había decidido pararse a hablar, porque las voces se hicieron más claras mientras Mark y Alec continuaban la persecución. Sonaba como si solo fueran dos. Alec también se detuvo y, de pronto, Mark captó las palabras:

—… justo al norte de aquí —decía una mujer—. Se quemó como un horno de barro. Seguro que tiene algo que ver con la gente que pescaron anoche. Pronto lo sabremos.

Un hombre respondió:

—Más nos vale. Como si las cosas no estuvieran ya lo bastante mal para perder el otro iceberg. No podríamos importarles menos a esos tipos de Alaska. Ahora que la cosa está tan rara, me apuesto lo que sea a que no volvemos a saber de ellos.

—No me cabe duda —asintió la mujer—. ¿Somos prescindibles?

—Sí, pero no deberían eliminarnos. No es culpa nuestra que el virus esté mutando.

La plataforma de aterrizaje sonó detrás de ellos, probablemente porque la rotación había finalizado. Todo estaba a oscuras. Los recién llegados se alejaron con pasos pesados, como si calzaran botas. Uno de ellos encendió una linterna, de la que brotó un resplandor al frente. Alec agarró a Mark otra vez y los siguieron, manteniendo una distancia prudente.

Los dos desconocidos no volvieron a hablar hasta que llegaron a una puerta. Cuando la abrieron, las bisagras chirriaron. Entonces el hombre dijo algo mientras entraban en una habitación que Mark no lograba ver.

—Por cierto, ya le han puesto nombre. Lo llaman «el Destello».

La puerta se cerró de golpe.

CAPÍTULO 32

No es que hubieran sacado gran cosa de aquella conversación, pero a Mark no le gustaba cómo sonaba.

—El Destello. Han dicho que han empezado a llamar al virus «el Destello».

—Sí —Alec volvió a encender la agenda electrónica y el brillo reveló su rostro, el de un hombre que parecía no haber sonreído en su vida. No era más que arrugas y piel descolgada—. Eso no es buena señal. Si algo tiene apodo, es que es importante y hablan de ello. Tiene muy mala pinta.

—Debemos averiguar qué ha pasado. Atacaron a aquellas personas que bailaban alrededor del fuego mucho antes que a nosotros; al menos, su asentamiento. A lo mejor querían usarlos para hacer pruebas…

—Entonces tenemos dos objetivos, chaval: el primero, encontrar a Lana, a Trina y a esa bonita mocosa. El segundo, averiguar lo que está pasando aquí.

Mark no podía estar más de acuerdo.

—Pues pongámonos en marcha.

Alec apagó la agenda y dejó el pasillo a oscuras.

—Desliza tu mano por la pared —susurró— e intenta no pisarme.

Comenzaron a avanzar por el pasillo. Mark pisó con cuidado y respiró de manera superficial para no hacer ruido. El zumbido de una maquinaria distante aumentó de volumen, la pared vibraba como si sus dedos trazaran una línea invisible por la fría superficie. Llegaron a un punto donde una luz marcaba el fino contorno rectangular de la puerta por la que habían pasado los dos desconocidos del iceberg. Alec vaciló justo delante de ella y luego corrió de puntillas, lo menos propio de un soldado que Mark le había visto hacer jamás.

Él decidió ser un poco más valiente. Se detuvo delante de la puerta y se inclinó, apretando la oreja contra ella.

—Eso no es muy inteligente —susurró Alec con severidad.

Mark no respondió, concentrado en lo que oía: palabras amortiguadas, imposibles de distinguir. Pero la discusión sonaba un tanto acalorada.

—Venga —dijo Alec—. Quiero explorar antes de que alguien nos encierre en un calabozo y tire la llave.

Asintió con la cabeza, aunque dudaba que el hombre pudiera verle bien. Se apartó de la puerta y recuperó su posición junto a la pared de enfrente, con la mano apoyada en ella. Siguieron caminando y se quedaron a oscuras en cuanto dejaron la tenue luz que se filtraba por los bordes de la puerta.

El pasillo continuaba en silencio, salvo por el estrépito de la maquinaria. Mark no

supo cuándo sucedió exactamente, pero en un momento dado se dio cuenta de que veía otra vez. Había un resplandor neblinoso en el ambiente, lo bastante rojo para que Alec pareciera un diablo silencioso. Mark levantó la mano y movió los dedos, que parecían ensangrentados. No dijo nada, suponiendo que Alec también se había dado cuenta, y prosiguieron.

Al final llegaron a una gran puerta ligeramente entornada en la pared izquierda. Una bombilla roja cubierta por una rejilla colgaba sobre ella. Alec paró y clavó la vista al frente como si esperase que alguien le contara lo que le aguardaba dentro. Los ruidos del zumbido y arranque de la maquinaria se habían intensificado y ahora inundaban el aire hasta tal punto que Mark no podía susurrar y ser oído.

—Supongo que eso despeja las dudas sobre el generador —dijo. Le empezaba a doler mucho la cabeza y le afectaba lo cansado que estaba. Llevaban levantados toda la noche y la mitad del día siguiente—. A lo mejor están ahí. Abre esa maldita puerta.

Alec desvió la mirada hacia él.

—Paciencia, chaval. Cuidado. Un soldado que se precipita está muerto.

—Y un soldado lento puede provocar la muerte de Trina y las demás.

En vez de responder, Alec extendió la mano para abrir la puerta y tiró de ella hacia el pasillo. Los sonidos de la maquinaria aumentaron de volumen y una oleada de calor salió del interior junto con el hedor a combustión de carburante.

—¡Buf —exclamó Alec—, había olvidado lo mal que huele! —Cerró con cuidado la puerta—. Ojalá pronto encontremos algo más útil.

Llegaron a la siguiente puerta, unos veinte metros más adelante; había otras tres un poco más allá y finalmente una frente a ellos, donde terminaba el pasillo. Aquellas puertas también estaban entornadas unos ocho centímetros e iluminadas por una bombilla que protegía una rejilla idéntica a la de la sala del generador. Pero esas luces eran amarillas y apenas funcionaban.

—Qué mal rollo que las puertas estén abiertas —susurró Mark— y que las habitaciones estén tan oscuras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alec—. ¿Quieres dar la vuelta y marcharte a casa?

—No, solo digo que deberías entrar tú primero.

Alec se rio y empujó con un pie la primera puerta, que se abrió hacia el interior con un chirrido metálico. Una tenue luz amarilla se extendió por el suelo de la habitación, aunque no bastaba para revelar nada más. La puerta se detuvo con un suave golpe y luego no hubo más que silencio.

Se oyó un «ejem» de Alec y el hombre caminó hacia la siguiente habitación en vez de entrar en la primera. Le dio una ligera patada a la puerta abierta, con un resultado similar al anterior: casi a oscuras, sin rastro de gente ni el menor sonido. Fue a la siguiente puerta, la abrió de una patada y después hizo lo mismo con la que se hallaba al final del pasillo. Nada.

—Supongo que será mejor entrar —comentó.

Se volvió hacia él y le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera al interior de la última. Mark se acercó enseguida, dispuesto a obedecer. Alec tanteó las proximidades del marco en busca de un interruptor de la luz, pero no encontró nada; después, entró en la habitación con el muchacho justo detrás de él. Se quedaron allí un momento, esperando a que se les acostumbrara la vista, buscando en la oscuridad.

Al final, Alec suspiró y volvió a sacar la agenda electrónica.

—¿Para qué están los generadores si no funcionan las luces? Esta cosa no aguantará mucho más.

La encendió.

La luz del aparato arrojó un siniestro resplandor azul por la gran sala —más grande de lo que Mark se había imaginado— y reveló dos largas filas de literas pegadas a las dos paredes, probablemente diez a cada lado. Estaban todas vacías, salvo una, casi al final, donde una figura encorvada se hallaba sentada de espaldas a ellos; parecían los hombros caídos de un hombre mayor. A Mark le dio un escalofrío. Bajo la luz tenue, la habitación casi vacía, el imperioso silencio…, se sentía como si estuviera mirando la espalda de un fantasma que esperara revelarle un destino desafortunado. La persona no se movió ni emitió ningún sonido.

—¿Hola? —saludó Alec. Su voz se asemejó a un bramido en medio de aquel silencio.

Sorprendido, Mark giró la cabeza bruscamente.

—¿Qué haces?

La cara de Alec quedaba oculta entre las sombras, puesto que la agenda electrónica apuntaba hacia la habitación.

—Ser agradable —susurró—. Voy a hacerle unas preguntas al colega —luego dijo más fuerte—: ¡Hola! ¿Te importaría ayudarnos un poco?

El desconocido respondió con una farfulla grave y áspera, tal como Mark pensaba que sonaría un hombre en su lecho de muerte. Las palabras eran un revoltijo de sílabas perdidas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Alec.

El hombre no se movió ni contestó, sino que se quedó sentado en su catre, mirando para otro lado. Era un despojo humano de cabeza y hombros caídos.

Mark quería saber lo que había dicho ese tipo, tenía que saberlo, así que echó a andar por el pasillo entre las camas, ignorando la breve protesta de Alec. Mientras se acercaba al hombre, atento al espacio entre las literas, oyó que su compañero se apresuraba tras él, con la luz de la agenda bailando y proyectando extrañas sombras en las paredes.

Aflojó el paso al aproximarse al hombre hundido y sintió un estremecimiento glacial por toda la piel. El desconocido era ancho de hombros y fuerte de pecho, pero su conducta le hacía parecer débil y digno de lástima. Se mantuvo alejado unos metros cuando llegó hasta él y vio un rostro en las sombras, gacho.

—¿Qué has dicho? —le preguntó cuando se colocó delante.

Alec llegó a su lado y levantó la agenda electrónica para iluminar al desconocido visiblemente apesadumbrado. El hombre estaba sentado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas, las manos juntas y la cara como si fuera a derretírsele y gotear al suelo.

Alzó los ojos despacio y los miró, con la cabeza inclinada hacia el cuello como una maquinaria oxidada. Era una cara seria, larga y más arrugada de lo normal. Los ojos, unas cavernas oscuras que la luz parecía incapaz de penetrar.

—No quería traicionarla —dijo con voz ronca—. Oh, Dios santo, no quería. No ante esos salvajes.

CAPÍTULO 33

Mark tenía muchas preguntas, pero no podía hacerlas con suficiente rapidez:

—¿A qué te refieres? —inquirió—. ¿A quién traicionaste? ¿Qué puedes contarnos de este lugar? ¿Y del virus? ¿Sabes algo de dos mujeres y una niña, que tal vez capturaron afuera? —Hizo una pausa para tragar el nudo que se le había formado en la garganta, del tamaño de una bola de golf, y habló más despacio—: Mi amiga se llama Trina; es rubia, de mi edad. Había otra mujer y una niña… ¿Sabes algo de ellas?

El hombre volvió a bajar la mirada al suelo y lanzó un suspiro.

—Cuántas preguntas.

Mark se sintió tan frustrado que tardó unos instantes en recuperar la compostura. Respiró profundamente y se acercó para sentarse en el catre frente a aquel desconocido de voz ronca. Quizás el anciano estuviera chiflado y bombardearle a preguntas no fuera la manera más inteligente de abordarle. Mark alzó la vista y vio que a Alec le había dejado atónito su arrebato, pero entonces sacudió la cabeza y se acercó al catre para sentarse junto a Mark. Luego dejó la agenda en el suelo para que la luz se proyectara hacia arriba y otorgara a todo el mundo el aspecto ligeramente monstruoso que se tiene al colocarse una linterna encendida bajo la barbilla.

—¿Qué puedes contarnos? —preguntó Alec en uno de sus tonos más amables. Era evidente que había llegado a la misma conclusión que Mark: aquel tipo estaba llegando a su límite y tenían que tratarle con cuidado—. ¿Qué ha pasado aquí? Todas las luces están apagadas y no hay nadie. ¿Dónde está todo el mundo?

El hombre apenas gruñó como respuesta y se tapó la cara con ambas manos.

Alec y Mark intercambiaron una mirada.

—Déjame intentarlo de nuevo —dijo Mark. Se inclinó hacia delante, moviéndose lentamente hacia el borde del catre para colocar los antebrazos sobre las rodillas—. Eh, oye…, ¿cómo te llamas?

El desconocido dejó caer las manos y, pese a la luz tenue, Mark vio que tenía los ojos vidriosos.

—¿Mi nombre? ¿Quieres saber mi nombre?

—Sí, quiero saber cómo te llamas. Nuestras vidas también son una mierda, te lo juro. Yo soy Mark y este es mi amigo, Alec. Puedes confiar en nosotros.

El hombre hizo un sonido de burla y luego tuvo un breve episodio de tos incontrolable. Finalmente, dijo:

—Me llamo Anton, aunque no importa.

Mark tenía miedo de continuar. Ese hombre podía tener la respuesta a muchas

preguntas y no quería fastidiarlo.

—Oye… Hemos venido de uno de los asentamientos. Se llevaron a tres amigas nuestras en el cañón que hay encima de este sitio. Y creemos que alguien de aquí atacó nuestro pueblo. Solo queremos… entender qué está pasando. Y rescatar a nuestras amigas. Eso es todo.

Notó que Alec estaba a punto de decir algo y le lanzó una mirada asesina para que se callara.

—¿Hay algo que puedas contarnos? Como… ¿qué es este lugar? ¿Qué está ocurriendo ahí fuera con los icebergs, los dardos y el virus? ¿Qué ha pasado aquí? Cualquier cosa.

Un fuerte cansancio comenzaba a pesarle, pero se obligó a concentrarse en el hombre que tenía enfrente, con la esperanza de hallar respuestas.

Anton respiró profundamente unas cuantas veces y su ojo derecho derramó una lágrima.

—Elegimos un asentamiento hace dos meses —dijo por fin— para una prueba. Aunque al final los desastrosos resultados no alteraron el plan general, para mí lo cambió todo la niña. Muchas personas murieron, pero fue la gente que sobrevivió la que me hizo darme cuenta de que lo que habíamos hecho era horrible. Como he dicho, no quería que se la devolvieran hoy a su pueblo. Ahí fue cuando me derrumbé del todo. He terminado oficialmente con esto.

«Deedee», se dio cuenta Mark. Tenía que ser Deedee. Pero ¿qué había de Trina y Lana?

—Dinos qué ha pasado —insistió. Se sentía más culpable conforme pasaban los segundos por no estar buscando activamente a sus amigas, pero necesitaban la información o tal vez nunca las encontrarían—. Desde el principio.

Anton empezó a hablar en un tono ausente:

—La Coalición Post-Erupciones Solares de Alaska quería algo que se propagara deprisa, que matara deprisa. Un virus que algunos monstruos desarrollaron en los viejos tiempos antes de que las erupciones solares lo quemaran todo. Dicen que la mente deja de funcionar. Un coma instantáneo, según ellos, que deja los cuerpos inútiles, pero provoca grandes hemorragias que lo propagan a los que están cerca. Se transmite por la sangre, pero también por el aire si las condiciones son adecuadas. Una buena manera de acabar con los asentamientos donde a la gente no le queda otra que vivir hacinada.

Las palabras manaron sin ninguna dificultad o cambio en el volumen. A Mark se le entumecía la mente del cansancio y le costaba seguir los detalles. Sabía que lo que estaba oyendo era importante, pero aún no encajaba del todo. ¿Cuánto tiempo llevaba despierto? ¿Veinticuatro horas? ¿Treinta y seis? ¿Cuarenta y ocho?

—… antes de advertir que habían metido la pata a lo grande.

Mark volvió a sacudir la cabeza. Acababa de perderse parte de lo que Anton estaba explicando.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alec—. ¿Cómo metieron la pata?

Anton tosió, después se sorbió la nariz y se pasó una mano por la cara.

—Con el virus. Todo salió mal. No funcionó con los sujetos que sometieron a la prueba durante los últimos dos meses, pero continuaron con el plan de todas maneras porque decían que se habían agotado los recursos del planeta. Lo único que hicieron fue subir la dosis en esos dardos. Esos cabrones están intentando eliminar a la mitad de la población. ¡La mitad!

—¿Y qué pasa con la niña? —casi gritó Mark—. ¿Iba acompañada de dos mujeres?

Anton no pareció oír ni una palabra de lo que Mark o Alec decían.

—Nos dijeron que se ocuparían de nosotros en cuanto estuviera hecho, que nos llevarían de vuelta a Alaska y nos darían una casa, comida y protección. Dejemos morir a la mitad de la población y empecemos de nuevo. Pero la han jodido, ¿no? Esa niña vivió aunque le alcanzó un dardo. Es más que eso… El virus no es lo que pensaban. Se extiende como la pólvora, sí; pero, lamentablemente, tiene una mente propia. Disculpad el juego de palabras.

Soltó algo parecido a una risa que enseguida se transformó en una tos seca. De repente se puso a sollozar sin reservas. Luego se dejó caer de lado y subió las piernas al catre para colocarse en posición fetal, con los hombros sacudiéndose mientras lloraba.

—Me he contagiado —sollozó—, estoy seguro. Todos lo tenemos. Vosotros también lo tenéis; no os quepa duda, amigos míos. Tenéis el virus. Les dije a mis compañeros de trabajo que no quería tener que ver nada con ellos, ya no. Me dejaron aquí arriba, solo. Ahora me va bien.

Mark tenía la sensación de estar contemplando la escena a través de una neblina. No podía concentrarse… Trató de espabilarse:

—¿Tienes alguna idea de dónde podrían estar nuestras amigas? —preguntó, más calmado esta vez—. ¿Dónde están tus compañeros de trabajo?

—Están todos ahí abajo —susurró Anton—. Ya no podía soportarlo. Subí aquí para morir o volverme loco. Ambas cosas, supongo. Me alegro de que me dejaran.

—¿Ahí abajo? —repitió Alec.

—Más abajo, en el búnker —respondió con una voz más calmada, ya que los sollozos empezaban a disminuir—. Están ahí abajo, haciendo planes. Planifican la revuelta en Asheville para hacerles saber que no estamos contentos por cómo han terminado las cosas. Quieren llevárselo todo a Alaska.

Mark miró a Alec, que tenía la vista clavada en Anton. Todo cuanto el pobre desconocido acababa de decir sonaba aún más raro que el resumen anterior.

—¿Una revuelta? —preguntó Mark—. ¿Por qué en Asheville? ¿Y quién es esa gente?

—Asheville es el último refugio seguro del este —respondió el hombre. Sus palabras apenas eran audibles; la voz ahora era ronca, seca y débil—. Aunque las

paredes y lo demás puedan estar en ruinas. Y ellos son mis compañeros de trabajo, contratados por la CPES, la todopoderosa Coalición Post-Erupciones Solares. Mis estimados colegas quieren hundir a sus jefes antes de que se retiren, antes de que regresen a Alaska por el Trans Plano.

—Anton —dijo Alec—, escúchame: ¿hay alguien más con quien podamos hablar? ¿Y cómo localizamos a las amigas que estamos buscando? La niña y las dos mujeres.

El hombre tosió y después su voz recobró algo de vida:

—Las personas con las que trabajo han empezado a perder la cabeza. ¿Lo entiendes? No… están… bien. Llevan horas ahí abajo, planificando y conspirando. Van a ir a Asheville y reunirán un ejército por el camino si hace falta. Ah, se rumorea algo sobre un antídoto, pero no son más que chorradas. Al final, mi gente se asegurará de que otros no obtengan lo que les han arrebatado a ellos: la vida. ¿Y sabéis qué harán después? Lo sabéis, ¿no?

—¿Qué? —preguntaron Mark y Alec al mismo tiempo.

Anton se incorporó sobre un codo. El ángulo de luz que emitía la agenda electrónica hacía que la mitad de su cara estuviera oculta en las sombras de la cama, mientras que la otra mitad quedaba iluminada por el resplandor azul claro. En la pupila del ojo iluminado parecía haberse encendido una chispa.

—Irán a Alaska por el Trans Plano de Asheville —afirmó el hombre—. Irán donde se han reunido los gobiernos y se asegurarán de que el mundo se acabe, aunque no sea su propósito. Seguirán intentando encontrar un antídoto y desmantelar el gobierno provisional. Pero lo único que harán en realidad es propagar el virus de una vez por todas, asegurarse de terminar lo que las erupciones solares empezaron. Idiotas, todos y cada uno de ellos…

Anton volvió a desplomarse sobre el catre y, unos segundos más tarde, sus ronquidos inundaron la habitación.

CAPÍTULO 34

Mark y Alec se quedaron sentados en silencio un buen rato, escuchando los resuellos y la respiración entrecortada de Anton mientras dormía.

—No sé si podemos fiarnos mucho de lo que ha soltado este tipo —dijo Alec al cabo de un rato—. Pero estoy preocupado…, como mínimo.

—Sí —respondió Mark inexpresivamente.

La cabeza le estallaba y notaba el estómago revuelto. No recordaba la última vez que estuvo tan cansado, pero tenían que levantarse, salir de aquella habitación y encontrar a Trina y las demás.

No se movió.

—Chaval, pareces un zombi —dijo Alec después de darse la vuelta para mirarle —. Y yo me siento como si lo fuera.

—Sí —repitió él.

—No te va a gustar lo que estoy a punto de decir, pero no habrá discusión.

Mark enarcó las cejas, y hasta para eso tuvo que reunir toda la fuerza que le quedaba.

—¿Y qué es?

—Tenemos que dormir.

—Pero… Trina… Lana…

No podía recordar el nombre de la niña. Imposible. Le dolía la cabeza como si una tormenta hubiera estallado en el interior de su cráneo.

Alec se levantó.

—No les serviremos de nada a nuestras amigas si no podemos funcionar porque estamos demasiado cansados. Solo echaremos un sueñecito. Quizás una hora cada uno mientras el otro mantiene un ojo abierto. Anton ha dicho que sus compañeros estarán reunidos durante horas —se levantó de la cama y fue rápidamente a cerrar la puerta de la estancia—. Por nuestra seguridad.

Mark cayó de lado, luego subió las piernas al catre despacio y cruzó los brazos por debajo de su cabeza. Quería protestar, pero no le salió nada.

Alec empezó a hablar de nuevo:

—Yo haré la primera guardia, así que…

Pero Mark se quedó dormido antes de oír nada más.

Los sueños llegaron. Los recuerdos, más vívidos que nunca. Como si las profundidades de su agotamiento hubieran creado el lienzo perfecto.

CAPÍTULO 35

Mark divisa el muro de agua bajando por las escaleras de la estación del subtrans, como una estampida de blancos caballos espumeantes; aquel instante se le hace eterno. Se pregunta mil cosas. ¿Cómo ha llegado hasta ahí? ¿Qué ha pasado por encima de ellos, en la ciudad? ¿Está muerta su familia? ¿Qué les depara el futuro? ¿Cómo será morir ahogado?

Todos esos pensamientos irrumpen en su mente en el mismo segundo que tarda el agua en llegar al final de las escaleras. Entonces alguien le coge del brazo y tira de él en dirección opuesta, obligándole a apartar la vista del desastre que se aproxima. Ve a Trina arrastrándolo mientras el terror en estado puro le ilumina los ojos de forma enfermiza, lo que le anima a moverse rápidamente.

Echa a correr a toda velocidad, esta vez agarrándole él a ella del brazo para asegurarse de que permanecen juntos. Alec y Lana están justo delante: avanzan deprisa y dejan atrás a los matones que les abordaron, algo que ahora parece tan absurdo e indignante que Mark se enfada de nuevo. El momento pasa. Sigue corriendo por el túnel con Trina a su vera. Echa un vistazo hacia atrás, ve a Baxter, Darnell, el Sapo y Niebla, todos manteniendo el ritmo, con los ojos pintados del mismo miedo que reflejan los de Trina, el mismo miedo que siente él.

Suena algo parecido a una avalancha que le recuerda la visita que hizo con su familia a las cataratas del Niágara. La gente grita, las cosas se parten, el cristal se rompe. Alec no parece más que un anciano mientras pasa a toda velocidad por la otra punta de la estación y se desliza hacia la oscuridad de aquel túnel del tamaño de un tren. No debe de quedarles mucho tiempo y Mark se da cuenta con horror de que ha puesto su vida en manos de las dos personas que tiene delante. De que se ha acabado. En cuestión de minutos, estará vivo o muerto.

Alguien grita detrás de él; entonces le golpean fuerte en el hombro y tropieza. Se pone derecho, suelta a Trina, que no puede perder velocidad, y sigue corriendo. Luego mira hacia atrás y ve dos cosas: Niebla se ha caído al suelo y un emergente charco de agua está llenando las vías del subtrans desde la estación. La inundación de las calles de arriba empieza a anegar el andén, que vierte agua hacia el ancho surco del túnel a unos pasos de distancia.

El agua sube unos centímetros y moja el cuerpo de Niebla. Ella se impulsa en el suelo para levantarse. Mark se inclina hacia delante, con el propósito de ayudarla, cuando de repente Niebla chilla y se pone en pie de un salto como si el agua estuviera cargada de electricidad.

—¡Está caliente! —grita mientras le aprieta la mano a Mark.

Se dan la vuelta y comienzan a correr otra vez, chapoteando en el agua. A Mark se le empapan los zapatos y los calcetines, el bajo de los pantalones; siente el calor y luego cómo hierve. Salta, como alguien que se ha metido en una bañera con la temperatura demasiado alta. Es desconcertante: está lo bastante caliente como para quemarle la piel.

El grupo continúa corriendo por el túnel, esforzándose por cruzar el río creciente. De pronto, mide medio metro de alto; Mark no se puede creer lo rápido que ha ascendido. Le sube por la rodilla y cada vez va más rápido. Tienen que plantar los pies con firmeza en el suelo para evitar que se los lleve la corriente. Ya no corren. Avanzan con dificultad, usando todo el cuerpo para seguir adelante, paso a paso, con cuidado. El agua le llega a Mark casi a la parte superior de los muslos y sabe que la corriente está a punto de ganar la batalla.

Y quema, le escalda la piel. Se estremece de dolor.

—¡Por aquí! —grita Alec. Tras moverse a duras penas por el río sucio y embravecido, luchando contra la corriente, ha conseguido llegar chapoteando hasta el lado izquierdo. Allí hay un par de escalones con barandillas de hierro que conducen a un descansillo y una puerta—. ¡Tenemos que llegar ahí arriba!

Mark está moviéndose en esa dirección, plantando un pie tras otro, restableciendo su posición a cada paso. Trina hace lo mismo. Lana ya está ahí. Baxter, Niebla, Darnell y el Sapo van detrás de Mark, abriéndose también camino. No durarán mucho más en la corriente. El rugido del agua es ensordecedor y solo lo interrumpen las palabras de Alec y los gritos de la estación, que resuenan por las paredes del túnel. Luego los ruidos disminuyen radicalmente y Mark sabe por qué. La mayoría de personas ha muerto.

Como si aquel pensamiento tuviera que hacerse real, un cadáver choca contra su rodilla y continúa flotando por el río: una mujer. Su rostro exhibe el azul de la muerte, rodeado por una mata de pelo. Gira lentamente mientras se precipita por la profundidad del negro túnel. Después llegan más. Algunos vivos, pero Mark advierte que la mayoría están inmóviles, probablemente muertos. Los vivos agitan las piernas y los brazos, intentando nadar o llegar al suelo. Mark tiene la idea pasajera de que deberían ayudarles, tratar de agarrarles la mano. Pero es demasiado tarde y ellos mismos tendrán suerte si logran salir de ahí. Alec ha llegado a las escaleras, se aferra a la barandilla de hierro y sube dos peldaños. Mark da otro paso lento hacia delante; el agua le cubre ya la cintura. Está ardiendo, quema. Alec se inclina para ayudar a Lana a subir las escaleras. Luego lo consigue Trina, que le coge de la mano. Sube. Mark es el siguiente. Da el último paso tembloroso y de pronto está enganchado en los antebrazos del anciano que no deja de salvarle la vida. Su cuerpo se mueve hacia delante cuando Alec tira fuerte de él; ya está en las escaleras, aunque casi se cae de bruces. Trina le recoge, le abraza.

Llega el Sapo, luego Darnell, después Niebla. Todos menos Alec suben las escaleras para terminar en el descansillo y agruparse delante de la puerta. Al más

joven, Baxter, le cuesta. A Mark le embarga la vergüenza cuando se da cuenta de que el niño aún está ahí. Se encuentra a dos metros de Alec, el agua golpea contra su costado, y aumenta y aumenta, salpicando su rostro asustado.

Mark baja corriendo las escaleras, aunque Trina grita su nombre. Se coloca cerca de Alec y se pregunta qué puede hacer. Los cadáveres pasan a toda velocidad junto a Baxter; Mark ve que un pie choca contra el hombro del niño, una cabeza se asoma por el río justo a su lado, arrojando agua, y luego desaparece al volver a hundirse.

—¡Da un paso! —le grita Alec.

Baxter reacciona, obedece. Da otro paso. Ya casi está a su alcance, pero el agua golpea su espalda; parece imposible que no lo haya arrastrado todavía.

Mark grita para animarle:

—¡Solo un par más!

Baxter avanza, pero súbitamente deja de hacer pie. Está bocabajo. Alec salta hacia él y coge al muchacho por el brazo justo cuando la corriente los atrapa para arrojarlos a la oscuridad. Todo pasa muy rápido, Mark reacciona antes de tener tiempo para pensar: se aferra a la barandilla de hierro con la mano izquierda y alarga la derecha para agarrar la manga de la camisa de Alec antes de que quede fuera de su alcance. El hombre alza la mano y coge a Mark del brazo en el preciso momento en el que la tela empieza a rasgarse.

La corriente empuja el cuerpo de Mark, pero él continua agarrado a la barandilla; se va hacia un lado y choca contra la pared de cemento junto a las vías. Alec y Baxter le siguen con los cuerpos entrelazados. Mark tiene la impresión de que el brazo se le va a dislocar y fuerza los músculos, gritando. Solo puede concentrarse en no soltarse para ignorar el dolor. El agua se introduce en su boca, pero la escupe; sabe a tierra y aceite, y le quema la lengua.

Unas manos le agarran el brazo, le cogen de la camiseta y del codo, tiran de él. Alec está trepando por los dos, como si fuera una cuerda, con ambas manos. Lo que significa que Baxter ya no está. Mark no puede hacer nada. Ha agotado sus fuerzas, le duele y le arde todo el cuerpo. Solo puede agarrarse con fuerza para no romper la unión. Cierra los ojos cuando se le sumerge la cabeza, resiste las ganas de tomar aire porque sabe que moriría.

Pierde el sentido del movimiento. No hay más que agua, calor y el sonido de la corriente. Y el dolor, que estalla en todo su cuerpo.

Entonces sale a la superficie, nota unas manos sobre el pecho, por debajo del brazo. Tiran de él hacia atrás para subirlo por las escaleras. Alec está justo enfrente de él y se ha agarrado a la barandilla. El hombre sujeta con fuerza a Baxter entre las piernas, como el agarre triunfal de un combate de lucha. Ante los ojos de Mark, la cara de Baxter entra y sale del río mientras el niño respira, escupe y grita.

Lo han conseguido. Todos lo han conseguido.

No tardan en estar de pie, en el descansillo. Todos ellos. El agua ha subido hasta el borde superior del túnel y está empezando a salpicar el andén.

Cada centímetro de Alec destila agotamiento. Empapado, respira profunda y entrecortadamente. Avanza tambaleándose hacia la puerta y la abre. Mark pensaba que estaría cerrada con llave, que su historia se acabaría allí mismo. Pero está abierta y Alec la deja de par en par.

Hace una señal para que todos pasen.

—Preparaos para subir —dice el anciano.

CAPÍTULO 36

Mark se despertó temblando en una oscuridad absoluta.

Tenía el cuerpo tenso; cambió de posición en la cama, que crujió mientras intentaba ponerse cómodo, encontrar una postura en la que no le dolieran los músculos. Tanto Alec como Anton roncaban a todo volumen. Saltaba a la vista que el viejo soldado no había aguantado mucho en su primera guardia.

Mark se colocó bocarriba. Se había desvelado oficialmente y no tenía nada que hacer, salvo esperar a que despertara su amigo. Dejaría descansar al hombre lo máximo posible. Seguramente lo necesitarían.

El sueño era tan vívido, parecía tan real… El corazón todavía latía con fuerza por la experiencia, como si la hubiera revivido de verdad. Podía saborear el agua repugnante que le quemaba la piel. Recordó la posterior subida por aquellas escaleras sinuosas, una experiencia agotadora y mareante. Sin fuerzas y dolorido por la quemazón del agua, no sabía cómo podía mantener el ritmo de los demás. Pero subieron y subieron mientras el nivel del agua aumentaba por debajo. Nunca olvidaría la sensación de mirar por la barandilla, el líquido turbio, sucio, mientras ascendía lentamente, pensando que su vida había estado a punto de terminar en sus profundidades.

Alec los salvo aquel día. Pasaron las siguientes dos semanas en aquel rascacielos y enseguida se dieron cuenta de que no podían ir en busca de sus seres queridos. El calor, la radiación y la crecida de agua eran demasiado. Ahí fue cuando Mark abandonó la esperanza de encontrar a su familia.

El Edificio Lincoln… Un lugar que albergaba muchas de sus pesadillas. Se quedaron lo más cerca posible del centro del edificio, en los pasillos centrales de la estructura, para protegerse de la implacable radiación solar. Aun así, todos enfermaron un poco los primeros meses.

Oyó un gemido procedente del catre en el que dormía Alec y sus pensamientos se fueron a la deriva, hacia el fondo de su mente para atormentarle más tarde. Pero sabía que la sensación de miedo por lo que experimentó en los últimos instantes en ese túnel del subtrans no desaparecería, pues le sobrevolaba como el humo de un fuego apagado.

—Oh…, mierda —masculló Alec.

Mark se incorporó sobre un codo, mirando hacia su amigo.

—¿Qué?

—No pretendía quedarme dormido. Menudo soldado estoy hecho. Y me he dejado la maldita agenda electrónica encendida. Ya podemos olvidarnos de volver a

usar ese cacharro.

—Bah, de todas formas la batería estaba casi agotada —contestó Mark. Aunque la verdad era que en aquel momento hubiera dado cualquier cosa por estar bajo la luz del aparato cinco minutos más.

Alec gruñó y el catre crujió mientras se ponía de pie.

—Tenemos que buscar a los compañeros de este tipo. Dijo que estaban reunidos en este mismo búnker, pero más abajo, así que debemos buscar unas escaleras —dijo.

—¿Qué hacemos con él? —señaló a Anton, olvidando por un segundo que Alec no le veía en la oscuridad.

—Que duerma sus penas. Vamos.

Mark tardó un momento en orientarse, luego se levantó y palpó la cama para llegar hasta el borde, hacia el pasillo central de la habitación.

—¿Cuánto rato crees que habremos dormido? —inquirió.

—Ni idea —respondió Alec—. ¿Dos horas?

Recorrieron despacio la estancia hasta salir al distribuidor. La luz sobre la puerta seguía chisporroteando un poco, lo bastante para ver por dónde pasaban. Finalmente encontraron las escaleras que buscaban. Pese a estar casi sin luz y solo captar líneas y bordes que descendían en la oscuridad, a Mark le vino a la memoria la inundación y la locura de subir las escaleras del rascacielos. Estuvo muy cerca ese día. Si hubiera sabido todo lo que vendría a continuación, ¿se habría esforzado tanto por sobrevivir?

«Sí», se dijo. Sí, lo habría hecho. E iba a encontrar a Trina y a volver a salir escaldado. Se rio de su propio chiste.

—Vamos allá —susurró Alec al tiempo que empezaba a bajar las escaleras.

Mark le siguió, decidido a dejar de vivir en el pasado. Tenía que centrarse en el futuro o nunca lo alcanzaría.

Las escaleras solo bajaban tres plantas, aunque no hubo salida hasta que llegaron a la última. Empujaron la puerta y se encontraron en otro pasillo. Ese desembocó en la parte del búnker que utilizaba los desenfrenados generadores de arriba: una fila de luces en el techo que iluminaban el pasillo. A diferencia del otro por el que habían llegado, este era curvo.

Mark le lanzó una mirada a Alec y comenzaron a avanzar por el pasillo. Había puertas en ambas paredes, pero Alec sugirió explorar la longitud del corredor antes de probar suerte con ninguna. Caminaban sigilosamente, tan en silencio como les era posible, y pronto dedujeron que el pasillo era una media luna gigantesca.

Llevaban recorrida la mitad de lo que podría ser su longitud completa cuando Mark oyó unas voces; luego vio la fuente. Más adelante, a la izquierda, había unas puertas dobles, una de ellas abierta de par en par. Los sonidos procedían de lo que fuera que estuviera pasando en la estancia. Era algún tipo de reunión: hombres y mujeres hablaban, elevando las voces unos sobre otros, de modo que Mark no podía distinguir ni una palabra de lo que decían. Se trataba de la reunión de Anton. Eran sus compañeros de trabajo.

Alec aflojó el paso y se aproximó sigilosamente a él con la espalda apoyada en la puerta cerrada. Después se dio la vuelta para mirarle, se encogió de hombros como diciendo que era ese momento o nunca, estiró el cuello hacia la abertura y se asomó para echar un vistazo. Mark contuvo la respiración al recordar en ese momento que no tenían armas.

Alec echó la cabeza hacia atrás y se desplazó un par de pasos hacia él.

—Es un auditorio. Es bastante grande, con unos doscientos asientos, quizás. Están todos abajo, mirando a un tipo en el estrado.

—¿Cuántos son? —susurró Mark.

—Al menos cuarenta… Tal vez cincuenta. Ni rastro de nuestras amigas, según veo. Discuten sobre algo, pero no sé qué dicen.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Mark—. ¿Seguimos adelante? Este pasillo no puede ser mucho más largo.

—Si fuéramos a gatas, podríamos entrar, ponernos al fondo y escondernos en algún rincón de la derecha. Creo que deberíamos oír lo que dice esta gente.

Mark estaba de acuerdo. No sabía quiénes eran ni qué se traían entre manos, pero aquella parecía la única manera de averiguarlo; la forma más segura, al menos.

—Vale, hagámoslo.

Se pusieron a cuatro patas y se prepararon, Mark detrás de Alec. El soldado se inclinó hacia delante para echar un vistazo por el borde de la puerta; luego entró gateando en la gran sala. Mark le siguió, sintiéndose casi desnudo cuando entraron en el auditorio. Pero no había nadie cerca del fondo de la sala; las voces provenían de abajo y sonaban bastante lejos. Y a juzgar por el hecho de que todos parecían estar hablando a la vez, Mark tuvo la impresión de que no estaban atentos a posibles intrusos.

Alec atravesó la última fila, con el costado pegado al plástico negro de las sillas, hasta llegar al lado derecho de la sala, un rincón que quedaba oculto en las sombras. Se detuvo, cruzó las piernas y encajó el cuerpo en el espacio que había entre la última silla y la pared. Mark se movió para sentarse a su lado. Tuvo que acercarse más de lo necesario para estar lo más escondido posible.

Alec se estiró para asomarse por la silla que tenían delante y volvió a agacharse rápidamente.

—No he visto mucho. Parece que esperan a que empiece algo. O a lo mejor están en una pausa, no sé.

Mark cerró los ojos, apoyó la cabeza en la pared y ambos se quedaron allí sentados durante lo que pareció una eternidad. Transcurrieron unos diez intensos minutos sin que nada cambiase, solo se oía el murmullo de la enrevesada conversación. Entonces, de repente, un movimiento borroso les hizo contener la respiración. Un hombre había entrado al auditorio desde el pasillo y avanzaba deprisa hacia la parte delantera de la sala. Mark suspiró, aliviado por que no les hubieran visto.

El grupo empezó a callarse, a tranquilizarse, hasta que la sala quedó sumida en un silencio inquietante. De hecho, Mark oía los pasos del hombre conforme se acercaba al fondo del estrado para subir las escaleras.

—Ya me encargo yo a partir de ahora, Stanley —dijo una voz grave, que retumbó por el techo aunque el tono no había sido tan alto. La acústica.

—Gracias, Bruce —respondió Stanley, un hombre con la voz mucho más potente —. Tienes la atención de todos.

Oyeron que alguien bajaba los escalones y luego el ruido que hizo al sentarse en una de las sillas. Cuando reinó de nuevo el silencio, el recién llegado se dispuso a hablar:

—Empecemos ya. No tardaremos mucho en perder la cabeza.

CAPÍTULO 37

Como si la declaración inicial del hombre no fuera lo bastante extraña, el grupo empezó a aplaudir y vitorear, y Mark se estremeció. Bruce esperó a que se callaran antes de volver a hablar. Mark estaba ansioso por escuchar lo que diría a continuación aquel tipo.

—Frank y Marla han regresado de reconocer la zona de Asheville. Tal como pensábamos, han apuntalado muy bien los muros. ¿Humanidad y caridad, amigos míos? Esa época terminó hace mucho tiempo. El CPES ha creado un ejército de monstruos, personas que antes estaban dispuestas a sacrificarse por ayudar a su vecino. Pero ya no. Esa escoria de Alaska y Carolina del Norte (nuestra propia Asheville) ha dado la espalda a los asentamientos de una vez por todas. Y peor aún, nos han dado la espalda a nosotros. ¡A nosotros!

Esto provocó un coro de gritos de enfado, pisotones y fuertes golpes en los reposabrazos de las sillas. Los ruidos retumbaron en la sala hasta que Bruce volvió a hablar:

—¡Nos enviaron aquí! —gritó. Había levantado la voz—. Nos encargaron tomar parte en el peor desastre de los derechos civiles desde la Guerra de 2020. ¡Un holocausto! Pero fueron firmes, dijeron que era por la supervivencia de la raza humana. Que era para salvar los pocos recursos que teníamos, para poder alimentar a las personas que ellos consideraban que merecían vivir. Pero ¿quiénes son ellos para tomar esa decisión? —Hizo una pausa antes de continuar—: Bueno, damas y caballeros, por lo visto nosotros no lo merecemos. Nos enviaron aquí a hacer el trabajo sucio y ahora deciden distanciarse de nosotros. ¡Quiénes se creen que son, os pregunto! —prácticamente gritó la última frase, lo que una vez más provocó que el grupo alcanzara casi la histeria.

La gente chillaba y daba patadas en el suelo. El estruendo hizo que Mark se sintiera como si la cabeza le fuera a estallar y que le doliera el interior de la frente. Creía que el ruido nunca iba a cesar, pero súbitamente lo hizo. Se figuró que Bruce había hecho un gesto para tranquilizarlos.

—Esta es nuestra situación —prosiguió el hombre, mucho más calmado—. A medida que pasan los días, los sujetos sometidos a las pruebas se vuelven más fanáticos en su extraño culto religioso. Hemos hecho un pacto con ellos. Querían que les devolviéramos a la niña; al parecer, quieren sacrificarla para los espíritus recién descubiertos. Creo que han sobrepasado el límite; ya no hay vuelta atrás. Ya no podemos ayudarles. Cuando aguantan un día sin pelearse, reorganizan las facciones y empiezan a luchar otra vez. Pero hemos hecho un trato con los que parece que aún

conservan algo de cordura. Estoy harto de preocuparme por si va a saltar alguien de un árbol para atacarme cada vez que salgo ahí fuera —hizo una pausa y dejó que transcurriera un prolongado momento de silencio—. Les hemos dado a la niña y a las dos mujeres que encontramos con ella. Sé que es duro, pero así ganamos un poco de tiempo y no tendremos que preocuparnos por ellos. No quiero malgastar la valiosa munición que nos queda para defendernos contra una secta.

Mark notó que los oídos le pitaban. Les habían entregado a la niña. Y a las dos mujeres. Las cosas que Anton les había contado en la habitación del búnker estallaron en su cabeza y le hicieron temblar. Recordó lo loca que estaba aquella gente de la hoguera y, de pronto, la situación que no creía que pudiera empeorar se volvió todavía más horrible. Habían pasado todo ese tiempo en el búnker y sus amigas ni siquiera seguían allí.

Bruce seguía hablando, pero Mark no podía concentrarse en sus palabras. Se inclinó para hablarle a Alec al oído:

—¿Cómo pueden habérselas entregado a esa… gente? Tenemos que marcharnos. ¡A saber qué les hacen esos psicópatas!

Alec alzó una mano para que se calmara.

—Lo sé, nos iremos. Pero recuerda el motivo por el que vinimos aquí. Oigamos lo que este hombre tiene que decir y después nos marcharemos, te lo prometo. Lana significa tanto para mí como Trina para ti.

Mark asintió, volvió a apoyarse en la pared e intentó escuchar lo que Bruce estaba exponiendo en el estrado.

—… el fuego se ha apagado gracias a la última tormenta, que llegó hace un par de horas. El cielo está negro, pero las llamas se han extinguido. Habrá barro por todas partes. Por lo visto, los sujetos de pruebas huyeron a sus casas en las montañas medio quemadas. Esperemos que se queden un tiempo ahí antes de que se desesperen y vayan a Asheville en busca de comida… Pero creo que será seguro acercarse a la ciudad en uno o dos días. Entraremos a la fuerza y exigiremos nuestros derechos. Iremos a pie con la esperanza de sorprenderles.

Se oyeron unos cuantos murmullos de preocupación antes de que el hombre continuara:

—A ver, no podemos negar que estamos enfrentándonos a lo que nosotros mismos hemos provocado. Todos hemos visto los síntomas, aquí mismo, en la seguridad de nuestra casa. Pero no me trago que nuestros superiores hayan decidido propagar un virus sin tener algo que invierta sus efectos. Y yo digo que o nos lo dan o mueren todos; aunque haya que subir hasta Alaska para conseguirlo. Sabemos que tienen un Trans Plano en su cuartel general. ¡Lo cruzaremos y les exigiremos que nos den lo que merecemos!

Retumbaron más ovaciones y golpes en el suelo.

Mark sacudió la cabeza. Sin duda, aquella gente era inestable. Había una energía violenta en la sala, como si se tratara de un nido de víboras preparadas para atacar.

Fuera cual fuese la razón de extender aquel virus, estaba claro lo que les hacía a las personas: las volvía locas, aunque tardaban más en enloquecer mientras se propagaba. Y si Asheville, la ciudad más grande, que quedaba a cientos de kilómetros a la redonda, de verdad había levantado unos muros para protegerse de la enfermedad, la situación debía de estar muy mal. Lo último que nadie necesitaba era un grupo de soldados infectados corriendo por las calles. Y el Trans Plano…

La cabeza seguía estallándole y le costaba poner en orden sus ideas. Sabía que debía concentrarse en Trina, en recuperarla, pero ¿y toda esa nueva información? Le dio un codazo a Alec y le lanzó una mirada de que se le estaba agotando la paciencia.

—En breve, chaval —susurró el hombre—. Nunca dejes pasar la oportunidad de conseguir información enemiga. Luego iremos a buscar a nuestras amigas, te lo juro.

Mark no estaba dispuesto a sacrificar a Trina por conseguir información, no después de lo que habían pasado para sobrevivir todo este tiempo. No podía esperar mucho más.

La sala se estaba quedando en silencio otra vez.

—La Coalición… Post… Erupciones… Solares —Bruce enfatizó cada palabra con resentimiento—. ¿Quién se cree esa gente que es? ¿Dioses? No pueden decidir eliminar la mitad este de Estados Unidos. ¡Como si la CPES tuviera más derecho a vivir que cualquier otra persona!

Después se produjo otra larga pausa. Mark ya no podía aguantar más, así que gateó por delante de Alec y se asomó para echar un vistazo. Bruce era un hombre corpulento, con una calva que brillaba bajo la luz tenue y una cara pálida, desaliñada, con barba de varios días. Los músculos de los brazos y los hombros se marcaban en su camiseta negra ceñida mientras juntaba las manos delante de él, clavando la vista en el suelo. Si Mark no hubiera oído lo que el hombre acababa de decir, habría pensado que estaba rezando.

—No os sintáis mal, amigos. No podíamos negarnos a hacer lo que nos pidieron —continuó, y alzó la vista despacio para volver a mirar al público que le prestaba atención—. No nos quedó más remedio. Usaron contra nosotros los mismos recursos que ahora intentan preservar. También teníamos que comer, ¿verdad? No es culpa nuestra que el virus no sea exactamente lo que ellos esperaban. Lo único que podemos hacer es lo que hemos hecho desde que las erupciones solares alcanzaron la Tierra: luchar con uñas y dientes para vivir. Darwin hablaba de la supervivencia del más fuerte en el mundo natural. Bueno, la CPES está intentando engañar a la naturaleza. Ha llegado el momento de defendernos. ¡Vamos… a… vivir!

Otra serie de escandalosos vítores, silbidos, aplausos y golpes con los pies continuó durante uno o dos minutos. Mark volvió a sentarse sigilosamente al lado de Alec, más convencido que nunca de que debían ponerse en marcha. Estaba a punto de decir algo cuando el grupo se quedó en silencio y la voz de Bruce inundó la sala como el silbido amplificado de una serpiente:

—Pero antes, amigos, necesito que hagáis algo por mí. Tenemos dos espías al

fondo del auditorio. Bien podrían ser de la CPES. Los quiero atados y amordazados antes de que cuente treinta.

CAPÍTULO 38

Mark ya estaba poniéndose en pie de un salto antes de que el hombre hubiera terminado la frase, con Alec justo detrás.

Un violento rugido estalló en el grupo como un grito de guerra cuando Mark hizo una pausa para contemplarlos. Ya habían empezado a moverse, saltaron de las sillas y tropezaron unos con otros para intentar ser los primeros en llegar al pasillo donde estaban los dos intrusos.

Mark corrió hacia las puertas dobles de salida, incapaz de apartar los ojos de la escena que se desarrollaba abajo, observándola con una extraña mezcla de horror y curiosidad. Bruce gritaba órdenes, señalándoles con el dedo, la cara pálida ahora roja por la ira. Había algo infantil en sus movimientos, casi parecía un dibujo animado. La urgencia con la que sus seguidores clamaban por llegar al pasillo resultaba en cierto modo exagerada, como si todos estuvieran bajo los efectos de alguna droga. Hombres y mujeres chillaban y gruñían como simios, arrasando con todo a su paso. Querían atraparle y actuaban como si su vida dependiera de ser los primeros en lograrlo.

Alec llegó antes a las puertas y prácticamente se lanzó al pasillo. Mark derrapó al parar porque estaba tan concentrado en la multitud que se abalanzaba sobre él que casi se pasó la salida. Su extraña e inconveniente curiosidad por el comportamiento de aquellas personas por fin desapareció y la reemplazó el espanto cuando se dio cuenta de que estaban a punto de atraparle por segunda vez en unos días. Sus gritos de persecución cortaban el aire y lo asustaban; al mirar de soslayo cuando salía de la sala, vio que el primero de ellos subía por el pasillo principal del auditorio con sed de sangre en los ojos.

Se resbaló en el distribuidor y recuperó el equilibrio. Alec cerró la puerta después de que él la cruzara para ganar un par de segundos. La luz era tenue y Mark sabía que el viejo soldado se había olvidado de por dónde habían ido antes.

—¡Es por aquí! —gritó Mark, ya corriendo.

Oyó los pasos de Alec detrás de él y luego el fuerte golpe de la puerta al abrirse, seguido del torrente de cuerpos con sus continuos gritos de guerra.

Mark corría rápido, esforzándose por no imaginarse a sus perseguidores o lo que le harían si le atrapasen. Bruce les había ordenado que los ataran y amordazaran, pero la mirada que había visto en sus rostros denotaba que eso no sería más que el principio. Miró atrás para asegurarse de que Alec mantenía el ritmo y vio al viejo oso moviendo los brazos de arriba abajo y pisando fuerte; luego volvió a mirar hacia delante y pasó a toda velocidad por la lenta curva del pasillo. Se dirigía a las escaleras porque solo se le ocurría ir hacia arriba.

La adrenalina recorría el cuerpo de Mark y el hambre le roía el estómago. No recordaba la última vez que comió, tan solo esperaba tener energía suficiente para escapar de vuelta al bosque. Vio la escalera más adelante y aceleró un poco más. Los gritos de sus perseguidores retumbaban en el estrecho espacio del pasillo como el chirrido casi apagado que hacían los trenes del subtrans al aproximarse a cierta velocidad por las vías de sus túneles.

Llegó a las escaleras y ya saltaba al segundo peldaño cuando Alec las alcanzó. Oía la dificultosa respiración del hombre mezclada con la suya y los sólidos golpes de sus pies. Mark se agarraba a la barandilla en cada curva pronunciada, lanzándose hacia el siguiente tramo de escaleras. Alec y él subieron a toda prisa las tres plantas y llegaron a la cima justo cuando el chico oyó que sus perseguidores llegaban abajo. El eco ahogado de sus gritos desesperados provocó escalofríos en su piel sudada.

Corrió hacia el distribuidor de la parte superior, también sumido en la oscuridad; eso tal vez les ayudase. Le embargó un repentino instante de indecisión que le provocó pánico.

—¿En qué dirección? —le gritó a Alec.

Una parte de él pensaba que deberían esconderse en algún lugar, quizás en aquella habitación de los generadores. Si se ponían a buscar una salida, estarían al descubierto y los capturarían en caso de no encontrarla; esconderse solo retrasaría que dieran con ellos.

En vez de responder, Alec echó a correr hacia la derecha, en dirección a la enorme plataforma giratoria de aterrizaje para icebergs. Mark le siguió, aliviado por que su amigo hubiera vuelto a tomar el mando.

Atravesaron la oscuridad a una velocidad temeraria. Mark recorría la pared con la mano para orientarse, pero sabía que, si tropezaba con algo en el suelo, era hombre muerto. Pasaron la habitación del generador, donde la tenue luz de la bombilla roja en las últimas cortó por un breve instante la oscuridad total; el murmullo de las máquinas sonaba como el zumbido de las abejas. Tanto la luz como el ruido perdieron intensidad al pasar a toda rapidez. Fue en ese momento cuando Mark advirtió algo que casi le hizo detenerse.

Los sonidos que emitían sus perseguidores habían cesado. Por completo. Como si nunca hubieran subido las escaleras.

—Alec —susurró; apenas percibía su propia voz entre los pasos y la respiración dificultosa. Lo repitió más alto.

Su amigo paró de repente y Mark le adelantó antes de poder detenerse también. Luego respiró hondo y se volvió hacia Alec; deseaba con desesperación un poco de luz.

—¿Por qué habrán parado? —preguntó en voz alta.

—No lo sé —respondió Alec—, pero deberíamos seguir avanzando —Mark le oyó tocar las paredes del pasillo para guiarse—. Ve tú por la derecha y yo me pegaré a la izquierda. Quizás haya una salida que no conocemos.

Mark empezó a buscar y no notó las paredes frías. Recordó la puerta con el tenue rectángulo de luz que había visto antes, pero no había ni rastro de ella. Era exasperante encontrarse sumido en aquella oscuridad, le sacaba de quicio no saber qué les había ocurrido a sus perseguidores. No le cuadraba.

Llegaron al final del pasillo, donde estaba la puerta redonda, similar a la de un submarino; les conduciría otra vez a la cámara bajo la plataforma de aterrizaje del iceberg. Oyó a Alec cruzar la abertura y luego regresar.

—Tampoco se ve nada ahí dentro.

—No hay otro sitio donde ir —contestó Mark—. Entremos y cerremos la puerta hasta que se nos ocurra algo. Quizá podamos mantenerla…

Alec le interrumpió:

—¿Has oído eso? —susurró.

La mera pregunta hizo temblar a Mark. Se quedó totalmente inmóvil y aguantó la respiración. Al principio no oyó nada; luego le llegó un murmullo débil, procedente del pasillo. Continuó y, curiosamente, el ruido les desorientó porque durante un segundo parecía estar cerca y, al siguiente, lejos. Mark tuvo la sensación de que no estaban solos.

El terror le alteró los nervios. Al darse cuenta de que era su única opción, se movió para agarrar a Alec y empujarle hacia la cámara. Debían entrar, cerrar la maldita puerta, girar la manivela redonda y no dejar que se abriera. Pero solo había dado un paso cuando se oyó un chasquido, seguido por la luz cegadora de una linterna que les apuntaba directamente a la cara. Quienquiera que la sostuviera se hallaba a unos pasos de distancia.

—Aún no hemos dicho que podáis marcharos —dijo una mujer.

CAPÍTULO 39

Un movimiento repentino, el sonido de linternas encendiéndose y haces de luz entrecruzados, subiendo y bajando en una danza caótica por el aire. La gente de Bruce embestía y volvía a proferir gritos de ataque. Mark se giró hacia Alec, que ya estaba alargando la mano para agarrarlo de la camiseta; lo aferró y lo acercó al portal abierto.

Ya casi habían cruzado cuando les alcanzó el torrente de linternas. La luz era cegadora. Alguien agarró el pie de Mark y lo levantó, él cayó al suelo y se golpeó la nuca. Otra persona empezó a arrastrarlo por la pierna. Se deslizaba, chocando contra la gente mientras se retorcía, dando patadas para intentar soltarse.

Alec gritó su nombre, pero Mark apenas le oía por encima de la muchedumbre furiosa. Lo rodearon y alguien le dio una patada en las costillas; una mujer profirió un grito estridente y le propinó un puñetazo en el estómago. Él gimió e intentó hacerse un ovillo, girando tanto el pie que se soltó de su captor. Aprovechando el momento, se dio la vuelta y comenzó a gatear hacia la puerta. Era un frenesí de brazos y piernas; intentaba desesperadamente mantenerse alejado de los demás.

Un rugido atravesó el tumulto: un retumbante gruñido que podría haber provenido de una osa protegiendo a su cachorro. Era Alec. De repente empezaron a salir disparados cuerpos por todas partes. El hombre se había abalanzado hacia la refriega, llevándose por delante a la mitad de las personas que trataban de capturar a Mark. En medio del furor, uno cayó sobre la pierna del chico y otro sobre su espalda. Cuando se giró, alguien se sentó sobre su cara. Por un instante, todo le pareció ridículo, como si se hubiera colado en una actuación de payasos de circo, y estuvo a punto de echarse a reír.

Entonces alguien le dio una bofetada y eliminó aquella imagen de su cabeza. Mark apretó el puño y golpeó, pero falló; volvió a intentarlo una y otra vez, sin éxito, sacudiendo los brazos como un boxeador ciego. Al cuarto o quinto intento, su puño topó con la barbilla de alguien y ambos gritaron. Por el rabillo del ojo observó que Alec luchaba como un león, empujando a la gente, dando codazos en la cara y lanzando cuerpos al suelo. Una linterna cayó con un ruido metálico y luego rodó hasta pegarse a la pared. La luz brilló por el suelo e iluminó el círculo de la puerta de la cámara, a unos cuatro metros de distancia. Mark sabía que o se libraban de sus atacantes y la cruzaban, o estaban perdidos.

Se puso a cuatro patas, pero alguien saltó sobre su espalda y lo tumbó de nuevo. Luego deslizó un brazo por su cuello y empezó a estrangularlo. Mark notó que empezaba a ahogarse y trató de coger aire mientras se le bloqueaban las vías

respiratorias. Le dolían los pulmones. Tenía las manos debajo del cuerpo e intentó cobrar impulso para levantarse, se apartó a un lado y se quitó de encima a su atacante. A continuación giró, le dio una patada en la cara y, en el último segundo, se percató de que era una mujer. La cabeza se le había doblado hacia la derecha y le sangraba la nariz.

Otras dos personas se abalanzaron sobre él desde detrás, lo agarraron de los brazos y le pusieron de pie. Él intentó soltarse, pero le sujetaban con mucha fuerza. Un hombre con una sonrisa maliciosa se colocó delante, echó atrás el brazo y le pegó un puñetazo en el estómago. Mark se dobló por la mitad ante la explosión de dolor y náuseas. Le entraron arcadas, pero no tenía nada que pudiera vomitar.

Oyó otro rugido de Alec y vio que el hombre se enfrentaba a una de las personas que lo sujetaban. En cuanto le soltaron un brazo, Mark echó el codo hacia atrás y le dio a alguien en la barbilla, lo que le liberó el otro brazo. Arremetió contra el que le había asestado un puñetazo y lo tiró al suelo, desplomándose con un «uf».

Mark no se preocupó más por él, sino que se incorporó con dificultad y se lanzó en busca de la linterna extraviada que había visto rodar hasta la pared. Luego se deslizó por el suelo para cogerla, la sujetó con fuerza y trazó un arco rápido en el aire con el duro extremo metálico antes de ver siquiera quién iba a por él. Acertó: la linterna impactó contra la oreja de un tipo, que gritó y se cayó. Alec, que le había robado la linterna a alguien, se alejaba de tres contrincantes, ahora inmóviles a sus pies. Mark corrió hacia él y, despacio, giraron en círculo para enfrentarse al resto de agresores, que todavía les superaban en número. Divididas en dos grupos, uno a cada lado del pasillo, aquellas personas parecían dispuestas a una última embestida triunfal.

Mark les apuntó con la linterna encendida y advirtió que el grupo que se encontraba entre ellos y la puerta de la cámara era el más pequeño, de unas ocho personas. Al menos, el destino les había concedido eso. Como si Alec y él se comunicasen telepáticamente, rugieron y arremetieron al mismo tiempo contra el corrillo. Chocaron de golpe con ellos e hicieron volar los cuerpos, que cayeron unos encima de otros. En un ataque de desesperación, Mark se puso hecho un basilisco, propinando patadas, rodillazos y golpes con el extremo de la linterna a todo lo que se movía. Gateaba, empujaba y se retorcía cada vez que alguien intentaba agarrarle de las extremidades o de la ropa; avanzaba a toda velocidad, abriéndose camino entre la gente.

De algún modo llegó al otro lado, con vía libre para cruzar la puerta abierta. Alec también peleó para conseguirlo, cayó con una última avalancha de gente, pero se puso en pie de un salto. Y entonces ambos echaron a correr por la abertura circular y la atravesaron. Al cabo de unos segundos, Alec estaba en la puerta, empujándola para cerrarla. Varios brazos se introdujeron por el hueco, impidiendo que se cerrara.

—¡Ven a ayudarme! —gritó.

Mark golpeó manos y dedos con su linterna; después, Alec tiró de la puerta y

volvió a empujarla, aplastando a los que aún se afanaban por entrar. Soltaron gritos y chillidos, y varios se retiraron. Pero volvieron a abalanzarse sobre la puerta y Alec estuvo a punto de perder el equilibrio.

Mark se desprendió de su linterna para ayudarle. Juntos aguantaron la parte exterior de la puerta y la abrieron bruscamente para echarla contra los que intentaban entrar. Se retiraron más brazos, pero otros los sustituyeron Mark y Alec apartaron la puerta para pillar de nuevo con ella a sus agresores. Más gritos de angustia: quedaban menos brazos. Lo repitieron. Y volvieron a repetirlo, más rápido, con más energía y algo más cerca en cada ocasión.

—¡Una vez más! —gritó Alec.

Mark se preparó y tiró de la puerta; luego gritó y lanzó su cuerpo y todas sus fuerzas contra esta. La plancha de metal rompió huesos, estrujó dedos y todo desapareció de la vista.

Alec se apoyó en la puerta y la cerró con un estruendo metálico. Mark giró el pomo.

CAPÍTULO 40

El silencio absoluto que reinaba en la sala cesó por el chirrido del picaporte mientras Mark lo giraba. Alec le ayudó cuando la gente del otro lado intentó girarlo en sentido opuesto. Cuanto más la cerraran, más fácil sería impedir que los atacantes hicieran lo contrario.

—Agárralo fuerte —dijo finalmente Alec cuando ya no pudieron girarlo más.

Retrocedió un paso, Mark sujetó la parte derecha del círculo con ambas manos y aguantó. La cámara que tenía delante, donde la plataforma de aterrizaje rotaba antes de bajar al suelo, era amplia y estaba vacía. A Mark le estallaban la cabeza y el resto del cuerpo de dolor tras la melé en el pasillo del búnker.

Alec recogió la linterna que había tirado justo al lado de la de Mark e iluminó la parte derecha de la cámara con aquella luz azulada; allí descubrió el enorme iceberg enclavado. Movía el haz de luz, sobre el que danzaban unas motas de polvo, de un lado a otro, revelando así el metal marcado, filas de tornillos, bordes y aristas salientes. En aquella relativa oscuridad, se asemejaba a una nave alienígena emergiendo de las profundidades del océano.

—Parece mucho más grande por dentro —comentó Mark. Se le estaban cansando los brazos; sentía la tensión del tirador, la manivela se movía lentamente hacia arriba y bajaba de nuevo—. ¿Hay alguna posibilidad de salir de aquí en ese trasto?

Alec deambulaba despacio alrededor de la nave, en busca de algo, tal vez la escotilla.

—Es la mejor idea que has tenido en todo el día.

—Menos mal que eres piloto.

Oyeron unos golpes bajos y sordos en la puerta y Mark se imaginó a la gente de Bruce medio loca por intentar pasar, frustrada y sin parar de golpear todo lo que hubiera a su alrededor.

—Sí… —dijo Alec, distraído. Entonces su voz provino del otro lado del iceberg, retumbando en las paredes—: ¡La escotilla está por aquí!

Súbitamente, los perseguidores dejaron de esforzarse y enmudecieron.

—¡Se han rendido! —exclamó Mark, avergonzado por el entusiasmo infantil que traslucía su voz.

—Lo que significa que traman algo —respondió Alec—. Tenemos que meternos dentro de esta bestia y prepararla para volar. Y abrir esa plataforma de aterrizaje.

Mark miró el tirador y lo soltó despacio, dispuesto a agarrarlo de nuevo si la manivela se movía. Se puso de pie, con los ojos clavados en él.

Un fuerte sonido metálico, seguido de un desgarrador chirrido provocado por el

roce del metal, le sobresaltó. Se dio la vuelta para ver qué había sucedido, pero la mole del iceberg estaba entre él y la fuente del ruido. Alec debía de haber abierto la escotilla de alguna manera. Mark echó un último vistazo al tirador, contento por que no hubiera cambios de momento, y se acercó al iceberg para reunirse con Alec. Al otro lado de la nave, el hombre estaba con las manos en las caderas cual mecánico orgulloso mientras la enorme rampa de la escotilla bajaba lentamente hacia el suelo.

—¿Subimos a bordo, cocapitán? —preguntó Alec con una sonrisa sardónica—. Estoy seguro de que podemos controlar la plataforma de aterrizaje desde dentro.

Mark lo veía en sus ojos: estaba ansioso por volver a ponerse a los mandos de un iceberg, volar rápido y libre por el cielo.

—Siempre y cuando «cocapitán» signifique ser el que se sienta a tu lado y contempla cómo lo haces todo.

Alec soltó una carcajada escandalosa, como si no hubiera nada de lo que preocuparse; a Mark le agradó el sonido y, durante un par de segundos, se olvidó de lo horroroso que era todo. Pero entonces pensó en Trina y, al mismo tiempo, el hambre golpeó su estómago. Era demasiado.

Alec saltó a la escotilla justo cuando esta se detuvo, totalmente abierta, y subió por la rampa, desapareciendo hacia la oscuridad de la nave. Mark corrió por la cámara principal, de vuelta hacia la puerta para comprobarla. En cuanto vio que estaban a salvo, que el tirador no se movía, regresó y siguió los pasos de Alec.

Se detuvo en el borde superior de la escotilla y se tomó un momento para iluminar el interior con la linterna. El iceberg daba miedo, estaba oscuro y polvoriento. Se asemejaba mucho al que se habían subido en el asentamiento, aunque más vacío. Alec iba de un lado a otro, investigando.

Mark entró en la nave con un ruido metálico, que retumbó por la oscura habitación, y el sonido le evocó una película antigua, algo acerca de unos astronautas que subían a una nave extraterrestre abandonada que, por supuesto, estaba llena de alienígenas a los que les gustaba comer humanos. Esperaba que a Alec y a él les fuera mejor en aquel cacharro.

—Ni rastro de los estuches de dardos que vimos en el otro iceberg —comentó Alec a la par que apuntaba con la linterna a una fila de estanterías vacías.

Mark vio algo escondido en un rincón de una estantería en el fondo.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —exclamó. Se acercó, lo iluminó con la linterna y cogió tres agendas electrónicas atadas con una goma elástica—. ¡Mira esto! —le dijo a Alec—. ¡Agendas electrónicas!

—Hmmm, ¿funcionan? —preguntó él sin parecer demasiado impresionado.

Mark agarró la linterna con la parte interior del codo y trató de encender uno de los aparatos. La pantalla se iluminó y mostró un mensaje de bienvenida que pedía una contraseña para acceder.

—Sí, vale, funciona —contestó Mark—. Pero puede que necesitemos tu viejo cerebro de soldado sobrehumano para *hackearla*.

—Trae para…

Las palabras de Alec se interrumpieron cuando el iceberg se sacudió durante un segundo. Mark casi dejó caer la agenda en su intento por recuperar el equilibrio. La linterna se le resbaló del brazo, repiqueteó en el suelo y se apagó.

—¿Qué ha sido eso? —farfulló, aunque tenía la impresión de que ya lo sabía.

La frase apenas había abandonado su boca cuando el ruido de un mecanismo puesto en marcha y el chirrido del metal inundaron el ambiente, atravesando la escotilla. Posiblemente, alguno de los hombres de Bruce había apretado un botón en alguna parte. La plataforma de aterrizaje de la cámara central se abría una vez más.

CAPÍTULO 41

—¡Rápido, tienes que cerrar la escotilla! —le gritó Alec a Mark—. Los mandos están justo al lado. Yo arrancaré esta preciosidad. ¡La estamparemos contra el suelo sobre nosotros si hace falta!

Luego salió corriendo del compartimento sin esperar una respuesta, dirigiéndose hacia el interior de la nave. Desgraciadamente, la luz desapareció con él y Mark se quedó solo en la espeluznante negrura. Cuando empezó a abrirse una rendija en la plataforma giratoria de aterrizaje, localizó su linterna.

La cogió, corrió hacia donde había encontrado las agendas y volvió a atarlas con la esperanza de vivir lo suficiente para ver qué contenían. Encendió la linterna y echó un vistazo rápido a la habitación gracias al brillante haz de luz. Oyó voces —gritos— por encima del ruido del mecanismo de la plataforma y su mente volvió a la fría realidad.

Ya tenían visita, probablemente estuvieran preparándose para lanzarse desde arriba como Alec y él habían hecho antes. Tenía que cerrar la escotilla para que aquella gente no intentara subir a bordo.

Se acercó a la puerta y empezó a rebuscar. Estaba rodeada de cables, ganchos y placas que unían la minimalista maquinaria de la hidráulica con los recubrimientos de pared más estéticos del gran espacio de carga. Encontró los mandos a la izquierda y los examinó para elegir el botón correcto y pulsarlo. El motor se encendió y, con un ruido metálico acompañado de un chirrido, la rampa empezó a cerrarse, subiendo lentamente.

Oyó más voces, ahora más cerca. Por lo visto, tendría que luchar contra sus perseguidores hasta que la puerta se bloquease del todo. Se apartó para que no lo vieran y se apoyó en la pared, oteando a su alrededor como si fuera a aparecer algún arma mágica delante de sus ojos. Pero enseguida aceptó la realidad: lo único que tenía era la linterna y los puños.

Parecía que la rampa tardara una eternidad en cerrarse, apenas iba por la mitad. Las bisagras chirriaban mientras el cuadrado grande y metálico se movía con lentitud, cerrándose a cámara lenta como una Venus atrapamoscas. Mark se preparó, convencido de que los intrusos llegarían a él antes de que se sellara por completo, y agarró la linterna, blandiéndola como una espada, dispuesto a pelear. La habitación de fuera estaba mucho más iluminada que antes, lo que significaba que la plataforma de aterrizaje probablemente se hubiera colocado en posición vertical al rotar.

Dos personas saltaron a la rampa que se elevaba y comenzaron a subir a bordo: un hombre y una mujer. Mark tensó los músculos y acometió con el brazo al hombre,

pero no acertó; el tipo le agarró de la camiseta y se impulsó con todo su cuerpo hacia delante. A Mark se le cayó la linterna, que se deslizó a trompicones hasta el exterior; un sonido metálico y el ruido de unos cristales rompiéndose anunciaron su muerte. Golpeó el metal de la escotilla y miró al hombre, a su cara inexpresiva sin el menor rastro de fatiga por el esfuerzo de subir.

—Eres un maldito espía —dijo el extraño, tan calmado como si se hubieran sentado juntos a tomar un café—. Y por si fuera poco, intentas robarnos nuestro iceberg. Y para más inri, mira que eres feo, ¿eh?

—Estaba a punto de decirte lo mismo —replicó Mark.

La situación se había vuelto absurda.

El hombre se comportó como si no le hubiera oído:

—Lo tengo —le dijo a la otra—. Entra e impide que se acabe de cerrar la puerta.

Mark cayó en la cuenta de quiénes eran aquellos dos: los pilotos. Antes les había oído hablar.

—Lo siento, tío —dijo. La sensación de que ocurría algo ridículo se convirtió en una extraña agitación en el pecho que le hizo sentirse fuera de sí. La cabeza le estallaba—. Me temo que no puedo dejarte continuar sin que te identifiques como es debido.

El hombre parecía atónito. Su compañera estaba lejos, en el borde de la puerta, arrastrándose para conseguir entrar antes de que se cerrara. Algo se desgarró en el interior de Mark. No entendía qué era, pero algo había cambiado y de ninguna manera permitiría que aquellas personas subieran a bordo.

Agarró al hombre por la camisa y golpeó brutalmente a la mujer con el pie izquierdo. Le dio justo en el vientre. Ella profirió un grito y salió disparada hacia atrás, moviendo los brazos para intentar agarrar a su compañero. Pero era demasiado tarde y cayó por la rampa que se elevaba mientras Mark golpeaba con la cabeza la rodilla del otro piloto. La oyó desplomarse en el suelo de la cámara.

La escotilla estaba ya casi cerrada, quedaba un metro y medio como mucho, pero seguía moviéndose con una lentitud exasperante. El hombre se asomó por el borde de la puerta para ver si su amiga estaba bien; luego volvió la vista a Mark, lleno de ira. Él también estaba más furioso que nunca. Como si una tormenta hubiera estallado en su fuero interno.

Agarró a su enemigo de la camisa, la apretó en su puño y gruñó dos palabras que de alguna forma calmaron su tempestad interior:

—Te toca.

CAPÍTULO 42

—Vas a morir —dijo el hombre casi sin aliento, enfadado—. Vas a morir ahora mismo.

—No —respondió Mark—. No.

Cerró la mano en un puño y lo estrelló contra la mejilla del piloto. El hombre gritó, echó las manos hacia delante y le cogió del pelo, la cara y la ropa. Finalmente agarró su camiseta y tiró de él hasta sujetarlo como un luchador. Rodaron por la escotilla. Una arista metálica le hizo un corte en la espalda cuando el piloto lo empujó contra el suelo; se inclinó hacia delante con el antebrazo clavado en el cuello del chico, bloqueando el paso del aire por la tráquea.

—Te has ido a meter con el hombre equivocado —dijo con voz grave y cruel—. Ya me ha cabreado bastante gente como para que ahora vengas tú a robarme la nave. Voy a desfogar mi ira contigo, chico. Y lo voy a hacer durante mucho tiempo, ¿entiendes?

Aflojó un poco el brazo y Mark aspiró una bocanada de aire, llenando sus pulmones. Entonces el piloto le cogió de la camiseta y se puso derecho, apoyando todo su peso contra su estómago. El hombre alzó la mano y soltó el puño contra la mandíbula de Mark, que tuvo la impresión de que algo se le había roto en la cara. El piloto le dio otro puñetazo y el dolor se multiplicó. Mark cerró los ojos e intentó apisonar la ira, que aumentaba en su interior como una reacción nuclear. ¿Cuánto más podría aguantar aquel día?

—Será mejor que no cierres esa puerta —dijo el tipo, seguro de que ya había ganado la batalla—. Aunque sería muy divertido dejar tu cabeza ahí fuera y verla aplastarse como una uva, creo que prefiero tomarme más tiempo.

Se apartó de su cuerpo, se puso de pie, se acercó a los mandos y pulsó algo. Mark notó una sacudida en la espalda, seguido de un chirrido y del sonido de la puerta al abrirse de nuevo. Vio la cámara más iluminada que nunca. La plataforma de aterrizaje debía de haber girado totalmente y ahora estaba hundiéndose en el suelo. En pocos minutos estaría abierta para que la gente de Bruce subiera a bordo y terminara con todo.

Conteniendo las ganas de moverse, esperó para dejar que la furia en su interior continuara creciendo.

El piloto se acercó a él, le cogió por los pies y los levantó con un resoplido.

—Vamos. Pongámoste en una buena posición —comenzó a girar su cuerpo mientras caminaba de lado hacia el interior del espacio de carga del iceberg—. Me aseguraré de que estés bien cómodo antes de…

Mark volvió a la vida, gritando y dando patadas mientras se retorcía para soltarse. El tipo retrocedió a trompicones hasta que su espalda tocó la pared junto a la rampa, que ahora volvía a bajar. Mark se puso en pie con dificultad, se lanzó hacia delante y le golpeó con el hombro en la barriga. El hombre se dobló, le rodeó con los brazos y ambos cayeron al suelo. Rodaron y rodaron, agitando los brazos, dando puñetazos. Mark intentó golpearle con la rodilla en la entrepierna, pero el piloto le bloqueó y le pegó en la barbilla.

Mark echó la cabeza hacia atrás y se despegó de él, que saltó hacia delante para volver a abalanzarse sobre su cuerpo. Pero Mark no dejaba de moverse y usó ese ímpetu para quitarse al hombre de encima. Consiguió levantarse, corrió hacia los mandos y advirtió con horror que la rampa ya había bajado bastante. La multitud podría subir a bordo en cuanto se abriera del todo.

Rápidamente pulsó el botón de retracción y la puerta chirrió antes de empezar a cerrarse. Estaba girándose para mirar a su enemigo cuando este le embistió y, al chocar sus cuerpos, se dirigieron a la gran placa que servía de rampa. Se deslizaron por ella unos pasos, casi hasta el mismo borde otra vez. Mark retorció el cuerpo y cogió al piloto por la camisa con ambas manos para intentar lanzarlo por el hueco de la puerta, pero el hombre plantó los pies en el suelo y se impulsó para abalanzarse sobre él.

Lucharon, dándose patadas y puñetazos. Mark estaba cansado, débil y tenía hambre, pero continuaba peleando, alimentado por la adrenalina. Se imaginó a Trina allí fuera, retenida por los de la hoguera, probablemente más enloquecidos con el transcurso de un nuevo día y la debacle del incendio en el bosque. Tenía que vivir. Tenía que encontrarla. No podía dejar que ese hombre se interpusiera en su camino. La bola de ira giratoria —el furioso reactor de calor, fuego y dolor que se había estado creando en el interior de su pecho— explotó de una vez por todas.

Se lanzó con una fuerza que no sabía que poseyera, quitándose al piloto de encima. Antes de que el hombre pudiese enderezarse, ya estaba sobre él, estrujándole contra el suelo y dándole fuertes puñetazos. Hubo sangre. El espantoso sonido de elementos rompiéndose. Mark se sentía desconectado de su propio cuerpo, apenas veía con claridad. Unas lucecitas brillantes danzaban ante sus ojos, temblaba y notaba que la sangre le hervía en las venas.

Era consciente de que la puerta de la rampa casi estaba cerrada. Apenas notaba las paredes de la cámara, los chillidos de la gente que se preparaba para atacar el iceberg. Había perdido el control.

Bajó la mirada y se sorprendió a sí mismo arrastrando a aquel hombre al borde de la rampa, empujándole medio cuerpo fuera para que la cabeza y los hombros colgaran por la rampa al espacio abierto. Intentó soltarse, pero Mark no se lo permitió: volvió a propinarle un puñetazo. El piloto gritaba y se retorcía violentamente, adivinaba su plan.

Quizá lo supiera incluso más que el propio Mark. Resistió, mantuvo al hombre en

esa posición: una mitad dentro y la otra mitad fuera. Algo había cambiado para él. Sus pensamientos estaban centrados en el hombre, en cómo le agarraba; debía pagar por todo. La ira era como una niebla que le inundaba la cabeza. Y no podía contenerse.

Algo se había roto.

La puerta se cerró sobre el pecho del piloto. Le aplastó cuando la rampa se subió por completo. Los gritos que profería el hombre eran horribles y atravesaban a Mark hasta la médula, sacándole de la ardiente cólera en la que se había sumido. Como si viera por primera vez, comprendió lo que estaba haciendo: torturar a otro ser humano. El sonido del esternón y las costillas al romperse, el chirrido de las bisagras de la puerta mientras continuaba presionando el obstáculo que impedía cerrarla… Mark sufrió un ataque de pánico por sus propios actos.

Empujó el cuerpo del piloto, pero estaba inmovilizado en el estrecho hueco. Los gritos parecían hacer vibrar el metal del iceberg, sacudir toda la nave de arriba abajo. Mark se dio la vuelta, apoyando la espalda, empujó los codos contra la rampa y, con todas sus fuerzas, presionó con los dos pies el vientre el hombre. Se movió unos centímetros más. Mark empezó a gritar mientras daba una patada tras otra, apartando el cuerpo de él, intentando acabar con el sufrimiento del hombre.

Con una última patada, lo liberó. El piloto desapareció por el hueco y la puerta se cerró de golpe.

CAPÍTULO 43

Un silencio profundo y desconcertante inundó el espacio de carga, junto con una oscuridad casi absoluta. El sonido del motor interrumpió aquella tranquilidad segundos más tarde; después el iceberg comenzó a moverse por las vías, que lo llevaban hacia el centro de la cámara.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Mark se incorporó y se arrastró hacia la pared, en la que se apoyó. Sentía algo dentro que no le gustaba.

Se rodeó las rodillas con los brazos y hundió allí la cabeza. No comprendía del todo lo que le acababa de pasar. Aquellas lucecitas, la bola de ira, la adrenalina bombeando como pistones en un viejo motor de gas. Estaba poseído, fuera de control, deseaba con toda su alma acabar con el piloto. Casi se había alegrado por el hecho de que quedara atrapado en el hueco de la puerta al cerrase. Y entonces volvió en sí y sacó de allí al hombre.

Era como si Mark hubiera perdido la…

Alzó la vista cuando se dio cuenta de la verdad. Durante un momento había perdido la cabeza. Completamente. Y solo porque ahora pareciera el Mark normal no significaba que no hubiera empezado. Se enderezó poco a poco, aún apoyado en la pared, hasta ponerse de pie. Cruzó los brazos. Temblaban. Se los frotó con las manos.

El virus. La enfermedad. Lo que atacaba el cerebro humano, como aquel hombre llamado Anton les había descrito en el cuartel. Eso le recordó otra cosa que había oído ahí abajo; irónicamente, al piloto cuando había hablado antes. Una única palabra.

Mark lo tenía, su instinto se lo decía. No le extrañaba que le doliera tanto la cabeza.

Tenía el Destello.

CAPÍTULO 44

Le invadió una sorprendente calma.

¿No se lo esperaba ya? ¿No había asumido que las posibilidades de no contagiarse eran casi nulas? Trina seguramente lo tenía. Lana y Alec, también. La razón por la que Deedee parecía inmune —de hecho, le habían disparado un dardo hacía dos meses— se le escapaba. Pero ¿qué había dicho Bruce? Tenía sentido: cualquiera que se arriesgara a propagar un virus tendría protección. Debía de existir un tratamiento, un antídoto en alguna parte. De lo contrario, no tenía lógica.

Tal vez, solo tal vez, hubiera una pizca de esperanza. Quizá.

¿Cuántas veces se había enfrentado a la muerte en el último año? Ya estaba acostumbrado. Lo único que podía hacer era concentrarse en el siguiente peldaño de la escalera: Trina. Tenía que encontrar a Trina. Al menos, para morir con ella.

Se sobresaltó cuando el iceberg se detuvo de golpe. Más sonidos metálicos de engranajes y poleas. La plataforma de aterrizaje por fin se elevaba hacia el cielo. El iceberg se puso en marcha, las luces parpadearon en lo alto y los motores y la maquinaria se reactivaron.

Con un inesperado estallido de entusiasmo, echó a correr hacia la puerta del espacio de carga. Si Alec iba a hacer volar aquel trasto, tenía que verlo con sus propios ojos.

Alec parecía más cómodo en la cabina de mando de lo que Mark jamás le había visto. Era todo actividad: pulsaba botones, apretaba interruptores y ajustaba palancas.

—¿Qué te ha retrasado tanto? —preguntó, sin ni siquiera detenerse para mirarle.

—Me metí en un problemilla —lo último que quería era contárselo en aquel momento—. ¿De verdad vas a sacarnos de aquí volando en este trasto?

—Claro. Tiene el depósito lleno y está a punto para despegar —señaló las ventanas delanteras, donde surgía una fila de árboles—. Pero será mejor que nos demos prisa antes de que esos pirados se nos echen encima y entren de alguna manera.

Mark se apresuró a mirar con más detenimiento. Al inclinarse hacia delante, vio que algunos hombres de Bruce se habían reunido fuera, en el borde de la estación de aterrizaje. Parecían un poco malhumorados, apuntando a un sitio y a otro; sin duda, no sabían qué hacer. Pero había un par demasiado cerca de la nave, ocupados en algo, aunque Mark no tenía suficiente ángulo para ver de qué se trataba. Una idea preocupante se le pasó por la cabeza.

—¿Qué hay de la escotilla? —preguntó—. Pudiste abrirla desde el exterior, ¿verdad?

—Lo primero que hice fue bloquear esa función, no te preocupes —seguía ocupado con los mandos—. Despegaremos en un minuto. Puede que quieras poner ese culo delgaducho tuyo en un asiento y abrocharte el cinturón.

—Vale.

Aunque quería echar otro vistazo fuera, rodeó a Alec y se dirigió a la otra fila de ventanas para asomarse. Ese lado daba un poco más a la pared del cañón y la piedra gris atrajo su atención antes de poder mirar hacia abajo. Su mirada recorría las paredes de granito cuando captó un movimiento por el rabillo del ojo y se quedó helado. La cabeza de un enorme martillo se alzó para destrozar el cristal. Chocó con un fuerte golpe y dibujó una telaraña de grietas que se extendieron en todas las direcciones. Alguien había trepado por el lateral del iceberg.

Mark retrocedió de un salto a la vez que Alec soltaba un grito de sorpresa.

—¡Rápido, despega! —gritó.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

Alec se dio aún más prisa, concentrándose en el panel central de control, con el dedo sobre un botón verde brillante de la pantalla.

Mark miró otra vez por la ventana justo a tiempo de ver bajar de nuevo el martillo: rompió el cristal con un horrible crujido, lo que provocó que una lluvia de fragmentos de vidrio se extendiese por los mandos. El martillo rebotó en el panel y cayó al suelo. Entonces, por la nueva abertura, apareció la cara de un hombre, seguida de las manos y los brazos cuando se dispuso a entrar.

—¡Deshazte de este tío! —gritó Alec, y pulsó el botón verde para que el iceberg se elevara del suelo.

El sonido de los propulsores surcó el aire como el rugido de unos leones furiosos.

Mark recuperó el equilibrio y se agachó para coger el martillo. Justo cuando sus dedos se cerraban sobre el mango, alguien le cogió un mechón de pelo y tiró. Un alarido extraño salió de su boca por el dolor, dejó caer la herramienta y golpeó con los puños la mano y el brazo que le habían agarrado. Pero el hombre lo sujetaba con firmeza y enseguida rodeó su cuello con el otro brazo y tiró hacia atrás, llevándoselo consigo.

La cabeza de Mark se topó con el borde superior del marco de la ventana rota y lo atravesó, asomándose al aire caliente de la mañana. Ahora la mitad de su cuerpo, de cintura para arriba, estaba fuera. Se agarró al marco para evitar caerse totalmente. Lo único que veía eran las copas de los árboles y el cielo azul más allá, y se percató, horrorizado, de que el hombre colgaba de él, todavía agarrado al pelo y al cuello. Por segunda vez aquel día, no podía respirar.

El iceberg se elevaba hacia el cielo. Mark le lanzó una ojeada a Alec, que le observaba desde la ventana, con los ojos muy abiertos por la impresión. Alec se apartó de la vista e hizo que el iceberg se quedara inmóvil a pocos metros del suelo.

Entonces Mark notó que el hombre le tiraba de las piernas, lo que empeoró su dolor de cuello y cabeza. Un rugido ahogado y lloroso —un sonido que le asustó más que el propio dolor— escapó de su garganta.

Alec tiró de él desde arriba. El otro hombre colgaba de sus pies. Era como si hubieran puesto su cuerpo en uno de aquellos potros de tortura medievales que estiraban los huesos y los tendones. Se preguntó si sería posible que su cabeza saliera disparada como el corcho de una botella. Pero, ahora que Alec lo sujetaba, se dio cuenta de que podía soltar el marco de la ventana y atizó a su captor en los brazos, lo golpeó y arañó. El mundo estaba al revés: el suelo del valle era como un cielo de tierra.

Mark se deslizó varios centímetros fuera de la ventana; un rayo de puro terror le atravesó como una descarga eléctrica antes de que su avance se detuviera. Algo oscuro y borroso pasó ante sus ojos: un bulto negro, seguido de un fino mango marrón claro. El martillo. Percibió un horrible golpe, un crujido y un grito. Alec había tirado el arma a la cara del tipo.

El hombre dejó de sujetarle por el cuello y descendió en picado al suelo. Mark empezó a respirar, inspirando el aire placentero.

Alec subió su cuerpo poco a poco, por la ventana, y luego lo dejó caer contra el suelo. Todavía respirando con dificultad, Mark se tocó el cuello, dolorido.

El viejo soldado le miró con detenimiento. Tras constatar que el muchacho viviría, se levantó, regresó a los mandos y elevó el iceberg hacia el cielo.

CAPÍTULO 45

El estómago de Mark no sobrellevó muy bien el inesperado movimiento del iceberg. Alec subió todo recto hasta que desaparecieron las paredes del cañón y después voló a toda velocidad como si lo hubieran lanzado con una catapulta.

A Mark se le revolvieron las tripas y le entraron ganas de vomitar; gateó hasta encontrar un lavabo. Se arrastró hasta el interior y arrojó bilis y ácido. La garganta le ardía como si hubiera tragado productos químicos corrosivos.

Se sentó un rato hasta que fue capaz de volver a pie a la cabina de mando.

—Comida. Por favor, dime que hay comida —dijo con voz ronca.

—¿Y agua? —le preguntó Alec—. Eso también suena bien, ¿no?

Mark asintió con la cabeza aunque el hombre no pudiera verle.

—Déjame aterrizar esta cosa en algún sitio. Me quedaría suspendido en el aire, pero no podemos malgastar combustible; vamos a necesitarlo. Apuesto a que en este trasto hay algo que echarse a la boca. Luego iremos a buscar a nuestros amigos de la hoguera.

—Por favor —masculló Mark.

Sus párpados cayeron, y no por cansancio. Sabía que se encontraba a punto de desmayarse por un bajón de azúcar. Parecía que hubiera transcurrido una semana desde la última comida. Y la sed… Su boca era un cubo de arena.

—Lo has pasado mal —musitó Alec—. Dame un par de minutos.

Mark se sentó en el suelo y cerró los ojos.

No llegó a perder el sentido.

Se sentía desconectado del mundo, como si estuviera viendo una obra de teatro desde la última fila, tumbado en el suelo con mantas sobre la cabeza. Los sonidos llegaban amortiguados y le dolía el estómago de hambre.

Por fin, el iceberg redujo la velocidad y un fuerte golpe sacudió la nave; después, silencio y calma. Mark era consciente de que iba a quedarse dormido. Y con el sueño vendrían los recuerdos. Se resistió, pues no sabía si podría soportar revivir el pasado en aquel instante. A lo lejos oyó unos pasos. Alec le estaba hablando:

—Aquí tienes, hijo. No es más que comida militar estándar, pero es alimento y está lleno de nutrientes. Te hará espabilar. Hemos volado hasta un vecindario vacío entre el búnker y el centro de Asheville. Parece que los locos han huido del fuego, hacia el sur.

Mark abrió los ojos, le pesaban tanto los párpados que casi tuvo que usar los dedos para levantarlos. Alec estaba borroso al principio, pero luego lo vio con claridad. Le tendía un poco de papel de aluminio con trozos de… algo por encima.

No importaba. No importaba en absoluto lo que fuera. Mark cogió tres y se metió esos deliciosos bocados —maravillosamente deliciosos— en la boca. Salados, con sabor a carne. Pero, cuando llegó el momento de tragar, apenas pudo ingerirlos.

—Agu… —empezó a decir, pero le dio un ataque de tos y lanzó a la cara de Alec la comida que no pudo tragar.

Su amigo se la limpió.

—Genial. Muy bonito.

—Agua —repitió con voz ronca.

—Sí, lo sé. Ten —le pasó una cantimplora.

Mark oyó el líquido agitándose en el interior. Se incorporó y soltó un quejido por el dolor que le recorrió al moverse.

—Ten cuidado —le advirtió Alec—, no bebas demasiado deprisa o te encontrarás mal.

—Vale.

Cogió la cantimplora; hizo una pausa para sujetarla bien con las manos, la levantó y se la llevó al labio inferior. Agua fresca, gloriosa, que se precipitó por su boca hacia la garganta. Contuvo la tos y se concentró en tragar sin desperdiciar una sola gota. Luego bebió un poco más.

—Ya es suficiente —le avisó Alec—. Ahora come un poco más de este manjar que te he traído del armario.

Mark obedeció y esta vez supo todavía mejor. Tenía más sabor a carne y estaba más salado. Con la boca y la garganta humedecidas, bajó con más facilidad, aunque sufría el peor dolor de garganta de su vida. Un poco de fuerza le llegó a los músculos. El dolor de cabeza disminuyó ligeramente. Pero la mejor noticia de todas era que las náuseas habían desaparecido.

Se sentía lo bastante bien para querer dormir.

—Parece que se te han vuelto a encender un par de bombillas en el cerebro —comentó Alec, y tomó asiento. Se relajó, apoyado en la pared, y tomó algo de comida —. Esta porquería no está mal del todo, ¿eh?

—No deberías hablar con la boca llena —replicó Mark con una sonrisa débil—; es de mala educación.

—Lo sé —Alec engulló más comida y exageró sus movimientos para asegurarse de que Mark veía todo lo que estaba masticando—. ¿A qué tipo de persona hace falta decirle esas cosas? Bueno, ¡hasta yo he tenido madre!

Mark se rio. Se rio tan sinceramente que se hizo daño en el pecho y la garganta. Le entró tos. Cuando se recuperó, inquirió:

—¿Dónde dices que nos has llevado? —Y continuó comiendo.

—Bueno, el búnker del iceberg estaba al oeste de Asheville, así que me dirigí un poco al este; hay unos vecindarios muy lujosos por este lado de la montaña. He divisado mucha actividad a pocos kilómetros al sur y creo que quizá sea allí adonde han huido los de nuestra encantadora experiencia junto a la hoguera, después de que

incendiasen el bosque. Esta zona parece tranquila —hizo una pausa para dar otro bocado—. Hemos aparcado en una calle sin salida, en un vecindario pijo, si es que alguna vez he visto alguno. Antes de que se asara, quiero decir. Vivía mucha gente rica a las afueras de Asheville, ¿sabes? La mayoría de esas casas ahora están medio derruidas.

—Pero ¿qué hay de…?

Alec alzó una mano para impedir que terminara la pregunta.

—Lo sé. En cuanto recuperemos fuerzas y durmamos unas horas, iremos a buscar a nuestras amigas.

Mark no quería perder más tiempo, pero sabía que Alec tenía razón. Necesitaban descansar.

—¿Alguna señal de… algo?

—Creí reconocer a unos cuantos cuando sobrevolamos un sitio al sur de aquí. Estoy casi seguro de que eran los del asentamiento de Deedee. Solo tenemos que ir a ver si Lana y las demás también se encuentran ahí, como dijo el tal Bruce.

Mark cerró los ojos un segundo; dudaba sobre si debería albergar esa esperanza.

Hicieron una pausa para comer y beber un poco más. Mark tenía curiosidad por saber qué había fuera, pero estaba demasiado cansado para acercarse a la ventana. Además, ya había visto parte de los armazones quemados que antes llamaban casas.

—¿Seguro que estamos bien aparcados aquí? Por si no te acuerdas, un loco nos rompió una de las ventanas con un martillo.

—Nadie se ha acercado todavía. Lo único que podemos hacer es mantener un ojo abierto. Y cuando vayamos a buscar a Lana y las chicas, no nos quedará más remedio que esperar que nadie encuentre la entrada alternativa.

Al pensar en el hombre con el martillo, a Mark se le revolvió el estómago. Recordó lo que le había pasado cuando mató al piloto en la escotilla.

Alec notó que le ocurría algo.

—Sé que durante todo ese tiempo que te dejé en el espacio de carga no estuviste precisamente tomando té con pastas. ¿Estás preparado para contarme lo que pasó?

Mark le lanzó una mirada de vergüenza casi nerviosa.

—Durante unos minutos perdí el control, empecé a actuar de manera extraña. Casi como un sádico.

—Hijo, eso no significa nada. He visto a muchos hombres perder el juicio en el campo de batalla y entonces no había ningún virus al que culpar. No significa que… lo tengas. Los humanos hacen locuras para sobrevivir. ¿Acaso no has pasado el último año viendo eso todos los días?

Mark no se sentía mejor.

—Esto fue… diferente. Por un segundo, mientras contemplaba a un tipo morir aplastado, me sentí como si fuera el día de Navidad.

—¿De veras? —Alec se le quedó mirando durante un buen rato. Mark no tenía ni idea de qué estaba pensando—. Oscurecerá en un par de horas. Mejor no salir de

noche. Echémonos un largo sueñecito.

Mark asintió, preocupado hasta la médula. Se preguntó si tal vez debería haber mantenido la boca cerrada. Bostezó y se puso cómodo para asimilarlo todo, para analizarlo detenidamente durante un rato.

Pero el estómago lleno y una semana entera de agotamiento le dejaron inconsciente.

Y, por supuesto, llegaron los sueños.

CAPÍTULO 46

Mark está en una sala de conferencias del Edificio Lincoln, hecho un ovillo bajo la enorme mesa donde se supone que hombres y mujeres muy importantes se reunían para hablar de cosas muy importantes. Le duele el estómago por la dieta que sigue desde hace semanas, a base de comida basura y refrescos rescatados de las máquinas expendedoras esparcidas por el edificio. Costó bastante abrirlas, pero los soldados como Alec y Lana están entrenados para abrir cosas, ¿no? Tanto personas como cosas.

El Edificio Lincoln es un lugar terrible donde hace más calor que en el infierno. Está cubierto por el nauseabundo olor de los cadáveres descompuestos de los que murieron en la explosión inicial de calor y radiación. Están por todas partes. Mark y sus nuevos amigos limpiaron toda la decimoquinta planta, pero el fétido hedor todavía impregna el aire. Es algo a lo que no te acostumbras. Y, por supuesto, no se puede hacer nada. El aburrimiento se ha instalado como un cáncer en el edificio, dispuesto a devorar su cordura. Por no mencionar la amenaza de la radiación en el exterior, aunque Alec cree que está disminuyendo. Aun así, se alejan de las ventanas lo máximo posible.

A pesar de todo eso, hay una cosa que Mark sigue pensando y hace que la situación no sea tan mala: Trina y él son más íntimos que nunca. Muy íntimos. Sonríe como un idiota, contento de que nadie pueda verle.

La puerta se abre y se cierra; después se oyen unos pasos. Una lata repiquetea por el suelo y alguien maldice por lo bajo.

—¡Eh, ahí abajo! —exclama ese alguien. Mark cree que es Baxter—. ¿Estás despierto?

—Sí —responde Mark, atontado—. Y si no lo estaba, ahora sí. No se te da muy bien quedarte en silencio.

—Perdona. Me han enviado a buscarte. Hay un barco bajando por Broadway y se dirige directamente hacia nosotros. Ven a echar un vistazo.

Mark nunca se hubiera esperado esas palabras: baja un barco por una de las calles más famosas del mundo, por donde que se supone que circulan los coches. Pero Manhattan se ha convertido en una cuadrícula de ríos y arroyos, en cuyas aguas se refleja constantemente el sol intenso, con destellos espectaculares y cegadores. Es como tener un cielo arriba y abajo.

—¿Va en serio? —pregunta por fin, al darse cuenta de que se ha quedado mudo, atónito con la noticia.

Intenta no hacerse ilusiones y pensar que están a punto de rescatarlos.

Baxter se burla:

—No, me lo he inventado. Vamos.

—Me figuro que la radiación ha disminuido, a menos que lo guíen unos monstruos.

Se frota la cara y los ojos, y sale corriendo de debajo de la mesa grande. Luego se pone en pie, se estira y vuelve a bostezar para fastidiar a Baxter con su parsimonia. Pero luego siente curiosidad.

Salen al pasillo, donde una nueva oleada de calor y hedor asalta sus sentidos. Tras varias semanas de lo mismo, aún tiene arcadas, pero no quiere vomitar.

—¿Dónde están? —pregunta; supone que Alec y Lana son los que han descubierto el barco y ahora lo están vigilando.

—Abajo, en la quinta, huele muchísimo peor; el agua llega hasta ahí. Es como pescado podrido y restos humanos. Espero que no hayas comido hace poco.

Mark se encoge de hombros, no quiere pensar en comida. Está harto de chocolatinas y patatas fritas, algo que jamás creía que pudiera pasarle.

Se dirigen hacia las escaleras centrales y empiezan a bajar los diez pisos hasta la quinta planta. Todo está en silencio, salvo por los golpes de sus pasos rápidos, y Mark se da cuenta de que el entusiasmo por saber quién va en el barco reduce el hedor que aumenta conforme descienden. Hay manchas de sangre en los peldaños. Ve un mechón de pelo y una masa de carne en la barandilla. No puede ni imaginarse las barbaridades que debieron de suceder en ese sitio cuando les alcanzaron las erupciones solares y los horrores resultantes. Por suerte —al menos, para ellos—, no quedaba nadie vivo cuando llegaron.

Alcanzan el descansillo de la quinta planta. Trina les está esperando en la puerta de las escaleras.

—¡Deprisa! —exclama, y hace un gesto fugaz con la cabeza para que la sigan. Comienza a trotar y habla por encima del hombro mientras avanzan por un largo pasillo hacia la pared exterior de ventanas—. Es un yate muy grande… Por lo que se intuye, fue muy bonito y lujoso antes de las erupciones solares. Ahora parece que tenga cien años. No puedo creer que aún flote, y mucho menos que funcione.

—¿Se ve a la gente que va dentro? —inquiere Mark.

—No. Sin duda, están abajo; en el puente de mando o como quiera que se llame.

Al parecer, sabe tanto de barcos como Mark.

Doblan una esquina y ven a Alec y Lana en una parte donde las ventanas se han roto y el agua del mar lame la pared unos centímetros por debajo de ellos, en el exterior. El Sapo y Niebla están sentados en el suelo con la vista clavada fuera. Mark oye el barco antes de verlo, el sonido expectorante y entrecortado de unos motores que han conocido días mejores. Entonces surge la silueta de la estropeada embarcación al pasar por delante de un pequeño edificio, con la parte trasera hundida en el agua mientras sigue avanzando. Mide unos diez metros de largo y cinco de ancho; unas tablas de contrachapado y cinta adhesiva tapan los agujeros dispersos y

las juntas separadas. Una ventana tintada y con grietas los mira como un ojo ominoso al tiempo que se acerca a ellos.

—¿Saben que estamos aquí? —pregunta Mark. Solo se permite pensar que las personas han ido a rescatarles. Que al menos llevarán agua y comida—. ¿Les habéis saludado?

—No —responde Alec de manera cortante—. Según parece, están comprobando todos los edificios. Buscan provisiones, desde luego. Pero ya deben de habernos visto.

—Espero que sean amistosos —susurra Trina, como si no quisiera que los desconocidos la oyesen.

—Volaría a la luna y volvería si fueran buena gente —contesta Alec con tono monocorde—. Manteneos alerta, chicos. Haced lo que os diga.

El barco ahora está muy cerca, sus ruidos atraviesan el aire junto con el olor del combustible. Mark ve la débil sombra de dos personas tras la ventana oscurecida. Ambas parecen hombres; al menos, tienen el pelo corto.

Los motores del yate se apagan y la parte trasera empieza a girar para que el barco se pegue a lo largo al edificio. Alec y Lana retroceden y Mark advierte que, en algún momento, el Sapo y Niebla han retrocedido a toda prisa a la pared del fondo. Trina, Baxter y él están apiñados con los rostros llenos de tensión.

Una de las personas del puente de mando aparece en la cubierta, tras cruzar una puerta abajo. Es un hombre que sujeta un arma enorme con ambas manos, con la boca ya apuntando a los espectadores del interior del Edificio Lincoln. Es un tipo feo, con el pelo grasiento, apelmazado, una barba desaliñada —de esas que parecen brotar del cuello como un hongo silvestre— y unas gafas de sol negras. Tiene la piel sucia y quemada por el sol, y la ropa, hecha jirones.

Aparece otra persona; para sorpresa de Mark, es una mujer con la cabeza rapada. Se encarga de asegurar el bote contra la pared mientras su compañero se acerca más a la ventana rota donde se hallan Alec y Lana.

—Quiero ver todas las manos —les dice el hombre, y mueve el arma de un lado a otro, apuntando brevemente a cada uno de ellos—. Levantad las dos. Vamos.

Todos hacen lo que les ordenan, excepto Alec. Mark espera que el hombre no haga ninguna locura y acaben disparándoles.

—¿Crees que me estoy tirando un farol? —pregunta el desconocido con una voz fuerte y áspera—. Hazlo ya o muere.

Alec levanta las manos lentamente hacia el techo.

El hombre armado no parece satisfecho. Respira con más esfuerzo del que debería y clava la vista en Alec a través de las oscuras gafas de sol. Entonces apunta a Baxter y suelta tres tiros rápidos. Los disparos sacuden el aire y Mark retrocede a trompicones hasta chocar contra la pared de un cubículo. Las balas han entrado en el pecho de Baxter, rociando una niebla rojiza por todas partes; han derribado al niño, que ha caído bocarriba con un fuerte golpe. Ni siquiera ha podido gritar, la muerte ya

se lo ha llevado. Su cuerpo es un revoltijo de sangre y piel destrozada.

El hombre respira hondo.

—Espero que ahora hagáis lo que yo os diga.

CAPÍTULO 47

Mark se agitó durante el sueño, nervioso, y casi despertó. Siempre le había gustado Baxter, le agradaba aquel niño de naturaleza sabihonda y actitud despreocupada. Al ver que le hacían aquello…

Probablemente sería algo que nunca olvidaría. De todos los recuerdos que volvían para rondar sus sueños, este era el más frecuente. Y quería despertar, dejarlo atrás en vez de revivir las repercusiones de lo que presenció y la locura que tuvo lugar a continuación.

Pero su cuerpo necesitaba descansar y no se lo permitió. El sueño volvió a abrazarlo sin intención de apaciguar su mente desolada.

Es uno de esos momentos en los que el cerebro necesita unos instantes para asimilar los sucesos que se desarrollan ante tus ojos; la impresión bloquea temporalmente el camino. Mark está en el suelo, recostado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con la cabeza apoyada en la pared. Trina tiene las manos cruzadas sobre el pecho y, de pronto, grita, un sonido semejante al de un millón de cuervos saliendo desesperados de un túnel. El Sapo y Niebla están acurrucados; sus rostros son máscaras de terror. Lana y Alec se hallan de pie, con las manos todavía levantadas. Mark nota la tensión en sus músculos.

—¡Cállate! —grita el hombre del arma, salpicándoles con su saliva. Trina obedece y el grito cesa como si lo hubieran cortado con un cuchillo—. Si vuelvo a oír otro chillido como ese, dispararé al que lo suelte. ¿Entendido?

Trina tiembla y se tapa la boca con las manos. Consigue asentir con la cabeza, pero sus ojos siguen pegados al cuerpo ensangrentado y sin vida de Baxter. Mark no se permite mirar al niño y en su lugar clava la vista en el hombre que lo ha matado. El odio le nubla la visión.

—Ya está, jefe —dice la mujer del barco. Se pone en pie y se limpia los dedos en su pantalón sucio. Ha amarrado el yate en el exterior (Mark ve el extremo enrollado de una cuerda), ajena o insensible al asesinato que su compañero acaba de cometer. O quizás esté acostumbrada a estas cosas—. ¿Y ahora qué?

—Ve a buscar tu pistola, imbécil —responde él con una mirada de soslayo que deja claro cómo ha tratado siempre a la mujer—. ¿También tengo que explicarte cómo usar el baño?

Para Mark, peor aún que su desdén es el triste hecho de que ella se limite a asentir y disculparse. Desaparece en el barco durante unos segundos y luego sale con una

pistola similar que aferra con ambas manos. Se coloca junto a su compañero y apunta con el arma a Mark y a sus amigos.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer —continúa el hombre—. Si queréis vivir, debéis obedecer. Está chupado. Hemos venido a por combustible y comida. Me imagino que tenéis las dos cosas, a juzgar por el hecho de que no sois una panda de esqueletos andantes. Y los edificios grandes como este tienen generadores. Dadnos lo que necesitamos y nos iremos. Os podéis incluso quedar un poco para vosotros. Somos así de generosos. Lo único que queremos es nuestra parte.

—Sí, muy generosos —masculla Alec en voz baja.

Mark se pone en pie de un salto a la vez que el hombre alza la pistola y apunta directamente a la cara del anciano.

—¡No! ¡Basta!

El desconocido se mueve para apuntarle a él, que echa las manos hacia arriba y retrocede enseguida a la pared del cubículo.

—¡Por favor, pare! ¡Les daremos todo lo que quieran!

—Exacto, chico, eso es lo que haréis. Ahora, moveos. Todos. Ha llegado el momento de jugar a la búsqueda del tesoro.

Hace una señal con el arma para que la gente se ponga en marcha.

—Cuidado, no tropecéis con vuestro amigo muerto —dice la mujer.

—¡Cállate! —La fustiga el hombre—. En serio, cada día estás más tonta.

—Lo siento, jefe.

De repente se convierte en un ratoncito sumiso que agacha la cabeza. El corazón de Mark sigue latiendo a mil por minuto, pero no puede evitar sentir lástima por la mujer.

El hombre vuelve a centrar su atención en los demás.

—Decidme dónde está. No quiero pasarme aquí todo el día.

Mark casi espera que Alec haga alguna locura, pero se limita a caminar hacia las escaleras. Al pasar junto a él, le guiña el ojo. Mark no sabe si debería animarse o preocuparse.

Avanzan por el pasillo, dejando atrás el cuerpo ensangrentado de Baxter, prisioneros en lo que se ha convertido su castillo en las últimas semanas. Llegan a las escaleras y empiezan a subirlas. El Jefe —el único nombre que a Mark se le ocurre para el hombre de la pistola, al oír una y otra vez en su mente la forma patética en que su compañera se refiere a él— va golpeando a la gente en la espalda a medida que suben para asegurarse de que no se olvidan de quién está armado.

—Recuerda lo que le he hecho a tu colega —le susurra el Jefe cuando le toca empujarle.

Mark sigue avanzando paso a paso.

Pasan las dos horas siguientes buscando en el Edificio Lincoln, de arriba abajo, comida y combustible. A Mark le suda hasta el último centímetro de la piel y le duelen los músculos por transportar hasta el barco los grandes contenedores de

combustible del generador que guardaban en la sala de suministros de emergencia de la trigésima planta. Registran las máquinas expendedoras y vacían la mitad de la reserva, cada vez más limitada, en salas destrozadas, que son muchas, y otras áreas comunes.

El yate es un horno dentro de la cabina, lo que hace que el olor sea todavía más nauseabundo en el interior. Mientras Mark descarga las provisiones, se pregunta si el Jefe y su compañera se habrán molestado en bañarse en las cálidas aguas que los rodean. Viven literalmente en el agua —a pesar de lo sucia que pueda estar—, pero se niegan a lavarse. Con cada viaje, Mark le va cogiendo más asco a la pareja. También se pregunta por el silencio paciente de Alec, que ha trabajado duro sin la menor muestra de resistencia.

Han llenado casi hasta el último espacio libre de la embarcación cuando el grupo entero se encuentra en la duodécima planta, en un último rastreo por la mitad inferior del edificio. El Jefe les dice que pueden quedarse lo que haya por encima de ese piso.

El hombre, que no deja de apuntarles con la pistola por turnos, está junto a las ventanas. El brillo anaranjado de la puesta de sol tiñe el cristal de detrás. Su subordinada se halla a su lado, más inexpresiva que nunca. Trina está cogiendo las últimas bolsas de patatas fritas y chocolatinas por la tapa rota de la máquina expendedora. El Sapo, Niebla, Lana, Alec y Darnell la esperan, pues ya no queda mucho que hacer. Lo han vaciado todo y probablemente estén como Mark, contando los segundos que faltan para que esa gente se marche. Y esperando que nadie más muera.

Alec se acerca al Jefe con las manos en alto y un gesto conciliador.

—Cuidado —advierte el hombre armado—. Ahora que habéis terminado el trabajo, no me importaría practicar un poco más el tiro al blanco. Aunque sea desde cerca.

—Ya está, ¿vale? —dice Alec con un amago de gruñido—. No somos idiotas. Queríamos llenar el barco antes. Ya sabes, antes de…

—¿Antes de qué?

El Jefe presiente problemas y tensa los músculos de los brazos. Mark ve que aprieta el dedo que tiene sobre el gatillo.

—De esto.

Alec se mueve velozmente. Extiende los brazos y le quita de un golpe el arma de las manos. La pistola dispara un tiro descarriado mientras gira y cae al suelo. La compañera del Jefe se da la vuelta y echa a correr por el pasillo que da a las ventanas, tan rápido como lo ha hecho todo hasta ahora. Lana la persigue, aunque la otra mujer va armada. Mark apenas tiene tiempo de advertir esto antes de que Alec se abalance sobre el Jefe para derribarlo; ambos chocan contra el cristal de una ventana grande.

Todo sucede muy deprisa. Un sonido como el del hielo resquebrajándose inunda la habitación cuando las grietas se expanden desde el punto del impacto. El panel entero estalla en pedazos cuando Alec intenta recuperar el equilibrio y se aparta del

cuerpo del Jefe. Ambos se inclinan como a cámara lenta hacia el agua. Mark ya ha echado a correr, se lanza hacia ellos y se desliza por el suelo para apoyar los pies contra el marco de la ventana y agarrar el brazo de Alec. Le sujeta fuertemente con los dedos, pero los pies fallan y de pronto se encuentran en el espacio abierto. Su cuerpo entero está a punto de caer con el de Alec y el Jefe.

Alguien le sujeta por detrás, unos brazos se deslizan por su pecho. Mark sujeta a Alec con todas sus fuerzas y clava la vista en la calle, que parece un río. El Jefe cae, agitando brazos y piernas como un loco, gritando. Mark tiene la sensación de que los brazos se le van a desencajar. Alec se recupera enseguida, gira el cuerpo, coloca la mano libre en el alféizar de la ventana y empieza a entrar mientras quienquiera que haya cogido a Mark tira de él para meterlo también dentro. Es el Sapo.

No tardan en estar todos otra vez a salvo. Lana regresa por el pasillo.

—Se ha escapado —anuncia—. Apuesto a que está dentro de algún armario.

—Salgamos de aquí —contesta Alec, ya en marcha. Mark y los demás le siguen —. El plan ha ido de maravilla: abastecimos el barco y ahora es nuestro. Podremos salir de la ciudad.

Encuentran la escalera y bajan rápidamente, de dos en dos peldaños. Mark está agotado y sudoroso, preocupado por lo que planean hacer. Van a abandonar el lugar que se ha convertido en su hogar tras las erupciones solares. Van a aventurarse a salir a lo desconocido. No sabe qué tiene más fuerza, si el miedo o el entusiasmo.

Llegan a la quinta planta, corren por el pasillo, atraviesan la ventana que falta y suben a bordo del barco.

—¡Suelta amarras! —le grita Alec a Mark.

Alec y Lana entran en la cabina. Darnell, el Sapo, Niebla y Trina buscan un sitio para sentarse en cubierta, aunque parecen perdidos y muy inseguros. Mark empieza a desatar la cuerda que la mujer usó antes para amarrar el yate. Por fin consigue deshacer los nudos y tira de la cuerda justo cuando los motores se encienden; el barco comienza a apartarse del Edificio Lincoln. Mark se sienta al final de la embarcación y se vuelve para mirar el altísimo rascacielos, donde la menguante luz del sol refleja un brillo anaranjado.

De pronto, el Jefe emerge del agua como un delfín enloquecido, golpea la parte trasera del barco con los brazos e intenta subir desesperadamente. Las piernas dan patadas de tijera, las manos buscan a qué aferrarse; se agarra a un gancho y sus músculos se hinchan mientras se impulsa hacia arriba. El agua chorrea de su cuerpo. Un enorme moratón le cubre la mitad del rostro; la otra mitad está roja y furiosa, a juego con sus ojos.

—Os voy a matar —gruñe—. ¡A todos!

El barco acelera y todo explota dentro de Mark a la vez. No va a permitir que ese hombre patético les estropee su única oportunidad de escapar. Aferrándose bien a un asiento, echa atrás un pie y lo lanza hacia delante para propinarle una patada en el hombro. El Jefe apenas se mueve. Mark vuelve a retroceder para golpearle. Lo repite.

Acierta todas las veces y el Jefe empieza a soltarse.

—¡Suél… ta… te! —grita mientras vuelve a patearle el hombro.

—Voy a… —dice él, pero no le quedan fuerzas.

Mark grita con una explosión de adrenalina e invierte todas sus fuerzas en un último ataque, esta vez saltando para golpearle con los dos pies.

Uno le da en la nariz y otro, en el cuello. El hombre profiere un grito ahogado, se suelta y cae hacia la estela del barco agitado. El cuerpo desaparece entre burbujas blancas.

Mark inspira, desesperado. Enseguida se da la vuelta, se sube al borde del asiento y se asoma. No ve nada más que la estela y el agua oscura de detrás. Percibe un movimiento en la ventana abierta del Edificio Lincoln por la que cayó el Jefe. Ahora retrocede, la silueta mengua, pero allí hay una mujer —la compañera del Jefe— que sostiene una pistola. Mark se agacha, a la espera de la descarga, pero entonces ve que la mujer se apunta a sí misma, con la boca del arma apoyada en la barbilla.

Mark quiere gritar, decirle que no lo haga. Pero es demasiado tarde.

La mujer aprieta el gatillo.

El barco continúa avanzando.

CAPÍTULO 48

Mark se despertó envuelto en un sudor frío, como si el agua del sueño le hubiera salpicado mientras dormía. La cabeza volvía a dolerle muchísimo, como si algo rodara dentro de su cráneo con cada movimiento. Por suerte, Alec era paciente con él y apenas hablaba mientras comían y cogían fuerzas para el día que tenían por delante. Para ir en busca de sus amigas.

Ambos estaban sentados en la cabina de mando y la luz de última hora de la mañana se filtraba por las ventanas. Una brisa cálida silbaba al colarse por el cristal roto.

—Estabas demasiado agotado para notarlo —dijo Alec tras llevar un rato sentados en silencio—, pero he subido con este trasto a dar una vuelta de observación mientras dormías. Y… he confirmado lo que sospechaba. A unos kilómetros de aquí… los de la hoguera… tienen a Lana, Trina y Deedee. Vi que las arreaban como a ovejas.

Aquello le revolvió a Mark el estómago.

—¿A qué… te refieres?

—Dirigían a unas cuantas personas de una casa a otra. Distinguí el pelo negro de Lana y a Trina con la niña en brazos. Me acerqué para asegurarme —respiró hondo antes de acabar—: Al menos sabemos que están vivas y dónde se encuentran. Y ahora sabemos qué tenemos que hacer.

Debería haberse sentido aliviado por que sus amigas no estuvieran muertas, pero le consumía el darse cuenta de que para sacarlas de allí tenía que luchar. Dos contra… ¿cuántos?

—¿Es que se te ha olvidado cómo hablar, chaval?

Mark tenía la vista clavada en el respaldo del asiento como si allí hubiera algo hipnotizador.

—No, solo estoy asustado.

Hacía tiempo que dejó de intentar comportarse como un valiente delante del soldado veterano.

—No pasa nada por estar asustado. Un buen soldado está siempre asustado. Eso te hace normal. Cómo reacciones a ello es lo importante.

Mark sonrió.

—Ya me has dado el sermón unas cuantas veces. Creo que lo he pillado.

—Pues échate un poco de agua al gaznate y larguémonos ya.

—Suena bien —pegó un buen trago de su cantimplora y se incorporó. La pesada carga del sueño empezaba a disminuir un poco—. Bueno, ¿cuál es el plan?

Alec se limpió la boca y señaló con la cabeza hacia el centro del iceberg.

—Ir a buscar a nuestras amigas. Pero antes entraremos en la reserva de armas de la nave.

Mark no sabía nada de icebergs, pero Alec los conocía mejor que la mayoría. En la parte central de la nave había un almacén cerrado que requería contraseñas y escaneado de la retina para abrirse. Puesto que no tenían las palabras ni los globos oculares necesarios para acceder, decidieron abrirlo a la vieja usanza: con un hacha.

Por suerte, el iceberg era viejo y había vivido mejores épocas hacía muchos años, así que solo fue necesario que se turnaran tres veces y media hora de arduos esfuerzos para hacer saltar las bisagras y las cerraduras de la puerta metálica. Pequeños fragmentos de acero se esparcieron por el pasillo, la gigantesca puerta se desplomó y chocó contra la pared de enfrente. El eco pareció retumbar por la nave durante un momento.

Alec dio el último golpe con el hacha para conseguirlo.

—Esperemos que aún haya algo dentro de esta bestia —anunció.

El almacén estaba oscuro y olía a polvo. El iceberg estaba encendido, pero la mayoría de las luces se hallaban rotas, salvo por una pequeña bombilla roja de emergencia en un rincón que parecía bañar todo en sangre. Alec empezó a buscar, pero Mark advirtió que la mayoría de estanterías estaban vacías. No había más que basura y envases desechados que debieron de esparcirse cuando la nave se puso bocabajo. Alec maldecía por lo bajo ante cada decepción y Mark se sentía igual. ¿Cómo iban a tener alguna posibilidad si lo único con lo que contaban para rescatar a Trina eran sus puños y pies?

—Hay algo por aquí —masculló Alec con voz cansada e intentó abrir lo que fuese que hubiera encontrado.

Mark se acercó a él y se asomó por encima de su hombro. El objeto estaba casi en las sombras, pero parecía una caja grande con varios cierres metálicos.

—Es inútil —dijo finalmente cuando se le resbalaron las manos de los cierres por tercera vez—. Tráeme el hacha.

Mark la recogió del pasillo donde Alec la había dejado tras golpear las bisagras de la puerta. La levantó con esfuerzo, dispuesto a intentar abrir la caja.

—¿Vas a hacerlo tú? —inquirió el viejo soldado, poniéndose derecho—. ¿Estás seguro?

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

Alec señaló la caja.

—Chaval, ¿tienes idea de lo que podría haber ahí dentro? Explosivos. Maquinaria de alto voltaje. Veneno. ¡Quién sabe!

—¿Y? —insistió Mark.

—Bueno, yo no empezaría aporreándola o puede que muramos antes de

mediodía. Debemos tener cuidado, dar unos golpes precisos y delicados en los cierres.

Mark estuvo a punto de reírse.

—Como no tienes ni una célula delicada en el cuerpo, creo que lo intentaré yo.

—Me parece bien —respondió Alec, y al retroceder le hizo una reverencia mientras le cedía el paso—. Pero ten cuidado.

Mark cogió con firmeza el mango del hacha, se inclinó y asestó golpes cortos a las pequeñas pero resistentes escuadras en vez de describir grandes arcos. El sudor chorreaba por su rostro y el bártulo casi se le resbaló un par de veces, pero al final rompió el primer cierre y continuó con el siguiente. Diez minutos más tarde, los hombros le dolían horrores y los dedos casi se le habían entumecido por agarrar el hacha tan fuerte. Pero había roto hasta el último cierre.

Se levantó y estiró la espalda, incapaz de evitar un gesto de dolor.

—Tío, no ha sido tan fácil como parecía.

Ambos se rieron, lo que le hizo que Mark se preguntase de dónde venía toda aquella súbita frivolidad. La tarea que les aguardaba era peligrosa, daba miedo. Pero, por alguna razón, su mente se negaba a pensar en eso.

—Te sientes bien al trabajar duro, ¿eh? —afirmó Alec—. Ahora veamos qué es lo que nos espera. Coge ese extremo.

Mark pasó los dedos por el pequeño borde de la tapa y esperó la señal. Alec contó hasta tres y ambos la levantaron. Era pesada, pero pudieron alzarla y golpearla contra la pared, donde chocó con gran estruendo. Lo único que Mark veía dentro eran unas formas brillantes y alargadas que reflejaban la luz roja. Aquellas cosas parecían mojadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Mark. Observó a Alec: tenía los ojos muy abiertos, con una mueca casi enloquecida—. Por tu expresión, diría que sabes exactamente lo que es.

—Oh, sí —susurró Alec, tenso—. Lo sé. Claro que lo sé.

—¿Y bien?

Mark se moría de curiosidad.

En vez de responder, Alec se agachó y cogió uno de los objetos de la caja. Lo levantó —esa cosa tenía el mismo tamaño y la misma forma que un rifle— y lo examinó, volteándolo entre las manos. Parecía estar hecho en su mayor parte de plástico y metal plateado, con unos tubitos que bajaban en espiral por el cuerpo principal. En un extremo estaba la culata, similar a la de una escopeta, con un gatillo; el otro parecía una burbuja alargada a la que le salía una boca. Tenía también una correa para colgarlo del hombro.

—¿Qué es esta cosa? —insistió Mark, y notó el sobrecogimiento en su voz.

Alec sacudía la cabeza de un lado a otro, sin dar crédito, mientras continuaba examinando el objeto en sus manos.

—¿Tienes idea de cuánto cuestan estos chismes? Eran demasiado caros para

sacarlos al mercado de armas. No puedo creer que esté sosteniendo uno.

—¿Qué es? —preguntó Mark, lleno de impaciencia—. ¿Qué es?

Por fin, Alec alzó la vista y le miró a los ojos.

—Este trasto es un Transvicio.

—¿Un Transvicio? —repitió Mark—. ¿Para qué sirve?

El viejo soldado levantó la extraña arma como si fuera una reliquia sagrada.

—Hace que una persona se desvanezca en el aire.

CAPÍTULO 49

—¿Que se desvanezca? —preguntó, escéptico—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Bueno, no importará mucho si estos chismes ni siquiera funcionan —Alec inspeccionó la caja un momento y luego sacó algo negro y voluminoso con pestillos plateados. Cogió sus preciadas piezas, pasó junto a él y salió del almacén hacia el pasillo—. ¡Vamos! —gritó al desaparecer.

Mark echó un último vistazo a los amenazadores y casi mágicos objetos que brillaban en el interior de la caja y luego salió para seguirlo. Le encontró de vuelta en la cabina de mando, en el asiento del capitán, admirando el arma. Parecía un niño con un juguete nuevo. La cosa negra que también había cogido estaba apoyada en el suelo. Parecía un soporte para el arma; una especie de dispositivo de carga, quizá.

—Vale —dijo mientras se acercaba furtivamente a él—. Dime qué hace esa cosa.

—Un segundo —respondió Alec, y colocó su juguete en el soporte negro. Pulsó un botón de un pequeño panel de control en el lateral. Algo chirrió. Después se oyó un zumbido y una luz gris emanó del arma—. La cargaremos y entonces verás lo que hace —anunció con orgullo. Alzó la mirada hacia Mark—. ¿Alguna vez has oído hablar de un Trans Plano?

Mark puso los ojos en blanco.

—Por supuesto. Vivo en el planeta Tierra.

—Vale, listillo, para el carro. ¿Es que sabes lo caros que son esos chismes? ¿Cómo funcionan?

Mark se encogió de hombros y se sentó en el suelo, en el mismo sitio donde se había quedado dormido hacía lo que ya parecían millones de años.

—No he usado ninguno, ni siquiera lo he visto. Pero sé que es un transporte molecular.

Alec soltó una carcajada forzada.

—Es evidente que no has visto ninguno, puesto que ni tienes mil millones de dólares ni trabajas para el gobierno. Uno de esos aparatos cuesta más de lo que podrías contar en un año. Pero tienes razón, así funcionan: descomponen las estructuras moleculares y luego vuelven a unirlas en el punto receptor. Bueno, este trasto hace lo mismo, salvo que se queda a medias.

Mark miró el arma que estaba cargándose y le entró un escalofrío.

—¿Quieres decir que hace pedazos a la gente? ¿Que la separa en partes diminutas?

—Sí, en resumen. Lanza a una persona al aire como cuando dispersamos las cenizas de nuestros difuntos. Por lo que sé, podría quedarse volando por el resto de la

eternidad, gritando para que alguien vuelva a juntarla. O tal vez todo acabe en un instante. No hay manera de saberlo. A lo mejor no es un modo tan malo de morir.

Mark negó con la cabeza. Tecnología moderna. El mundo tenía cosas bastante buenas, pero nada de eso sirvió de mucho cuando el sol decidió aniquilar a la mayor parte de la civilización.

—Supongo que entonces eso es todo, ¿no? —preguntó—. No parecía haber nada más en esa habitación.

—Ajá. Pues… espero que estos pequeños funcionen.

Mark se dijo para sus adentros que debía acordarse de no dispararse en un pie.

—¿Cuánto tarda en cargarse?

—No mucho. El tiempo suficiente para que preparemos algunas provisiones para la misión de rescate —hablaba como un soldado—. Luego la probaremos mientras cargamos la tuya. Y tal vez nos llevemos una de más para el camino.

Mark se quedó mirando el dispositivo de carga hasta que Alec le obligó a ponerse de pie para ayudarle a preparar el viaje.

Media hora más tarde, tenían las mochilas llenas de comida, agua y ropa limpia que habían encontrado escondida en una parte del cuartel. El primer Transvicio estaba totalmente cargado y Alec lo sostenía con firmeza, con la correa al hombro, mientras abrían la puerta de la escotilla de carga. Tras una inspección superficial de los alrededores, no vieron a nadie, así que decidieron que era seguro probar aquella nueva y lujosa arma.

Mark hizo un gesto de dolor cuando las bisagras de la rampa chirriaron al abrirse y miró a su orgulloso compañero.

—Lo sujetas un poco fuerte, ¿no?

El Transvicio brillaba y, ahora que estaba cargado, emitía un tenue resplandor anaranjado.

Alec le lanzó a Mark una mirada que decía «dame un respiro».

—Puede que parezca frágil, pero ni de lejos. Podríamos tirarlo desde el Edificio Lincoln y no se rompería.

—Porque caería al agua.

Alec se dio la vuelta y puso el Transvicio hacia arriba para que la punta, ese extraño pitorro que salía de la burbuja, le apuntase directamente.

Mark se estremeció a su pesar.

—No tiene gracia —espetó.

—Sobre todo si aprieto el gatillo.

La rampa bajó hasta el pavimento agrietado de la calle sin salida en la que habían aparcado. Luego reinó un silencio repentino y absoluto, solo interrumpido por los graznidos distantes de un pájaro. Un aire cálido y húmedo les envolvió, casi dificultando su respiración. Mark tosió al intentar respirar hondo.

—Vamos —dijo Alec, bajando por la rampa—. Busquemos una ardilla —movía el arma de un lado a otro mientras caminaba, atento a cualquier intruso—. O mejor aún, puede que uno de esos locos se haya perdido por aquí. Qué lástima que estos chismes tengan que cargarse, podríamos deshacernos del problema del virus en un abrir y cerrar de ojos. Dejaríamos estos vecindarios como una patena.

Mark se reunió con él en el terreno junto al iceberg, cauteloso por si alguien observaba desde las casas en ruinas que les rodeaban o en el bosque quemado de más allá.

—Me conmueve lo mucho que valoras la vida humana —murmuró.

—A largo plazo —respondió—. A veces tienes que pensar a largo plazo. Pero no son más que palabras, hijo; solo palabras.

A Mark le producía desasosiego estar en los barrios residenciales. Se había acostumbrado a la vida en las montañas, en los bosques, a vivir en una cabaña. Aquel vecindario abandonado le hacía sentirse extraño e incómodo. Necesitaba calmar los nervios antes de salir a por lo que de verdad habían ido hasta allí.

—Terminemos con esta prueba.

Alec echó a andar hacia un buzón de ladrillo medio destrozado. Por lo visto, alguien había chocado con un coche o un camión en un intento desesperado por escapar.

—Muy bien —dijo—. Quería probarlo con algo vivo; funciona mucho mejor con el material orgánico, vivo. Pero tienes razón… Tenemos que darnos prisa. Intentaré eliminar ese montón de ladr…

Una puerta se abrió de golpe en una casa semiderruida cercana y un hombre salió corriendo directo hacia ellos, gritando a pleno pulmón. Sus palabras eran incomprensibles y sus ojos estaban enloquecidos. Tenía el pelo enmarañado, apelmazado, y el rostro cubierto de llagas, como si hubiera intentado arrancarse la piel. Y estaba completamente desnudo.

Mark retrocedió unos pasos, atónito por el aspecto del hombre y con un susto de muerte. Buscaba algo que hacer o decir.

Pero Alec ya había levantado el arma, apuntando el Transvicio directamente al hombre que se acercaba a toda velocidad.

—¡Deténgase! —gritó el veterano—. Deténgase o…

Se calló, estaba claro que el loco que se acercaba no estaba escuchando. Gritaba incoherencias y avanzaba a trompicones en dirección a Alec, sin aflojar el paso.

Sonó un fuerte silbido, que parecía provenir de todos lados al mismo tiempo, seguido de un sonido rápido y giratorio, como el zumbido de un reactor. Mark advirtió que la luz naranja que emanaba del Transvicio había empezado a brillar y era visible incluso bajo la luz del sol. De pronto, Alec salió propulsado hacia atrás, un rayo de luz blanca surgió del arma e impactó contra el pecho del hombre escandaloso.

Sus chillidos cesaron al instante, como si se hubiera quedado encerrado en una tumba. Su cuerpo se volvió de un gris ceniza de arriba abajo; todos sus detalles y

dimensiones desaparecieron, de modo que parecía un trozo de tela gris que brillaba y ondulaba. Después explotó en una niebla y se desvaneció. Así, sin dejar ningún rastro.

Mark se dio la vuelta para mirar a Alec, que había bajado el arma y respiraba con dificultad. Tenía los ojos abiertos de par en par, clavados en el lugar que el hombre había ocupado hacía unos segundos.

Por fin le devolvió la mirada de asombro a Mark.

CAPÍTULO 50

Mark se había quedado sin palabras, pero no precisamente por el espectáculo del Transvicio convirtiendo a una persona en una nube de humo. Un hombre totalmente loco acababa de salir de una casa, directo hacia ellos. ¿En qué estaría pensando? ¿Iba a atacarles o a pedirles ayuda? ¿Estarían otros tan mal? ¿Tan… locos?

No dejaba de dar vueltas a lo que la enfermedad había provocado a las personas. A lo que les estaba provocando. Debía de estar yendo a peor. Aquel tipo estaba chiflado. Y él notaba que algo parecido —muy leve— empezaba a suceder en su interior. Había una bestia escondida ahí dentro que no tardaría en salir y convertirle en algo similar al hombre que Alec había eliminado con el Transvicio.

—¿Estás bien?

Mark sacudió la cabeza y volvió en sí.

—No, no estoy bien. ¿Has visto a ese tío?

—Sí, ¡lo he visto! ¿Por qué crees que lo he hecho desaparecer?

Alec había apoyado el arma contra su correa y estaba echando un vistazo por si veía más gente. De momento no había nadie más.

Aunque había ocurrido hacía tiempo, al final Mark recordó —como si un martillo le golpeara el corazón— el lío en que estaba metida Trina. La habían hecho prisionera unos lunáticos que podían estar en las mismas condiciones que el que acababan de ver. ¿Y ellos se habían tomado un tiempo para dormir? ¿Para comer? ¿Para preparar las mochilas? Se odiaba a sí mismo por ello.

—Tenemos que rescatarla —dijo.

—¿Qué dices? —Alec iba de camino a donde él se encontraba.

Mark alzó la vista y miró a su amigo.

—Tenemos que irnos. Ya.

La siguiente hora consistió en correr de un lado a otro y en una exasperante espera.

Cerraron la puerta y Alec se mantuvo cerca del Transvicio por si alguien intentaba subir a bordo durante el agobiante par de minutos que tardaba en ascender la rampa. Luego se aseguraron de que estaban preparados para marcharse, y Alec le dio una lección rápida a Mark sobre cómo sostener y disparar el Transvicio. Parecía bastante sencillo. Por fin, el soldado hizo despegar el iceberg, cuyos propulsores los elevaron al cielo.

Volaban bajo, con Mark como observador clave, en busca de sus amigas allá por donde pasaban. Cuando se acercaron más al vecindario en ruinas donde Alec vio a

Trina y al resto, Mark descubrió más signos de vida. Había personas corriendo en pequeños grupos entre las casas, unas cuantas hogueras en los jardines, chimeneas medio derruidas que aún expulsaban humo y cuerpos de animales hechos jirones. Incluso vio cadáveres humanos que yacían aquí y allá, a veces apilados.

—Estamos justo en las afueras de Asheville —señaló Alec.

Se encontraban al final de un gran valle, donde iban a parar las estribaciones de los bosques montañosos que se habían quemado en el reciente incendio. Unas lujosas urbanizaciones de casas grandes salpicaban las laderas de aquellos montes. Varias casas habían ardido hasta los cimientos y no quedaban más que franjas negras de escombros, carbonizadas.

Mark vio un montón de personas apiñadas en grupos por las calles. Un puñado de gente ya había visto el iceberg; algunos señalaban la nave y otros corrían en busca de refugio. Pero la mayoría no parecía advertir su presencia, como si se hubieran quedado sordos y ciegos.

—Hay un grupo muy grande en esa calle —Alec los señaló y asintió con la cabeza—. Ahí es donde vi que metían en una casa a Trina, Lana y la niña.

Ladeó el iceberg para bajar en picado y observar más de cerca. Se detuvo a unos treinta metros sobre el lugar y después se reunió con Mark junto a las ventanas. Los dos contemplaron la pesadilla de abajo.

Era como si una institución mental hubiera soltado a todos sus pacientes. No había orden en la locura que Mark presenciaba debajo de él. Vio a una chica tumbada bocarriba, gritándole a nadie. Descubrió a tres mujeres golpeando a dos hombres a los que habían atado juntos, espalda con espalda. En otro sitio, varios bailaban y bebían una especie de líquido negro de una olla que hervía sobre un fogón improvisado. Algunos corrían en círculos y otros iban a trompicones como si estuvieran borrachos.

Pero entonces Mark divisó lo peor de todo y se dio cuenta de que esa gente no tenía esperanza, no se la podía ayudar.

Un pequeño grupo de hombres y mujeres con las manos y los rostros manchados de sangre peleaban por conseguir algo de lo que alguna vez fue una persona.

Mark sintió repugnancia y terror por igual al pensar que podía estar contemplando los restos de la única chica a la que había querido; el cuerpo le tembló de los pies a la cabeza.

—Baja —gruñó—. ¡Baja ahí ahora mismo! ¡Déjame salir!

Alec se había apartado de la ventana, con la cara más pálida que nunca.

—Yo no… No podemos hacer eso.

Un violento arranque de ira atravesó a Mark.

—¡No podemos rendirnos ahora!

—¿Qué estás diciendo, chaval? Tenemos que aterrizar en un lugar más seguro o irrumpirán en esta cosa. Debemos garantizar nuestra seguridad. No nos alejaremos mucho.

Mark no se podía creer lo fuerte que estaba respirando.

—Vale…, vale. Perdona. Pero… date prisa.

—¿Después de lo que acabamos de ver? —preguntó Alec mientras se colocaba a los mandos—. Sí, creo que es un buen consejo.

Mark tropezó y se apoyó en la pared. Una tristeza incontenible sustituyó la ira. ¿Cómo iba a estar viva en medio de tal locura? ¿Qué era ese virus, el Destello? ¿Cómo se le había ocurrido a alguien propagarlo? Cada pregunta solo aumentaba su angustia. Y no había respuestas.

El iceberg arrancó y se inclinó de nuevo para volver por donde vino. Mark se preguntó cuántas personas se habrían dado cuenta de que una nave enorme flotaba sobre sus cabezas. Volaron durante unos minutos y, cuando Alec pareció satisfecho, aterrizó en una calle sin salida, rodeada de solares vacíos, parte de alguna ampliación en desarrollo que nunca se llevó a cabo. Y que nunca finalizaría.

—Esa calle estaba llena de gente —comentó Mark mientras volvían al espacio de carga. Ambos llevaban un Transvicio cargado y mochilas a los hombros—. Y había señales de que las casas estaban habitadas. Probablemente residan en esa parte del vecindario.

—Por lo que sabemos, puede que hayan vuelto a trasladar a Lana y las chicas —respondió Alec—. Estaría bien comprobar todas las casas de ese lado. Pero recuerda: esta mañana estaban vivas, no cabe duda de que las vi. No pierdas aún la esperanza, hijo.

—Solo me llamas «hijo» cuando tienes miedo —replicó Mark.

Alec sonrió amablemente.

—Exacto.

Llegaron a la gran sala de carga y Mark se acercó al panel de control para pulsar los botones que bajaban la rampa. La escotilla empezó a abrirse, anunciando su presencia con sus bisagras chirriantes.

—¿Crees que la nave estará a salvo mientras no estemos? —preguntó Mark, que no dejaba de pensar en la ventana rota.

—Aquí tengo el control remoto. La cerraremos. Es lo único que podemos hacer.

La puerta tocó el suelo y los ruidos cesaron. El sofocante aire caliente los envolvía conforme recorrían la plancha metálica. Acababan de salir cuando Alec pulsó un botón del teclado y volvió a subir la rampa. Pronto se cerró la puerta y todo quedó en silencio.

Intercambiaron una mirada. Mark pensó que parecía un concurso de emociones.

—Rescatemos a nuestras amigas —dijo.

Los dos se alejaron del iceberg con las armas sujetas en los brazos, caminando hacia la locura y el caos que les aguardaban calle abajo.

CAPÍTULO 51

El aire era seco y polvoriento.

A cada paso parecía volverse más denso, casi los ahogaba. El sudor ya cubría cada centímetro del cuerpo de Mark y la brisa, que soplaba de vez en cuando y parecía salida de un horno, no les refrescaba la piel. Él continuó, aunque con la esperanza de que las palmas de las manos no se le volvieran demasiado resbaladizas para sujetar el arma. El sol pendía sobre sus cabezas como el ojo de una bestia infernal; miraba hacia abajo, marchitando el mundo a su alrededor.

—Hacía bastante tiempo que no salía así al mediodía —dijo Mark, y el esfuerzo de hablar le dejó sediento. Notaba la lengua hinchada—. Mañana vamos a estar quemados.

Sabía lo que estaba haciendo: trataba de convencerse de que la situación no era tan mala, que no estaba perdiendo la cordura, que su enfado y los dolores de cabeza no iban a dificultarle la concentración y que todo iba a salir bien. Pero el esfuerzo parecía inútil.

Llegaron al primer cruce y Alec señaló a la derecha.

—Vale, está a un par de calles por ahí. Empecemos a arrimarnos a las casas.

Mark le hizo caso y cruzó el césped muerto —ahora solo rocas y hierbajos— hacia la sombra de una casa que una vez fue una mansión. La estructura de piedra y madera oscura había aguantado en su mayor parte, aunque su aspecto era triste y apagado, como si al perder a sus anteriores ocupantes le hubieran robado el alma.

Alec se apoyó en la pared y Mark le imitó detrás. Recorrieron con la vista —y las armas— el lugar por donde habían venido para comprobar que no les seguían. No se veía a nadie. Aunque era extraño, la brisa había cesado, de modo que el mundo parecía tan muerto como aquel vecindario. Mark cambió de posición con la ropa pegada al cuerpo.

—Necesitamos hidratarnos —dijo Alec, dejando el arma en el suelo.

Se quitó la mochila de los hombros y sacó una de las dos cantimploras. Tras un buen trago, se la pasó a Mark, que saboreó cada gota que resbalaba por sus resecas boca y garganta.

—Uf —dijo al acabar, devolviéndole la cantimplora a Alec—. Este ha sido el mejor trago de mi vida. Sí, señor.

—Lo cual dice mucho —murmuró Alec mientras guardaba el recipiente y volvía a colocarse la mochila a la espalda—, considerando todas las veces que hemos pasado sed este último año.

—Creo que el tipo loco al que… hiciste desaparecer me revolucionó. Pero ya

estoy listo —se sentía de verdad lleno de energía, como si la cantimplora hubiera contenido adrenalina en vez de agua.

El viejo soldado cogió su arma y se pasó la correa por el hombro.

—Sígueme. A partir de ahora mantendremos las casas entre nosotros y las calles.

—Me parece bien.

Alec salió de las sombras y fue directo hacia el jardín contiguo, para dirigirse a la parte trasera. Mark le pisaba los talones.

Siguieron la misma rutina para la siguiente docena de casas: una carrera rápida por el jardín reseco, sin vida, y después se colaban en las sombras de los edificios; luego rodeaban la vivienda hasta llegar a la parte trasera y Alec se asomaba por una esquina para comprobar que no tenían compañía. En cuanto confirmaba que estaba despejado, corrían hacia la siguiente casa y empezaban de nuevo.

Llegaron al final de otra calle, donde se podía girar a izquierda o derecha.

—Vale —susurró Alec—. Tenemos que seguir por aquí y tomar la segunda a la izquierda, que nos llevará a esa avenida grande donde vimos que estaban de fiesta.

—¿De fiesta? —repitió Mark.

—Sí. Me recordó a unos raros que trincamos en los veinte, cuando se declaró la ley marcial. Esa gente estaba como una cabra, eran unos malditos psicópatas. Vamos.

Los raros. Mark se había topado con algunos drogatas en su vida, pero esos eran los peores: la droga se había vuelto más fuerte con el paso de las décadas. Ahora era algo de lo que nunca te recuperabas. Nunca. Por alguna razón, la palabra se le grabó en la cabeza.

—¡Eh! —Alec estaba a medio camino de la siguiente casa y se volvió hacia él—. ¡El momento ideal para soñar despierto!

Mark despejó la mente y echó a correr tras el soldado. Le alcanzó y se dirigieron al lateral de una mansión de tres plantas, cuya sombra fue un alivio aunque no durase mucho. Avanzaron sigilosamente, pegados a la pared, hasta la parte trasera. Alec echó un vistazo, luego doblaron la esquina y fueron por el otro lado. Mark solo había dado tres o cuatro pasos cuando oyó un cacareo húmedo sobre su cabeza. Alzó la vista, casi esperando ver alguna especie de animal exótico, ya que el sonido había sido muy extraño.

Pero había una mujer posada en el tejado, tan sucia y desaliñada como cualquier contagiado que hubiera visto últimamente. Su pelo sobresalía en todas las direcciones y tenía la cara manchada de barro, con un dibujo de aspecto ritual.

Repitió ese mismo cacareo, un sonido entre la risa y una tos convulsiva. Sonrió con una fila de dientes perfectamente blancos, pero entonces la mueca se transformó en un gruñido. Después de otro estallido de cacareos, rodó hacia atrás y desapareció por el borde del canalón del tejado; era una de las pocas casas que aún tenía tejado.

Mark se estremeció. Ojalá pudiera quitarse de la cabeza la imagen de esa mujer.

Se dio la vuelta y vio que Alec se había apartado un poco de la casa y apuntaba con el arma hacia el tejado, pero sin disparar.

—¿Adónde ha ido? —preguntó el hombre distraídamente.

—Salgamos de aquí. A lo mejor está sola.

—Es poco probable.

Continuaron arrastrando los pies hasta el otro extremo de la parte trasera de aquella casa. Alec se asomó para echar un vistazo.

—Todo despejado. Estamos acercándonos, así que alegra esa cara y anímate.

Mark asintió.

Alec salió hacia la siguiente casa y él estaba a punto de hacer lo mismo cuando un espantoso alarido le dejó helado. Levantó la mirada justo a tiempo de ver a la misma mujer saltar del tejado, intentando volar por los aires con los brazos extendidos como si fueran alas. Su rostro estaba iluminado por la locura mientras chillaba y caía en picado hacia Mark, que no se podía creer lo que estaba presenciando.

Se dio la vuelta para correr, pero era demasiado tarde. El cuerpo chocó contra sus hombros y ambos cayeron al suelo estrepitosamente.

CAPÍTULO 52

Fue directa a los ojos del chico, sin que al parecer el impacto de la caída le hubiera afectado. Los alaridos salían de su boca como si se tratara de algún tipo de criatura torturada. Mark se había quedado sin aliento y las rodillas le dolían por el golpe contra el duro suelo. Rodó, intentando coger aire mientras la agarraba de las manos para intentar quitárselas de la cara. La mujer se soltó y le arañó las orejas, la nariz y las mejillas al tiempo que le abofeteaba. Él continuó defendiéndose.

—¡Ayuda! —le gritó a Alec.

—¡Quítatela de encima para que pueda dispararle! —respondió este.

Mark retorció el cuerpo y le lanzó una mirada rápida: estaba de pie, moviéndose rápido mientras apuntaba, a la espera de poder disparar el Transvicio contra la mujer.

—Ven a… —empezó a decir Mark, pero los dedos de la mujer aparecieron de repente en su boca para tirarle de los labios.

Metió un dedo por el interior de la mejilla y tiró como si intentase arrancarle el lateral de la cara, pero se le resbaló hacia fuera. La mano voló arriba y bajó en un puño hasta su rostro. El dolor y la ira le recorrieron como una traca de petardos.

Cuando por fin fue capaz de respirar, colocó las manos bajo el cuerpo de la mujer y sacó los codos para empujarla con fuerza. Se apartó de él volando y cayó sobre la espalda con un golpe audible que la acalló momentáneamente. Sin embargo, se apresuró a ponerse a cuatro patas, pero Mark se había erguido antes y se lanzó hacia delante. Plantó el pie izquierdo y le propinó una patada con el derecho, dándole con la punta del zapato en un lateral de la cabeza. La mujer gritó, se desplomó, se hizo un ovillo y pegó los brazos a la cara, meciéndose adelante y atrás entre gimoteos.

Mark se apartó de ella enseguida.

—¡Vamos, hazlo!

Pero Alec no hizo nada. Se aproximó tranquilamente a él y apuntó con el extremo del arma a la mujer que sufría.

—Sería un desperdicio. Guardémoslo para cuando venga lo gordo.

—Pero ¿y sin nos sigue? ¿Y si va a buscar a sus amigos? ¿Y si nos estropea la oportunidad de sorprenderles?

Alec se la quedó mirando un rato y luego alzó la vista hacia él.

—Si así vas a sentirte mejor, hazlo.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la siguiente casa, recorriendo la zona con la vista en busca de posibles enemigos.

Mark fue a ver dónde había dejado su Transvicio y la mochila en la refriega para quitarse de encima a la mujer enloquecida. No apartó la vista de ella mientras recogía

sus cosas, se colocaba la mochila en los hombros y ajustaba las correas; luego sostuvo el arma con las dos manos en cuanto quedaron libres. Apuntó a la mujer y se acercó bastante. Seguía en posición fetal, gimiendo y quejándose, meciéndose adelante y atrás. Mark se dio cuenta de que no sentía lástima, no le daba pena. Ya no era humana, había perdido toda cordura y eso no era culpa de él. Además, podía tener amigos cerca o estar haciéndose la débil para que se marcharan y la dejaran en paz.

No. Ya no había tiempo para la compasión.

Retrocedió otro paso, apretó con firmeza la culata del arma contra el pecho, apuntó con un poco más de precisión y apretó el gatillo. Un zumbido invadió el aire, el Transvicio retrocedió y disparó un rayo de luz blanca que penetró el cuerpo de la mujer. No le dio tiempo de gritar antes de convertirse en una superficie ondeante, grisácea, y explotó en una fina niebla que se desvaneció al instante.

Mark había retrocedido a trompicones un par de pasos, pero le agradó no haberse caído. Clavó la vista en el espacio vacío del suelo donde antes se hallaba la mujer y levantó la mirada: Alec se había detenido y estaba observándole, inexpresivo. Pero por alguna parte parecía haber una mezcla de sorpresa e inconfundible orgullo.

—En lo único que podemos pensar —dijo Mark, seguro de que nunca antes había oído una voz tan amarga salir de sus labios— es en nuestras amigas.

Levantó el arma, la apoyó entre en el cuello y el hombro, y la sostuvo así, con una mano, mientras la otra descansaba al costado. Después caminó hacia Alec tranquilo y en silencio.

El viejo soldado le esperó sin decir palabra y juntos se deslizaron hacia la siguiente casa.

CAPÍTULO 53

Dos casas más allá, Mark empezó a oír el caos. Gritos, risas y el sonido de lo que parecía metal contra metal. Los gritos eran escalofriantes, no sabía si estaba preparado para ver el origen. Intentó no pensar en el hecho de que podía acabar igual de enfermo que las personas a las que oía. Tal vez ya hubiera empezado el viaje.

Después de zigzaguear entre varias viviendas más, al fin llegaron a la calle que habían visto desde el cielo.

Alec alzó una mano para detener le detrás de la última casa de la manzana. Daba a la carretera, pero aun así ofrecía cierta protección e impedía que les vieran. Estaban bajo la sombra de un toldo medio destrozado.

—Vale —dijo el soldado, quitándose la mochila—, ya está. Comamos y bebamos para entrar ahí a tope.

A Mark le sorprendió el escaso temor que sentía, al menos en ese momento. A lo mejor era porque se estaban tomando un pequeño descanso y la situación aún no parecía real. En cualquier caso, llevaba tanto tiempo generándose en su interior que estaba ansioso por salir ahí fuera y dejar que lo que tuviera que pasar, pasara. La cabeza volvía a estallarle y de algún modo sabía que solo iba a empeorar. No podía permitirse perder el tiempo.

Se sentaron y comieron un poco de comida envasada que habían encontrado en el iceberg. Él disfrutó de cada trago de agua de la cantimplora y, por un momento, pensó que podría ser la última vez que bebiera. Sacudió la cabeza. Cada vez le costaba más eliminar de la mente los pensamientos malsanos. Se metió los últimos bocados en la boca y se levantó.

—¡No lo aguanto más! —dijo. Cogió la mochila y se la puso en los hombros—. Salgamos ahí y busquemos a nuestras amigas.

Alec le lanzó una mirada mordaz.

—Lo que quiero decir es que… no soporto la espera —le dolía la cabeza, pero se esforzaba por ignorarlo—. Venga, hagámoslo ya.

Alec se levantó, recogió las cosas y se preparó. En cuanto terminó, ambos alzaron las armas en sus manos, listos para la batalla.

—Recuerda —dijo el soldado—: puede que no sea posible defenderse de los Transvicio, pero eso no significará nada si nos los quitan. No, repito, no dejes que nadie se acerque lo suficiente para arrebatártelo. Y mantén la correa echada al hombro. Esa es nuestra prioridad número uno: que estos trastos se queden con nosotros.

Mark aferró el suyo con fuerza, como si alguien fuera a intentar quitárselo en ese

preciso instante, y asintió.

—No te preocupes, no dejaré que nadie se acerque.

Alec tendió la mano.

—Saldremos de esta, pero por si acaso…

Mark se la estrechó.

—Gracias por los mil millones de veces que me has salvado la vida.

—Ha sido un honor servirte, chaval. Quizás esta vez salves tú la mía un par de veces.

—Lo haré lo mejor que pueda.

Levantaron las armas y doblaron la esquina de la casa. Alec lo miró, asintió y echó a correr a toda velocidad. Mark siguió su ejemplo y salió corriendo por la calle detrás de él.

El grupo principal de infectados estaba más abajo, pero había la suficiente gente cerca como para que los dos se comportaran con cautela. Una mujer estaba sentada justo en medio de la carretera, dando palmadas rítmicas. A pocos metros de ella, dos hombres se peleaban por lo que parecía una rata muerta. Otro tipo cantaba a pleno pulmón en una esquina.

Cruzaron la calle y se dirigieron a la primera casa. Como muchas de las ruinas en el rico vecindario, era enorme y se hallaba medio quemada. Lo que quedaba estaba podrido. Mark seguía a Alec de cerca y se detuvieron en un lateral del edificio. Avanzaron lentamente hacia la pared y aguantaron la respiración. No parecía que nadie hubiera advertido su presencia todavía. Por supuesto, muchos ni siquiera habían levantado la vista cuando pasaron con el iceberg sobre sus cabezas, a pesar de que los propulsores hacían más ruido que ninguna otra cosa que Mark pudiera imaginar.

—Vale —dijo Alec—; cuando las vi, llevaban a Lana y las chicas a una casa de por ahí —señaló con la cabeza la calle a la derecha—. Pero creo que deberíamos registrarlas todas para asegurarnos. Si las han trasladado, preferiría no pasarme de largo. Si evitamos al grupo principal de chalados de ahí delante, mucho mejor.

—Entonces, podríamos empezar por aquí —contestó Mark.

Alec asintió.

—Vamos.

Salieron de la protección de la pared y se dirigieron sigilosamente a la puerta principal. Justo en la entrada, se toparon con un hombre vestido con harapos; tenía la cara sucia, con un corte rojo y profundo que le cubría la mayor parte de la mejilla.

—Quítate de en medio —le ordenó Alec—. Apártate de la puerta y vete al jardín o estarás muerto en cinco segundos.

El hombre los miró inexpresivo. Luego enarcó las cejas y obedeció; bajó con calma del porche y se alejó despacio hacia el jardín delantero, lleno de hierbajos y piedras. Continuó caminando, sin echar la vista atrás, hasta llegar a la acera, donde giró a la derecha y se dirigió hacia el tumulto, calle abajo.

Alec negó con la cabeza.

—Estate preparado por si alguien se abalanza sobre nosotros.

Mark plantó los pies y apuntó con su arma.

Alec, que sujetaba su Transvicio con una mano, cogió el pomo con la otra. Retrocedió un paso mientras la puerta se abría de par en par, dejando a Mark vía libre por si necesitaba disparar. Pero aquel sitio estaba vacío.

—Ve tú delante para que pueda guardarte las espaldas —dijo el soldado, haciéndole a Mark un gesto con el brazo para que entrara.

—O para ver cómo me devoran antes que a ti.

—Confía en mí, chaval. Es mejor que yo vaya detrás. Venga, muévete.

Un torrente de entusiasmo atravesó el cuerpo del chico; el miedo ya no le dominaba y se moría por hacer algo. Asintió brevemente con la cabeza, subió al porche y entró en la casa, pasándose el arma de izquierda a derecha a la par que inspeccionaba la habitación. Hacía calor y todo estaba oscuro y polvoriento; la luz del sol solo era visible a través de unos agujeros en las paredes. Pero el piso de arriba parecía más iluminado.

El suelo crujía a cada paso que daba.

Mark relajó el cuerpo y aguzó el oído. Aparte de los sonidos distantes de la caótica danza que tenía lugar calle abajo, no oía nada más. La casa estaba en silencio.

—Vayamos de arriba abajo —sugirió Alec.

Las escaleras resultaron estar demasiado estropeadas para utilizarlas. Mark desistió cuando intentó plantar el pie el tercer peldaño.

Alec señaló una puerta que parecía conducir al sótano.

—Quitémonos esa idea de la cabeza: ahí arriba no se oye nada. Vayamos abajo y luego continuemos.

Mark se apartó de las escaleras con cuidado y fue hacia la puerta. Le lanzó a Alec una mirada de confirmación, agarró el pomo y tiró. Alec metió el arma en el hueco por si alguien atacaba, pero no sucedió nada. Una ráfaga de aire húmedo y tóxico ascendió y llegó hasta Mark, al que le entró una arcada. Tuvo que toser y tragar un par de veces para no vomitar.

Alec decidió entrar el primero esta vez y cruzó la puerta hacia un descansillo. Sacó una linterna de la mochila y la encendió para iluminar los escalones. Mark se asomó: muchas motas de polvo danzaban en el brillante haz de luz. Alec estaba poniendo el pie delante para empezar a bajar cuando sonó una voz proveniente de abajo:

—C-c-como os acerquéis más, ence-cenderé la cerilla.

Era una voz masculina, débil y temblorosa. Alec se volvió hacia Mark con una mirada inquisitiva.

Por el rabillo del ojo, Mark captó un movimiento al final de las escaleras y señaló hacia allí con el arma. Alec iluminó esa parte para revelar a quien había hablado, que apareció de entre la oscuridad. Temblaba de pies a cabeza, totalmente empapado; tenía el pelo moreno apelmazado, pegado a la cabeza, y la ropa chorreando. En el

suelo se estaban formando pequeños charcos. La cara del hombre se encontraba tan pálida como si llevara semanas sin salir del sótano. Entrecerró los ojos por la brillante luz de la linterna.

Al principio, Mark se preguntó si el hombre solo estaría sudando abundantemente. Luego pensó en si habría una tubería rota o aguas subterráneas ahí abajo. Pero entonces percibió un hedor como a gasolina o queroseno, algún tipo de combustible, y advirtió que el tipo tenía algo en las manos y lo sujetaba con fuerza contra la cintura. En una mano sostenía una caja rectangular; en la otra, una cerilla.

—Como deis un paso más, la enciendo.

CAPÍTULO 54

Mark quería darse la vuelta y echar a correr, pero Alec no se movió. Permaneció quieto con el arma apuntando escaleras abajo, al hombre con la cerilla.

—No hemos venido a hacerle daño —dijo con prudencia—. Estamos buscando a unas amigas. ¿Hay alguien más ahí abajo?

El hombre no pareció haberle oído; se limitó a quedarse ahí, temblando y chorreando combustible.

—Les asusta el fuego, ¿sabes? A todos les asusta el fuego, sin importar lo mucho que se les haya ido la cabeza. Aquí abajo no me molestan, no con las cerillas y la gasolina.

—¡Trina! —gritó Mark—. ¡Lana! Chicas, ¿estáis aquí?

Nadie respondió y el hombre ni se inmutó.

—Vosotros elegís, amigos: podéis dar un paso hacia mí y encenderé las llamas, que se me llevarán de una vez por todas, o podéis seguir vuestro alegre camino y dejarme vivir un día más.

Alec negaba con la cabeza. Finalmente dio marcha atrás en las escaleras y empujó a Mark hasta el pasillo. Sin mediar palabra, cerró la puerta despacio con un ligero chasquido. Después se volvió hacia él.

—¿En qué clase de mundo se ha convertido este?

—En uno muy enfermo —Mark también lo notaba. Aquel tipo empapado en gasolina, sujetando una cerilla, lo resumía todo—. Y dudo que tengamos un final feliz. Lo único que podemos hacer es encontrar a nuestras amigas y asegurarnos de morir con nuestras propias condiciones.

—Bien dicho, hijo. Bien dicho.

Salieron en silencio de la primera casa y se dirigieron a la siguiente.

Los sonidos ahora se oían más fuerte. Corrieron agachados hasta una casa al otro lado de la calle, con la intención de seguir una ruta en zigzag. Unos cuantos rezagados advirtieron su presencia y les señalaron, pero ellos continuaron moviéndose bastante rápido. Mark esperaba seguir teniendo la misma suerte, sin que nadie les diera demasiada importancia. Aunque aquellas armas tan brillantes podían estropear el plan.

Acababan de subir al porche de la siguiente casa cuando dos niños salieron corriendo. El dedo de Mark se movió en el gatillo, pero sintió un gran alivio cuando se dio cuenta de que las figuras que avanzaban no eran más que unos críos. Estaban

sucios y tenían esa expresión distante en los ojos. Rieron tontamente y desaparecieron, pero después una mujer corpulenta apareció a zancadas, gritando algo sobre unos mocosos a los que amenazaba con marcarles el trasero.

No advirtió la presencia de los dos extraños hasta después de unos segundos de griterío, y entonces se limitó a lanzarles una mirada de desaprobación.

—No estamos locos en esta casa —exclamó de pronto, con la cara roja de ira—. Al menos, aún no. No hace falta que se lleven a mis hijos. Son lo único que mantiene a los monstruos alejados —había una vacuidad en sus ojos que a Mark le heló los huesos.

Saltaba a la vista que Alec estaba enfadado.

—Mire, señora, no nos importan sus hijos y, desde luego, no hemos venido para llevárnoslos. Lo único que queremos es echarle un vistazo rápido a su casa para asegurarnos de que no están aquí nuestras amigas.

—¿Amigas? —repitió la mujer—. ¿Esos monstruos son amigos vuestros? ¿Los que se quieren comer a mis hijos? —Súbitamente, la vacuidad fue reemplazada por un terror absoluto que le oscureció los ojos—. Por favor… Por favor, no me hagan daño. Les puedo dar uno de ellos, solo uno. Por favor.

Alec suspiró.

—No conocemos a ningún monstruo. Solo… Mire, apártese y déjenos entrar. No tenemos tiempo.

Avanzó con los músculos en tensión, dispuesto a usar la fuerza si era necesario, pero la mujer se apartó enseguida, casi tropezando con los hierbajos muertos del jardín. Mark la miró con tristeza. Había supuesto que los monstruos eran los infectados del final de la calle, pero ahora se daba cuenta de que se equivocaba. Esa mujer ya no estaba bien de la cabeza, igual que el último tipo con el que se habían topado, y no le hubiera sorprendido oírle decir que los monstruos vivían bajo las camas.

Dejó atrás a la mujer, en el jardín delantero, y siguió a Alec adentro. Allí, el panorama lo dejó atónito: el interior se asemejaba más bien al callejón de alguna zona peligrosa de Nueva York en vez de a una casa de las afueras. Por todas las paredes había dibujos pintados con lo que parecía lápiz negro y tiza, oscuros y aterradores. De monstruos. De criaturas con garras, dientes afilados y ojos feroces. Eran turbios, como si los hubieran hecho deprisa, pero algunos tenían detalles vívidos. Eso bastaba para ponerle el vello de los brazos de punta.

Miró a Alec con expresión adusta y siguió al viejo, que pasó de largo los dibujos, se dirigió a las escaleras del sótano y las bajó con el arma preparada.

Abajo encontraron más niños; al menos, quince, tal vez más. Vivían en la suciedad. La mayoría estaban acurrucados en grupos, encogidos de miedo como si esperaran algún horrible castigo por parte de los recién llegados. Todos se hallaban mugrientos, mal vestidos y, según parecía, muertos de hambre. Las personas a quienes buscaban no se hallaban por ninguna parte.

—No… no podemos dejarlos aquí —musitó Mark. Soltó el arma, que se quedó colgando de la correa del hombro. Estaba perplejo—. No podemos dejarlos aquí, de ninguna manera.

Alec pareció comprender que no podría hacerle cambiar de opinión. Se puso delante de él y habló con tono serio:

—Entiendo lo que dices, hijo. Sé a qué te refieres. Pero escúchame: ¿qué podemos hacer por estos niños? Todos los de este lugar dejado de la mano de Dios están enfermos y no tenemos la gente necesaria para sacarlos. Al menos han… Ni siquiera sé qué decir.

—Sobrevivido —contestó Mark en voz baja—. Creía que sobrevivir era lo único que importaba, pero estaba equivocado. No podemos dejar aquí a estos niños.

Alec suspiró.

—Mírame —cuando Mark no le obedeció, Alec chasqueó los dedos y gritó—: ¡Mírame!

Le obedeció.

—Vayamos a buscar a nuestras amigas. Después podremos volver. Pero si nos los llevamos ahora, no tendremos ninguna posibilidad, ¿me oyes? Ninguna en absoluto.

Mark asintió. Sabía que el anciano tenía razón, pero se le había desgarrado el corazón al ver a aquellos niños y le dolía físicamente. No creía que pudiera recuperarse nunca.

Se dio la vuelta para ordenar sus pensamientos. Lo único que podía hacer era concentrarse en Trina. Tenía que salvar a Trina. Y a Deedee.

—Vale —dijo finalmente—. Vamos.

Fueron de casa en casa, registrándolas de arriba abajo, y todo se volvió borroso para Mark. Cuanto más veía, más insensible se tornaba a las rarezas del nuevo mundo, a esa enfermedad que habían propagado a propósito. En cada casa, en cada manzana, veía cosas que sobrepasaban lo que creía que ya no podía superarse. Vio a una mujer saltar de un tejado y caer, destrozada, en las escaleras de la entrada. Observó a tres hombres dibujando círculos en la tierra; saltaban dentro y fuera de ellos, como niños, aunque al final algo les disgustó y se pusieron a pelear como locos. En una habitación de otra casa encontraron a un grupo de unas veinte o treinta personas, amontonadas en completo silencio. Sin duda, estaban vivas, pero no se movían.

Una mujer se comía un gato. Un hombre masticaba una alfombra en un rincón del salón. Dos niños se tiraban piedras tan fuerte como podían, llenos de sangre y moratones de los pies a la cabeza, sin parar de reír. Había gente quieta en los jardines, con la vista clavada en el cielo. Otros, tumbados bocabajo en el suelo, hablando solos. Mark vio a un hombre embistiendo un árbol, chocando una y otra vez contra el tronco, como si creyera que al final ganaría la batalla y lo derribaría.

Continuaron registrando rápidamente cada una de las casas conforme se

aproximaban a lo que Alec había llamado «la fiesta». Aunque lo más extraño era que hasta ese momento nadie les había atacado. La mayoría, de hecho, daba la impresión de temerles.

Estaban acercándose a la siguiente casa cuando un grito cortó el aire, más alto que los demás sonidos mezclados. Era penetrante, desgarrador y se abría camino por la calle como si estuviera vivo.

Alec y Mark frenaron en seco y miraron en dirección al ruido.

Unas cinco casas más abajo, dos hombres arrastraban por los pies a una mujer de pelo negro y la sacaban por la puerta principal. La cabeza golpeaba contra el cemento de cada escalón mientras la bajaban al jardín.

—Dios mío… —susurró Alec—. Es Lana.

CAPÍTULO 55

Alec no esperó a la reacción de Mark.

Echó a correr a toda velocidad, lanzándose a la calle, golpeando el pavimento con los pies al dirigirse hacia Lana y los desconocidos, que ahora la arrastraban por el jardín de la casa lleno de piedras. Había actuado tan rápido que Mark quedó muy atrás. El chico se esforzó por alcanzarle; la mochila le rebotaba en los hombros y el arma casi se le resbaló de las sudorosas manos.

Alec les gritaba a los hombres que parasen. Alzó el Transvicio, pero los matones o no entendieron la advertencia o no les importó. Continuaron empujando a Lana por el jardín hasta llegar a la acera, donde soltaron sus piernas violentamente. Ella dejó de gritar y Mark se preguntó si seguiría consciente. Si seguiría viva.

Alec se detuvo a poca distancia de donde Lana yacía inmóvil. Estaba apuntando el arma, gritándoles que se quedaran quietos, cuando Mark le alcanzó. Tardó un momento en recuperar el aliento antes de poder apuntar con su propio Transvicio.

Eran tres hombres en total, colocados en círculo alrededor del cuerpo de Lana mientras la miraban. No parecían conscientes de que les apuntaban con armas.

—¡Apartaos de ella! —gritó Alec.

Ahora que estaban más cerca, Mark por fin pudo echarle un buen vistazo a su amiga. Se le revolvió el estómago. Estaba magullada, cubierta de sangre y moratones. Le habían arrancado casi todo el pelo y le sangraba el cuero cabelludo en las zonas al descubierto. Por último, Mark advirtió que era como si alguien hubiera intentado arrancarle una de las orejas. El horror le golpeó como un yunque en el pecho y la ira a la que se había ido acostumbrando volvió a hervirle la sangre. Esas personas eran monstruos y si le habían hecho lo mismo a Trina…

Dio un paso hacia ellos, pero Alec alzó una mano para detenerle.

—Espera un segundo —dijo, y volvió a concentrarse en los captores—. No voy a repetirlo. Apartaos de ella o empezaré a disparar.

Pero en vez de responder, los tres hombres se agacharon; sus rodillas rozaban el cuerpo de Lana al rodearla. Desesperada, la mujer miraba de un lado a otro.

—Hazlo —dijo Mark—. ¿A qué estás esperando?

—¡No tengo un disparo limpio! —contestó Alec—. ¡No quiero evaporarla!

Las palabras de Alec aumentaron la irritación de Mark. No iba a quedarse ahí sin hacer nada ni un solo segundo más.

—Ya me he hartado de esta mierda —masculló. Echó a andar y apartó la mano cuando Alec intentó de nuevo detenerle.

Los hombres ni siquiera le miraron al acercarse. Estaban rebuscando en sus

bolsillos, con los cuerpos en una posición que le bloqueaba la vista casi por completo.

—¡Eh! —gritó, con el arma delante de él—. Apartaos de ella o disparo. ¡No querréis saber lo que os va a hacer esto, creedme!

No le escucharon o fingieron no hacerlo. Lo siguiente que sucedió fue tan rápido y sorprendente que Mark dio un traspié y estuvo a punto de caerse. Con un movimiento rápido, uno de los hombres sacó una navaja y apuñaló a Lana. Sus gritos produjeron tal horror en Mark que se estremeció hasta los huesos. Entonces echó a correr hacia delante, con el arma colgada a la espalda, para abalanzarse sobre ellos. Saltó y embistió al hombre que tenía más cerca, lo que apartó a ambos de Lana, rodando.

Oyó a Alec gritar su nombre, pero lo ignoró. Su único pensamiento era que debía desarmar a aquel tipo lo bastante rápido para detener a los otros; al menos, apartarlos lo bastante de Lana para que Alec se encargara de ellos. El hombre al que había embestido era fuerte, pero Mark le cogió por sorpresa y pudo inmovilizarle contra el suelo con las rodillas y arrebatarle la navaja de las manos. Sin pensarlo, le apuñaló en el pecho y terminó con él.

Se despegó del hombre, cayó de espaldas y se alejó. Se quedó observando, horrorizado, lo que acababa de hacer. Pero enseguida volvió a ver con claridad el mundo que le rodeaba y se puso en pie de un salto. Alec se acercó corriendo y, con las dos manos, giró bruscamente su arma para golpear con la culata a otro de los atacantes en la cabeza. El hombre se encogió y se desplomó en el suelo.

Un grupo de personas avanzaba hacia ellos desde el otro lado de la calle. Mark no tenía ni idea de dónde habían salido, pero eran al menos siete u ocho, todos hombres. Todos llevaban cuchillos, martillos o destornilladores, y sus rostros estaban iluminados por la ira.

—¡Cuidado! —le gritó Mark a Alec.

Pero los hombres no estaban interesados en ellos, iban todos a por Lana, a la que seguía atacando el último de los tres hombres que la habían arrastrado hasta allí. Alec retrocedió a trompicones y Mark corrió a su lado. Mientras observaban, Mark se dio cuenta de que no podrían hacer nada contra esa locura a menos que empezaran a usar los Transvicios. De repente le invadió una súbita y nefasta inseguridad.

Alec se endureció, un cambio visible que se extendió por todo su cuerpo. La cara se le quedó inmóvil, dura como una roca; se irguió y levantó la cabeza. Entonces, sin decirle una palabra a Mark, levantó el arma y apuntó al grupo de personas que atacaba a Lana.

Disparó. El chorro blanco salió a toda velocidad y alcanzó al hombre más próximo, que momentos antes había echado atrás el brazo, con un martillo ensangrentado. Enseguida se transformó en una brillante bandera de color gris y explotó en una neblina, que se llevó una brisa imperceptible. Alec estaba ya disparando al hombre que tenía al lado. Mark sabía que no podían ganar esa batalla, aunque Lana había sido fiel, valiente y fuerte desde el día en que se conocieron en los

túneles del subtrans.

Levantó su arma y empezó a disparar. Alec y él se cargaron a los atacantes uno a uno: apretaban el gatillo e iban a por el siguiente.

Los monstruos no tardaron en desaparecer y solo quedó el cuerpo lamentable de su amiga, que yacía en el suelo. Alec no vaciló. Apuntó y disparó una última descarga del Transvicio.

El sufrimiento de Lana terminó en una niebla gris.

CAPÍTULO 56

Los ojos de Mark se apartaron del charco de sangre del suelo y se clavaron en Alec. La expresión del hombre reflejaba mil cosas, pero enlazándolo todo había una profunda tristeza. Aunque Mark nunca había llegado a entender qué tipo de relación tenían los dos veteranos, había sido intensa y llena de historias.

Y ahora ella ya no estaba.

La expresión de Alec se aclaró en unos segundos, pero a Mark le pareció una eternidad. Nunca había visto tan triste a su amigo.

De pronto, Alec estaba de nuevo en acción y apuntaba a la casa que tenían delante.

—La sacaron de ahí dentro y ahí es donde vamos. Estoy seguro de que allí están Trina y la niña.

Mark se dio la vuelta y echó un vistazo. Se trataba de una mansión de tres plantas, con un tejado a dos aguas, unas ventanas enormes y un magnífico enladrillado. Pero a causa del tejado chamuscado, las paredes sucias y un césped amarillento, lleno de hierbajos, parecía muy vieja. A Mark le aterrorizaba lo que podían encontrar dentro.

Y la gente se congregaba a su alrededor.

Había pasado menos de un minuto desde que vaporizaron a su amiga y a sus violentos atacantes, pero la multitud que se apiñaba en el jardín y la calle parecía haberse duplicado. Hombres, mujeres y niños, la mayoría marcados con moratones y arañazos, algunos con cosas peores. Un hombre al que le faltaba un trozo entero de hombro caminaba despacio hacia ellos; parecía que alguien le hubiera asestado un hachazo en un arranque de cólera. Había una mujer a la que le faltaba un brazo y la articulación era un revoltijo ensangrentado. Pero más perturbadores aún eran los dos niños con heridas brutales que ni siquiera parecían ser conscientes de la gravedad de su estado.

La gente se acercó lentamente, rodeando a Mark y Alec. Aquella multitud de ropa mugrienta, hecha jirones, el pelo sucio, la mirada vacía… centraba totalmente su atención en los recién llegados.

Alec comenzó a caminar despacio hacia la puerta principal de la gran casa. Mark imitó sus cautelosos movimientos, como si cualquier acción repentina fuera a desatar la locura de aquellos que observaban cada paso que daban. Se aproximaron más, sujetando las armas con firmeza. Mark ya no iba a dejar pasar la más mínima: si alguien iba a por él, recibiría un disparo.

La muchedumbre cada vez estaba más cerca de Mark y Alec, se reunía como los espectadores de un desfile. Debían de ser ya un montón de personas, quizás unas

cien. Entonces varios hombres se separaron del grupo mayor y se abrieron camino hasta la puerta principal. Otros los imitaron, rodeando por completo a los recién llegados como un lazo preparado para tensarse.

—¡No sé si podéis entenderme —bramó Alec—, pero solo haré la oferta una vez! Apartaos de nuestro camino o empezaremos a disparar.

—Nuestras amigas están en esta casa —añadió Mark— y no vamos a marcharnos sin ellas —alzó su Transvicio para mostrárselo.

Las expresiones de los rostros que le rodeaban estaban cambiando. La indiferencia desaparecía. Los ojos se entrecerraban, arrugaban las frentes y los labios se fruncían para gruñir ligeramente. De hecho, un par de mujeres los abuchearon y un niño rechinó los dientes como un animal salvaje.

—¡Apartaos de nuestro camino! —gritó Alec.

La multitud siguió avanzando unos pasos más, acercándose, cerrando el círculo. Mark volvió a sentir aquel chasquido familiar en su interior, como si perdiera el control, y un torrente de algo similar al odio recorrió todo su cuerpo.

—Se acabó —mascullό.

Apuntó con su Transvicio al hombre más próximo entre él y la puerta principal y apretó el gatillo. Un flujo cegador de luz blanca salió del arma hacia el pecho del hombre y lo convirtió en una pared gris, que después desapareció en una explosión de partículas. Mark no vaciló: apuntó al siguiente hombre, apretó el gatillo y observó cómo se convertía en vapor. A su lado había una mujer que, tres segundos más tarde, ya no estaba.

En parte esperaba que Alec le detuviera, pero el antiguo soldado no perdió el tiempo. La mujer aún no se había desvanecido del todo cuando él también se puso a disparar. Se concentraron en despejar el camino hasta la casa, moviendo las armas adelante y atrás mientras los mataban uno a uno. Los destellos de luz inundaban el aire cuando los Transvicios se calentaban, desatando una oleada de destrucción. Todo sin derramar una sola gota de sangre.

Habían eliminado a unas doce personas, mientras se abrían paso entre la multitud delante de ellos, cuando el resto de infectados pareció comprender lo que sucedía. Se oyó un violento alarido, un sonido horrible y penetrante, y de pronto todos echaron a correr hacia ellos con armas mortíferas.

Mark movía su Transvicio de izquierda a derecha, apretando el gatillo en cortas ráfagas, sin ni siquiera molestarse en apuntar. Los rayos blancos alcanzaron a unas mujeres; un disparo perdido le dio a un niño pequeño, que se volatilizó. Aun así, iban hacia ellos a toda velocidad. Mark se volvió hacia los que estaban detrás. Disparó otra vez, luego agarró el Transvicio para golpear a un hombre en el rostro con la culata; lo tumbó y le dejó gritando de dolor.

Mark retrocedió a trompicones, pero recuperó el equilibrio. Había personas a su alrededor, resoplando, enseñando los dientes, saltando, con ojos enloquecidos y risas histéricas. Sujetó el Transvicio con fuerza contra su pecho y disparó al azar, girando

en círculo lentamente mientras vaporizaba a cualquiera que estuviera cerca. Luego colocó el arma en la posición contraria, sin parar de fijarse todo el rato en la ubicación de Alec.

Los siguientes instantes fueron una auténtica locura. Mark sintió un arranque de pánico, pero siguió disparando, moviéndose a todos lados. Daba codazos, empujones, se abría camino, disparaba y todo volvía empezar de nuevo, cada vez un poco más cerca de la casa. Mató al menos a otras diez personas antes de subir los escalones del porche.

Cayó al suelo, giró el Transvicio y le dio a un hombre directamente en el pecho, que saltó por los aires hacia él. La niebla gris le pasó por la cara y desapareció. Vio a Alec a unos pasos: golpeaba con el extremo del arma el rostro de una mujer; entonces echó a correr, subió los escalones, pasó junto a Mark y se dirigió a la puerta.

Mark disparó una vez más antes de subir los peldaños arrastrándose de espaldas. Al fin se puso de pie y llegó a la puerta cuando Alec cruzaba el umbral. Pasó corriendo junto a su amigo al interior de la casa y Alec cerró la puerta de golpe. Apenas había corrido el cerrojo cuando los cuerpos aporrearon la puerta al otro lado. Mark se preguntó si aguantaría mucho.

Echaron a correr por un pasillo, doblaron a la derecha y se encontraron otro pasillo. Allí aparecieron dos personas que debían de haber estado vigilando una puerta. Alec les alcanzó con un disparo del Transvicio. Mark pasó junto a él, abrió la puerta y vio unas escaleras. Abajo había un hombre, que subía con los ojos encendidos en un rostro sucio y arañado. Mark le vaporizó.

Bajó las escaleras de dos en dos. Un hombre y una mujer se abalanzaron sobre él con cuchillos, intentando alcanzarle antes de que acertara a levantar el arma. Se los quitó de encima con un golpe y se lanzó al suelo justo cuando apareció Alec y disparó dos veces. Y entonces todo quedó en silencio, salvo por los distantes sonidos de la gente del exterior, que pronto iría a por ellos.

Estaban en un sótano. Un rayo de sol lograba filtrarse por una ventana estrecha en la parte superior de la pared, a la derecha de Mark. Motas de polvo danzaban en el aire. Y dos personas se acurrucaban en un rincón, más asustadas que nadie.

Trina y Deedee se aferraban la una a la otra, abrazaban sus cuerpos magullados. Mark corrió hacia ellas, se arrodilló enfrente y dejó el arma en el suelo.

Deedee estaba llorando y habló la primera:

—Está enferma —dijo con voz temblorosa, infantil, y apretó a Trina sin dejar de llorar.

Mark cogió a Trina de la mano y se la apretó.

—Tranquila. Os hemos encontrado. Vamos a sacaros de aquí.

Trina había estado todo el rato con la vista clavada en el suelo, pero levantó despacio la cabeza y le miró. Tenía los ojos vacíos y oscuros.

—¿Quién eres? —preguntó.

CAPÍTULO 57

Las palabras le llegaron como una serie de rápidos golpes al corazón. Intentó convencerse a sí mismo de que había un millón de razones por las que podría haber dicho aquello. Quizá porque la habitación no tenía luz suficiente, quizá le hubieran golpeado en la cabeza, quizá viera borroso. Pero la realidad estaba en sus ojos. No tenía ni idea de quién era. Ni la más remota.

—Trina… —buscó las palabras—. Trina, soy yo. Mark.

Arriba sonó un estrépito: algo se había roto. Luego, unos cuantos golpes; pasos en la planta baja.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Alec—. ¡Ya!

Trina no dejaba de mirar a Mark, con el ceño fruncido por la confusión. Inclinaba la cabeza a un lado, como si cavilara sobre quién podría ser el chico que tenía delante. Pero también había miedo y pánico, algo inquietante.

—A lo mejor hay un tratamiento —susurró Mark en una especie de trance. La única persona en el mundo que quería que estuviera a sana y salva…—. A lo mejor…

—¡Mark! —gritó Alec—. ¡Súbelas! ¡Ya!

Se dio la vuelta y vio a su amigo al final de las escaleras, con el arma levantada para disparar a cualquiera que se atreviera a bajar. Más ruido sobre sus cabezas: gente corriendo y gritando, cosas que se rompían. Entonces percibió un movimiento por la ventana: un par de pies, pero al instante desaparecieron.

—Todo se arreglará —dijo, volviendo su atención a las dos chicas—. Vamos, tenemos que marcharnos de aquí.

El volumen en aumento de los ruidos amenazaba con llevar el pánico al extremo, pero sabía que con Trina pisaba un terreno delicado. No tenía ni idea de cómo podía reaccionar si intentaba meterle prisa.

—¿Deedee? —dijo con tanta dulzura como pudo. Cogió el Transvicio y se pasó la correa por el hombro—. Ven, Deedee; dame la mano y levántate.

Un ruido fuerte, proveniente de las escaleras, cortó el aire. Alguien había abierto una puerta de golpe y esta había chocado contra la pared. Los gritos alcanzaron un punto de histeria. Mark escuchó la inconfundible sobrecarga eléctrica y el silbido del Transvicio al disparar, oyó los gritos ahogados de horror que los de arriba soltaban al ver a sus compañeros desaparecer en una explosión de niebla gris. Se imaginó la escena mientras tendía la mano e intentaba parecer tranquilo a ojos de Deedee.

La niña se le quedó mirando durante unos angustiosos segundos; parecía que se le estuvieran cruzando mil ideas por la cabeza. Él no se movió, sino que siguió sonriendo con la mano tendida. Al final, ella la cogió y dejó que la ayudara a

levantarse. Sin soltarla, se agachó para pasar el otro brazo por la espalda de Trina y sujetarla bien. Usó toda la fuerza que le quedaba para levantarla del suelo y ponerla de pie.

No se resistió, pero a Mark le preocupaba que pudiera caerse si la soltaba.

—¿Quién eres? —repitió—. ¿Has venido a salvarnos?

—Soy tu mejor amigo desde siempre —respondió, tratando de que sus palabras no le hirieran—. Estas personas nos alejaron y ahora voy a llevarte de vuelta a un lugar seguro. Hogar dulce hogar y todo eso.

—Por favor —dijo ella—, por favor, no dejes que vuelvan a hacerme daño.

En su pecho se abrió un abismo que amenazó con tragarse su corazón.

—Por eso estoy aquí. Solo te pido que camines, ¿vale? Camina y mantente cerca de mí.

Hubo más ruidos arriba: un grito, una ventana rompiéndose; después, pasos en las escaleras. Alec disparó otra vez.

Trina se movió y apoyó todo el peso sobre los pies.

—Vale, estoy bien. Haré cualquier cosa con tal de salir de aquí.

—Esa es mi chica —muy a su pesar, Mark retiró el brazo de su espalda y se concentró en Deedee, agachándose para mirarla a los ojos—. Esto va a dar mucho miedo, ¿vale? Pero pronto se habrá acabado. Quédate cerca de…

—Estaré bien —le interrumpió la niña. Un repentino fuego ardió en sus ojos y la hizo parecer diez años mayor—. Vamos.

Mark notó una ligera sonrisa en sus labios.

—Perfecto. Vamos allá.

Agarró la mano de Deedee, la puso en la de Trina y las apretó. Luego cogió su Transvicio y se lo acopló con firmeza contra el pecho, preparado para disparar.

—Quedaos detrás de mí —dijo, mirando a una y a otra para confirmar que le habían entendido. Trina ahora parecía un poco más lúcida, la claridad había vuelto a sus ojos—. Detrás de mí.

Apoyó un dedo en el gatillo y luego se volvió hacia el pie de las escaleras, donde Alec mantenía su posición.

Avanzaba hacia Alec, con Deedee y Trina a la zaga, cuando la ventana a su izquierda estalló y un pedazo de ladrillo cayó al suelo entre una lluvia de cristales. Deedee gritó y Trina saltó hacia delante, chocando contra la espalda de Mark. Él se inclinó, pero recuperó el equilibrio antes de caer y apuntó con el Transvicio hacia la ventana rota. El brazo de un hombre asomaba por el hueco estrecho; tanteaba las paredes.

Mark lanzó una descarga. El primer rayo de calor blanco falló y perforó la pared, dejando una extraña nube de polvo. Volvió a intentarlo y esta vez acertó. El brazo se disolvió en una masa gris y después desapareció por completo. Dos personas más se asomaron por el mismo sitio que aquel hombre, pero Mark vio que el espacio de la ventana era demasiado pequeño para que pudieran atravesarlo. Se dio la vuelta y

volvió a avanzar hacia las escaleras. Alec seguía allí, firme, y disparó a alguien de arriba mientras él le miraba.

—No nos queda más remedio que abrirnos camino por aquí —gruñó el hombre sin apartar los ojos de la puerta—. Probablemente estén llegando ahí fuera más psicópatas de estos a cada minuto que pasa.

—Estamos preparados —respondió Mark, aunque no tenía ni idea de cómo un grupo de cuatro personas podría atravesar una horda de maniacos infectados con el Destello—. Deberíamos escudar a las chicas entre nosotros.

—Exacto. En esta ocasión, yo iré primero y tú, detrás. Va a ser muy desagradable abrirse camino entre esos chiflados.

Mark asintió y retrocedió un paso. Trina parecía haber recuperado sus facultades mentales, aunque aún no daba señales de recordarle. Cogió a Deedee de la mano y la guio para colocarse junto a Alec. El hombre le guiñó el ojo a la niña y empezó a subir las escaleras. Trina le siguió, con Deedee detrás. Mark subió de espaldas, por si acaso alguien encontraba otro modo de entrar en el sótano.

Paso a paso, ascendieron hacia el caos que les aguardaba arriba.

—¡Apartaos de nuestro camino! —gritó Alec—. ¡Empezaré a disparar en tres segundos!

El estruendo aumentó, una cacofonía de gritos, silbidos, burlas y risas. Mark renunció a la idea de vigilar la retaguardia y, cuando alzó la vista, distinguió cinco o seis caras aglomeradas en la puerta, esperándoles, con ojos idos, ávidos de violencia. Sintió que le crecía tal miedo en el pecho que le costaba respirar. Pero sabía que si conseguían salir, tendrían posibilidades de ganar.

—¡Tiempo! —bramó Alec, y pegó tres tiros rápidos con el Transvicio.

Dos mujeres y un hombre desaparecieron en la nada.

De pronto, todos se abalanzaron sobre ellos con alaridos y una masa de cuerpos atravesó la puerta. Alec disparó un par de veces más, pero eran demasiados. No tardó en tener a diez personas encima, saltando y arañándole.

Alec cayó hacia Trina y Deedee, que chocaron contra Mark. El grupo entero rodó escaleras abajo en una maraña de brazos y piernas. Y los infectados cargaron contra ellos.

CAPÍTULO 58

Mark se dio en la cabeza con un escalón, con la pared y después con el suelo. También recibió patadas, bofetadas y codazos. El mundo era una locura giratoria, llena de dolor. Cuando todo se calmó, Trina y Alec estaban sobre su pecho y Deedee, sobre sus piernas, tratando de levantarse. Alec intentó torpemente alzar el Transvicio para disparar, pero un hombre se enfrentó a él, saltó del cuarto escalón y chocó contra su cuerpo, apartándolo rápidamente de Mark.

Trina le tendía la mano a Deedee; cuando la agarró, la abrazó con fuerza para salir de un salto de la refriega mientras se precipitaban más personas desde arriba. No tardaron en abalanzarse sobre Mark, una docena o más, propinándole puñetazos y patadas; era como si quisiesen hacerle pedazos. Mark estaba perdido: los planes se habían ido al traste y ya solo quedaba confiar en la pura desesperación. Retorció el cuerpo e intentó salir de la masa, agarrando el Transvicio con las dos manos, moviéndolo de izquierda a derecha para quitarse a la gente de encima.

Trina gritó con una voz fuerte y penetrante:

—¡Basta! ¡Que todo el mundo pare y me escuche!

Sus palabras atravesaron el aire y cesaron los gritos y gruñidos de la enmarañada masa de cuerpos que cubría las escaleras de arriba abajo. Todo el movimiento se detuvo. A Mark le sorprendió aquel cambio repentino. Con la vista clavada en Trina, salió con dificultad de debajo de un par de personas casi petrificadas y se apoyó en la pared, justo enfrente del último peldaño. Trina estaba a su izquierda y sostenía aún a Deedee en brazos; a su derecha, Alec también se había liberado.

Todos los ojos se posaban en Trina, como si poseyera una especie de poder mágico hipnótico. Lo único que interrumpía el silencio del sótano era la respiración de los ocupantes.

—Tenéis que escucharme todos —dijo más bajo. Había locura en sus ojos—, ahora soy una de vosotros. Estos hombres han venido a ayudarnos. Pero debéis dejarnos marchar para que puedan hacerlo.

Aquello desencadenó un coro de murmullos entre la multitud. Mark observó con fascinación enfermiza cómo se ponían de pie y susurraban entre ellos, desesperados, en apariencia dispuestos a obedecer. Aquellas personas sucias y cubiertas de sangre empezaron a actuar de un modo organizado: se colocaron a ambos lados de las escaleras y abrieron un pasillo. Mark vio que los de arriba se comunicaban con más personas dentro de la casa y hacían correr la voz. Todo con una suerte de veneración.

Trina se giró hacia él.

—Llévanos arriba.

Como ella seguía sin mostrar ninguna señal de reconocimiento en sus ojos, el corazón volvió a darle una punzada. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo ni de cómo había conseguido que esa multitud de maniacos escuchara su orden, pero no iba a perder la oportunidad. Se puso en pie de un salto y preparó el Transvicio, sin mostrarlo abiertamente como una amenaza. Miró a Alec, que parecía más nervioso de lo que le había visto jamás, con la duda nublándole la expresión. Le hizo un gesto con la cabeza a Mark para indicar que fuera primero.

Avanzó hacia las escaleras y se volvió hacia Trina y Deedee.

—Subamos, pues. Vamos, no va a pasar nada.

Nunca en su vida había dicho algo en lo que creyera menos.

Se acercaron a él, dispuestas a seguirle. Trina tenía a Deedee delante y la agarraba de los hombros. Alec se movió para colocarse detrás de ellas.

—Subamos —gruñó. Sus ojos iban de un lado a otro, observando las filas de personas a ambos lados de las escaleras. Y la manera de mirarlos lo decía todo: estaba seguro de que era alguna clase de trampa. Agarraba el Transvicio más fuerte que su amigo.

Mark respiró hondo, consciente ahora del olor espantoso de quienes le rodeaban, y se giró para contemplar de nuevo las escaleras. Subió el primer peldaño. Todos los ojos le miraban a la cara. A su derecha había una mujer con el pelo greñudo y las mejillas amoratadas, que le observaba con una ligera sonrisa de complicidad. A su izquierda había un adolescente con la ropa hecha jirones, sucio y lleno de arañazos de los pies a la cabeza. También parecía estar a punto de reírse. Más gente esperaba con expresiones similares y todos lo miraban en silencio, inmóviles.

—¿Vas a subir o qué? —susurró Alec desde atrás.

Mark dio otro paso. Estaba preocupado por subir deprisa las escaleras, como si Trina hubiera puesto a los infectados en una especie de trance y cualquier movimiento rápido pudiera romper el hechizo. Levantó el pie y subió otro escalón. Luego, otro. Se volvió para echar un vistazo: Trina y Deedee le seguían, Alec iba detrás. El viejo le lanzó una mirada asesina que demostraba su descontento con lo despacio que caminaba.

Mark dio otro paso y otro más; las miradas de aquellos extraños le producían escalofríos en la piel y la espalda. Las sonrisas se hacían más amplias y espeluznantes.

Habían recorrido ya dos tercios de las escaleras cuando oyó la voz de una mujer detrás de él:

—Bonita. Muy bonita.

Se dio la vuelta: la mujer le estaba dando unas palmaditas a Deedee en la cabeza, casi acariciándola como si fuera un animal. La cara de la niña estaba llena de horror.

—Qué niña más bonita —dijo la mujer—. Estás para comerte, como un pavo. Sí. Qué dulce.

Mark echó la vista hacia delante, asqueado. Tenía una sensación extraña en el

pecho, como si algo en su interior tratara de escapar. Acababa de dar otro paso cuando un hombre le dio unos golpecitos en el hombro.

—Qué chico más fuerte estás hecho —dijo el desconocido—. Apuesto a que tu madre se siente orgullosa de ti, ¿eh?

Mark le ignoró y subió otro peldaño. Esta vez fue la gente del otro lado la que le puso las manos en el brazo, no de un modo amenazador, simplemente le tocaban. Otro paso. Una mujer se apartó de la pared y le echó las manos al cuello, dándole un rápido y fuerte abrazo. Luego le soltó y volvió a su posición en el lateral. Una sonrisa maliciosa deformó sus rasgos.

La repugnancia inundó al chico. No podía pasar ni un minuto más en esa casa. Abandonó toda precaución, cogió la mano de Deedee y empezó a subir los escalones más deprisa. Oía las pisadas de Alec en la retaguardia.

Al principio parecían haber pillado desprevenidos a los infectados, atónitos por el repentino movimiento. Mark llegó arriba, cruzó el rellano, entre los rostros angustiados que les miraban a ambos lados, y salió al pasillo. La casa estaba llena, había personas por todas partes; algunos sostenían palos, bates y cuchillos. Pero en medio seguían dejando una vía libre que conducía a la puerta principal. Mark no vaciló y echó a correr hacia la salida, tirando de Deedee.

Pudieron recorrer medio camino antes de que se originase el caos. Todos los ocupantes de la casa se pusieron a gritar a la vez y sus cuerpos se apiñaron hacia ellos. Mark soltó la mano de Deedee y la vio desaparecer entre la multitud con un dulce grito, como el de un ángel entre demonios.

CAPÍTULO 59

Mark salió tras ella, pero perdió el equilibrio, resbaló y cayó. Al instante, tenía un montón de cuerpos encima, arañándole y rasgándole la ropa. Se retorció y golpeó con los codos, que chocaron contra los cuerpos, y oyó gritos. Las manos intentaban arrebatarle el arma, eran demasiadas para combatirlas. Dio patadas y se puso bocabajo para impulsarse en el suelo y ponerse en pie. Pero algo duro le atizó en la espalda, se desplomó y su cara quedó pegada a la baldosa. Entonces notó un doloroso tirón en el cuello y se dio cuenta con horror de que se trataba de la correa del arma. Justo cuando intentó cogerla, pasó por su barbilla y por encima de la cabeza Más gritos y ovaciones.

Ya no tenía el Transvicio.

Toda la atención de la estancia se centró en el arma robada y eso le dejó unos segundos para ponerse de pie apresuradamente. El hombre que se la había quitado la sostenía en el aire con ambas manos y bailaba lentamente en círculo. Los que estaban a su alrededor saltaban arriba y abajo, con los brazos extendidos para tocar la superficie brillante. Poco a poco se apartaban de Mark y cada vez había más gente apelotonándose para ver el nuevo premio. La masa se dirigía hacia la otra punta del pasillo, a lo que parecía ser la cocina.

Mark sabía que nunca recuperaría el Transvicio. Recorrió con la vista el vestíbulo, desesperado, en busca de algún rastro de sus amigos. A Deedee la arrastraban tres o cuatro personas. Pataleaba y gritaba mientras subían con ella las escaleras. Trina iba justo detrás, luchando por alcanzarla. Alec peleaba al menos contra seis atacantes que parecían decididos a conseguir su propio premio brillante. Ante la mirada de Mark, su amigo golpeó con el extremo del Transvicio la cara de un tipo y disparó un rayo de luz blanca a otro para vaporizarle. Pero entonces un torrente de personas se abalanzó sobre él, que cayó al suelo mientras le saltaban encima.

A Mark no le quedaba más remedio que ir a por Trina y Deedee primero.

Echó a correr, abriéndose camino entre la gente, que no parecía tener claro lo que debería hacer, y saltó hacia la cornisa que recorría el exterior de las escaleras. Sabía que solo podría pasar si trepaba. Se agarró a la barandilla y subió.

Un hombre trató de darle un puñetazo, pero falló. Una mujer se abalanzó sobre él, ajena a la posibilidad de lastimarse. Mark pudo agacharse y ella cayó al suelo de abajo. Otros trataron de empujarle; algunos intentaban darle desde abajo o le agarraban de las piernas, querían tirarlo sobre la furiosa masa de cuerpos. Se los quitó a todos de encima, manteniendo una mano en la barandilla mientras esquivaba y asestaba puñetazos y patadas para apartar a los que intentaban detener su avance.

Por fin consiguió llegar al principio de la comitiva y pasó junto al hombre y la mujer que llevaban a Deedee en brazos. Mark se aferró a la barandilla con ambas manos y se impulsó para aterrizar con destreza en uno de los últimos escalones. La gente no se detuvo, continuó hacia él. Mark no sabía qué más hacer, así que se lanzó hacia delante, cogió a Deedee en brazos sosteniéndola bien fuerte, dejando que el ímpetu de su cuerpo la liberara de las garras de sus captores.

Bajaron rodando las escaleras, golpeando a diestro y siniestro hasta llegar al último escalón y caer al suelo. Alzó la vista desde donde yacía envolviendo a la niña en actitud protectora y vio a Trina salir disparada hacia él, apartando a otros, con los ojos iracundos fijos en Deedee.

Gimiendo por el dolor que sufría su cuerpo, de algún modo consiguió ponerse en pie justo cuando Trina los alcanzó. Ella le quitó a Deedee y rodeó a la niña con los brazos. La pequeña estaba sollozando. Sin embargo, su breve prórroga había terminado; la gente se acercaba a ellos desde todas las direcciones.

Mark echó un vistazo rápido a su alrededor y se percató de que el panorama era desalentador. La casa era un caos.

Alec estaba en el salón, todavía defendiéndose contra un montón de agresores, disparando el arma cuando podía. Varios se apartaron de él al ver a Mark y fueron a por el muchacho. Un torrente de personas salió de otra dirección —del pasillo al que daba la cocina— y se acercaron rápido, como si huyeran de algo en vez de atacar. Más infectados se interpusieron entre Mark y la puerta, bloqueando la huida. Cualquiera de ellos parecía dispuesto a matar o a que lo matasen.

Mark levantó los brazos para proteger a Trina y Deedee, retrocedió y las apretó contra la pared junto a las escaleras. El primero en alcanzarle fue un anciano destrozado, lleno de arañazos. No tenía pelo; en su lugar, los cortes le cubrían la cabeza. Saltó al aire, directo hacia Mark, cuando se oyó un ruido sordo en la cocina. El cuerpo del hombre se transformó en una pared gris y desapareció en una nube de niebla que pasó junto a Mark.

El cuerpo del chico se quedó helado. El sonido no procedía de donde se encontraba Alec. Alguien había averiguado cómo funcionaba el Transvicio.

La idea apenas se había formado en su cabeza antes de que un rayo de luz blanca le pasara de largo e impactara en el pecho de una mujer que estaba en el grupo junto a la puerta.

—¡Alec! —gritó Mark—. ¡Alguien está disparando el otro Transvicio!

El miedo que le puso la piel de gallina no se parecía a nada que hubiera sentido, incluso después de todas las situaciones infernales que había experimentado desde el día en que todo se quedó a oscuras en el subtrans. Un loco iba por ahí con un Transvicio capaz de vaporizar a un humano al instante. En cualquier segundo, la vida de Mark podría desvanecerse antes siquiera de darse cuenta de lo ocurrido.

Tenía que salir de allí.

A pesar de sus mentes enfermas, el resto de la casa sabía que estaba sucediendo

algo extraordinario. El pánico se extendió por el grupo y todas las personas echaron a correr hacia la puerta principal. Chillidos y gritos histéricos de ayuda inundaron el ambiente. El vestíbulo era un río creciente de brazos, piernas y rostros aterrados, todos pegados, esforzándose por llegar a la puerta principal de la casa. Se oyeron más disparos del Transvicio arrebatado y más cuerpos desaparecieron.

Mark notó cómo su cordura se desmoronaba. Se dio la vuelta y cogió a Deedee en brazos, después agarró a Trina del hombro para apartarla de la pared y la empujó hacia la multitud, hacia el comedor, donde luchaba Alec. Estaba rodeado por una masa de gente, demasiados para poder dispararles.

Volvió a empujar a Trina, esta vez hacia las grandes ventanas en voladizo, las únicas de la casa que seguían intactas. Sujetó una lámpara y la lanzó contra el cristal, que se rompió en millones de fragmentos. Luego agarró fuerte a Deedee con el brazo derecho, echó a correr y cogió a Trina del codo con la mano izquierda. Sin aflojar el paso, salió disparado directo hacia la abertura, soltó a Trina y se abalanzó, girando el cuerpo en el último segundo para que saliera la espalda primero. Pegó a la niña a su cuerpo, intentando protegerla lo mejor posible mientras caía sobre la tierra compacta de lo que había sido un jardín. La caída le dejó sin aliento.

Al coger aire, levantó la vista hacia el cielo brillante y vio el rostro de Alec asomándose.

—Es cierto que has perdido la cabeza —dijo el hombre, pero antes de terminar la frase ya estaba ayudando a Trina a salir por la ventana.

Él saltó después de que Trina aterrizara sin problemas. Luego ambos ayudaron a Mark a ponerse de pie y Trina volvió a coger a Deedee en brazos.

Algunos infectados les habían visto escapar y los perseguían; otros salían en tropel por la puerta principal. Los gritos saturaban el aire y fuera ya estaban luchando unos contra otros.

—Ya estoy harto de esta fiesta —refunfuñó Alec.

Cuando Mark recuperó por fin el aliento, los cuatro echaron a correr por el jardín polvoriento, torciendo hacia la calle que les llevaría de vuelta al iceberg. Alec intentó ayudar a Trina quitándole a Deedee de los brazos, pero ella se negó y siguió avanzando, con una expresión tensa por el esfuerzo de la carga. En cuanto a la niña, sus llantos habían sido sustituidos en algún momento por el silencio. Ni siquiera tenía lágrimas en la cara.

Mark miró detrás: un hombre disparaba al azar desde el porche delantero con el Transvicio, matando a la gente que pasaba, desintegrándola. Finalmente advirtió la presencia del grupo que huía por la calle y pegó un par de tiros. No se acercaron ni por asomo; los rayos blancos destrozaron el pavimento y lanzaron polvo al aire. El tipo se rindió y volvió a matar presas más cercanas.

Ellos continuaron corriendo. Al pasar por la casa llena de niños, Mark se concentró en Trina, Deedee y el futuro. No se detuvo.

CAPÍTULO 60

Por fin avistaron el iceberg. Se alzaba a lo lejos, más bonito de lo que Mark se habría esperado de ese viejo trasto destartalado. Aunque todos jadeaban como si cada inhalación fuera la última, no aflojaron el paso y pronto el gran trozo de metal surgió sobre sus cabezas.

Mark no entendía cómo Trina había conseguido llevar a Deedee en brazos todo el rato. Pero se había negado a que la ayudasen.

—¿Estás… bien? —le preguntó entre profundas inspiraciones.

La chica se desplomó en el suelo, dejando a la niña a su lado con todo el cuidado que pudo, y lo miró. Seguía sin reconocerle.

—Estoy… bien. Gracias por rescatarnos.

Mark se arrodilló junto a ella mientras el dolor regresaba a su corazón ahora que la locura de la huida había finalizado.

—Trina, ¿de verdad no te acuerdas de mí?

—Me resultas… familiar. Pero tengo demasiadas cosas en la cabeza. Esta niña es inmune, lo sé, y tenemos que llevársela a la gente importante, antes de que todos estemos demasiado locos para intentarlo.

Mark notó que se le revolvía el estómago y se apartó de su amiga. La manera escalofriante en la que había dicho esas últimas palabras…

Sabía que le pasaba algo malo. ¿Y acaso no podía decir lo mismo de sí mismo? ¿Cuánto tiempo le quedaba hasta que no le importase nada? ¿Un día? ¿Tal vez dos?

La enorme puerta del iceberg se puso en movimiento con un fuerte golpe y un chirrido que le sirvió de excusa para no responder. Observó como bajaba hasta el suelo.

Alec habló en voz alta para que le oyeran entre los engranajes chirriantes y la hidráulica:

—Subámoslas a bordo y comamos. Luego ya veremos qué hacemos con nosotros. Pronto podríamos convertirnos en los pirados de los que acabamos de huir.

—La niña no —musitó Mark, tan bajo que se preguntó si su amigo le habría oído.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre.

—Tiene una cicatriz en el brazo. Le alcanzó un dardo hace unos meses. Piénsalo… Trina tiene razón: es inmune. Eso tiene que significar algo.

Trina se espabiló al oír aquellas palabras y asintió con la cabeza enérgicamente, con demasiado ímpetu. A Mark se le volvió a caer el alma a los pies. No estaba del todo allí.

Alec soltó uno de sus gruñidos tristemente célebres.

—Bueno, a menos que queráis intercambiar el cuerpo, creo que no nos beneficia en nada, ¿no?

—Pero a lo mejor puede ayudar a otros. Si es que no tienen ya una cura…

Alec le miró dubitativo.

—Subamos a bordo antes de que alguno de esos locos se nos eche encima.

«Y nos haga estallar con el Transvicio», pensó Mark con seriedad. Agradecía que el viejo soldado no le hubiera echado la bronca por eso.

Alec se dirigió a la rampa, que ya estaba casi abajo, y le dejó con las chicas. Mark cogió a Trina de la mano.

—Vamos, a bordo estarás bien y a salvo. Hay comida y un sitio donde descansar. No te preocupes. Puedes… confiar en mí.

Le dolía incluso decir tal cosa.

Deedee se levantó, con el rostro todavía inmutable, y le cogió de la mano antes de que pudiera hacerlo Trina. La niña le miró y, aunque su expresión no cambió, algo en sus ojos le hizo pensar que en alguna parte ocultaba una sonrisa. Trina se puso en pie.

—Solo espero que el hombre del saco no viva en esa cosa —dijo con una voz distante y angustiada. Luego echó a andar hacia la rampa.

Mark suspiró, con Deedee a la zaga.

Las siguientes horas pasaron con calma mientras el sol bajaba a toda velocidad hacia el horizonte y la oscuridad inundaba el exterior del iceberg. Alec sobrevoló el vecindario en el que habían aparcado antes; parecía desierto. Luego comieron y prepararon unas literas para que Trina y Deedee durmieran un poco. Trina farfullaba mucho y Mark incluso la vio en algún momento con un poco de baba en la barbilla. Mientras se la limpiaba, la tristeza brotó de nuevo en su corazón.

A él dormir le parecía algo imposible.

Tenía pensado hablar con Alec para saber cuál sería su próximo movimiento, pero, cuando le encontró, el viejo oso estaba roncando en el asiento del piloto, sentado derecho, con la cabeza colgando a un lado. Mark se vio tentado a tirarle un trozo de comida a la boca y soltó una risita tonta ante la idea.

Soltó una risita tonta.

«Está empezando a írseme», pensó, y su estado de humor se hundió en un lugar oscuro. Necesitaba desesperadamente dejar de darle vueltas a la cabeza.

Entonces recordó las agendas electrónicas que había visto en el espacio de carga, las que ató a la estantería con las correas. Se animó un poco ante la esperanza de que tal vez algo en esos aparatos arrojara un poco de luz sobre lo que debían hacer. Quizás, solo quizás, hubiera una forma de deshacerse del virus. A lo mejor había alguna posibilidad.

Se golpeó en la rodilla dos veces —y otra en la cabeza— al correr por el iceberg de escasa iluminación hacia el espacio de carga. A medio camino recordó que

necesitaría una linterna y volvió para sacarla de la mochila. Cuando por fin estuvo enfrente de la estantería, cogió rápidamente las agendas y se sentó a revisarlas.

Había tres. La primera estaba sin batería y una contraseña le impidió acceder a la segunda, que además parpadeó: pronto se apagaría. El entusiasmo de Mark casi decayó. Pero la tercera se encendió y su pantalla iluminó la gran estancia con tanto brillo que Mark apagó la linterna. El propietario —por lo visto, un tipo llamado Randall Spilker— no pensó que fuera necesaria una contraseña y la pantalla de inicio apareció de inmediato.

Pasó la siguiente media hora leyendo detenidamente información inservible. Al señor Spilker le encantaban los *chats* y los juegos. Mark estaba a punto de rendirse, creído de que el tipo usaba simplemente el aparato como un juguete, cuando descubrió unos archivos de trabajo ocultos.

Carpeta tras carpeta, y ninguna revelación. Hasta que finalmente encontró el botín en un sitio donde la mayoría de la gente no hubiera tenido la paciencia de buscar. Era una carpeta, marcada de forma tan clara como el resto, prácticamente perdida en una lista de tropecientas que estaban vacías.

Se titulaba ORDEN DE MATAR.

CAPÍTULO 61

Había tantos documentos que Mark no sabía por dónde empezar. Cada archivo tenía un número asignado y parecían haberse guardado en un orden aleatorio. Sabía que no tendría tiempo de leerlos todos, así que decidió empezar a abrir los a ver qué encontraba.

Había archivos y archivos de correspondencia, memorándums y anuncios oficiales. La mayoría eran intercambios personales —copias en unos cuantos archivos — entre el señor Spilker y sus amigos, en particular una mujer llamada Ladena Lichliter. Ambos trabajaban para la Coalición Post-Erupciones Solares, una entidad de la que habían oído hablar algunas personas en los asentamientos, pero de la que apenas sabían nada. Por lo que Mark deducía, el grupo había juntado tantas agencias gubernamentales de todo el mundo como había sido posible. Se habían reunido en Alaska —se rumoreaba que era una ubicación poco afectada por las erupciones solares— e intentaban organizar el mundo de nuevo.

Todo parecía muy noble —y frustrante para los que estaban implicados— hasta que Mark se topó con una conversación entre el señor Spilker y Ladena Lichliter, al parecer la persona en la que más confiaba, que le erizó el vello de los brazos. Había estado leyendo por encima un texto tras otro, pero este lo leyó dos veces:

Para: Randall Spilker
De: Ladena Lichliter
Asunto:

La reunión de hoy me ha puesto enferma, y todavía lo estoy. No me lo puedo creer. No puedo aceptar que el CCP nos haya mirado a los ojos y presentado esa propuesta. En serio. Me quedé atónita.

¡Y más de la mitad de la sala ESTUVO DE ACUERDO! ¡Lo apoyaron! ¿Qué demonios pasa? Randall, dime qué demonios pasa. ¿Cómo se les ocurre hacer una cosa así? ¡CÓMO!

He estado toda la tarde intentando encontrarle sentido. No puedo soportarlo. No puedo.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Ven a verme esta noche. Por favor.

LL

«¿Qué diablos…?», pensó Mark. El CCP… El hombre llamado Bruce había mencionado que formaban parte del grupo de personas que se hallaban tras el ataque del virus. ¿Esos no eran la CPES… la Coalición Post-Erupciones Solares? Quizá la anterior fuera una división de esta última, establecida en algún lugar de Alaska.

Siguió indagando.

Unos minutos más tarde, encontró una serie de *mails* reunidos en un fichero que casi le paralizaron el corazón. Los escalofríos de antes se convirtieron en un sudor frío.

Memorándum de la Coalición Post-Erupciones Solares. Fecha: 28/11/217; hora: 21:46
Para: Todos los miembros del consejo
De: Ministro John Michael
Re: Referente a la población

El informe que nos han presentado hoy, del que enviaremos copia a todos los miembros de la coalición, no deja lugar a dudas en cuanto a los problemas a los que se enfrenta este mundo ya castigado. Estoy seguro de que todos ustedes, como yo, fueron a sus refugios sumidos en silencio por el asombro. Tengo la esperanza de que la dura realidad descrita en este informe esté lo bastante clara para poder empezar a hablar de soluciones.

El problema es simple: el mundo alberga demasiadas personas y no hay suficientes recursos.

Hemos programado nuestra siguiente reunión para dentro de una semana a partir de mañana. Espero que todos los miembros vengan preparados para presentar una solución, sin importar lo insólita que resulte. Quizá les sea familiar el viejo dicho «piensa con creatividad». Creo que ha llegado el momento de hacer precisamente eso.

Espero oír pronto sus ideas.

Para: John Michael
De: Katie McVoy
Asunto: Posibilidades
John:

He estudiado lo que discutimos en la cena de anoche. El AMRIID apenas sobrevivió a las erupciones solares, pero están seguros de que no falló el sistema subterráneo de contención para las armas biológicas, las bacterias y los virus más peligrosos.

Tras algunos desacuerdos, he conseguido la información que necesitábamos. La he revisado y he dado con una recomendación. Todas las posibles soluciones son demasiado imprevisibles para considerarlas en condiciones de uso. Excepto una.

Es un virus. Ataca el cerebro y lo paraliza, sin dolor. Actúa rápido y contundentemente. El virus fue diseñado para debilitar poco a poco el índice de infecciones mientras se propaga de huésped en huésped. Será perfecto para nuestras necesidades, sobre todo considerando lo gravemente limitados que son los viajes. Podría funcionar, John. Y, aunque parezca horrible, creo que lo haría de manera eficiente.

Te enviaré los detalles. Dime qué te parece.

Katie

Para: Katie McVoy
De: John Michael
Asunto: RE: Posibilidades

Katie:

Necesito tu ayuda para la presentación de la propuesta de lanzamiento del virus. Debemos centrarnos en que una masacre controlada es la única manera de salvar vidas. Aunque la supervivencia sea posible tan solo para una parte escogida de la población, a

menos que tomemos medidas extremas, acabaremos enfrentándonos a la extinción de la raza humana.

Tú y yo sabemos lo hipotética que es esta solución, pero hemos realizado mil simulaciones y no me imagino otra alternativa. Si no lo hacemos, se agotarán los recursos del mundo. Creo firmemente que es la decisión más ética. El riesgo de la extinción de la raza justifica la eliminación de unos cuantos. Estoy decidido. Ahora es cuestión de convencer al resto del consejo.

Reunámonos en mis dependencias, 1700. Tenemos que redactarlo todo a la perfección, así que prepárate para una noche larga.

Hasta entonces,
John

Memorándum de la Coalición Post-Erupciones Solares Fecha: 12/02/219; hora: 19:32
Para: Todos los miembros del consejo
De: Ministro John Michael
Asunto: Anteproyecto OE

Por favor, denme su opinión sobre el siguiente anteproyecto. La orden final saldrá mañana.

Orden Ejecutiva #13 de la Coalición Post-Erupciones Solares, por recomendación del Comité para el Control de la Población, que se considera ALTO SECRETO, de máxima prioridad, castigado con la pena capital.

Por la presente, la Coalición concede al CCP el permiso directo para ejecutar su Iniciativa CP #1, presentada al completo y adjuntada más abajo. La Coalición se hace plenamente responsable de esta acción y controlará su desarrollo; de igual modo, ofrecerá toda la ayuda posible de nuestros recursos. El virus se propagará en las zonas recomendadas por el CCP, acordado por la Coalición. Se colocarán fuerzas armadas para asegurarnos de que continúa el proceso de manera tan pacífica como sea posible.

Por la presente, queda ratificada EO #13 ICP #1, de aplicación inmediata.

Mark tuvo que apagar el aparato un minuto. Tenía un pitido en los oídos y le ardía la cara por el calor. Le estallaba la cabeza.

Todo lo que había presenciado en las últimas semanas había sido autorizado por el gobierno provisional de un mundo afectado por las erupciones solares. No se trataba de terroristas, tampoco era la obra de unos locos. Había sido aprobado y llevado a cabo con el propósito de controlar la población, de limpiar zonas enteras, para dejar más recursos a los que supervivientes preseleccionados.

Su cuerpo tembló de cólera, intensificada por la locura que aumentaba en su interior. Se quedó sentado en la oscuridad total, con la vista fija en el negro vacío. Unos puntos daban vueltas delante de sus ojos, unos rayos de fuego que le recordaban las erupciones solares. Los rostros de la gente que gritaba en busca de ayuda; los dardos con el virus atravesando el aire, clavándose en cuellos, brazos y hombros. Empezó a preocuparse por las cosas que estaba viendo y se preguntó si aquella revelación sería el empujón final que lo arrojaría por el acantilado de la locura.

Tembló, el sudor le cubría la piel. Empezó a llorar y luego gritó tan fuerte como

pudo. Una avalancha de furia desconocida recorrió todo su cuerpo. Oyó un fuerte chasquido en su regazo.

Bajó la vista, pero no veía nada. Su intento de encender la agenda electrónica resultó inútil. Palpó a su lado hasta encontrar la linterna y después la encendió. Había destruido la pantalla de la agenda y el panel plano del aparato se inclinaba en un ángulo extraño. Había roto aquella cosa estúpida en su arranque de cólera. Nunca habría pensado que tuviera tanta fuerza.

De algún modo, una idea coherente cobró forma en la locura que aporreaba su cráneo. Sabía lo que debía hacer y que era su última y única oportunidad. Si las personas del búnker iban a Asheville para enfrentarse a los que les daban las órdenes, entonces Mark y sus amigos también irían allí. Entrar en la ciudad amurallada era la única forma de encontrar a los que dictaron la orden de matar. Solo esperaba que hubiera un modo de detener la enfermedad. Quería curarse.

Asheville. Ahí tenía que ir. Justo como aquel matón de Bruce había dicho durante su discurso en el auditorio. Salvo que Mark quería llegar antes que ellos.

Se levantó, un tanto atontado por las imágenes que se habían arremolinado en su visión. La ira le recorría como si fuera eso en vez de sangre lo que manaba de su corazón y fluía por sus venas; pero, mientras se ponía en pie, sintió que se calmaba. Iluminó la agenda rota con la linterna y luego arrojó el aparato a la otra punta de la habitación. Aterrizó con un repiqueteo. Esperaba tener algún día la oportunidad de decirle a ese PCC lo que opinaba sobre su decisión.

El dolor se apoderaba de su cráneo y le dominó una repentina oleada de agotamiento, algo tan pesado como una manta de dos toneladas que le envolvía los hombros. Cayó de rodillas, luego se desplomó sobre un costado y apoyó la cabeza en el frío suelo. Había mucho por hacer. No tenía tiempo de dormir. Pero estaba tan, tan cansado…

Por una vez, soñó algo agradable.

CAPÍTULO 62

El estallido de un trueno hace que Trina se sobresalte en los brazos de Mark.

Está lloviendo fuera de la cueva, algo que no han visto desde hace por lo menos tres meses, desde que las erupciones solares alcanzaron el planeta. Mark se estremece y el escalofrío que recorre su piel produce un fresco alivio del calor infernal en que se ha convertido su vida. Tuvieron suerte al encontrar un escondite profundo en la ladera de la montaña, y se da cuenta de que no le importaría pasar el resto de sus vidas en ese lugar fresco y oscuro. Alec y los demás están más adentro, durmiendo.

Aprieta los hombros de Trina y apoya la cabeza en la de ella. Inhala su olor, que es dulce y salado. Es la primera vez, desde que dejaron el barco en la costa de Nueva Jersey, que Mark se siente en calma. Casi contento.

—Me encanta cómo suena —susurra Trina, como si al hablar demasiado fuerte fuese a interrumpir el tamborileo de la lluvia—. Me entran ganas de dormir. De acurrucar la cabeza en tu axila y roncar durante tres días.

—¿En mi axila? —repite Mark—. Menos mal que esta mañana nos duchamos todos con la tormenta. Los sobacos me huelen a rosas. Ven aquí y ponte cómoda.

Trina se mueve y luego vuelve a acomodarse.

—En serio, Mark, no me puedo creer que aún estemos vivos. Es que no me lo puedo creer. Pero… quién sabe. A lo mejor estamos muertos dentro de seis meses. O mañana, tal vez.

—Menudos ánimos —dice con sorna—. Vamos, no hables así. ¿Cómo iba a ponerse la situación peor de lo que ya hemos visto? Nos quedaremos aquí un rato y luego iremos a buscar los asentamientos en las montañas del sur.

—Son rumores —dice en voz baja.

—¿Eh?

—Los asentamientos son rumores.

Mark suspira.

—Estarán ahí. Ya lo verás.

Apoya la cabeza en la pared y piensa en lo que ella ha dicho, lo de que tienen suerte de estar vivos. No se ha dicho nunca algo más cierto.

Sobrevivieron a las semanas de radiación solar por esconderse en el Edificio Lincoln. Sobrevivieron al implacable calor y la sequía. La caminata por innumerables kilómetros de tierra baldía y calles atestadas de delincuentes. La aceptación de que sus familias estaban muertas. Viajar de noche, esconderse por el día, encontrar comida allí donde se presentaba y, a veces, pasar días sin alimento. Sabe que, si no hubieran contado con las habilidades militares de Alec y Lana, nunca habrían llegado

tan lejos. Nunca.

Pero lo han conseguido. Siguen vivitos y coleando. Sonríe, como desafiando a la fuerza del universo que ha puesto tantos obstáculos en su camino. Empieza a pensar que quizás, en unos cuantos años, todo vuelva a ir bien.

Relampaguea en alguna parte, a lo lejos, y truena unos segundos más tarde. Parece más fuerte, más cerca que antes. Y la lluvia continúa, golpeando en el exterior el suelo de la entrada a la cueva. Por milésima vez piensa en lo afortunados que son por haberse topado con ese refugio oculto.

Trina se mueve para mirarle.

—Alec dijo que, en cuanto empezara la tormenta, podría ponerse mal la cosa. Que el clima del mundo iba a estar muy jodido.

—Sí, no me importa. Puedo con la lluvia, el viento y los relámpagos después de todo por lo que hemos pasado. Nos quedaremos en esta cueva. ¿Qué te parece?

—No podemos quedarnos aquí para siempre.

—Vale, pues una semana. Un mes. Deja de pensar, por Dios.

Trina inclina la cabeza hacia arriba y le besa la mejilla.

—¿Qué haría yo sin ti? Moriría de estrés y depresión antes de que me matara la naturaleza.

—Probablemente sea verdad.

Sonríe y espera disfrutar de la paz un rato.

Tras recolocarse en una posición cómoda, ella le abraza un poco más fuerte.

—Va en serio, me alegro mucho de tenerte. Para mí eres lo más importante.

—Lo mismo digo —contesta, y luego se queda callado porque no quiere arriesgarse a que su boca diga algo cursi que estropee el momento.

Cierra los ojos. De repente, un relámpago, seguido de un ensordecedor trueno. Sin duda, la tormenta está acercándose.

Mark se despertó y, por unos segundos, recordó la sensación de contemplar a Trina cuando los acontecimientos empezaron a dar un giro; los ojos de la chica reflejaban —aunque fuera solo un poco— esperanza, lo admitiera ella o no aquel día. Por primera vez en meses deseó volver a sumirse en los sueños. La nostalgia en su corazón era casi dolorosa. Pero entonces irrumpió la realidad, junto con la oscuridad del espacio de carga. Sí, las tormentas habían sido fuertes, pensó. Muy fuertes. Pero también habían sobrevivido a eso y al final lograron llegar a los asentamientos.

Donde podrían haber vivido en paz de no haber sido por un comité llamado CCP.

Gruñó, se frotó los ojos, dio un largo bostezo y luego se levantó. Entonces recordó las decisiones que había tomado antes de sucumbir al sueño.

Asheville.

Se agachó para coger la linterna y la encendió. Después se dio la vuelta para dirigirse a la puerta y le sorprendió ver allí a Alec, cubriendo la salida. Daba la

sensación de haber crecido unos centímetros porque la tenue luz de la nave le iluminaba por atrás y dejaba el rostro oculto en las sombras, pero sabía que había algo siniestro en él. Era inquietante pensar que llevaba allí a saber cuánto tiempo sin anunciar su presencia. Y seguía sin decir nada.

—¿Alec? ¿Estás bien, grandullón? —preguntó Mark.

El hombre avanzó a trompicones y casi se cayó, pero se enderezó y recuperó su figura. Mark no quería iluminar la cara de su amigo, aunque no le quedaba otra opción: levantó la linterna y apuntó directamente a Alec. Estaba colorado y sudando, con los ojos abiertos de par en par mientras miraba de un lado a otro, como si esperase que un monstruo saliera de entre las sombras en cualquier instante.

—Eh, ¿qué pasa? —farfulló.

Alec dio otro paso trabajoso.

—Estoy enfermo, Mark. Estoy muy, muy enfermo. Necesito morir. Necesito morir y no quiero morir por nada.

CAPÍTULO 63

Mark no recordaba haberse quedado nunca tan falto de palabras.

Alec se agachó y se apoyó en el suelo con una rodilla.

—Lo digo en serio, chaval. Me he sentido raro, la mente me ha jugado malas pasadas. He visto cosas, he sentido cosas. Ahora mismo me siento un poco mejor, pero no quiero convertirme en una de esas personas. Necesito morir y no quiero esperar hasta mañana.

—¿Qué… Por qué…? —tartamudeó Mark mientras buscaba las palabras adecuadas. Era inevitable que eso sucediera, pero no dejaba de sorprenderle muchísimo—. ¿Qué quieres que haga?

El hombre le fulminó con la mirada.

—He pensado en… —le sacudió un espasmo y, de repente, se contorsionó de una forma antinatural, echó la cabeza atrás y el rostro se le contrajo de dolor. Un grito ahogado escapó de su garganta.

—¡Alec! —exclamó Mark, corriendo hacia él. Tuvo que agacharse cuando el hombre agitó el puño. Alec cayó al suelo—. ¿Qué pasa?

El cuerpo del anciano se relajó y se puso a cuatro patas al tiempo que se esforzaba por respirar.

—Yo… es que… no sé. Mi coco me está me está jugando una mala pasada.

Mark se pasó las manos por el pelo y miró a su alrededor, angustiado, como si fuera a aparecer la respuesta mágica a todos sus problemas en un rincón oscuro del espacio de carga. Cuando se volvió hacia Alec, él se había levantado y alzaba las manos como si se estuviera rindiendo.

—Escúchame —dijo Alec—, se me ha ocurrido algo. La situación es desalentadora, sin duda. Pero… —señaló en dirección a donde Trina y Deedee dormían—. Ahí dentro tenemos a una niña preciosa que se puede salvar, por lo menos. Debemos llevarla hasta Asheville y dejarla allí. Luego… —se encogió de hombros, un gesto conmovedor que lo decía todo. Se había acabado todo para los demás.

—Un tratamiento…, una cura —dijo Mark, y percibió el desafío en su voz—. Aquel tipo, Bruce, pensaba que podría existir una. También tenemos que ir allí por eso y…

—Una mierda —le interrumpió Alec—. Escúchame antes de que ya no pueda hablar bien. Soy el único que sabe hacer volar este trasto. Quiero que vengas a la cabina y me observes para que esa cabeza tuya retenga todo lo que pueda por si acaso. Tienes razón. Llevaremos a la niña a Asheville, aunque sea lo último que haga.

Una sensación oscura y asfixiante envolvió a Mark. Pronto estaría loco o muerto. Pero la idea de Alec se parecía a la suya y lo único que se le ocurría hacer era pasar a la acción.

—Pues vamos —dijo, y contuvo las súbitas ganas de llorar—. No perdamos ni un segundo más.

Alec se retorció, sus brazos salieron disparados hacia delante; entonces apretó los puños y los bajó otra vez, con la cara tensa como si luchara solo con su voluntad contra otro ataque. La claridad inundó sus ojos y se quedó mirando a Mark un buen rato. Era como si todo el año anterior —los recuerdos, los horrores y hasta las risas— pasara rápidamente entre ellos, y Mark se preguntó si volverían a tener aquellas sensaciones. La locura les aguardaba.

El soldado hizo un gesto rápido de afirmación con la cabeza y ambos se dirigieron a la puerta.

Llegaron a la cabina de mandos sin ver ni rastro de Trina ni Deedee. Mark esperaba que se hubieran despertado y, tal vez, que por algún milagro Trina estuviera mejor, se riera y recordara. Qué idea tan estúpida.

Mientras Alec se ponía de nuevo a los mandos, Mark miraba el exterior. Los primeros vestigios del amanecer brillaban en el cielo oriental y la oscuridad se iba convirtiendo en una luz purpúrea sobre las casas y los árboles a lo lejos. Ya no se veía la mayoría de las estrellas y el sol haría su entrada triunfal en una hora. Tenía el mal presentimiento de que el día terminaría con cambios irremediables.

—Llevo un rato estable —dijo Alec, alejándose para examinar los instrumentos y las pantallas del panel de control—. ¿Por qué no vas a ver cómo están las chicas? Despegaremos en un periquete. Sobrevolaremos la zona a ver qué vemos.

Mark asintió y le dio unas palmaditas en la espalda, un gesto ridículo, pero el único que se le ocurrió. Estaba preocupado por su amigo. Encendió la linterna y abandonó la cabina para entrar al corto pasillo que llevaba al dormitorio donde había dejado a Trina y Deedee en una litera.

Casi había llegado a la puerta del cuarto cuando oyó unos arañazos extraños encima de él, como ratas correteando por los paneles del techo. Entonces llegó el sonido inconfundible de un hombre riéndose a pocos centímetros de su cabeza. Le recorrió un escalofrío de horror. Recorrió unos cuantos pasos más por el pasillo y se dio la vuelta, pegando la espalda a la pared. Alzó la vista al techo, iluminando los paneles con la linterna, pero no vio nada fuera de lo normal. Aguantó la respiración y escuchó.

Había algo ahí arriba que se movía de un lado a otro, casi rítmicamente.

—¡Eh! —gritó Mark—. ¿Quién…?

Dejó de hacer la pregunta al darse cuenta de que no había ido a ver a Trina todavía. Si alguien o algo había entrado en el iceberg…

Corrió hacia la puerta del dormitorio y la abrió, iluminando desesperadamente con la linterna la litera donde había visto por última vez a Trina. Por un instante se le paró el corazón. La litera estaba vacía, solo había una manta y unas sábanas arrugadas. Entonces, por el rabillo del ojo, vio a Trina en el suelo y a Deedee sentada justo a su lado. Estaban cogidas de la mano y los rostros de ambas expresaban puro terror.

—¿Qué? —preguntó Mark—. ¿Qué ha pasado?

Deedee señaló el techo con un dedo tembloroso.

—El hombre del saco está ahí arriba —hizo una pausa, obviamente temblando, una imagen que le estremeció—. Y se ha traído a sus amigos.

CAPÍTULO 64

Apenas había dicho la última palabra cuando el iceberg se puso en marcha y despegó. El suelo se inclinó; Mark perdió el equilibrio, cayó sobre una cama y luego se puso en pie.

—Quedaos aquí —dijo—. Ahora vuelvo.

No iba a vacilar esta vez.

Corrió del dormitorio al pasillo, atravesando la oscuridad con la linterna mientras iba directo a la cabina de mandos. Creyó oír otra risita que provenía del techo, del mismo lugar que antes, y le vinieron a la cabeza unas ideas horribles: hombres y mujeres sedientos de sangre, infectados, dementes, habían saltado de los paneles en cuanto él salió para atacar a las chicas que había abandonado. Pero no le quedaba más remedio que darse mucha prisa. Además, si había personas ahí arriba, habían esperado todo ese rato sin hacer nada. Aún le quedaba tiempo.

Entró corriendo en la cabina; Alec se hallaba a los mandos. Estaba sudando, colorado, muy concentrado en lo que hacía.

—¿Dónde está el Transvicio? —gritó Mark.

Alec se dio la vuelta; el miedo le atravesaba el rostro, pero él no perdió el tiempo con explicaciones. El arma del hombre estaba apoyada en la pared que tenía al lado. Mark corrió hasta ella, la cogió, se echó la correa por el hombro, se aseguró de que estuviera cargada y volvió al dormitorio. Con Trina y Deedee.

—¡Enciende alguna luz ahí fuera! —le gritó a Alec mientras salía rápidamente de la cabina.

Había tirado la linterna por alguna parte y ahora todo estaba negro como boca de lobo. Ya no significaba nada ahorrar energía y combustible. Había avanzado unos pocos pasos por el pasillo antes de que las luces tenues se encendieran e iluminaran su camino, aunque las sombras se adherían a las paredes.

El sudor le goteaba en los ojos conforme avanzaba a toda velocidad por el pasillo. Parecía que el calor en el interior del iceberg se hubiera disparado a mil grados. El aire sofocante mezclado con el ataque de nervios —el filo de la locura cortaba su psique— estaba a punto de hacerle perder la cabeza. Solo tenía que aguantar un poquito más. Con todo el esfuerzo que pudo reunir, se concentró en los próximos segundos de su vida.

Atravesó el lugar bajo el que había oído la risa. Al hacerlo, oyó otra carcajada proveniente de arriba. Fue grave y gutural, lo más abominable que podía imaginarse. Pero el panel permanecía intacto. Cruzó la puerta del dormitorio y vio, aliviado, que Trina y Deedee seguían acurrucadas en el suelo.

Estaba avanzando hacia ellas cuando tres partes del techo se derrumbaron de repente, haciéndose pedazos en un amasijo de yeso y metal. Varios cuerpos cayeron entre los trozos y se estrellaron contra las dos chicas. Deedee gritó.

Mark levantó el arma y avanzó a toda prisa, sin atreverse disparar, pero preparado por si se daba el caso.

Tres personas se pusieron de pie, y empujaron a Trina y Deedee como si no fueran más que obstáculos en su camino. Un hombre y dos mujeres. Se reían histéricamente, saltaban de un pie a otro y agitaban los brazos como monos. Mark impulsó la culata del Transvicio hacia el lateral de la cabeza del hombre. El hombre gritó y se desplomó en el suelo y él aprovechó el movimiento para girar el cuerpo y apartar de sus amigas con una patada a una de las mujeres. Esta chilló y cayó sobre la cama más cercana; entonces él apuntó y apretó el gatillo del Transvicio. Un rayo de calor blanco la alcanzó y la mujer se volvió gris hasta desvanecerse en el aire. Apenas había desaparecido cuando la otra mujer se abalanzó sobre él por el costado. Ambos resbalaron al suelo y, por centésima vez aquella semana, se quedó sin aire en los pulmones. Giró sobre su espalda para colocársela encima mientras ella trataba de arrebatarle el Transvicio.

Vio a Trina y Deedee levantarse: se pegaron a la pared y observaron, impotentes. Mark sabía que la Trina de antes se habría unido a la pelea para ayudarle de alguna manera. Habría atacado a la mujer y probablemente la habría dejado sin sentido. Pero esta nueva Trina, la Trina enferma, estaba allí como una niña asustada, con Deedee en sus brazos.

Mark gruñó y siguió luchando con la mujer. Oyó un gemido y vio que el hombre al que había golpeado ahora se arrastraba con las manos y las rodillas. Los ojos del tipo estaban clavados en él, llenos de odio y locura. Le enseñó los dientes y gruñó.

El hombre fue hacia Mark a cuatro patas, como si se hubiera transformado en alguna especie de animal rabioso. Se impulsó y saltó hacia la pelea entre él y la mujer, como un león atacando a su presa. Se estrelló contra la mujer y, de pronto, los dos quedaron abrazados. Se despegaron de Mark y rodaron por el suelo como si jugaran. Mark aún trataba de recuperar el aliento, pero se colocó de lado y se apoyó en el suelo con el estómago para ponerse de rodillas e impulsarse con los codos. Se sostuvo en una de las camas y finalmente se puso de pie.

Tranquilo, apuntó con el Transvicio al hombre, luego a la mujer, y disparó dos tiros limpios. El ruido agitó el aire como un trueno y ambos desaparecieron.

Mark oía su propia respiración, fuerte y dificultosa. Cansado, miró a Trina y Deedee, que seguían acurrucadas contra la pared. Costaba saber cuál de las dos estaba más aterrorizada.

—Siento que hayáis tenido que ver eso —masculló, incapaz de meditar nada mejor que decir—. Venga, vamos a la cabina de mandos. Vamos a llevar… —estuvo a punto de decir «llevar a Deedee», pero se contuvo. No sabía cómo podía reaccionar Trina—. Vamos a ir a un lugar seguro —concluyó.

Un estallido de carcajadas pareció provenir de todas partes a la vez, aquel horrible sonido de antes. Le siguió un ataque de tos que se convirtió otra vez en una risita angustiosa. Para Mark, nada sonaba más a manicomio y se le puso la piel de gallina pese al calor. Trina tenía la vista clavada en el suelo, una mirada tan vacía que Mark sintió otra punzada de pérdida. Se acercó más a las chicas y les tendió una mano. El hombre oculto en el techo continuaba riéndose.

—Podemos lograrlo —dijo—. Lo único que tenéis que hacer es cogerme de la mano y caminar conmigo. No tardaremos mucho en estar todos… a salvo —no pretendía titubear en la última palabra.

Deedee levantó el brazo con cicatrices y le apretó el dedo corazón al aferrarse a él. Aquello pareció desencadenar alguna reacción en Trina, que se apartó de la pared y apoyó todo su peso sobre los pies. Sus ojos no se apartaban del suelo y seguía agarrada a los hombros de Deedee con ambas manos; pero, por lo visto, iba a seguirles.

—Bien —susurró Mark—, vamos a ignorar al pobre de ahí arriba y caminaremos tranquilamente hacia la cabina. Vamos.

Se dio la vuelta y empezó a moverse antes de que mudara todo en el semblante de su amiga. Tiró de la mano de Trina y se apresuró hacia la puerta del dormitorio. Al echar un vistazo atrás, vio que seguía sujetando a la niña como si estuvieran pegadas. Percibió unas pisadas sobre sus cabezas que casi le hicieron detenerse, pero calmó sus nervios y continuó.

Cruzaron la puerta para salir al pasillo, no tenían otro lugar a donde ir. Ahí fuera estaba incluso más oscuro, puesto que las luces de emergencia no eran más que una pálida línea brillante que recorría el borde superior de las paredes. Tras unas fugaces miradas a izquierda y derecha, Mark salió en dirección a la cabina. Apenas había dado un paso cuando se produjo un gran estallido de sonido y movimiento.

Y entonces un ruido sordo se originó justo encima de él. Un ataque de risa. La aparición repentina de la cara y los brazos de un hombre, colgando bocabajo delante de él. No pudo evitar que se le escapase un grito y la sorpresa lo dejó paralizado.

En su estupor, no fue capaz de reaccionar a tiempo y el hombre le arrancó el Transvicio de las manos, rompiendo la correa en el proceso. Mark intentó recuperarlo, pero el desconocido había sido tan rápido como una impresionante serpiente.

Luego volvió a desaparecer en el techo, riéndose todo el tiempo. Sus fuertes pisadas y carcajadas perdieron intensidad al alejarse hacia la otra punta de la nave.

CAPÍTULO 65

Mark no se veía capaz de subir al techo para ir tras aquel hombre. Podía estar escondido en cualquier parte, apuntando con una muerte instantánea y certera a cualquiera que se interpusiese en su camino.

—No me lo puedo creer —susurró.

¿Cómo había dejado que aquel tío le arrebatara el trasto de las manos? Le había pasado dos veces en menos de un día. Y ahora había un loco por algún sitio de la nave con el arma más peligrosa que jamás se había inventado.

—Vamos —dijo. Tiró de Deedee y Trina cuando empezó a correr por el pasillo.

Miraba hacia arriba cada pocos segundos, preguntándose si el hombre aparecería de repente, colgando del techo, preparado para disparar. También aguzó el oído ante cualquier sonido que no fueran sus propias pisadas.

Al llegar a la cabina, lo primero que advirtió fue a Alec sobre los controles, con la cabeza hundida en los brazos.

—¡Alec! —Mark soltó la mano de Deedee y corrió hacia el hombre. Alec se irguió antes de que llegara a su lado, dándole tal susto que por poco derrapó en el suelo—. ¡Vaya! ¿Estás bien?

No lo parecía. Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre, y la piel pálida y sudorosa.

—Estoy… estoy… aguantando.

—Eres el único que sabe cómo pilotar esta cosa —Mark se sintió fatal al decirlo, egoísta. Pero miró por las ventanas y vio las estribaciones sobre Asheville moviéndose lentamente debajo de ellos—. Quiero decir… Yo no…

—Ahorra saliva, chaval. Sé lo que está en juego. Estoy tratando de encontrar dónde está establecida la CPES en la ciudad. Tan solo necesitaba un descanso.

Entonces, Mark le comunicó la noticia:

—Hay un loco en la nave y me ha robado el Transvicio.

Alec no contestó nada. Se limitó a torcer la cara, que se le había puesto colorada de una forma alarmante. Parecía ir a estallar en cualquier segundo.

—Tranquilo —dijo Mark despacio—, lo recuperaré. Tú encuentra ese lugar.

—Lo… haré —respondió el anciano con los dientes apretados—. Pronto… tendré que enseñarte cómo funcionan algunos mandos.

—Tengo miedo —dijo Deedee, que estaba dándole la mano a Trina.

Mark vio que tenía los ojos clavados en las ventanas. La pobrecilla seguramente no había subido nunca a un iceberg. Esperaba que Trina consolara a la niña, pero no hizo nada; solo volvió a clavar la vista en el suelo.

—Mira, todo va a salir bien —prometió Mark, agachándose para ponerse a la altura de Deedee.

Apenas lo había hecho cuando la nave rebotó en una burbuja de aire. Deedee gritó y esta vez soltó la mano de Trina y echó a correr fuera de la cabina antes de que nadie pudiera agarrarla.

—¡Eh! —gritó Mark, que ya había salido tras ella. La imagen de la pequeña vaporizada casi le paralizó el corazón. Corrió hacia la niña y alcanzó a ver que doblaba una esquina del pasillo fuera de la cabina, en dirección al espacio de carga—. ¡Vuelve!

Pero había desaparecido. Mark corrió a toda velocidad tras ella y apenas había dado unos cuantos pasos desesperados cuando volvió a verla totalmente quieta, contemplando algo al frente. Él no se detuvo hasta llegar junto a la niña y ver lo que había captado su atención.

El infectado que le había robado el Transvicio estaba en la puerta del espacio de carga, con el arma en las manos. Y apuntaba a Deedee.

—Por favor —susurró Mark sobre los golpeteos de su corazón helado—. Por favor, no lo hagas —tendió una mano hacia el hombre y puso otra sobre el hombro de Deedee—. Te lo suplico. No es más que…

—¡Ya sé lo que es! —gritó el desconocido. Un hilo de saliva le caía sobre la barbilla; los brazos y las rodillas le temblaban; un pelo oscuro, enmarañado, colgaba de su cabeza sucia y enmarcaba una cara pálida y arañada que brillaba por el sudor. Se apoyó en el marco de la puerta como si lo necesitara para mantenerse de pie—. ¿Una dulce niña? Probablemente sea eso lo que creas que es.

—¿De qué estás hablando?

Mark se preguntó cómo debería hablar a alguien tan alejado de la cordura. Era evidente que a aquel hombre no le quedaban esperanzas. Sus ojos lo decían todo.

—Ella fue la que trajo los demonios —movió el Transvicio en el aire para enfatizar la frase—. Estaba en el pueblo con ella. Se nos echaron encima como las erupciones solares, vertiendo una lluvia de veneno. Nos dejaron morir, o algo peor. ¡Y mírala a ella! Aunque la alcanzaron, ¡está tan bien y es tan mona! Se ríe de nosotros por lo que ha hecho.

—La niña no tiene nada que ver con eso —dijo Mark, que sentía a Deedee temblando bajo su mano—. Nada. ¿Cómo iba a estar relacionada? ¡Tiene cinco años como mucho! —La ira bullía en su interior, una ira que no podía ocultar.

—¿Que no tiene nada que ver? ¿Por eso la dispararon y no tuvo ningún síntoma? ¡Es una especie de salvadora para esos demonios y tengo la intención de devolvérsela!

El hombre se lanzó hacia delante. Dio dos largos pasos, casi perdió el equilibrio, pero de algún modo se mantuvo en pie. El Transvicio temblaba en sus manos, pero seguía apuntando a Deedee.

La ira de Mark se desvaneció y la sustituyó un nudo de miedo que se le alojó en

la garganta. Las lágrimas le empañaron los ojos ante la impotencia.

—Por favor… No sé qué decir, pero te juro que es inocente. Fuimos al búnker de donde salen los icebergs y descubrimos quién está detrás de la enfermedad. No son demonios, no era más que gente. Creemos que ella es inmune… Por eso no se ha puesto enferma.

—Cállate —respondió el hombre, tranquilo, dando otro par de pasos. Levantó el Transvicio y apuntó a su cara—. Tienes un aspecto… patético. Estúpido. Te tiemblan las piernas. Los demonios no se molestarían en ir a por alguien como tú. Un desperdicio total de carne —sonrió, echando los labios más atrás de lo que parecía posible. Le faltaba la mitad de los dientes.

Algo cambió en el interior de Mark. Sabía lo que era, aunque no se atreviera a admitirlo: la burbuja de la locura se preparaba para estallar definitivamente. Un torrente de ira y adrenalina le inundó.

La cólera se formó en su pecho, le atravesó la garganta y se manifestó en un grito tan fuerte que antes no se hubiera visto capaz de generar. Se precipitó hacia delante y saltó a la acción antes de que el hombre comenzara a procesar lo que sucedía. Mark vio el dedo moverse cerca del gatillo, pero, como si la creciente locura hubiera aumentado todos sus sentidos momentáneamente por última vez, le dejó atrás. Se abalanzó sobre él, echó la mano hacia arriba y consiguió apartar el arma justo cuando disparaba un rayo de calor blanco. Oyó el tiro alcanzar la pared a sus espaldas.

A continuación, su hombro chocó contra el loco y lo tiró al suelo. Mark cayó encima de él, pero ya estaba poniéndose derecho, de pie. Agarró al hombre de la camisa y tiró de él hacia arriba, le arrancó el Transvicio de las manos y lo arrojó al suelo. Era una muerte demasiado fácil para aquel psicópata.

Mark comenzó a arrastrarle por el pasillo, consciente de que él mismo había cruzado un límite del que no estaba seguro de poder regresar.

CAPÍTULO 66

El hombre gritaba, arañaba la cara del chico y pataleaba a lo loco para intentar levantarse y echar a correr, pero Mark no dejó que nada de eso le afectase. Un universo de furia parecía dar vueltas en su interior, una sensación imposible que sabía que no podía durar, que no podía contenerse. Su cordura pendía de un hilo.

Continuó arrastrando al hombre por la curva del pasillo. Cruzó la puerta de la cabina, siguió hacia la ventana rota. Alec pareció no advertir su presencia, estaba sentado con las manos en el regazo y la mirada perdida en el control de mandos.

Mark no dijo nada, pensaba que algo podía explotar en él si se atrevía a abrir la boca. Se detuvo junto a la ventana, se agachó, cogió al hombre por el torso, lo levantó y lo sujetó de lado. Lo giró para ponerlo de espaldas y lo lanzó hacia la ventana. La cabeza chocó contra la pared y el hombre cayó al suelo. Mark lo agarró, retrocedió y lo intentó otra vez. Se produjo el mismo resultado: la cabeza del hombre dio otro fuerte golpe.

Mark volvió a cogerlo y lo lanzó por la ventana rota. Esta vez, el hombre la atravesó primero con la cabeza, después con los hombros y, por último, con la cintura, cuando se quedó atascado. Mark no se rindió: continuó empujando, poniendo todo su empeño en acabar con su vida.

La nave dio una sacudida justo cuando empujaba las caderas del hombre por la abertura, con los músculos en tensión por el esfuerzo. El mundo entero se inclinó y la cabeza le dio vueltas por el torrente de sangre que recorría su organismo. La gravedad pareció desaparecer también y empezó a caer por la ventana junto al desconocido. Donde el cielo azul y las nubes tenues antes colmaban la visión de Mark, ahora veía el suelo justo delante de él. Estaba a punto de caer en picado hacia la muerte.

Pataleó y se agarró con las piernas al borde del marco de la ventana. El resto de su cuerpo colgaba del iceberg y el hombre no le soltaba. Se aferraba a la parte superior de sus brazos, agarrándose a su camiseta para evitar la caída. Mark intentó quitarse al tipo de encima con un empujón, pero estaba desesperado y trepó por el cuerpo del chico como si fuera una cuerda, lo suficiente como para rodear su cabeza con las piernas. El viento tiraba de ambos.

¿Cómo podía pasarle esto de nuevo?, se preguntó Mark. ¡Era la segunda vez que estaba a punto de caer por la ventana de un iceberg!

Una sacudida recorrió la nave y, de repente, volvió a enderezarse. Mark y el hombre se balancearon hacia el cuerpo del iceberg y chocaron contra el lateral, debajo de la ventana. A Mark le dolían muchísimo las piernas por sostener el peso de dos personas. Agitó los brazos para intentar asirse a algo. El exterior del iceberg

estaba lleno de protuberancias con forma de caja y asas para que se sujetaran los trabajadores de mantenimiento. Pasó las manos por ellas, pero no tuvo el tiempo suficiente para agarrarse bien.

Sus dedos por fin encontraron una barra larga, a la que se aferró con fuerza. Justo a tiempo, porque sus piernas ya no tenían ímpetu. Los pies resbalaron de la ventana, los dos cuerpos se dieron la vuelta y volvieron a chocar contra el lateral de la nave. Mark sintió la sacudida por todo su cuerpo, pero aguantó y pasó el antebrazo por el espacio entre el asa y la nave para que el codo soportase el peso. El estómago y la cara se pegaron al metal caliente del iceberg. El loco seguía trepando para conseguir colocarse de alguna manera en su espalda y le gritaba al oído.

La mente de Mark bailaba entre la claridad y la confusión de la ira. ¿Qué estaba haciendo Alec? ¿Qué sucedía ahí dentro? La nave se había enderezado, seguía volando —aunque a una velocidad más lenta— y nadie se había acercado a la ventana para ofrecer su ayuda. Mark miró hacia abajo y enseguida se arrepintió; le azotó una ola de terror al ver lo lejos que estaba el suelo.

Tenía que deshacerse de aquel hombre o nunca lograría volver a entrar.

El viento soplaba, echando el pelo del hombre hacia el rostro de Mark y tirando de su ropa. El ruido era excesivo: el viento, los gritos, el rugido de los propulsores… El chorro de llama azul más cercano estaba justo debajo de ellos, quizás a tres metros, y ardía como el aliento de un dragón.

Mark agitó los hombros, se impulsó con los pies en el lateral del iceberg y chocó otra vez contra él. El hombre seguía aguantando y le arañó en el cuello, los brazos y las mejillas, dejándole dolorosos cortes por todos lados. A Mark le dolía todo el cuerpo. Un rápido examen al fuselaje del iceberg mostró varios sitios por donde podía meter los pies. Subir resultaba imposible con el peso extra del loco a su espalda, así que decidió bajar, una idea aterradora que acababa de formársele en la cabeza. Se había quedado sin opciones y la fuerza se le agotaba.

Se agarró a una barra corta de abajo, dejó caer el cuerpo y plantó el pie en un saliente con forma de caja que había visto. El hombre chilló, casi soltó los brazos de Mark y se deslizó hasta que volvió a sujetarse, rodeándole el cuello y apretándole lo bastante como para ahogarle.

Mark tosió y buscó más lugares donde colocar las manos y los pies mientras caía otro metro aproximadamente; luego, otro. El hombre dejó de sacudirse, hasta se calló. Mark nunca había odiado tanto a nadie. En las partes débiles de su psique sabía que aquello no era muy racional, pero detestaba a aquel hombre y quería verlo muerto. Era el único objetivo que tenía en mente.

Continuó descendiendo. El viento tiraba de ellos, intentaba arrancarlos del sitio.

El propulsor estaba ahora muy cerca, abajo a la izquierda, y su rugido era el ruido más alto que Mark jamás había oído. Volvió a bajar y, de pronto, los pies se quedaron colgando en el aire; ya no había dónde colocarlos. Otra barra recorría el borde inferior del iceberg, con el espacio suficiente para pasar el brazo por ella.

Mark deslizó el brazo derecho y dobló el codo, aguantando su peso y el del hombre con la articulación. La tensión era terrible, parecía que se le fuera a partir el brazo en dos en cualquier momento. Pero solo necesitaba unos instantes. Solo unos instantes.

Retorció el cuerpo y estiró el cuello para ver al hombre que tenía a la espalda. Le rodeaba con un brazo el hombro y con el otro, el pecho. Mark levantó la mano libre, la deslizó entre los dos cuerpos y la llevó hacia el cuello de su enemigo. Golpeó al hombre en la tráquea y apretó.

El tipo empezó a ahogarse y sacó la lengua, púrpura y grisácea, entre los labios agrietados. El codo derecho de Mark se estremeció de dolor, temblando como si los tendones, los huesos y los tejidos se estuvieran separando. Estrujó los dedos en el cuello del hombre. El tipo tosió y escupió, los ojos se le salían de las órbitas. Empezó a soltar a Mark y, en cuanto lo hizo, el chico actuó.

Con un grito de furia, empujó al hombre hacia fuera, lanzando el cuerpo directamente a las llamas azules del propulsor, y observó cómo el fuego devoraba la cabeza y los hombros del loco, que se desintegraron antes de que pudiera gritar. Lo que quedó del cuerpo cayó en picado a la ciudad, lejos de su vista, mientras el iceberg avanzaba a toda velocidad.

La locura reptaba por los músculos de Mark. Las luces danzaban en sus ojos. La ira estallaba en su interior. Sabía que la vida casi le había abandonado. Pero le quedaba por hacer una última cosa.

Comenzó a trepar por la cara exterior del gigantesco iceberg.

CAPÍTULO 67

Nadie le ayudó a subir por la ventana. Le dolía cada centímetro del cuerpo y sus músculos parecían de goma, pero consiguió hacerlo por sí solo y se derrumbó en el suelo de la cabina. Alec continuaba sentado, encorvado sobre el control de mandos, con la cara larga y la mirada vacía. Trina estaba sentada en un rincón, con Deedee acurrucada en su regazo. Ambas le observaban con una expresión indescifrable.

—Trans Plano —espetó Mark. Unas chispas y destellos de luz seguían cruzándose por su campo de visión y apenas podía contener las emociones inestables que se arremolinaban en su interior—. Bruce dijo que la CPES tenía un Trans Plano en Asheville. Tenemos que encontrarlo.

Alec alzó la cabeza bruscamente y le fulminó con la mirada. Pero entonces algo suavizó su expresión.

—Creo que sé dónde encontrarlo —nunca antes había hablado con tan poca energía.

Mark notó que el iceberg descendía. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Por un momento solo quiso quedarse dormido y no volver a despertar nunca, o hacer lo contrario y arrodillarse para golpear la cabeza contra el suelo hasta terminar con todo. Pero aún quedaba una pizca de claridad en su mente. Se aferró a ella como un hombre agarrándose a una raíz en un acantilado escarpado.

Volvió a abrir los ojos. Con un gruñido, se obligó a ponerse de pie, apoyándose en la ventana. La pequeña ciudad de Asheville se extendía ante sus ojos. Habían construido unos muros de madera, chatarra, coches y cualquier cosa lo bastante grande y fuerte como para proteger lo que había dentro: un centro urbano, quemado en su mayor parte. Advirtió que en una brecha del muro había un grupo de gente. Trepaban por ella, entrando en tropel a la ciudad.

Un hombre les hacía señas con una bandera roja atada a un palo. Era Bruce, el que dio el discurso en el búnker. Había ido también en busca del Trans Plano, tal como prometió a sus compañeros de trabajo. Y, por lo visto, otros tantos infectados se le habían unido; cientos de personas escalaban por el muro roto.

El iceberg pasó volando por encima de ellos, sobre una calle vacía tras otra, y entonces apareció un pequeño edificio con unas puertas dobles abiertas de par en par. A mano habían pintado un cartel que decía: Solo personal de la CPES. Unas cuantas personas hacían fila para entrar. Parecían tranquilas y serenas. Mark las odió por eso y, durante un breve instante, le entraron ganas de ir a por el Transvicio para dispararles a todos.

—Ya… está —masculló Alec.

Y Mark entendió a qué se refería. Si de verdad había un Trans Plano, estaría allí. Las personas que entraban al edificio debían de ser los pocos trabajadores de la CPES que huían del Este de una vez por todas. Lo dejaban para que la locura y la muerte se apoderaran de él. Miraron el iceberg con cierto terror en los ojos y luego, todos juntos, desaparecieron en el interior.

Mark revolvió en un armario hasta encontrar el viejo papel y ese lápiz que guardaban para las emergencias en caso de pérdida de energía. Con letra descuidada, escribió el mensaje en el que había estado pensando y luego se volvió hacia Alec.

—Aterriza —dijo en voz baja. Sus pulmones parecían llenos de fuego en vez de aire—. Rápido.

Dobló la nota y se la metió en el bolsillo trasero.

Los movimientos de Alec eran forzados, sus músculos estaban tensos y las venas eran sogas bajo la piel. Sudaba, enrojecido, y temblaba. Pero, unos instantes más tarde, el iceberg aterrizó con un golpe suave, justo en la entrada del edificio de la CPES.

—Abre la escotilla.

Mark ya se había puesto en marcha, el mundo se hacía borroso a su alrededor. Apartó a Deedee del regazo de Trina con más brusquedad de la que pretendía, ignorando los gritos de protesta de la niña. La cogió en brazos y avanzó hacia la salida, con Trina a la zaga. La chica no pronunció palabra ni movió un dedo para detenerle.

En la puerta de la cabina, Mark se detuvo.

—Ya sabes… qué hacer… cuando acabe —le dijo a Alec, a pesar de lo que le costaba hablar—. Esté ahí o no, ya sabes lo que hacer.

Sin esperar una respuesta, salió al pasillo.

Deedee se calmó mientras se dirigían al espacio de carga y la salida que había más allá. Le rodeó el cuello con fuerza y hundió el rostro en su hombro como si hubiera comprendido que el fin también la había alcanzado a ella. Unos puntitos daban vueltas en los ojos de Mark, unas luces brillantes. Su corazón no dejaba de latir a toda velocidad y notaba como si bombeara ácido por sus venas. Trina, en silencio, seguía su ritmo.

Entraron en el espacio de carga. Bajaron la rampa de la escotilla y salieron a la luminosidad del día. Apenas habían bajado de la nave cuando unos chirridos atravesaron el aire y la plancha metálica empezó a subir. Alec despegó y los propulsores rugieron. Mark apenas se aferraba a su cordura, pero sintió una repentina e insoportable tristeza. Nunca más volvería a ver al viejo oso.

El sol achicharraba el cielo. Cada vez era más fuerte el estruendo de los gritos, los silbidos y la marcha. Varios grupos de infectados se acercaban desde todas las direcciones. A lo lejos, a través de las luces que relucían ante sus ojos, Mark creyó ver a Bruce con la bandera roja liderando su propia carga. Si aquella gente llegaba al Trans Plano antes de que alguien lo cerrara o lo destruyera…

—Vamos —gruñó a Trina.

El viento del ascendente iceberg sopló cuando echó a correr hacia la entrada del edificio, cuyas puertas aún estaban abiertas. Deedee se agarraba a él y Trina iba justo a su lado. Al entrar, llegaron a una amplia sala sin muebles. Solo había un extraño objeto a la derecha: dos barras metálicas, verticales, con un muro brillante, grisáceo, que se extendía entre ellas. Parecía moverse y chispear, pero al mismo tiempo estaba quieto. A Mark le dolían los ojos si se lo quedaba mirando.

A su lado, un hombre y una mujer escrutaban a Mark y sus amigas con miedo en los ojos. Se dispusieron a moverse hacia el muro gris.

—¡Esperad! —gritó Mark.

No respondieron, no se detuvieron. Los dos desconocidos saltaron al abismo y desaparecieron de la vista. Por instinto, Mark corrió al otro lado del muro, aunque allí no había nada.

Un Trans Plano. Por primera vez en su vida, había visto a alguien viajar de verdad a través de un Trans Plano. El sonido de la multitud acercándose pareció llegar al máximo y Mark supo que ya no le quedaba tiempo. En muchos sentidos.

Volvió al lado correcto del Trans Plano y se arrodilló delante, dejando a Deedee en el suelo con cuidado. Le costó hasta el último esfuerzo calmarse y mantener a raya la ira, la locura y las emociones que se arremolinaban. Trina también se arrodilló, aunque no dijo nada.

—Escúchame —le dijo Mark a la niña. Se calló, cerró los ojos un segundo y luchó contra la oscuridad que intentaba consumirle. «Solo un poco más», dijo para sus adentros—. Necesito… que seas muy valiente por mí ahora, ¿vale? Al otro lado de esta pared mágica hay personas que… van a ayudarte. Vas a ayudarles a hacer… algo muy importante. Hay algo… especial en ti.

No sabía exactamente qué esperaba, si que Deedee protestara, llorara o saliera corriendo. Pero la niña le miró a los ojos y asintió. La cabeza de Mark no estaba lo bastante despejada para comprender cómo podía ser tan valiente. Era especial.

Casi se había olvidado de la nota que había escrito antes. La sacó de su bolsillo trasero y la leyó una vez más, con la mano temblorosa.

La niña es inmune al Destello.
Usadla.
Hacedlo antes de que los locos os encuentren.

Cogió con delicadeza la mano de Deedee, llevó el papel a su palma, le cerró los dedos y le apretó la mano entre las suyas. Los gritos de fuera llegaron al punto culminante. Mark vio a Bruce embistiendo contra la puerta, seguido de una masa de gente. La tristeza invadió su cuerpo. Señaló el Trans Plano con la cabeza y Deedee hizo un gesto similar.

Después, Trina y ella se abrazaron con fuerza. Ambas derramaron lágrimas. Mark se levantó y advirtió el sonido inconfundible de los propulsores del iceberg, que regresaba. Notó que fuera se levantaba viento. Había llegado la hora.

—Vete ya —dijo, luchando contra las emociones que le destrozaban.

Deedee se apartó de Trina, se dio la vuelta y echó a correr hacia el Trans Plano, que se la tragó entera. Desapareció. El rugido del iceberg inundaba el aire. El edificio tembló. Bruce llegó a la puerta, gritando algo incomprensible.

Y entonces Trina echó a correr hacia Mark. Le echó los brazos al cuello y le besó. Un millón de pensamientos cruzaron por su cabeza y la vio en todos ellos: peleando en el jardín delantero de su casa, antes de ser lo bastante mayores para entender nada; saludándole en los pasillos del colegio; yendo en el subtrans; el tacto de su mano en la oscuridad tras las erupciones solares; el terror de los túneles, las corrientes de agua y el Edificio Lincoln; mientras esperaban a que disminuyera la radiación; cuando robaron el barco; las incontables caminatas por un país sofocante y en ruinas… Habían pasado por todo aquello juntos. Con Alec, Lana, Darnell y los demás.

Y aquí, al final de la lucha, Trina estaba en sus brazos.

Un temblor y un ruido monstruoso se apoderaron del mundo, pero aun así oyó lo que ella le susurró al oído antes de que el iceberg chocara contra el edificio:

—Mark.

EPÍLOGO

DOS AÑOS MÁS TARDE

Una única bombilla colgaba del techo grisáceo del apartamento, zumbando cada diez segundos aproximadamente. En cierto modo, representaba el mundo actual: solitario, ruidoso y moribundo. Apenas aguantaba.

La mujer estaba sentada en una silla, intentando desesperadamente no llorar.

Sabía que el golpe llegaría mucho antes de que sucediera. Y quería ser fuerte por su hijo, que el chico supiera que la vida que le aguardaba era buena, esperanzadora. Tenía que ser fuerte. Cuando su hijo —su único hijo— se fuera, entonces lo soltaría. Lloraría a mares hasta que la locura le hiciera olvidar.

El chico estaba sentado a su lado, en silencio. Sin moverse. Era tan solo un niño y, aun así, comprendía que su vida no volvería a ser la misma. Le había preparado una bolsa pequeña, aunque la mujer sabía que se desharían del contenido antes de que su hijo llegara a su destino final. Y esperaron.

Las visitas dieron tres golpecitos en la puerta. No con ira ni fuerza. Solo toc, toc, toc, como el suave picoteo de un pájaro.

—Adelante —dijo tan fuerte que le sorprendió. Estaba al borde de un ataque de nervios.

La puerta se abrió. Dos hombres y una mujer entraron en el pequeño apartamento, vestidos con trajes negros y unas máscaras protectoras que les cubrían la boca y la nariz.

La mujer parecía estar al mando.

—Veo que estáis preparados —observó con la voz amortiguada mientras avanzaba para colocarse ante ella y su hijo—. Agradecemos que haya aceptado de buena voluntad llevar a cabo este sacrificio. No hace falta que le diga lo mucho que significa esto para futuras generaciones. Estamos a punto de lograr algo muy importante. Encontraremos la cura, señora. Le doy mi palabra.

Ella no pudo más que asentir con la cabeza. Si intentara hablar, afloraría todo: el dolor, el miedo, la ira. Las lágrimas. Y entonces su empeño de mantenerse fuerte por su hijo no habría servido de nada. Así que se lo guardó, colocando un dique contra el embravecido torrente.

La mujer no se anduvo con rodeos:

—Ven —dijo, tendiéndole una mano.

El niño miró a su madre. No tenía motivos para contener las lágrimas y no lo hizo: fluyeron por su rostro libremente. Se puso en pie de un salto y la abrazó, rompiéndole el corazón un millón de veces. Ella le apretó con fuerza.

—Vas a hacer grandes cosas por este mundo —susurró, consiguiendo mantener el

control—. Vas a hacer que esté muy orgullosa. Te quiero, cariño. Te quiero muchísimo, no lo olvides.

Su única respuesta fue el sollozo en su hombro. Y con eso lo dijo todo.

Tenía que terminar.

—Lo siento mucho —intervino la mujer enmascarada y vestida de negro—, pero tenemos una agenda muy apretada. Lo siento, de verdad.

—Adelante —le dijo ella a su hijo—, ve con ellos y sé valiente.

Él se apartó con la cara mojada y los ojos rojos. La fuerza pareció dominarle y asintió, lo que ayudó a la madre a convencerse de que estaría bien. Ese niño era fuerte.

El chico se dio la vuelta y no se volvió más para mirarla. Caminó hacia la puerta y la cruzó sin vacilar. No miró atrás, tampoco protestó.

—Gracias de nuevo —dijo la visita, y salió detrás del niño.

Uno de los hombres levantó la vista hacia la zumbante bombilla y luego miró a su compañero.

—Sabes quién inventó estas cosas, ¿verdad? A lo mejor deberíamos llamar a este Thomas.

Y se marcharon.

Cuando se cerró la puerta, ella se hizo un ovillo y por fin dejó que afloraran las lágrimas.


ALTO SECRETO
Datos recuperados del Golpe
Grupo A
Sujeto: Teresa

Teresa estaba sentada a una mesa en una habitación fría y oscura, en la sede de CRUEL. Se le ocurrió, aunque no por primera vez, que allí siempre hacía frío y estaba oscuro, y se preguntó por qué.

Sí, había luz sobre la mesa, pero apenas penetraba la penumbra que parecía habitar en el interior de los muros de aquel lugar, su nueva casa. De alguna manera, Alaska se negaba a calentarse como el resto del mundo y el frío extremo vencía al calor que el personal de CRUEL intentaba bombear por los pasillos del edificio. Teresa temblaba tanto que le costaba relajarse. Aunque el frío no era la única razón por la que estaba tensa, ni mucho menos.

Jamás lo hubiera creído posible, pero añoraba el calor insoportable del mundo devastado por el sol, añoraba el brillo que tenía todo, la luz intensa que hacía más llevadera la situación. Cualquier cosa superaba la oscura monotonía de CRUEL.

Llevaba allí ya dos años, más de un cuarto de su vida. Lo suficiente para que los recuerdos del pasado estuvieran desapareciendo y fueran sustituidos por el día a día de su nueva realidad. Dos largos años y aún no había encontrado un amigo; solo había adultos, de caras largas y serias. Uno de ellos era simpático —un hombre llamado Randall—, pero casi nunca le veía. Le había prometido que tendría un amigo pronto. Muy pronto. Y que después llegarían muchos más.

De hecho, por eso estaba sentada en esa habitación. Esperando. Supuestamente habían encontrado a otros como ella.

Llamaron a la puerta y luego esta se abrió. Así funcionaban las cosas en CRUEL, todos eran educados; hacían sentir a Teresa que era importante. Pero entonces aquella sensación desapareció y la verdad quedó clara una vez más: ella no era más que un sujeto.

Entró una mujer. Era joven y guapa, aunque llevaba el pelo recogido en un moño tan apretado que parecía doloroso. Su rostro tenía un aspecto duro, tenso, como si hubieran tirado de la piel junto con el pelo hacia arriba. La saludó con un gesto rápido y una ligera sonrisa, y luego fue al grano:

—Gracias por esperar —dijo—. Tenemos a alguien al que nos gustaría que conocieras y estamos preparados para llevarte con él. Estaba esperando la aprobación final del ministro Michael, de ahí la tardanza.

—No me importa esperar —respondió Teresa—, pero ni siquiera me has dicho tu nombre.

El rostro de la mujer reflejó sorpresa por un instante. Los adultos en CRUEL a menudo se sorprendían cuando Teresa les hablaba. Todavía esperaban que actuase como la mayoría de los niños de su edad.

—Y —añadió Teresa— no entiendo por qué aún no me han permitido conocer al señor Michael. Llevo aquí casi dos años, ¿no creen que debería estrecharle la mano?

La mujer balbuceó, pero enseguida se recuperó:

—Antes que nada, me llamo Ladena. Pero eso no importa. En cuanto al ministro, no… le hace falta conocerte. Él tiene su trabajo y tú tienes el tuyo. Tendrías que estar

contenta de vivir en un lugar tan seguro, con toda la comida que necesitas. Eso debería bastar.

Teresa clavó la mirada en Ladena, intentando demostrar que la respuesta no le satisfacía. La mujer tardó unos segundos, pero se dio cuenta de lo que había hecho.

—Lo… siento —farfulló—. Es que… no estoy acostumbrada a todo esto. No sé cómo…

—Está bien —dijo Teresa en voz alta y con tono firme—. No esperaba nada diferente, supongo. Sabía que el ministro no quería ver a los niños a los que pidió que entregaran sus vidas. No pasa nada. Pero gracias por decirme tu nombre.

Una vez más, la mujer pareció impresionada, pero solo fue un segundo. Había una pizca de ira en sus ojos cuando miró a Teresa.

—Antes creía que estábamos tomando decisiones cuestionables, pero ya no. No después de haber visto lo que ocurre ahí fuera. Deberías estar muy agradecida por encontrarte aquí, sana y salva. Creo que deberías estar muy, pero que muy agradecida.

—Nunca he dicho lo contrario —respondió Teresa, mirándola directamente—. Estoy agradecida. Pero no creo que importe lo que yo piense o lo que tú pienses sobre CRUEL. No hay alternativa, ¿verdad? A veces tienes que actuar o morir.

Ladena asentía con la cabeza despacio, aunque su rostro reflejaba confusión.

—Eres muy lista para tu edad, ¿no? Sinceramente, no sé qué decir.

—No hay nada que decir. Solo intento hablar contigo como una persona normal.

—No creo que seas una persona normal.

Teresa se irguió con orgullo.

—Probablemente, no.

Ladena parecía estar estudiándola como si fuera un espécimen de laboratorio.

—Hay algo especial… —sacudió la cabeza como si intentara despertar de un sueño—. ¿Qué estoy haciendo? Tengo que llevarte adonde tienen al chico. Ha llegado el momento de que os conozcáis. Dicen que es el más cualificado que han encontrado hasta ahora.

De todas formas, Teresa ya estaba harta de hablar con aquella mujer. Se levantó y echó a andar hacia la puerta para demostrarle que estaba preparada para irse.

—¿Cuántos han encontrado? —inquirió.

—Un par de docenas o así. Os hemos aislado a todos, pero el ministro ha coincidido con nosotros en que el chico y tú estáis preparados para conoceros. Ha accedido a que ambos recibáis… ciertas responsabilidades.

Teresa se encogió de hombros. Había empezado fingiendo que no le interesaba mucho, pero lo cierto era que estaba muy interesada. Siguió a la mujer hasta el pasillo, que era tan frío y lúgubre como la habitación de la que habían salido.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Ladena contestó con voz cansada mientras avanzaba por el pasillo:

—Le llaman Thomas.

No había muchas ventanas en CRUEL.

Teresa se imaginaba el motivo: no querían que los sujetos vieran demasiado de la zona que les rodeaba, cuyo acceso tenían prohibido salvo en raras ocasiones. Además, vivían en un mundo donde los raros podían atacar en cualquier momento. Más ventanas supondrían para ellos más oportunidades de entrar y propagar su enfermedad. O algo peor.

Pero dio la casualidad de que Ladena, de camino a ver al chico nuevo, pasó junto a la estrecha rendija de una abertura y Teresa no dudó en aprovechar la ocasión. Sin molestarse en preguntar, corrió enseguida hacia allí.

—¡Oye! —la llamó Ladena—. ¡No hay tiempo para eso! —Pero su orden no tenía autoridad. Era evidente que la mujer se sentía incómoda con la tarea que CRUEL le había encomendado.

Teresa apretó la nariz contra el frío cristal y contempló las maravillas del mundo exterior; el vaho de su aliento enmarcaba la parte inferior del paisaje. A la izquierda veía el cemento gris de aquellas mismas instalaciones, que se extendía hasta que las paredes desaparecían de la vista describiendo una curva. Pero más allá, a su derecha, había arbustos y un amplio césped amarillento surcado de senderos que flanqueaban postes de luz. Un poco más lejos estaba el bosque, todavía vivo y radiante, mojado por las últimas lluvias; verde, espeso y majestuoso, ocultaba lo que fuera que viviese allí dentro.

Era muy distinto a los bosques secos y quemados que Teresa había visto antes de que la llevaran a CRUEL. Por millonésima vez, echaba de menos lo que consideraba su hogar, aunque fuera un sitio desolador. A pesar de los horrores que allí había presenciado, echaba de menos a su madre, a su padre, a sus hermanos, a todas las personas que la habían querido antes de que la locura les arrebatara su luz. Antes de que…

La mano de Ladena le tocó el hombro, lo que hizo que Teresa se sobresaltara y se diera la vuelta. Parecía que llevara horas junto a la ventana, sumida en sus pensamientos.

—Tenemos que marcharnos —dijo la mujer con una voz llena de algo que sonaba a auténtica compasión—. Nos están esperando y, si tardamos más, puede que ambas nos metamos en problemas.

Súbitamente, Teresa sintió un arranque de ira hacia la persona que tenía delante. Pero no tenía motivos, así que enseguida recobró su actitud indiferente.

—Vale, lo siento —se disculpó—. Vamos a conocer al chico.

Ladena sonrió y continuaron caminando.

Dos hombres trajeados esperaban junto a una puerta cerrada, cada uno con las manos

entrelazadas al frente. Tenían la mirada fija en la pared del fondo, detrás de Teresa y su acompañante, y de no ser por el parpadeo de los ojos, la niña los habría tomado por estatuas.

Cuando Ladena habló, por fin la miraron:

—Estamos listas para ver al chico —afirmó con voz tímida.

—Solo entrará ella —respondió el hombre de la izquierda. La única diferencia entre él y su homólogo era que tenían la raya del pelo hecha en lados opuestos—. Ya puedes marcharte. A partir de ahora, nos encargamos nosotros.

Teresa pensó que Ladena se ofendería por la respuesta cortante, pero en cambio la mujer pareció abrumadoramente aliviada. Se volvió hacia Teresa y dijo:

—Eres aún más inteligente de lo que dicen, lo sé. Hay algo especial en ti. Buena suerte. De verdad, lo digo en serio.

Alargó el brazo y le apretó la mano; luego se marchó rápidamente, como si temiera que los hombres cambiasen de opinión y la obligaran a quedarse.

Teresa quería responder, quería decir algo para que la mujer supiese que, a pesar de la incomodidad entre ambas, Ladena había mostrado un poco más de humanidad hacia ella que cualquier otra persona hasta entonces. Había parecido real.

Pero no le salió nada. Y ahora los dos hombres la miraban fijamente, como si ella tuviera que decidir lo que sucedería a continuación.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿A qué estáis esperando? ¿No debería entrar?

Uno de los hombres se rio. Teresa ya se había olvidado de si ese era el que habló antes.

—Nos dijeron que a veces eres la bomba. Venga, vamos. Adentro. McVoy está esperándote.

Su compañero estiró el brazo y apretó la mano contra un panel en la pared. Se oyó un chasquido y la puerta se abrió. Ninguno de los hombres se movió, y Teresa no estaba de humor para perder el tiempo, así que, sin mediar palabra, pasó junto a ellos y entró en la habitación.

Era una oficina poco amueblada, con lo imprescindible de un lugar de trabajo: un escritorio, algunas estanterías y unas cuantas sillas alrededor de una mesita en un rincón. De las paredes no colgaba nada. Había una mujer con el pelo corto y moreno, sentada a la mesa, y a su lado se encontraba un niño que aparentaba ser uno o dos años más joven que Teresa, sentado con las manos en el regazo y la vista clavada en un punto de la pared de enfrente. Parecía aterrorizado, estaba casi temblando. Alzó la vista hacia ella, pero después volvió a mirar hacia el mismo punto en la pared. Tenía el pelo castaño rojizo y la cara quemada por el sol.

La fuerza que Teresa sentía se desvaneció. De repente estaba asustada y la desesperanza brotó en su interior. No sabía por qué, pero quería darse la vuelta y marcharse.

—Toma asiento —ordenó la mujer de la mesa, no con severidad, pero tampoco con amabilidad. Señaló la silla que había enfrente del niño—. Tenemos mucho de qué

hablar.

No había terminado la frase cuando uno de los hombres cerró la puerta detrás de Teresa. La niña se sobresaltó y le avergonzó manifestar lo nerviosa que estaba. Para intentar compensarlo, se acercó a la mesa y se sentó, aunque eligió la silla al lado del chico en vez de la que la mujer le había indicado. Un pequeño acto desafiante, pero al menos era algo.

—Me llamo Katie McVoy —dijo la mujer— y… —miró al niño y le dio unos golpecitos en el hombro.

El muchacho miró a Teresa.

—Me llamo… Thomas. Me alegra estar aquí, me alegra servir a CRUEL. Haré todo lo que necesiten que haga para encontrar una cura contra el virus.

Aquello era lo más forzado que Teresa había oído en su vida, pero no le sorprendía. El niño tardaría un tiempo en ser lo bastante valiente para mostrar su verdadero yo a los empleados de CRUEL.

—Me llamo Teresa —contestó ella, poniendo todo su empeño en sonar simpática —. No te preocupes, no se está tan mal por aquí. Y la comida es bastante buena. Además, estamos a salvo de los… ya sabes.

—¿De los raros? —preguntó Thomas—. ¿De los locos?

Teresa asintió con la cabeza. La voz del niño transmitía mucha tristeza.

—Mi padre era un… —titubeó. Pero entonces cobró un poco de fuerza y se puso derecho en su asiento—. Era un raro. Y mi madre se habría convertido pronto en una de ellos. Me alegro de que vayamos a ayudar a ese tipo de personas. Y a evitar que vuelva a suceder.

—Yo también —dijo Teresa, que por algún motivo se había quedado un tanto muda.

McVoy suspiró, después se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa.

—Veo que os vais a llevar bien, algo muy conveniente porque vais a presenciar muchas cosas horribles. Se os ha elegido para que forméis parte integral de nuestros planes durante los próximos años. Representaréis un papel sumamente importante y deberíais estar orgullosos por haber sido seleccionados.

Teresa estuvo tentada de decir un montón de cosas, puesto que aún quería demostrar que no le intimidaba aquella mujer, pero la curiosidad superó al resto y esperó a tener más información. Thomas también se quedó sentado en silencio.

—Vamos a haceros más especiales de lo que ya sois —continuó McVoy—. Seréis los líderes de los otros niños inmunes. Vais a ayudarnos a preparar las pruebas, a entrenar y preparar a los sujetos. Para ese fin, y por otras muchas razones que llegaréis a comprender más tarde, implantaremos unos dispositivos en vuestras cabezas que os permitirán comunicaros entre vosotros de una manera que nunca se ha hecho antes.

Teresa quería hacer muchas preguntas, pero no sabía por dónde empezar.

La mujer siguió hablando como una madre orgullosa:

—Pronto comenzaremos la fase más larga e importante de la enorme tarea que tenemos por delante. Y esperamos que ambos seáis una parte decisiva del proyecto.

—¿De qué se trata? —inquirió Thomas con una voz que sonaba joven incluso a los oídos de Teresa.

McVoy sonrió.

—El Laberinto, Thomas. Teresa y tú vais a ayudarnos a construir el Laberinto.

Unas horas más tarde, Teresa estaba sentada con Thomas en un sofá, los dos solos.

La habían cambiado de habitación a una más grande y bonita, con una ventana diminuta en la parte superior de una pared por donde se filtraba algo de luz natural. Parecía luz celestial. Thomas estaba en un cuarto similar al suyo, y entre ambos se hallaba una sala de estar, con muebles y una cocina pequeña. Había hasta una pantalla para entretenerse, si bien Teresa suponía que solo se verían cosas relacionadas con el entrenamiento que les aguardaba.

Y allí se encontraban ahora. Se habían hecho amigos —aunque tampoco les quedaba más remedio— y estaban sentados en un sofá, hablando, con un futuro que ninguno de los dos se imaginaba esperándolos a la vuelta de la esquina.

—Dijo que nos iban a poner unos dispositivos en la cabeza —comentó Thomas —. ¿Qué significará eso? ¿Quién va por ahí poniendo aparatos en las cabezas de unos niños?

Teresa se rio, y eso le sorprendió tanto como a Thomas, a juzgar por la expresión del chico.

—¿Qué? —preguntó él.

—Oh, nada. Me ha hecho gracia cómo lo has dicho. ¿Quién va por ahí poniendo aparatos en las cabezas de unos niños? CRUEL, supongo.

—Por cierto, ¿qué significa ese nombre? ¿Por qué los llaman así?

—Alguien me dijo que aquí siempre hay un motivo para todo y algún día lo comprenderemos. Pero sí que significa algo: Catástrofe Radical: Unidad de Experimentos Letales. Sabes lo que es la zona letal, ¿no?

—Sí —se dio unos golpecitos en la sien derecha—. Donde el Destello te deja pirado.

—Exacto.

Thomas puso mala cara y Teresa recordó lo que había contado acerca de su madre y de su padre.

—Así que tus padres lo tienen, ¿eh? —dijo.

Thomas asintió y, por un segundo, pareció que fuera a echarse a llorar, pero entonces recobró la compostura.

—Mi padre me daba un miedo de muerte. Antes de que al fin se lo llevaran, estaba seguro de que una noche entraría en mi habitación y me mataría. En cierta

manera, me alegro de no tener que haber visto a mi madre convertirse en una rara.

—Eres bastante fuerte para ser un niño —afirmó Teresa. Y lo decía en serio: estaba impresionada.

—¿Un niño? —repitió Thomas—. ¿A quién llamas niño? Tú no eres mucho mayor que yo.

—Como he dicho —respondió con una sonrisa—, eres fuerte. Mírate. La mayoría de los niños de nuestra edad estarían todavía llorando a moco tendido.

Thomas se mofó, pero sin mucha fuerza.

—No me da miedo llorar. He llorado casi todos los días desde que mi padre empezó a volverse loco. Y no me da miedo estar aquí. He visto lo que esa estúpida enfermedad le hace a la gente y, si creen que puedo ayudarles, será mejor que estar en un asqueroso orfanato.

A Teresa cada vez le gustaba más aquel niño. A lo mejor por fin tenía un amigo.

—¿Cuándo descubriste que eras inmune? —le preguntó.

—Vinieron a hacerme unas pruebas cuando mi padre pilló el virus. Creía que era normal que comprobaran si mi madre y yo nos habíamos contagiado. Entonces ni siquiera sabía que se podía ser inmune… Cuando nos lo dijeron, pensé que estaban bromeando. Parecían el tipo de imbéciles que harían algo semejante.

—¿Cómo te sentiste al enterarte?

Thomas miró al suelo y la culpa se reflejó en sus rasgos.

—¿Qué? —insistió Teresa.

La miró a los ojos y, de repente, fue como si le conociera de toda la vida. Como si fuera su hermano.

—¿Qué? —repitió, intentando disimular su enfado.

—Me entusiasmé. Me entusiasmé de verdad. En lo único que podía pensar era en que no tendría que pasar por la mierda que iban a sufrir mis padres. Me sentí… feliz.

—¿Y? ¿Qué hay de malo en eso?

Thomas se encogió de hombros.

—Solo me importaba yo mismo. Incluso cuando se me llevaron y tuve que despedirme de mi madre, seguía pensando que era afortunado por no tener que verla pasar por todo aquello. Y estaba contento porque yo iba a estar bien.

—Uf —se quejó Teresa—, eres una persona normal. Cualquiera hubiera pensado eso. Deja de machacarte por ello.

—Soy un mocoso egoísta. Mi madre me necesita y yo, básicamente, me moría de ganas de salir de ahí.

—Oh, por favor. ¿Estás diciéndome que no echas de menos a tu madre? ¿Que no la quieres?

Thomas negó lentamente con la cabeza.

—No, para nada. La echo tantísimo de menos que me duele. Es que… no quería volver a pasar por eso.

—Exacto —Teresa le dio unos golpecitos en el brazo—. Eres normal y sincero.

Me alegro de que nos hayan puesto juntos a hacer… lo que sea que quieran que hagamos.

—Sí —solo pronunció esa palabra, pero de algún modo Teresa supo que intentaba decir mucho más: que estaba de acuerdo, que se alegraba de encontrarse allí con ella, que esperaba que fueran amigos y marcaran la diferencia. Que ayudaran a CRUEL a cumplir la tarea de encontrar la cura contra el Destello.

Thomas se recostó en el sofá y cruzó los brazos.

—No dejas de hacerme preguntas. ¿Y tú? ¿De dónde vienes? ¿Cómo ha sido para ti?

—Yo… odio hablar de eso.

—Bueno, yo también. Pero lo he hecho.

Ella frunció los labios y asintió.

—Sí, lo has hecho. Supongo que es bueno oírlo en boca de otra persona. Pero… mi historia es una locura —luego se quedó callada y supo que él no la dejaría zafarse.

Tenía razón:

—¿Y bien? —insistió Thomas—. Estoy esperando. ¿A quién no le gustan las historias locas?

Le dedicó una sonrisa y ella se la devolvió.

—Me llamaba Deedee antes de llegar aquí —comenzó Teresa.

Y después le contó el resto.

FIN